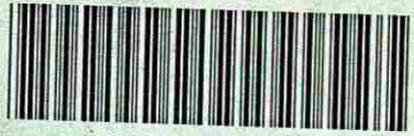


DEL CASTILLO

ORRAS
COMPLETAS

PQ7297
C3436

00110



1020028187



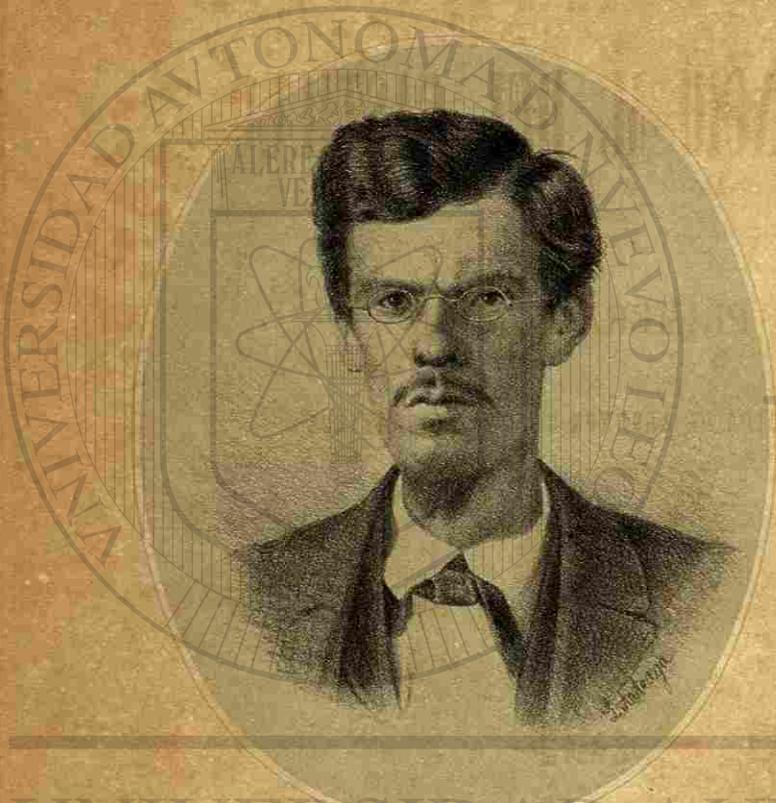
OBRAS COMPLETAS

DE

FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Florencio M. del Castillo

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS COMPLETAS

DE

FLORENCIO M. DEL CASTILLO

PRIMERA EDICION

PRECEDIDA DE ALGUNOS RASGOS BIOGRAFICOS

POR L. G. O.



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

MEXICO.

IMPRESA EN LA CALLE CERRADA DE SANTA TERESA NUMERO 3.

1872.

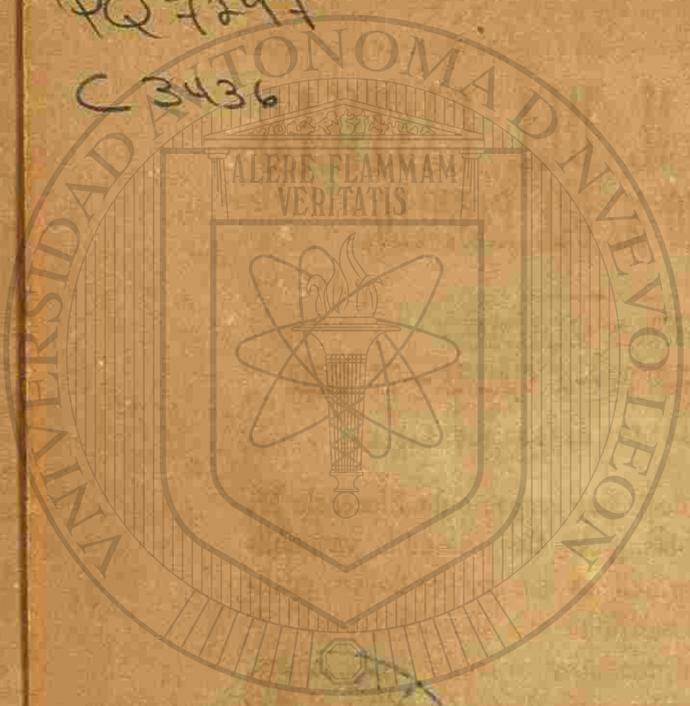
86116

33246

M 863
C.

PQ 7297

C 3436



FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

ALGUNOS RASGOS BIOGRÁFICOS.—SU CARÁCTER.—SUS OBRAS.

Lo que podamos decir hoy respecto de Florencio M. del Castillo será bien poco, después de lo ya publicado en varios periódicos, con motivo de sus cualidades personales y el mérito de sus obras literarias.

Nuestro objeto aquí, mas bien se reduce á emprender, en un corto espacio, el bosquejo de un jóven con el candor, la nobleza y la bondad de un niño que, como era natural en tales condiciones, pasó el valle de la vida en la amargura, pero no en el desencanto, buscando y hallando constantemente en los brazos de la tristeza, de la virtud y de la pura y buena religion, los consuelos que parecían negarle la suerte caprichosa y la sociedad positivista en que vivió, bien pocos años por cierto, y tal vez por su fortuna.

Estamos absolutamente seguros de que al leer estas líneas, no habrá uno solo de sus amigos ó de las perso-

nas que le estimaron, que no recuerden con dulce cariño y con noble envidia, aquella alma buena, generosa y sin hiel, á la que no pudieron envenenar ni las amarguras de la vida, ni las decepciones del mundo.



Si por el año de 1856 cualquiera de nuestros lectores se hubiese asomado á un cuarto alto de la casa número 3 de la calle de San Juan de Letran, habria visto, la mayor parte de las tardes de la semana, el cuadro siguiente:

Al rededor de una mesa casi cubierta de periódicos, libros y folletos, se veian á cuatro jóvenes, de los cuales el mayor de ellos sin duda, pues parecia tener 27 años, era blanco, con una frente anchísima coronada de muy rubios y rizados cabellos; con los ojos azules, pequeños y de una viveza extraordinaria; fácil y jovial en la palabra, y con un traje decente y aseado, pero sin revelar la menor afectacion. Era el sentido y dulce poeta Francisco Gonzalez Bocanegra, bardo de alma entusiasta y generosa á quien sus amigos llamaban el *Cantor de Elisa*.

Al lado de este, hojeaba un libro otro jóven de tez ligeramente rosada, de facciones casi femeniles; pero con las cuales contrastaba su aspecto grave, su frente rugosa, su mirada varonil y la inmovilidad de sus delgados labios que apenas sombreaba un ligero bozo, negro como su riza y negra cabellera. Este jóven, vestido con delicada elegancia y que tenia la concentrada gravedad de un inglés, era el severo y desencantado poeta Márcos Arróniz, que hablaba muy poco aún entre sus amigos, que le llamaban Byron, no porque le equiparasen jamas con el

gran poeta, sino por la admiracion que Arróniz conservó siempre por el autor del *D. Juan*, uno de cuyos cantos tradujo. Cuando mas tarde Arróniz se hizo soldado batiéndose valientemente en los campos de Ocotlan, nuestro amigo Francisco Zareo con su gracia delicada y al ver á aquel jóven fino, ataviado con los arreos del soldado, le llamaba *La doncella de Orleans*, frase que hacia á Arróniz francir mas aún el entrecejo.

El tercero de nuestros jóvenes escribia llenando cuartillas de papel con una velocidad increíble, si bien era cierto que él mismo no lograba algunas veces leer lo que habia querido escribir.

Este jóven era de alta estatura, delgado y muy pálido; el cabello largo y enteramente lacio; tan pronto se le veía arrugar la frente, como se oia salir una franca risa de sus labios un poco gruesos y sombreados por un escasísimo bigote, ó dirigir alguna mirada vaga por debajo de sus anteojos. Vestia siempre de negro, llevando constantemente abotonada la clásica casaca, *fiel compañera de sus fatalidades*, segun él mismo decia, y no sabremos decir si habia mas desorden en su traje descuidado ó en aquella cabellera reñida á muerte, como las ideas de su dueño, contra todas las tiranías y contra todas las pomadas y cosméticos. Este jóven tenia constantemente á su lado una taza, que alimentaba una gran cafetera, dando tres ó cuatro sorbos del aromático líquido, por cada cuartilla de papel que despachaba; y ya fuese por no hallar la palabra que buscaba, con la celeridad deseada, ó ya que sus amigos le impacientasen con su risa y su algazara, nuestro jóven golpeaba la mesa furioso y gritando: ¡Idos

con tres mil satanases al infierno, que me estais fastidiando.....! ¡Diablo! ¡y os habeis tomado todo mi café.....!

Una careajada de sus amigos contestaba aquellos votos; pues por lo que hacia al café, él solo le habia agotado. Seguía pues escribiendo y trabajando en medio de las chanzas que por cariño le dirigian sus amigos; contestaba alguna extravagancia siempre graciosa que hacia reir hasta cansarse á sus compañeros, y despues de un rato de silencio llevaba la mano al bolsillo de su chaleco, donde generalmente nada encontraba, y se dirigia á sus amigos diciendo: «Si quereis que algun dia la gloria cuente que dábaís café al *Génio*, * enviad y que se le traigan.»

Sus amigos muchas veces se rehusaban á obsequiar su deseo sabiendo que el exceso con que tomaba el café le perjudicaba, y entónces él les decia: «¡Sois unos brutos, incapaces siquiera de comprender las altas virtudes de esa semilla prodigiosa! Cuéntase, pues, que el buen rey de los Salmos le tomaba á discrecion, y aun parece ser, que el *Super flumina*, brotó á los vapores de una riquísima taza del delicioso *Moka*. ¡Pero vosotros sois unos animales! Y luego agregaba: Celebremos, pues, una transaccion; compradme dulces y os ofrezco que dentro de cinco minutos está terminado el *bicho* y nos saldremos á pasear. Ayudad pues, tomad ese tomo y traducid algunas páginas para el folletin.»

El jóven de que acabamos de hablar y que esto decia, era Florencio M. del Castillo, cuyos rasgos físicos mas característicos hemos querido bosquejar.

En efecto, sus tres amigos, pues no habiamos hablado

* Así le llamaban sus amigos.

del tercero que es el que escribe estas líneas, nos poniamos á traducir alguna novela para el periódico, y ya se habrá comprendido que esta escena pasaba, en la redaccion del «*Monitor Republicano*,» del cual Florencio del Castillo fué por mucho tiempo uno de los redactores.

Terminado, pues, *el bicho*, como en su estilo humorístico llamaba Florencio al periódico, saliamos los cuatro amigos á recorrer las calles ó á sentarnos en una banca de la Alameda, donde generalmente las frases oportunas, raras y graciosas de Castillo nos hacian pasar horas agradables, terminando siempre por hablar ó discurrir larguísimos ratos sobre literatura, nuestra pasion favorita. Cuando Florencio estaba fastidiado era seguro que le affigia algo grave; porque para él lo era la falta del cumplimiento de un capricho pueril: seguramente que habria puesto en las manos de su adorada madre toda su quincena, y tenia necesidad de algun libro nuevo, de un poco de café ó de algunos dulces; pero el disgusto de estas privaciones desaparecia para Florencio, en el momento de pensar que su madre tenia algunos dineros; tal idea le hacia enteramente feliz y entónces reia contento.

Alguna vez sucedió que Florencio estaba triste; é interrogado por sus amigos contestaba: «¡Qué diablos! figuraos que mañana es el santo de mi *Angelus* y no hay dineros para comprarle flores..... Cuotizaos, pues, y mandemos hacer un magnífico ramo en el jardín de San Francisco!»

Así se verificaba, que ya en otra vez varios amigos nos habiamos cuotizado para que se cortase el pelo uno de los nuestros, que mas tarde fué el honor de la prensa, de la tribuna y de la literatura nacional.

Y esto pasaba, no porque nosotros fuésemos mas ricos que Castillo, no; sino que él todo el fruto de su trabajo lo dedicaba á su madre y para los pobres, en obsequio de los cuales se deshacia gustoso de la peseta destinada á sus dulces, á las flores para su amada ó á el café, su néctar preferido.

Hemos querido describir las escenas anteriores, porque ellas dan alguna idea del carácter, la sencillez y bondad casi infantiles de Florencio Castillo, que verdaderamente se lanzaba al mundo,

Con pasos de hombre y corazon de niño.

De no ser con los amigos de quienes acabamos de hablar ó de alguno otro, pues eran bien pocos los que le conocimos, en lo general se le veia solo, distraido y pensativo; cunecando al caminar y envuelto en un abrigo, que él llamaba su *gamanduz histórico*, puesto que habia sido el compañero en su primera historia de amor; historia de un amor que debió ser puro y desgraciado, como lo fué la buena alma que le habia concebido.

En Florencio la primera y mas bella dote, como purísima emanacion del cielo, era la adoracion constante que tenia para su madre, así como su amor inmenso para el hermano y la familia. Se comprende, pues, que con tales cualidades, aquella alma tenia que estar dotada de una bondad y de una sensibilidad muy delicadas. Así era, y así se revela en cada una de esas líneas empapadas en amor y caridad, iluminadas por la esperanza del cielo, y regadas por ese maná dulce que robustece el espíritu y que se llama la sana y buena moral.

Exaltado en sus ideas de patriotismo y libertad, la

prensa periodística le vió siempre valiente y uno de sus primeros soldados; como hombre de vasta lectura y excelente instruccion se le oia siempre con gusto; y como amigo, supo hacer de los suyos verdaderos hermanos, pues así le querian los pocos á quienes daba tan hermoso nombre. Pero de ese pequeño círculo, bien pronto tuvimos que lamentar pérdidas bien sensibles. Márcos Arróniz, el poeta mártir, á quien como al Tasso se encerró en un hospital de dementes, en cuya terrible morada nosotros le acompañábamos algunas horas ayudándole á traducir algunas poesías de Byron, para endulzar su amarguísima suerte; Arróniz decíamos, moria solo y miserable á manos de cobardes asesinos en el camino de Puebla, donde se encontró su cadáver lacerado por varias puñaladas..... Poco despues y cuando Florencio todavía lloraba á otro de sus mejores amigos y casi su discípulo en literatura, á Juan Diaz Covarrubias, el poeta-niño asesinado cobardemente por una camada de asquerosos y sanguinarios tigres, Florencio, pues, tuvo que lamentar tambien la pérdida de Gonzalez Bocanegra, víctima de nuestras luchas fraticidas y sus odios políticos, que moria oculto en 1861, con la amargura de separarse para siempre de una esposa joven, bella y adorada, dejando tambien en la orfandad á tres hijas del alma.

Estos golpes afectaron profundamente á Florencio, á quien oimos exclamar recordando la muerte de sus amigos: «No será mi fin mas lisonjero.....»

Tal vez nuestro pobre amigo presentia su terrible destino.

Fijados ya algunos rasgos sobre el carácter de nuestro

novelista, pasemos á dar algunas noticias sobre la corta historia de su vida.

* * *

El Sr. D. Demetrio del Castillo, oriundo de Costa Rica, llegó á nuestra República en union de su hermano el Sr. D. Florencio, que fué canónigo de la catedral de Oaxaca y despues su obispo electo y gobernador de la mitra. El Sr. D. Demetrio, abogado notable por sus talentos y honradez, ocupó puestos muy distinguidos en dicha ciudad, donde fué magistrado, pasando despues á esta capital, en la que figuró como diputado y senador, habiendo venido á ella acompañado de su virtuosa y excelente esposa la Sra. Doña Francisca Velasco. De este matrimonio nació el 27 de Noviembre de 1828, en México, nuestro escritor Florencio María del Castillo.

Apenas terminada su primera educacion, el señor su padre, que habia conocido la clara y precoz inteligencia del niño, y ademas su índole apacible y dócil, procuró fomentar sus aptitudes y le colocó en el Colegio de San Ildefonso, donde hizo sus estudios de filosofía. Por esta época sobrevino la muerte del Sr. D. Demetrio, padre de Florencio, cuando este solo contaba doce años, pues era el de 1840, y ya se verá que muy temprano comenzaron para Florencio los grandes dolores de la vida. Ya en tan corta edad revelaba su gran aficion á las letras, pues ocupaba sus ratos de ocio en escribir novelitas que ponía en pequeñitos libros, que él mismo cosía y encuadernaba, dedicándose con gran empeño á la lectura de obras de

masiado serias é interesantes para su edad, pero las cuales él estudiaba y meditaba.

El cielo quiso que á falta del padre, quedase á Florencio su hermano mayor, el Sr. D. José María del Castillo Velasco, hoy ministro de Gobernacion, y cuyos notables talentos como jurisconsulto y como publicista son tan conocidos en la República; este pues, desde ese momento, aunque demasiado jóven, fué el apoyo y director tierno y cuidadoso de su menor hermano Florencio.

Poco despues este comenzó sus estudios de medicina, pues que sentia cierta repugnancia por las carreras de la milicia y del foro. Mas como con su edad creciese su extraordinaria inclinacion por las bellas letras, los estudios médicos llegaron al fin á cansarle; porque aquella organizacion demasiado nerviosa, y aquella alma exquisitamente sensible é impresionable, no era posible que se aviniese á tales estudios, en el momento en que llegasen á su penosa y tristísima práctica. De lo que en esta pudiera sufrir Florencio, se podrá tener una idea al leer lo que él escribió con el título de *Dos horas en el hospital de San Andrés*. Ademas de lo dicho, creemos que los siguientes párrafos que copiamos de una carta íntima que se nos ha facilitado por una persona de la familia de Castillo, dan alguna idea de los motivos que hicieron su carácter retraido y sombrío, apartándole tambien de la carrera científica que habia emprendido.

«Cuando comencé á estudiar tenia yo diez años, y desde entónces comenzaron mis mas acerbos y mas punzantes dolores.—¿Sabe vd. por qué? Porque tenia una alma cándida y vírgen, porque no era fuerte ni perverso. He

aquí lo que sirvió para formar mi carácter triste y sombrío.

«Por mucho tiempo ví que mis compañeros reían de mis tiernas confianzas: luego noté que procuraban sacar de mí el provecho que podían, pero sin asociarme jamás á sus placeres, complaciéndose en ajarme con sus sarcasmos.

«¡Oh! acaso le parecerán á vd. una niñería estos renglones, y sin embargo, yo no recuerdo sino con tristeza esas penas de niño tan insignificantes para los demás, pero tan crueles para mí.—Yo necesitaba el amor para vivir, como las plantas necesitan el sol. Cuando ví que así era tratado por mis compañeros, perdí el valor con que había comenzado mis estudios. Temeroso de las burlas no volví á comunicar á nadie mis sensaciones, y de día, en día me aislaba más y más, hasta que bien pronto llegué á estar solo, enteramente solo. Entonces yo para vivir tuve que formarme un mundo aparte; que crearme seres buenos que me comprendiesen; pero que solo existían en mi cerebro..... Entonces para consolarme tenía que entregarme á mis delirios..... ¡oh! tal modo de ser hubiera sido una felicidad, si ella no me hiciera aborrecer la sociedad de los hombres, hasta el grado de que mis compañeros al verme adusto y sombrío me llamasen, *loco*..... Loco, porque me complacía en formarme un mundo de ilusiones que me hacían luego más amarga y triste la fría realidad.

«Así corrieron mis primeros años; años felices, porque entonces aun tenía un padre que me adoraba, llenando todos mis deseos..... Pero bien pronto la muerte debía arrebatármelo.....

«Era el lunes 3 de Agosto de 1840, á las ocho de la mañana, cuando quedaba abandonado en el mundo.....

«Tenía yo doce años entonces.

«Había días en que yo tenía esperanzas de encontrar un ángel, y entonces mis pensamientos y mis acciones tenían un sello de pureza y bondad, porque me parecía que debía conservarme bueno y puro para merecer el cariño de mi ángel.»

Así hablaba Florencio á una mujer á quien amaba y á la que abría todo entero su cándido corazón, contándole sus ilusiones y sus penas. Sus decepciones de colegio predispusieron su ánimo á ciertos estudios y por consecuencia, abandonó decididamente la medicina, dedicándose al cultivo de la literatura, que era sin duda á la que le llevaban su genio y una vocación decidida.

«Desde ese momento algunos buenos artículos del muy joven escritor, publicados ya en los periódicos de literatura ó políticos de la época, llamaron la atención del público y de los escritores mexicanos, así como sus pequeñas novelas, que bien pronto le dieron á conocer, granjeándole con generalidad el cariño y la estimación, no solo de sus amigos y de los aficionados á las bellas letras, sino de todas las personas amantes de la virtud y de la bondad.

«Por el año de 856 las grandes ideas de reforma iniciadas con anterioridad, aparecieron armadas y amenazantes conmoviendo á la prensa y al espíritu del país entero; y, como era natural en un hombre que guardaba una alma noble, patriota y amante de la justicia, del progreso y de

la humanidad, Florencio se lanzó de plano á la política y á las mas exaltadas controversias de la prensa, de cuyo torbellino ni quiso ni hubiera podido salvarse.

Después del golpe de Estado, en Diciembre de 857, dado por el Presidente Comonfort, y en la época llamada de la Reaccion, nuestro novelista fué tenazmente perseguido por la policía con motivo de sus trabajos y sus escritos políticos, y después de una muy dura prision en un cuartel, se le confinó al Molino Blanco.

De esta época hasta la desgraciada muerte de nuestro amigo Florencio del Castillo, nos permitirán nuestros lectores que cedamos la palabra al elocuente y elegante narrador Ignacio Altamirano, en lo cual sin duda que ellos y este humilde artículo mucho habrán ganado.

Escuchémosle, pues:

«Hemos dicho que los estudios literarios eran la ocupacion favorita de Florencio; pero aun entre estos habia algunos que amaba con predileccion: tales eran, la fisiología y las obras de los moralistas. Tambien dedicó no pocos dias á la historia de su país, y escribió un breve compendio de la historia antigua de México, que se recomienda por su belleza de estilo y por sus buenas apreciaciones.

«A pesar de que sus escritos se distinguen por un tono sentimental y melancólico, ¡cosa rara! Florencio se interrumpia á veces para escribir algunas composiciones jocosas, chispeantes de gracia, inimitables, que andan esparcidas en algunos periódicos y calendarios. Varios de sus amigos pensábamos que este género era su fuerte, y que en él hubiera podido brillar de una manera notable; pero

cuando soliamos decírselo á Florencio, movia él la cabeza y nos decia «No, yo no puedo escribir con la risa en los labios, yo soy el traductor de los dolores del pueblo; yo sufro con sus penas, y toda alma que padece simpatiza con la mia, que tiene una extraña predisposicion á la tristeza.»

«Y así era en efecto: aunque Florencio pertenecia á esa familia de *Bohemios* de la literatura, que generalmente apuran todos los sufrimientos de la vida, no podia llamarse realmente desgraciado; y si alguna vez se tenia por tal, era porque las aspiraciones de una alma privilegiada como la suya, encuentran mil contrariedades en un mundo donde todo es fria realidad y repugnante pequeñez.

«La imaginacion de los poetas, su modo de sentir diverso que el del comun del vulgo, les hace correr en pos de un ideal sublime, que se rompe y desbarata al tocar la realidad, teniendo igual suerte que el *Ixion* de la fábula que, al precipitarse en los brazos de su soñada diosa, no encontró mas que nube y mentira.

«Florencio debió sufrir mucho, porque no solo era un poeta, sino un amigo de la humanidad; un liberal sincero y un patriota entusiasta. Soñaba con lo bello, deseaba la mejora y el progreso en las clases que sufren, ansiaba el engrandecimiento de México, y combatió siempre con todas sus fuerzas por conseguir que se practicasen en nuestro pueblo las grandes ideas de libertad, únicas que hacen felices á las naciones.

«Era entónces el tiempo de la lucha; tiempo tempestuoso y terrible en que el furor de los partidos se disputaba el poder, y con él la dominacion de las antiguas ideas ó

de las nuevas, por cuyo planteamiento luchaban los demócratas, entre los cuales se contaba Castillo.

«Entonces el periodismo era un campo de batalla en que los adalides enarbolaban la bandera que debía ser defendida después por la espada de los guerreros; la polémica no era más que el prólogo del combate, y el protagonista sellaba muy pronto sus ideas derramando su sangre frente á los cañones enemigos, y en los cadalsos, ó perdiendo la libertad en las oscuras prisiones en que el odio procuraba sepultar el talento.

«Florencio fué periodista: tal vez al principio aceptó esta ocupación como un medio de proporcionarse recursos para vivir, bien mezquino por cierto en nuestro país; pero más tarde hizo del periodismo un arma, y fué combatiente en favor de sus principios. Esto, como era natural, le acarreó grandes persecuciones y sinsabores. El partido enemigo le encarceló varias veces y le desterró otras, haciéndole sufrir todas las angustias de la miseria. Hubo una ocasión en que por una miserable cuestión periodística se vió obligado él, cuyo carácter era tan dulce, á aceptar los peligros de un duelo, tanto más sensible, cuanto que se ponía frente á frente de otro escritor distinguido y por mil razones apreciable. * En cambio también se hizo digno, por sus servicios y por sus trabajos en la prensa, de ser nombrado miembro de varias sociedades literarias, regidor y últimamente diputado al Congreso de la Unión; ** pero no debemos omitir que á pesar de tales distinciones, Florencio ni por un instante dejó de ser aquel

* D. Félix M. Escalante.

** Perteneció á los Ayuntamientos de 1857 y 1861, habiendo sido presiden-

jóven modesto, humilde y lleno de abnegación que habíamos conocido.

«Vino la guerra de intervención: Florencio salió de México con su hermano el Sr. Lic. Castillo Velasco, para prestar sus servicios á la santa causa de la patria; pero á los pocos meses faltaron los recursos á los dos hermanos, y Florencio quiso venir á México para vender una casa, su única riqueza, que había comenzado á edificar, privándose literalmente hasta de los alimentos, con mil afanes, con sacrificios tan dolorosos como ignorados. La venta era difícil, los días pasaban, la pobreza iba en aumento; debía, para completarse la obra, venir la prisión y luego el destierro.

«El día 2 de Agosto de 1863, una partida de zuavos, dirigida por un esbirro mexicano, vino á sacar á Florencio de su casa, á arrebatarse á su jóven esposa, ídolo de aquella alma de niño, y á sus pequeños hijos, que eran su delicia. Se le encerró en un calabozo, se le puso incomunicado, y se hizo uso con él de todo ese refinamiento de barbarie que empleaban los invasores con nuestros patriotas prisioneros.

«A los pocos días se le notificó que debía salir de México para ser confinado en el Castillo de Ulúa, y se permitió á su familia despedirse de él. ¡Ay! ¡aquella despedida debía ser eterna! Se nos ha referido con este motivo un episodio tiernísimo, y que aunque pertenece á la intimidad de familia, queremos hacer conocer á nuestros lectores. La anciana madre y los hermanos de Florencio

te del segundo, y diputado por el Distrito en dos legislaturas; en una como suplente y como propietario en la otra, de 1861 á 1862.—L. G. O.

le llevaron á la prision algunos escasos recursos pecuniarios y ropa. El mas pequeño de los hijos del señor Lic. Castillo Velasco, que tenia cuatro años entónces, abrazó llorando á Florencio, y le dijo:—«Tio, yo no tengo mas que esto, tómelo vd.»—y le alargó una pequeña moneda de plata, que Florencio recibió ahogándose de emocion.

«Despues partió para Ulúa: á poco enfermó allí del vómito. Los *civilizados* franceses no le permitieron ir al hospital de Veracruz sino en los momentos de la agonía. Al embarcarse en el bote que le llevaba á la plaza, se despidió de Fernando Sort, su compañero de prision, le hizo sus últimos encargos, y luego, entregándole algunos retratos de familia, le dió la monedita del niño, que habia conservado como una reliquia, encargándole mucho que la entregara en México á su familia.

«Todo eso carece de interes para las almas vulgares y mezquinas, mas para los que hemos amado á Florencio y para los que respetamos hasta la última palabra de nuestros patriotas y de nuestros mártires, esta narracion debe ser recogida y regada con las lágrimas de la fraternidad.

«Florencio murió en el hospital de Veracruz, solo, completamente solo. Su cadáver, envuelto en una sábana, fué arrojado en el cementerio, y nunca ha podido averiguar su familia donde está sepultado.*

«Allí se perdió aquel hombre modesto, adornado de tantas virtudes, dotado de elevada inteligencia y animado por un patriotismo sin tacha, que le hizo preferir la muerte á renegar de su fé política.

«Debemos á la invasion francesa, entre tantas desgra-

* Florencio murió el 27 de Octubre de 1863.—L. G. O.

cias que nos harán siempre odiarla y maldecirla, la pérdida de ese jóven é insigne escritor que era una de las mas bellas esperanzas de la patria, un ornamento de la literatura, un modelo de amigos y un tesoro para la sociedad. Las cenizas de ese mártir ilustre yacen hoy ocultas bajo la tierra de un cementerio humilde; pero su bendita memoria tendrá siempre un santuario en el alma de los que respetan la virtud, de los que aman las bellas letras y de los que sienten arder en su corazon la llama del patriotismo.»

* * *

Sobre la apreciacion de las obras literarias de Florencio, nuestra incapacidad y el muy estrecho vínculo de cariño que nos unió al novelista cierran nuestros labios; que ademas, nunca podria decir nada que pudiera tener algun valor al lado de los juicios emitidos por Francisco Zarco en 1854, y por Altamirano en 1869, cuyos artículos ponemos en seguida; comenzando por el de Zarco escrito con motivo de la publicacion de la novela de Castillo titulada: *Hermana de los Angeles*.

El nombre del jóven Florencio María del Castillo se ha dado á conocer en estos últimos años en nuestro estrecho mundo literario; prometia desde sus primeros ensayos abrir una nueva senda en los estudios morales, aunque lleno de reminiscencias fisiológicas, aunque hábil en sus descripciones físicas, aunque lleno de consideraciones sobre las ciencias materiales, sobre esas cuestiones de organismo que parecen hacer de la virtud y del vicio una cuestion de temperamento: nosotros creimos descubrir en sus primeras no-

velas que descendía á todas esas regiones tristes en que no se ve mas que la materia, para elevarse con vuelo mas atrevido á las regiones etéreas del alma. Sabia profundizar los misterios íntimos del corazón, observar el desarrollo de las pasiones, sus causas, sus efectos; su amargura al encontrarse con ciertas llagas sociales no tomaba el tinte sombrío de la desesperación; en sus pinturas mas melancólicas del infortunio, había siempre algun encanto, algun colorido apacible que las llenaba de luz..... Se descubria que el escritor no había perdido la fé, y que por cruel que á veces le fuera el estudio de la sociedad y del hombre, entreveía siempre una vida mejor, y aspiraba á hallar la senda que condujera á la perfectibilidad del espíritu.....

«Entonces se notó que su estilo era un tanto desaliñado, que no cuidaba mucho de la expresion, y que faltaba á sus obras ese pulimento de lenguaje que les da cierto brillo. En cambio tenían esa frescura, ese vigor de las obras juveniles, que son en los escritos como el perfume en las flores y que tienen un mágico encanto para los jóvenes.

«Castillo, como todos los que cultivan las letras en México, ha tenido que gastar parte de la actividad de su inteligencia en el periodismo, en esa vorágine que parece consumir y debilitar el espíritu; ha tenido que emplear el tiempo en hacer traducciones, dejando de producir obras originales, y ha tenido tambien que sufrir y resignarse á ese desden con que el vulgo paga los esfuerzos y el trabajo del que hace profesion de escritor.

«Pero á pesar de todo, el jóven novelista no ha perdi-

do nada de su creadora actividad; parece, por el contrario, haber recurrido á fuentes perennes de consuelo, reanimar todas sus creencias, guardar el tesoro de su espiritualismo, y perdonando al mundo su desden, ofrecerle páginas que serán un bálsamo para los que sufren; páginas impregnadas de fé y de esperanza, páginas que hacen pensar profundamente, que conmueven, que abren al espíritu un ancho campo de consoladoras reflexiones, y que por lo mismo están acaso fuera de la diseccion fria y analítica del crítico.—Nosotros á lo ménos hemos leído en este momento la *Hermana de los Angeles*, y esta produccion nos ha parecido tan espiritual, tan etérea, tan metafísica, que no nos atrevemos á desleir la profunda impresion que nos ha causado su lectura.

«Debemos sin embargo llamar la atencion de nuestros lectores hácia una produccion demasiado notable, y que, sea dicho sin herir susceptibilidades, se eleva un poco sobre lo que día á día produce nuestra literatura, porque se aparta de esas formas de belleza superficial que consisten mas en lo sonoro de nuestro idioma, que en la verdad y riqueza de las ideas; porque se aleja de ese materialismo, y se desprende de esa lánguida voluptuosidad en que parecen adormecidos nuestros poetas líricos; porque es altamente filosófico y moral, porque no es el parto de un instante fugitivo de inspiracion, sino el fruto del estudio y de la meditacion; porque no es una queja amarga de los males de la vida; porque en fin, tiende á corregir, á purificar las pasiones, y habla á los hombres de Dios, del cielo, de los inmensos tesoros que guardan en su alma, y de los que parecen olvidarse cuando se entregan á placeres de

un instante, cuando reniegan despues de la existencia, sin saber que en sí mismos, en su sensibilidad, en su inteligencia, tienen el alivio de sus males.

«Búsqense estas tendencias en las producciones de nuestra naciente literatura, y apenas en uno que otro se encontrará el deseo de ser útil á la humanidad, en vez de la sed de conquistar precoz celebridad.

«A pesar de todo, la forma, el lenguaje, el estilo de la última obra de Castillo, la harán parecer á muchos demasiado metafísica, demasiado abstracta. Para nosotros en esto consiste gran parte de su mérito. Es grato encontrar libros que sepan arrancarnos de esta vida positiva y tediosa de las grandes capitales, para llevarnos á las regiones de las quimeras, de las visiones, si gustais; pero que algo valen para los espíritus que pueden comprenderlas y que aman esa riqueza de las ideas abstractas y de las consideraciones acerca del espíritu, de lo imperecedero que hay en el hombre.

«¿Qué importa que la *Hermana de los Angeles* no esté de pronto llamada á esa popularidad ruidosa, pero efímera que pasa, dejando el lugar al olvido, si dice algo á los que sufren, si consuela á los que dudan.....? Los libros todos que han estudiado el alma, Kempis, Zimmerman, &c., no descienden nunca hasta el vulgo, pero viven eternamente entre las inteligencias superiores.

«En estos tiempos de *mejoras materiales*, en que se habla de negocios y es casi ridículo en buena sociedad hablar de pasiones y sentimientos; en estos tiempos en que se quiere que las cuestiones de bienestar material sofiquen, compriman todas las aspiraciones nobles y caigan

sobre la política, sobre la metafísica, sobre el arte, es raro que un jóven venga á hablarnos de amor, y solo de amor, ¡y de qué amor! de amor espiritual, de amor platónico, de almas hermanas..... ¡Visiones! ¡Ilusiones! ¡Ah! no; Castillo ha recogido en un pequeño volúmen toda la esencia de las doctrinas espiritualistas, que han hecho del amor una cosa santa, doctrinas que se han transmitido desde los primeros siglos del mundo hasta nuestros días, y que no se extinguirán jamas, porque hay ciertas revelaciones íntimas, misteriosas, que no necesitan pruebas..... La aspiracion constante del alma, el sentimiento, son argumentos incontrastables, mas poderosos que todas las razones que acumulan los que se empeñan en sostener que el hombre no es mas que el mas perfecto de los seres del reino animal.

«Aquel amor de Platon, en que una alma es mitad de otra alma; aquel amor que tiene tanto de divino y que es la perfeccion del hombre de que hablan los apóstoles y los santos padres, aquel amor, union estrecha de almas humanas, creadas la una para la otra, que se encuentran en los escritos de varios filósofos alemanes; tal es lo que llena el libro de Castillo; pero no explicado en teoría, sino puesto en práctica, animado tan dramáticamente como puede serlo aquello en que apenas toman parte los sentidos. El autor presenta reflexiones nuevas é interesantes, pensamientos llenos de delicadeza, profundas observaciones morales; gustando de elevarse á las regiones del espíritu, se conoce que le cansa descender á las descripciones de sus personajes, que está de prisa cuando se ocupa de esos detalles, y que desea solo poder volver al estu

dio de sus almas. Con razon dice él mismo de su libro: «Historia por cierto difícil de narrarse, donde una mirada es una peripecia, una palabra una crisis,» y aun esto parece materializar demasiado la historia de las tres almas que nos ha contado el novelista.

«El nos ha pintado á la mujer mas susceptible que el hombre de amor espiritual. Rafaela «con esa voz que mas bien parece exhalarse cual un perfume del corazon que salir de los labios,» con su amor que es para ella casi una religion, con su resignacion al infortunio de su amante, con su dolor al verlo ciego, con su ansiedad por que alcance la gloria del artista al hacer oír su violin, con su amistad purísima á Lorenzo, con sus celos, que á pesar de su horror no llenan de odio á su corazon, siempre dispuesto á perdonar, es una creacion bellísima, poética, acabada..... que bien merece el nombre de *Hermana de los Angeles*. Es cierto que sufre y padece; pero hay en ella algo angélico y luminoso que la hace superior al dolor; sus aspiraciones se dirigen al cielo.....

«En Manuel, el esposo de Rafaela, el pobre ciego, el sensible violinista, el autor ha querido personificar la lucha del espíritu con la materia, del amor espiritual con el sensual; el ciego sucumbe y es víctima de su debilidad..... Empieza á decaer, no desde que busca voluptuosidad y deleite, sino desde que cede á la exigencia del mundo profanando su genio, su inspiracion, su violin..... He aquí esta historia de la degeneracion del arte:

«..... apareció Manuel ante el público como una notabilidad, y su estilo nuevo y original causó una sensacion profunda, cosa harto rara en México, donde el mérito y

el talento de los hijos del país es mirado con la mas cruel indiferencia.

«El ciego llegó á convertirse en el ídolo de la moda. Su violin era un instrumento encantado que avasallaba los corazones, que iniciava aún á los mas frios en los placeres del cielo, anegándolos, por decirlo así, en las melodías mas tiernas, mas sentidas, mas llenas de unción; eran notas aprendidas del murmurio de las brisas; eran pensamientos de amor traducidos en el idioma de los ángeles.

«Semejante música abria un horizonte nuevo de sensaciones é ideas á los que la escuchaban; pero por desgracia era muy delicada para los oídos sensuales de la multitud. Pagaron con aplausos el mérito del artista; pero exigieron que descendiera hasta su nivel. He aquí cómo el ciego fué arrancado de la esfera en que vivía para venir á respirar la pesada y deletérea atmósfera en que se agitan sus oyentes.

«El corazon del pobre músico, tranquilo y feliz hasta entónces, resintió aquel nuevo género de vida y se encogió; empezó á perder su antigua confianza y fué adquiriendo poco á poco una sensibilidad enfermiza.

«A los pocos meses una alma delicada hubiera podido percibir cierta degeneracion en la música del ciego: se habia humanizado.

«Yo creo que en la música puede hacerse una division entre esa parte noble y elevada del arte que conmueve dulcemente el alma y la hace gozar olvidándose de sí misma; y esa otra puramente material, que tiene influencia tan solo sobre los nervios; entre aquella que traduce las impresiones de un sér que se aísla, que se desprende de

la tierra, y entre la que agita y pone en movimiento á la multitud frívola de un baile; entre la que se eleva como una mística y santa oracion, y la que se arrastra por la tierra como una vibracion de placer.

«Cuando Manuel hubo llegado á este punto, entónces fué cuando la sociedad lo comprendió. Pero esa música, que ántes era un bálsamo divino para sus dolores, una luz misteriosa que iluminaba su corazon, un idioma claro y simpático de sus sentimientos, en medio de la multitud se convirtió en un excitante extraño que lo llenaba de confusion, en un eco de pasiones y placeres que no comprendía.....»

«El ciego, entregado á excitaciones contrarias, experimentaba la necesidad fatal de la embriaguez; caido de su antigua elevacion, sentia un vacío en sus sensaciones y buscaba aquellos sentimientos que podian aturdirlo.

«Siempre que encontramos en el mundo uno de esos espíritus elevados en el artista, en el poeta, en la mujer que sin escribir tiene la poesía en el corazon, tememos que el contacto del mundo produzca esta fatal degeneracion..... Por hacerse comprender, por ser aplaudidos, se dejan llevar de una corriente fatal..... y se humanizan demasiado.....»

«Manuel luchó consigo mismo; pero le faltaron las fuerzas, dejó que su sangre se abrasara en el fuego del sensualismo, se olvidó del amor delicado de Rafaela, sintió á un mismo tiempo sus dos amores hasta el punto de pensar un instante que tenia dos corazones; pero al fin cedió..... Se entregó á la vida de los sentidos, á las fiestas, á los deleites, á las orgías..... y se quedó solo, aislado, consu-

mido por el tédio y por el arrepentimiento..... Pero se arrepintió de sus faltas, santo es el remordimiento, y fué á recoger el perdon de Rafaela, de Rafaela que pobre y abandonada moria en la miseria....»

«Castillo ha ennoblecido el arrepentimiento, lo ha presentado casi como un medio de reparar la debilidad humana; y al fin de su libro nos dice que comenzó para Manuel la nueva vida..... Esto nos hace esperar otro libro en que enseñe lo que debe ser la expiacion.

«Junto á estas dos figuras hay una envuelta en claro-oscuro, un poco desvanecida. Lorenzo, amigo de Manuel, lo ama á él y á Rafaela; la amistad es en su alma algo superior á lo que es tal sentimiento en la generalidad de los hombres; ama á Rafaela porque ella ama á Manuel, siente celos, y sin embargo su amor es purísimo, inmaterial..... Comprendemos tal sentimiento; á veces uno mismo guarda ciertos afectos, sin dejarlos desarrollar para que no pierdan su pureza. La existencia de Lorenzo no nos parece imposible; en las almas sensibles se confunden todos los afectos y á veces el mismo amor que experimentan las hace privarse de los placeres del amor.—Lorenzo muere, y es olvidado por Manuel, mientras Rafaela guarda su memoria como la de un amigo.

«Quien ha creado la figura de Lorenzo, bien puede sondear los abismos del corazon humano.

«En esta novela abundan las pinturas de las situaciones morales; hay en toda ella algo vago, indefinido, vaporoso, y en esto está su encanto.—No puede, pues tener ese interes dramático de la novela histórica, ó de la que se ocupa demasiado de peligros puramente físicos.

«La historia poética y misteriosa de tres almas. El contraste de la pureza y felicidad del amor espiritual, con el desaliento, el tédio y la amargura del sensualismo. La sublimidad del perdón. La rehabilitación del arrepentimiento. He aquí todo el asunto que Castillo ha tratado hábilmente en la *Hermana de los Angeles*.

«Su estilo es correcto y tan vigoroso como puede ser el idioma humano cuando intenta expresar los arcanos del corazón. Hay ideas poéticas en sí mismas y que encuentran además la poesía de la expresión. Hay novedad y cierta fuerza de persuasión y de sentimiento que raciocina en todo lo que puede considerarse como desarrollo del espiritualismo, para hacer que el amor eleve las almas al cielo. Hay un fondo de creencias y de consoladora filosofía en toda la obra. Bien merece llamar la atención del público y promete por parte del autor óptimos frutos literarios.

«No hemos pretendido hacer un análisis de este libro, porque obras tan espirituales lo resisten, y no somos capaces de emprenderlo.

«Si Castillo es nuestro único novelista en la actualidad, sale de la senda trillada y eleva este género haciéndolo útil, filosófico, moral.

«Convenimos en que abunda en abstracciones y en consideraciones metafísicas que no están al alcance de todos. Consérvese á esa altura sin embargo, porque descender sería degenerar. Si escribiera novelas al gusto de la generalidad de los lectores que buscan en tales libros, pasto á una imaginación ociosa y desarreglada, sería tal vez más leído, pero entonces haría con su talento lo que hizo Ma-

nuel con su música; se humanizaría demasiado; se arrastraría siempre por la tierra, cuando ha tenido la fortuna de elevar su espíritu hasta el cielo.....

«Siga, pues, así la senda que ha comenzado. Reflexiones y sentimientos como los suyos tienen por precisión que desarmar á la crítica, pues un crítico conmovido, enternecido, no tiene fuerzas para censurar, para escudriñar en busca de lunares; se convierte en admirador, y aplaude.

«Nada vale nuestro voto; pero deseamos que el autor de la *Hermana de los Angeles* no deje la pluma, ni abandone el género que ha comenzado á cultivar. Producciones como la última que ha dado á luz, contribuirán á enriquecer nuestra literatura nacional.»

Hasta aquí el juicio de Zarco:

Veamos pues el de Altamirano, emitido después de diez años transcurridos.

«Florencio del Castillo es sin duda el novelista de más sentimiento que ha tenido México, y como era además un pensador profundo, estaba llamado á crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelación de su genio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar más, si la belleza acabada de los tipos, ó el estudio de los caracteres, ó la exquisita ternura que rebosa en sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, ó bien la elegancia y fluidez del estilo, ó la verdad de las descripciones, que son como fotografías de la vida en México.

«Cada una de sus heroínas es un ángel de bondad y de dulzura, porque Florencio pensó, y con razón, que para ha-

cer amar la virtud á la mujer, no era preciso calumniar ó condenar á esta, sino por el contrario, iluminarla con los rayos del sentimiento, poetizarla, hacerla divina. Así, en sus leyendas no se ve una sola de esas mujeres extraviadas, violentas, imperiosas, ulceradas por los vicios, y aborrecibles: ninguno de esos ejemplos de mujer maldiciente y procaz que van vertiendo por donde quiera el veneno de su corazón, y haciéndose semejantes á las víboras por la fetidez del aliento de su alma. No: Florencio era asaz delicado para levantar del lodo esos reptiles y mostrarlos á la sociedad, que hartó los conoce, y vuelve el rostro con repugnancia al encontrarlos.

«Las heroínas de Florencio son jóvenes virtuosas, apasionadas, melancólicas, con esa melancolía que hace llorar, y no aborrecer el mundo, con esa melancolía que da dulzura al alma de la mujer, como la blanda luz de la luna da un color suave á su semblante. Ellas aman, y sufren, y luchan, y lloran en silencio; pero jamás se desesperan, jamás se sublevarán contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdición. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignación y el dolor, pero dispuestas á abrirse para remontar al cielo. Florencio tampoco ha ido á buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra: no; quizás pensó que allí el lujo y el bienestar endurecen el corazón y solo despiertan los sentidos. Generalmente las encontró entre las clases pobres, entre las que sufren, entre las que no tienen más goces que los del amor casto y sincero. Así como estas mártires de la desigualdad social,

nos figuramos nosotros á aquellas mártires de la fé religiosa á quienes la admiración de los primeros cristianos colocó junto al trono de Dios en el cielo y sobre los altares en la tierra. Los perfiles que dió Florencio á sus vírgenes son los mismos que dió Rafael á las suyas idealizando el tipo moral, como este idealizó el tipo físico.

«Por lo demás, Florencio es un poeta en la extensión de la palabra; pero un poeta melancólico. Nadie como él supo, con sus novelas, conmover tanto y dejar una impresión de honda tristeza, porque ese es el carácter de su poesía. Sus leyendas no concluyen en matrimonios, ni en abrazos, ni en agradables sorpresas: todas ellas se desenlazan dolorosamente, como los poemas de Byron: pero diferenciándose del poeta inglés, en que la desdicha de sus héroes no produce desesperación ni deja en el alma las tinieblas de la duda, sino simplemente una tristeza resignada, porque Florencio no era excéptico.

«En ternura y en pasión, las novelas de Florencio pueden rivalizar con *Pablo y Virginia*; pueden rivalizar con *Werther*, llevando á este la ventaja de la moralidad; pueden compararse con *Graziella* ó con el *Rafael*, de Lamartine, aventajándoles también en el estudio social y en la intención, y por esta razón pueden compararse con algunas de las creaciones de Balzac.

«En esto no exageramos; otros más autorizados que nosotros han hecho las mismas observaciones ya, y nosotros no somos más que el órgano de la opinión general de los inteligentes.

«Tales son las bellísimas leyendas del escritor republicano que murió mártir de su fé. Son varias, y se intitu-

lan: *El cerebro y el corazon*, *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo!* *Dolores ocultos*, *La hermana de los Angeles*. Todas, menos la última, se publicaron en una elegante edición, precedida de un hermosísimo prólogo de Guillermo Prieto, y se ha reimpreso varias veces. *La hermana de los Angeles* apareció despues.

«Para nosotros cada una de estas novelitas es un ramillete de azucenas y de cinerarias, ofrecidas por la mano de un apóstol ó de un mártir.

«Algún literato extranjero, haciendo el juicio crítico de autores mexicanos contemporáneos, ha llamado á Castillo el *Balzac* de México; y en efecto, aunque las obras de nuestro novelista sean pequeñas y poco numerosas, sin duda alguna son excelentes estudios sociales, y no es temerario creer que si la muerte no hubiera sorprendido á Florencio en la flor de sus años, habria podido, quizás, elevar en el mundo ilterario de su patria, un monumento grandioso como el que levantó el autor frances en un círculo mas amplio y con mayores elementos.»



Despues de las apreciaciones anteriores manifestadas por inteligencias tan competentes, nosotros no deberiamos agregar una palabra mas. Sin embargo, creemos que en la opinion de Zarco deben pesarse las circunstancias interesantes de que su elevado talento y gran instruccion literaria, su recto y juicioso criterio y el haber escrito en vida de Florencio, prestan sin duda la seguridad de que no anduvo pródigo en los elogios y de que el crítico llenó mision cumplidamente.

Ignacio Altamirano que como hombre de corazon y patriota, al escribir sobre el pobre Florencio, mártir de la patria, tenia que mojar su pluma en llanto y en acíbar, acaso haya sido indulgente; sin embargo de que ya para exponer su opinion franca y libremente no tenia el embarazo de la presencia del novelista, como la tuvo Zarco; pues Castillo á quien juzgaba, habia muerto ya. Pero nótese, pues, que la opinion de los dos ilustres literatos, emitida en épocas y circunstancias bien distintas, coinciden perfectamente sobre los puntos mas esenciales, al formar su juicio de las obras de Florencio del Castillo.



El vehemente y noble deseo del patriota prisionero de Ulúa, víctima de la infame tiranía francesa en los nefandos dias de la farsa imperial, se ha realizado; y puesto que en 848, decia á una mujer que amaba: «Yo moriria gustoso, con tal de dejar un nombre que pudiera hallar eco en algun otro corazon.....!» la sombra de Florencio debe vagar contenta, pues ya hoy su noble ambicion queda cumplida.



Si este feto enfermizo que hemos dado en llamar nuestra literatura, siendo el defectuoso engendro de la hoy débil literatura española y de la parte frívola de la actual francesa, de cuyos senos extraemos algunas gotas para alimentarnos; si nuestra literatura, decimos, sigue siendo víctima de esas feas y epilépticas contorsiones que hoy la martirizan, ó de esas extravagancias que pueden

considerarse como los *vanos sueños de un enfermo*, no es difícil diagnosticar, que ella nunca tendrá ni carácter propio, ni originalidad, ni grandeza; siendo tan solo una infeliz imitación. En tal caso el terrible pronóstico será sin duda su muerte en el propio seno maternal, ó la indiferencia completa á que la condene el mundo literario.

Mas si logrando curarse, mereciese llamársela algun día literatura mexicana, sin duda que las obras de Florencio del Castillo por su color local, sus tendencias filosóficas, humanitarias y morales, así como por el dulce néctar de tristeza, resignacion y sentimiento que destilan, creemos que ocuparán un lugar de honor en las bibliotecas nacionales, como hoy lo ocupan ya sus sanas y nobles ideas en los corazones buenos y amantes de la virtud y de la humanidad. ¡Gloria literaria envidiable, y que nosotros deseamos sinceramente para nuestros prosadores y poetas!

LUIS G. ORTIZ.

INDICE

DE LAS NOVELAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN.

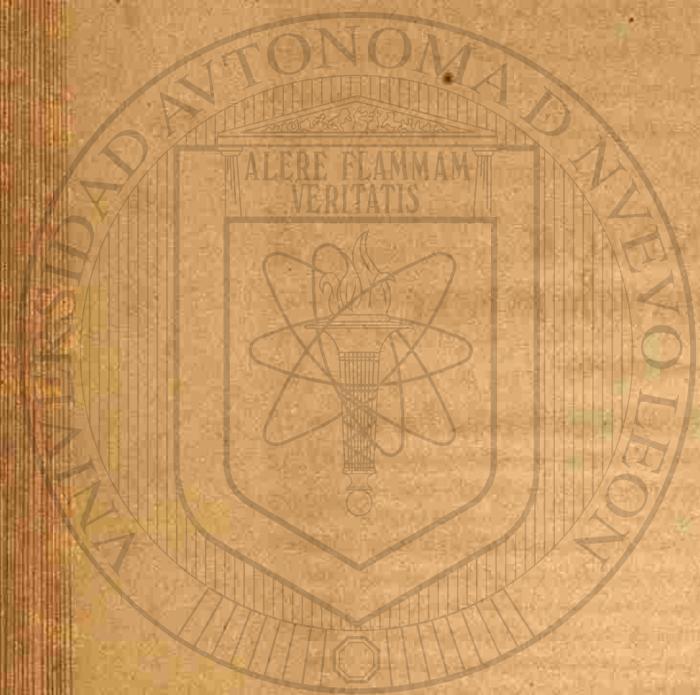


Florencio M. del Castillo.—Algunos rasgos biográficos.—Su carácter.—Sus obras.....	V
Amor y Desgracia.....	1
La Corona de Azucenas.....	53
Hasta el Cielo.....	115
Dolores Ocultos.....	165
La Hermana de los Angeles.....	215
Expiacion.....	348
Boton do Rosa.....	409
En un cementerio (artículo suelto).....	423
Suicidarse por mano agena (idem).....	431
D. Manuel Eduardo de Gorostiza. (Ensayo biográfico).....	437

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



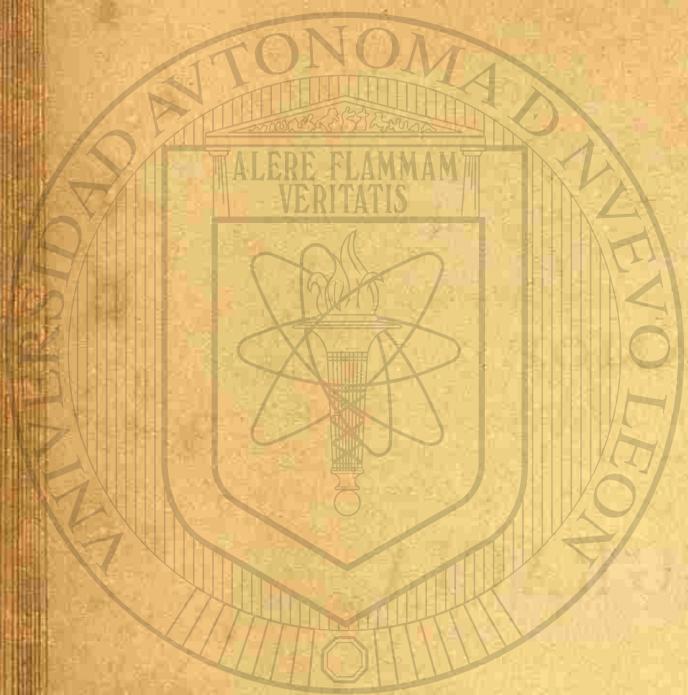


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

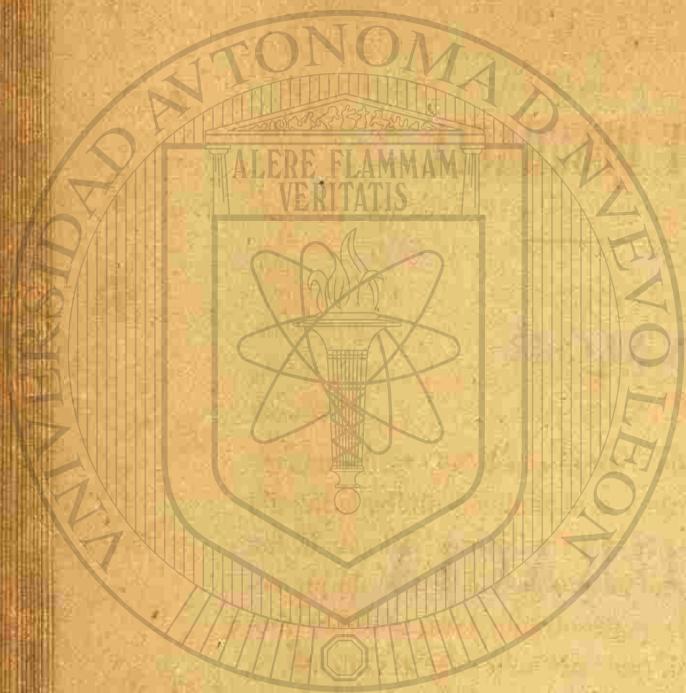


AMOR

Y
DESGRACIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AMOR Y DESGRACIA. *

I.

LENA de profunda tristeza concluía la tarde: una capa de nubes blancas y cenicientas ocultaba la faz del cielo; no lucían los rayos vivificantes del sol; la luz era azulada, opaca, como la que pasa á través de un velo, y un vientecillo frío y penetrante levantaba por momentos nubes de polvo, que volvían á caer al instante.

Serían las cinco, y la luz penetraba apenas por una estrecha ventana en la estancia donde deben pasar algunas escenas de la historia presente. Es imposible calcular cuánto influye en nuestra imaginación el carácter del tiempo; una tarde fría y triste como la que describo, hace ver todos los objetos con un tinte indefinible de melancolía; en esas horas es imposible tener el corazón expansivo....

Cerca de la ventana, un joven escribía afanosamente sobre una mesa: tenía la frente apoyada sobre la palma

* Esta novela es la que se ha publicado con el título de *Horas de tristeza*, la que dedicó su autor á los socios del Liceo de Hidalgo.

de la mano izquierda, mientras que con la derecha trazaba algunas líneas sobre el papel blanco que tenía delante.

Reinaba un profundo silencio, interrumpido tan solo de vez en cuando por el rechinar de la pluma ó por algún gemido del joven. La luz que penetraba á través de los opacos cristales de la ventana, apenas alcanzaba á iluminar, como el moribundo resplandor del crepúsculo, la mesa donde el joven escribía, y sus luengos y castaños cabellos, que se habían desprendido y caían sobre su frente formando un velo que impedía ver sus facciones: todo lo demás de la habitación se perdía entre las sombras, y solo un pequeño espejo colocado en la pared opuesta, retrataba parte de la ventana, que por un efecto de óptica parecía á una distancia muy grande, aumentándose así en apariencia los límites de la habitación.

De pronto el joven lanzó un gemido mas doloroso que los que ántes habían agitado su pecho, y dejó caer con desaliento la pluma: se levantó con la mano los cabellos y murmuró á media voz:

—¡Es imposible!..... ¡no tendrán compasión de mí!.....

Luego añadió con mas energía:

—¡Quisiera volverme loco!..... ¡quisiera morir!.....

Volvió á reinar un silencio profundo, que parecía zumbiar en los oídos.....

—¡Ya es casi de noche, continuó, y no he podido estudiar un instante! ¿Pero está en mi mano hacerlo cuando todo se conjura contra mí? ¡Dios mío! tú que lees en los corazones, ¿es acaso un crimen el que yo he cometido?..... ¡oh, no!..... ¿Podía ver padecer..... podía ver morir sin remedio ni consuelo á ese pobre ángel, y llevar mi pro-

bididad hasta conservar intacto ese funesto depósito?..... ¡Oh! haberlo hecho así hubiera sido un crimen..... un asesinato, porque los auxilios á tiempo la han salvado.... ¿Pero quién hubiera podido pensar que á tal extremo llegaría la inhumanidad de ese hombre?..... ¿No le he prometido servirlo de rodillas si así lo quiere?..... ¡seré su esclavo!..... ¡le daría mi vida, mi sangre!..... ¿Tiene corazón de piedra, que no le enternece mi situación?..... ¡Una prisión!..... esa idea me llena de espanto.....

Su voz espiró entre sollozos; luego continuó tomando de nuevo la pluma.

—Y sin embargo, esta carta es mi última esperanza; si no logro enternecerlo, vendrán por mí..... y sabré que mueren de hambre la pobre anciana que me dió el sér, y esa infeliz muchachá á quien adoro por su misma desventura.....

Entonces se puso á leer las líneas que había trazado; algunas veces sus labios temblaban; otras, se abrían como para hablar y volvían á cerrarse: al fin continuó alzando poco á poco la voz:

«Si ha amado vd. alguna vez, comprenderá lo que he hecho, y me compadecerá..... esa es una pobre joven ciega, que cuenta apenas diez y siete años de una vida siempre amarga..... Aquella noche de dolor, un ataque de epilepsia la mataba..... serian las once de la noche: mi madre con la pesadumbre se había aturdido..... yo no tenía ni un medio..... ¿quería vd. que dejáramos morir á esa pobre muchacha sin darle ningún alivio?..... ¿Cree vd. que podían contemplarse con avidez aquellas horribles convulsiones?..... Era imposible; yo tenía el

dinero de vd., y en esos momentos creí que era Dios quien lo ponía en mis manos: no pensé que era un abuso de confianza el que cometía..... no creí que era un crimen..... y aun cuando lo hubiera juzgado así, lo hubiera cometido..... porque mayor crimen creo hubiera sido conservar ese dinero..... y dejar morir á la infeliz.....

Pero yo espero que vd. tendrá piedad..... mi idea constante ha sido volverle á vd. el depósito..... A costa de mil esfuerzos, porque parece que la desgracia me persigue, he logrado entrar en la compañía dramática..... Esta noche hago mi primera salida, y cuento con que Dios me ayudará, porque se lo pido con todo mi corazón..... Yo le ofrezco á vd. pagarle con lo primero que gane, pero tenga vd. piedad de mí..... llevar adelante esa orden de prision seria matar á mi madre y á Remedios..... Póngase vd. en mi lugar un momento, ántes de dar la respuesta, y.....»

El jóven estrujó entre sus manos la pluma y levantó el rostro; su frente estaba empapada en sudor y tenía las mejillas lívidas.

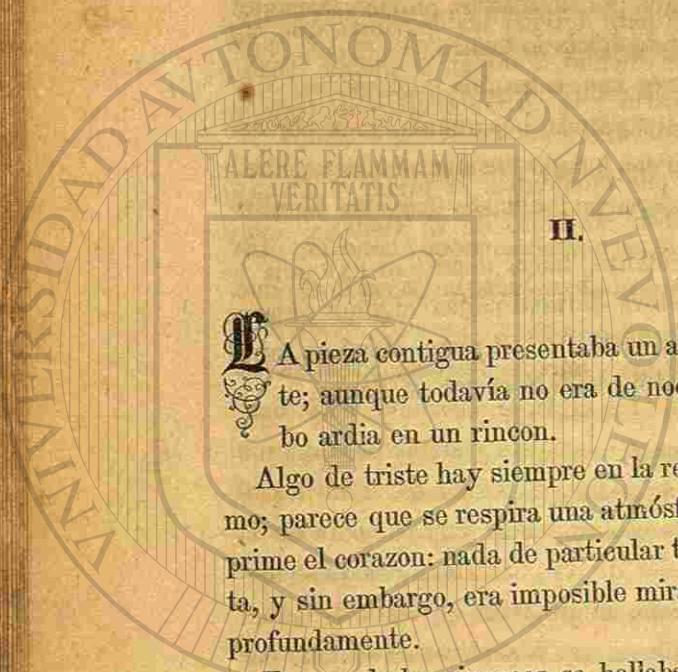
—¡No me compadecerán! exclamó lleno de dolor. Cuando uno es feliz, no comprende la desgracia..... El rico cree que los lamentos del pobre que pide un pan para su madre que muere de hambre, son ficción..... El hombre, añadió con amarga desesperacion, el hombre cuando tiene todo lo que necesita, es profundamente egoísta..... ¿Qué le importa á él que mi Remedios se muera?.....

Una risa seca, estridente, ahogada entre un rechinar de dientes, sucedió á estas palabras arrancadas por la desesperacion.

—¡Y sin embargo, volvió á decir, esta es mi última esperanza!

Trató de sonreírse para detener las lágrimas que corrían de sus ojos, y se inclinó á tomar la pluma: añadió algunas líneas á su carta y la cerró con aparente tranquilidad.

La tarde concluía por momentos: el jóven se levantó de la mesa y fué á abrir las hojas de su ventana; sobre las montañas de Occidente, hácia donde se extendía la vista, se percibía una leve claridad pajiza: algunos pájaros atravesaban volando el cielo..... el jóven clavó su mirada en el espacio, y entónces dejó correr su llanto.



II.

LA pieza contigua presentaba un aspecto muy diferente; aunque todavía no era de noche, una vela de sebo ardía en un rincón.

Algo de triste hay siempre en la recámara de un enfermo; parece que se respira una atmósfera pesada que comprime el corazón: nada de particular tenía aquella piececita, y sin embargo, era imposible mirarla sin entristecerse profundamente.

En uno de los rincones se hallaba recostada sobre su cama una mujer joven, con los ojos cerrados; á su lado estaba sentada una anciana que no levantaba la vista de la primera. En el otro ángulo de la pieza se veía una mesa cargada de botellas chicas, cucharas, vasijas; los mil objetos que indican el aposento de un enfermo; al fondo, al través de las rendijas de la ventana, se veía la luz del cielo, y en aquel lugar se dudaba si era el primer albor de la mañana ó la última hora de la tarde: sin embargo, la pesadez de la atmósfera, el silencio, el decaimiento de la enferma, anunciaban que era la noche con sus sombras y sus terrores la que se acercaba.

De pronto un ruido áspero interrumpió el silencio; era un ronquido que se escapó del pecho de la enferma. La anciana, como impulsada por un resorte, movió vivamente á la joven y se precipitó hácia la vela.

Entonces se pudo ver bien á las dos mujeres.

La anciana era alta y parecía consumida, mas por las penas que por la edad; sus mejillas estaban enflaquecidas, su frente surcada de arrugas; muchos cabellos blancos lucían sobre su cabellera negra como el ébano en otro tiempo; pero sus ojos brillaban todavía llenos de ánimo y de vida.

La otra, por el contrario, aunque recostada vestida sobre la cama, veíase que era chica de cuerpo y muy fina, y parecía tener de diez y seis á diez y siete años, aunque estaba extremadamente pálida y extenuada. Sus facciones tenían una dulzura casi angelical y la blancura de la rosa; y sus cabellos color de oro, brillantes como ese metal y finos como la seda, engastaban el óvalo de aquel rostro, que era imposible mirar sin sentirse arrebatado por su belleza apacible y simpática.

La anciana acercó la luz de la vela al rostro de la joven y la habló.

Los labios de la muchacha se entreabrieron, y temblaron sus párpados sin abrirse.....—¡La pobre doncella era ciega!

—Remedios, hija de mi vida, continuó la anciana, con ese acento que solo las madres pueden usar. ¿Remedios, estás mala?

Un gemido fué la respuesta.

En aquel momento se abrió la puerta de la estancia, y

penetró en ella un jóven de alta estatura y presencia arrogante, vestido de negro con graciosa sencillez. Lo primero que hizo cuando entró fué quitarse el sombrero y ponerlo sobre un mueble. Entónces, con un movimiento tan natural como orgulloso, sacudió la frente, sobre la que ondularon sus hermosos cabellos castaños, lacios y lucientes como el plumaje de un pavo.

La anciana se volvió hácia él, y le tomó con efusion una mano.

—¡Doctor, salvad á mi hija!... clamó con voz ahogada.

El jóven médico clavó sus grandes ojos sobre la cuitada anciana, y esta sintió que el consuelo y la esperanza volvian á ensanchar su corazon.

Algo tenia de simpático y majestuoso el rostro de aquel jóven: sobre su frente parecia que se veía brillar el resplandor de la ciencia: en el esmalte de sus ojos, de un apacible azul oscuro, se leía la bondad de su corazon y la tranquila confianza del sabio. Por lo demas, sus facciones no pasaban de comunes, y solo contribuia á hermo-searlas su porte arrogante sin dejar de ser franco.

Un segundo quejido, ronco como el estertor de un moribundo, salido del pecho de la jóven, interrumpió de nuevo el pesado silencio que se habia restablecido.

La madre se volvió con viveza hácia la enferma, y el médico dió con calma algunos pasos hácia ella.

La madre, llena de la confianza que le inspiraba el doctor, como sucede siempre, creyó que aquel estertor era ménos áspero, ménos maligno, como si la presencia sola del médico fuese capaz de conjurar el mal.

Sin embargo, aquel clavó su mirada en el rostro de la

jóven: con la mano izquierda sostenia un poco alta la vela para alumbrarla, y con la derecha examinaba el movimiento del pulso.

¡Qué hermosa era Remedios! En aquel momento, con el leve sudor que brotaba de su frente, con el color pajizo, trasparente, que la enfermedad le daba á su rostro, se la hubiera tomado no por una mujer, sino por la imágen de una vírgen.

Poco á poco la mirada del médico cambi6, como cambia de color el último rayo del sol; hubiérase dicho que el corazon de mármol del médico se ablandaba, y lo sustituía el corazon del hombre compasivo: su mirada perdió su firmeza, y de pronto se le arrasaron los ojos de lágrimas: una tinta leve de carmin coloró sus mejillas, y se arrodilló junto á la cama.

En aquel momento, silencioso como la muerte, apareció entre las sombras que proyectaba la débil luz de la vela, el rostro del jóven que un momento ántes escribia; mas entónces no era la tristeza la que velaba su semblante: sus miradas eran sombrías y parecian lucir con un brillo fosfórico: sus labios temblaban y el superior parecia contraído violentamente.

Esta escena tenia lugar en medio de un silencio sepulcral: hubiérase dicho que era el agua mansa que oculta algun peligro; porque instintivamente causaba tristeza y pavor la reunion de aquellos hombres.

El rostro de la enferma habia ido cambiando tambien de una manera visible; habia tomado un color verdoso, violado, y una saliva espumosa corria poco á poco de sus la-

bios contraídos: algunas convulsiones comenzaban á agitar su cuerpo.....

El doctor se enderezó violentamente; extendió los brazos con la angustia del náufrago y se dirigió á la anciana gritando:

—¡Agua hirviendo!.....

La madre, que en aquel momento sentía un dolor y una confusión, tanto mayores cuanto mayor habia sido la confianza por que se habia dejado arrullar, no acertó mas que á pararse y correr hácia el jóven silencioso, gritando á su vez, mas con esa voz bronca y cortada por el terror.....

—¡Francisco, hijo mio!.....¡socorro!.....

El jóven á quien iba dirigido aquel grito se puso tan pálido, que su rostro se hubiera confundido en el color de la pared, á no haber dado un paso hácia la enferma.

El doctor entretanto habia vuelto á caer de rodillas al lado de la cama; con una ansiedad imposible de describir, oprimía entre las suyas las manos de la enferma, mientras que con su mirada interrogaba su semblante cada vez mas demudado.

De pronto, obedeciendo á un impulso secreto, como si hubiera querido comunicar su vida, su alma á la moribunda, el doctor oprimió contra su corazon y contra sus labios las heladas manos que tenia entre las suyas.

Francisco retrocedió como si hubiera pisado una serpiente.....

—¡No me engañaba! murmuró sordamente, ¡la ama!..... ¡la ama!.....

III.

YO he leído que hay seres que parece que fueron condenados á la desgracia: seres para quienes jamas tuvo una sonrisa la fortuna, y para los cuales tampoco lució alguna vez sereno el cielo.

Y me he preguntado entónces: ¿qué objeto ha tenido Dios en arrojar al mundo esos seres? Yo he visto tantas existencias puras, tantas almas cándidas que jamas conocieron lo que era delito, lo que era una falta, condenadas á esa especie de predestinación, y una duda mas horrible que la misma desgracia se ha deslizado en mi cerebro.... Vano y orgulloso, he pretendido inquirir los misterios de la creación; mas no he alcanzado mas que responderme con *Hervey*: «No tratemos de saber por qué el inocente gime, mientras el delincuente anda vestido con honorífico traje: únicamente el dia de las venganzas, el de la eterna retribucion, puede descubrirnos el secreto del juez y la víctima.....»

En efecto, el secreto de esos seres no es de este mundo; por eso, sin duda, luce sobre sus labios esa sonrisa indefinible; por eso, sin duda, su mirada se pierde en el hori-

bios contraídos: algunas convulsiones comenzaban á agitar su cuerpo.....

El doctor se enderezó violentamente; extendió los brazos con la angustia del náufrago y se dirigió á la anciana gritando:

—¡Agua hirviendo!.....

La madre, que en aquel momento sentía un dolor y una confusión, tanto mayores cuanto mayor habia sido la confianza por que se habia dejado arrullar, no acertó mas que á pararse y correr hácia el jóven silencioso, gritando á su vez, mas con esa voz bronca y cortada por el terror.....

—¡Francisco, hijo mio!.....¡socorro!.....

El jóven á quien iba dirigido aquel grito se puso tan pálido, que su rostro se hubiera confundido en el color de la pared, á no haber dado un paso hácia la enferma.

El doctor entretanto habia vuelto á caer de rodillas al lado de la cama; con una ansiedad imposible de describir, oprimía entre las suyas las manos de la enferma, mientras que con su mirada interrogaba su semblante cada vez mas demudado.

De pronto, obedeciendo á un impulso secreto, como si hubiera querido comunicar su vida, su alma á la moribunda, el doctor oprimió contra su corazon y contra sus labios las heladas manos que tenia entre las suyas.

Francisco retrocedió como si hubiera pisado una serpiente.....

—¡No me engañaba! murmuró sordamente, ¡la ama!..... ¡la ama!.....

III.

YO he leído que hay seres que parece que fueron condenados á la desgracia: seres para quienes jamas tuvo una sonrisa la fortuna, y para los cuales tampoco lució alguna vez sereno el cielo.

Y me he preguntado entónces: ¿qué objeto ha tenido Dios en arrojar al mundo esos seres? Yo he visto tantas existencias puras, tantas almas cándidas que jamas conocieron lo que era delito, lo que era una falta, condenadas á esa especie de predestinación, y una duda mas horrible que la misma desgracia se ha deslizado en mi cerebro.... Vano y orgulloso, he pretendido inquirir los misterios de la creación; mas no he alcanzado mas que responderme con *Hervey*: «No tratemos de saber por qué el inocente gime, mientras el delincuente anda vestido con honorífico traje: únicamente el dia de las venganzas, el de la eterna retribucion, puede descubrirnos el secreto del juez y la víctima.....»

En efecto, el secreto de esos seres no es de este mundo; por eso, sin duda, luce sobre sus labios esa sonrisa indefinible; por eso, sin duda, su mirada se pierde en el hori-

zonte. Almas desterradas, no pueden apartar la vista de la patria anhelada.

Sin duda la familia de la que acabamos de sorprender dos escenas, pertenecía á esta clase de existencias; de otra manera no podría explicarse la tenacidad con que la fortuna la perseguía.

Que en medio de una vida, si no dichosa á lo ménos tranquila, venga á veces la suerte á derramar una gota de hiel sobre ella, se puede concebir, es natural; porque, ¿quién hay en este mundo, llamado con razon *valle de lágrimas*, que pueda decir, yo he sido, yo soy ó yo seré siempre feliz?..... Pero que esa desgracia sea como una especie de patrimonio, una segunda naturaleza, es lo que no he podido comprender..... y sin embargo, el secreto está tal vez entre nosotros mismos.

Cuando nuestros bravos insurgentes derramaban su sangre á torrentes por legarnos el mayor bien que podíamos ambicionar, y que no hemos sabido apreciar, habia en México una familia rodeada de la opulencia, y para quien el porvenir no tenia sombras, porque creía que, en no mezclándose en el torbellino revolucionario, los acontecimientos no la tocarían; esta esperanza, sin embargo, cada día era cruelmente burlada: hoy por necesidad los insurgentes, mañana por venganza los realistas, á cada momento recibían nuevos ataques y robos sus posesiones rurales, que eran numerosas.

En el año de 1812, esta familia, que contaba sus talegos de plata por centenares, se componía de un anciano español y dos hijos de diez y ocho y veinte años: la madre habia muerto en el año anterior como un preludio de

la tormenta que ya se preparaba sobre la cabeza de sus descendientes.

Para una alma noble y elevada, poco es eso que llaman *dinero*, y por lo que la mitad del mundo sacrificaría á la otra: no obstante, cuando eso se ha poseído, su pérdida es una cosa horrorosa. Puede uno no desesperarse, puede uno aún decir: *mas ligero estoy*; pero esto no es mas que la resignacion de un dolor.....

En 1824, hecha la independencía, la familia á quien ántes hemos visto, habia sido ya desmembrada; el padre no existía, y los hijos, con los restos miserables de una fortuna opulenta, comenzaban á comer el pan de la desgracia.

El mayor de estos dos hermanos se habia casado con una jóven, que por su belleza y sus virtudes merecía el epíteto de *santa*, y tenia un hijo, que en esa época contaba cuatro años.

El hermano menor hacia algunos meses que tambien se habia unido con otra jóven de una hermosura delicada, pero enfermiza: esa muchacha era como esas flores á quienes se hace abrir su corola por medios artificiales.

En 1838 la familia no era ya ni la sombra de lo que ántes habia sido. El mayor de los hermanos, despues de haber luchado como un verdadero atleta contra la fortuna, acaba de sucumbir agobiado por la amargura de una quiebra. Lleno de probidad, de una honradez proverbial, infatigable, y sin mas pensamiento que el porvenir de su hijo Francisco, habia logrado algunos años ántes volver sus capitales al esplendor antiguo; mas de pronto sus cálculos comenzaron á fallar, y el torrente revolucionario, que ya

se había desatado entónces en nuestra infortunada patria, les dió el último golpe. Parece que á medida que su ruina se consumaba, se exaltaba su valor; sin embargo, en 1838, como he dicho, la quiebra fué inevitable..... El padre vió con ojos enjutos, porque los grandes dolores no tienen ni el alivio de las lágrimas, vió casi con estoicismo venir á sus acreedores y arrastrar hasta con los muebles de su casa. Mas cuando á esta excitacion del momento sucedió el silencio, ese silencio horrible de la miseria, el buen hombre se abatió: no hubo mas esperanza para él; la tristeza carcomió su existencia, y pocos meses despues lanzaba sobre su familia su última bendicion en un apuesto miserable.....

La lucha del hermano menor duraba todavía; pero ménos hábil, no habia logrado ni una vez hacer sonreír á la suerte. A pesar de los auxilios de su hermano, su existencia habia sido siempre pobre, pero llena de honor: su esposa, desde el instante en que dió á luz una niña, Remedios, habia comenzado á verse atacada de algunas enfermedades que la llevaron á la tumba tres años despues, con el desconsuelo de saber que su hija adorada, aquella tierna niña rubia, de cabeza de ángel, acababa de perder la vista!!!.....

¿Y qué encantos pudo tener entónces la vida para aquel hombre desgraciado?.....

La quiebra de su hermano fué el último golpe que amilanó su valor: en un momento de desesperacion quiso emprender una nueva vida: llevó un día á su adorada hija á la casa de su sobrino; la encargó á la madre de aquel jóven; vació todo lo que poseía en sus bolsillos, y con el

corazon lacerado, pero lleno de una loca esperanza, partió.....—¡la muerte le aguardaba en Veracruz!!.....

He aquí desde cuándo comenzó la verdadera desgracia de la familia, á cuyas escenas hemos asistido. ¡Ay! el funesto pasado que acabo de reseñar con ligereza, en comparacion del tiempo presente, era envidiable!

Francisco habia recibido una esmerada educacion: era hombre de maneras muy agradables y de talento: lo que lo caracterizaba sobre todo era un corazon de fuego y una imaginacion volcánica. Anonadado por un instante al verse responsable de aquella familia, á cuya subsistencia debia proveer, no supo qué camino tomar: acababa de salir de la opulencia, é hizo un sacrificio al decidirse á pedir un empleo.

Muchos dias gastó en visitas de solicitud; pero cada hora le traía un desengaño: ¿quién lo habia de proteger? y ¿qué podia hacer sin proteccion? Al que es rico, todos le ayudan; mas evitan la presencia de un pobre, como evitarian la de un apestado.

Sin esperanza ya de lograr nada por este medio, cada día tuvo que hacer nuevos sacrificios á su noble y justo orgullo. Si hubiera sido solo, se habria dejado morir de hambre; ¿mas podia hacer lo mismo cuando tenia que sostener la vida de su anciana madre y de una jóven á quien cada día amaba mas y mas?

Un año, dos años, crueles, eternos, horribles, se pasaron de esta manera: la desgracia parecia haber llegado á su colmo: la familia no contaba ya con ningun recurso: estaba agobiada de deudores que amargaban con sus exigencias hasta la hora en que silenciosa tomaba un pedazo de

dizo hasta el extremo, sabe apreciar los esfuerzos de sus paisanos!.....

En vísperas de esta última prueba, fué cuando Remedios se vió atacada de una enfermedad horrible; suceso que unido á otras circunstancias que revelarémos, hizo aún mas cruel la posición de aquel jóven.

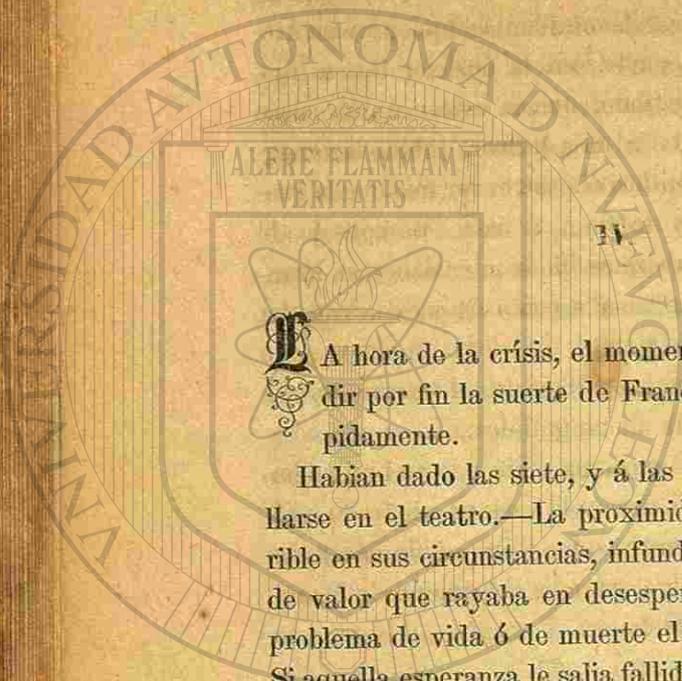
El dueño de la última casa donde habia vivido la familia, era uno de esos viejos cínicos, infernales mónstruos de depravación, que emplean los medios mas rastroeros para lograr su objeto. En las diferentes ocasiones en que habia estado á cobrar los arrendamientos vencidos, habia tenido ocasion de mirar á Remedios, cuya belleza le habia sorprendido. Juzgando de los demas por su propio corazon, creyó que no le sería difícil obtener aquella mujer. Sin embargo, á mayor abundamiento puso en planta un plan diabólico: fingió tener confianza en la probidad de Francisco, y en cierta ocasion puso en sus manos una suma de dinero, rogándole se lo guardase, despues de haberle exigido seguridades á su satisfacción, abusando torpe é infamemente de su candor é inexperiencia. Aquel viejo estaba seguro de que el jóven echaria mano del dinero: su plan era obtener á la doncella cuando esto se hubiera verificado, ya solo por el terror, ya por las vías de hecho, poniendo en la cárcel á Francisco como reo de estafa, para lo que contaba con la proteccion de algunos agentes de policía.

Su plan, como conocerán los lectores, comenzaba á realizarse.

La otra circunstancia que llenaba de hiel el corazon de Francisco, era esta. Pocos meses ántes, en una enferme-

dad que tuvo Remedios, él, lleno de desesperacion, porque para uno que ama no hay mayor tormento que ver sufrir al objeto de su cariño, salió decidido á traer un médico, aun cuando para ello tuviera que emplear la hoja de un puñal. Afortunadamente, en este instante supo que en la misma calle vivia un profesor, jóven tambien, que acababa de recibirse despues de haber hecho una brillante carrera. Francisco corrió á su casa, le pintó su situacion con los terribles colores de la verdad, y el corazon se le ensanchó, cuando el médico lleno de afecto le ofreció asistir á la doncella.

Desde aquel momento el médico á quien ya conocemos, fuertemente compadecido de tanta desgracia, se dedicó á prodigarle toda clase de consuelos. Francisco al principio lo agradeció con toda su alma; pero de pronto notó que sus visitas eran mas frecuentes; los celos adivinan: advirtió algunas circunstancias, y ya no le quedó duda. El médico estaba apasionado de la que él amaba. ¿Hasta esto le queria arrebatarse la fortuna.....?



LA hora de la crisis, el momento en que se iba á decidir por fin la suerte de Francisco, se adelantaba rápidamente.

Habian dado las siete, y á las ocho en punto debia hallarse en el teatro.—La proximidad de esa prueba, terrible en sus circunstancias, infundia al jóven una especie de valor que rayaba en desesperacion. Para él era un problema de vida ó de muerte el que se iba á resolver.... Si aquella esperanza le salia fallida; si no lograba arrancar del público ocioso é indiferente, frenéticos aplausos, ¿qué empleo adoptaria?..... La constancia que durante tres años le habia sostenido, estaba á punto de abandonarlo.....

Afortunadamente el ataque que acababa de sufrir Remedios habia cedido á los enérgicos medicamentos que con tiempo se la habian aplicado.

El médico no se separaba del lado de la enferma, velándola como un ángel de guarda, y Francisco todavía en aquellos momentos dudaba entre los celos y la necesidad fatal que lo arrastraba léjos de allí.

La madre, consolada con la promesa formal que el médico le habia hecho de que por aquella noche al ménos no se reproducirian las convulsiones de la epilepsía en Remedios, habia vuelto á pensar en la posicion de su hijo.

La madre, ántes que todo, queria evitar á Francisco hasta el menor disgusto. Si ella hubiera sabido la repugnancia con que este adoptaba el postrer recurso que le quedaba, sin duda á fuerza de amor, á fuerza de consejos le hubiera quitado de la cabeza esa determinacion; mas Francisco le habia dicho que amaba con todo su corazon esa carrera, donde al mismo tiempo que lograria un recurso con que hacer ménos penosa su suerte, alcanzaria la gloria, esa necesidad de las almas grandes.

Sin embargo, la anciana habia visto que su hijo no habia estudiado en todo el dia, y lo instaba para ello. La desventurada mujer ignoraba que es imposible hacer que la cabeza se ocupe de algo, cuando el huracan de las pasiones se desata en el pecho.....

Tristísimas eran las reflexiones á que el médico se entregaba. La desgracia de aquella familia le desgarraba el corazon: la madre acababa de hacerle una revelacion de lo que habian padecido, y él hubiera querido de buena gana poder aliviarlos con su fortuna; pero, jóven todavía, al principio de su carrera, por mas que su nombre estuviera ya bien sentado, apenas ganaba para sostener el hijo con que se presentaba, y que desde el principio habia adoptado, conociendo el espíritu de sus conciudadanos.

Otra razon mas tenia el doctor para estar meditabun-

do: aquel amor que desde algun tiempo atras se habia desarrollado en su corazon, á cada hora hacia mayores progresos. No era una de esas pasiones que revientan en el pecho como un trueno, destructoras, pero sin mas duracion que la de un momento: era una pasion tranquila, pero profunda como lo era su carácter.

La madre habia salido á la otra pieza en pos de Francisco, y el doctor se habia quedado solo al lado de Remedios, que dormia.—Poco de imprudente tendrá esta accion, si se recuerda que ya he dicho que la familia miraba al médico como á una Providencia, y que el ejercicio de esa profesion tiene algo de noble y de sagrado, que eleva al que la ejerce.

Al principio no notó su soledad el médico: tenia los ojos clavados en el pálido y abatido rostro de la doncella, y se preguntaba para disculpar sin duda su amor, si podia verse con indiferencia aquella fisonomía, á la que la vista tal vez habria quitado el aire de angélica resignacion con que tanto interesaba.

Despues se preguntó con tristeza: ¿qué esperanza podia alimentar? ¿Sabria siquiera aquella muchacha que él existia? ¿Podria conocer la solicitud, el amor con que él velaba por ella?..... ¡Ay! entónces el médico pedia al cielo un milagro; se alucinaba un momento, y creia curable su ceguera..... ¡Qué hermosa seria la recompensa de esta curacion maravillosa!

Su imaginacion, como siempre sucede cuando anhelamos una cosa, y mas cuando no hay un objeto extraño que nos vuelva á la prosaica realidad, corria con la rapidez del relámpago.

Se figuraba que Remedios le debia á él la vista..... ¡Cuán hermoso debe ser para una muchacha de diez y ocho años recobrar la vista!..... ¿Puede concebirse la vida de una mujer sin ver á los que la rodean, sin recrearse á la luz del sol como los pajarillos del campo, sin saber lo que son los colores?..... ¡Ay! el universo, la vida entera era lo que daba el doctor con la vista á aquella jóven inmóvil y moribunda..... ¿Y en cambio, qué era lo que él pedia? un poco de agradecimiento, un poco de amor.....

¡Ay! qué felices eran los dos..... cómo habia recobrado aquella niña su alegría, su viveza..... cómo se apresuraba á gozar de todo, y todo al mismo tiempo..... Ora corria tras de una mariposa..... ora tomaba una flor para arrojarla luego, atraida por otra que creia mas bella.... ora se extasiaba ante la agua movible de un arroyo..... ora..... ¡La misma imaginacion del doctor se perdia!

Y él, en cambio, gozoso de su obra, miraba correr á aquella niña, que un momento despues venia á echarse en sus brazos llamándole su esposo!..... acariciándole la barba..... jugando con sus cabellos, para volver á correr luego gentil, robusta, gallarda.....

¡Cruel era el despertar de este sueño encantado! el médico no pudo reprimir un suspiro..... ¡Cuánta diferencia habia entre la risueña casa de campo con que un momento ántes soñaba, y aquel aposento de enfermo, estrecho, miserable, y donde ni aun se respiraba un aire puro!.....

Todavía en esta triste situacion el doctor soñó con la felicidad. Si aquella muchacha lo amara, ¿con cuánto

afan, con cuánta ternura cuidaría él de su suerte! ¡Cómo trataría de crearle un mundo nuevo de sensaciones, de afectos, ya que Dios le había negado el mas precioso de sus dones, la vista!..... ¡Con qué inefable placer recibiría él las caricias de aquel ángel caído, de aquella flor delicada!.....

¡Mas cómo llegar á ese grado de celeste felicidad? ¡Ay! él nunca se atrevería á ofender tal vez, con sus palabras, la inocencia en que vivía aquella niña.....

Todas estas ideas, empero, vivas, animadas y no pálidas como las ha descrito mi pluma, se habian sucedido en un momento, iluminando con sus tintas fugitivas la frente del médico.

De pronto Remedios, que hasta entónces habia estado sumergida en una especie de sueño letárgico, producido por la postracion y debilidad que le habian causado las convulsiones que acababa de sufrir, hizo un movimiento. El doctor se enderezó como el centinela avanzado que dormitando ha oido un ruido á su alrededor.

El corazon le latió con violencia, pues temia la repetición del ataque que acababa de combatir, y él, que conservaba su intrepidez y su sangre fria en los mas apurados lances, como el sacerdote que en el ejercicio de su ministerio parece deja de ser hombre, al ver padecer á aquella muchacha perdía toda su presencia de ánimo, quería llorar, quería morir, ó salvarla á costa de su misma vida.

Remedios levantó con lentitud una mano y la paseó al rededor de la cama sobre que estaba reclinada; en seguida alzó un poco la cabeza y se detuvo en actitud de escuchar.

—¿Francisco?..... dijo con voz muy débil.

El médico, que ya se habia levantado, se acercó junto á la cama; la enferma al oír los pasos, se enderezó, y dijo con acento cariñoso tendiendo su mano.

—¿Eres tú?.....

Por un impulso irresistible el médico se inclinó para tomar entre las suyas aquella mano adorada; pero se detuvo en el momento de hacerlo, como si hubiera resentido un choque eléctrico. Repentinamente presintió que no sería dueño de detenerse al sentir la impresion de aquella piel mas suave que el raso.....

—Soy yo ¡señorita! dijo con voz que tenia mucho de turbada y triste, aunque quería darle el acento de la indiferencia.

—¡Ah! dijo Remedios.

Y el médico vió desaparecer aquella manecita, á la que con la vista cubría de mil besos, y notó que la sonrisa dulcísima de aquellos labios desaparecía.....

Entónces una luz atravesó por su cerebro: él tambien acababa de tener un pensamiento..... ¿Si Remedios amaría á Francisco?..... ¡Oh! era tan natural, le debía tanto á aquel jóven..... pero el médico sintió que la tierra faltaba á sus plantas..... su frente se cubrió de nubes.....

—¡Ah! ¿vd. es, señor? continuó Remedios con voz dulce, pero ya no llena de ese acento particular con que ántes habia sonado á los oídos de su interlocutor como una armonía celestial. ¡Ay! ¿cómo podremos pagar tantas bondades?.....

—¡Señorita!.....

—Tiene vd. un corazon muy noble.....yo he sentido todos los cuidados de vd.....

Un rayo de alegría iluminó el rostro del médico.

—Y puedo asegurarle..... añadió ella, que ya que en la tierra no nos es posible, en el cielo recibirá vd. el premio.....

El médico no halló que responder: hubiera querido arrodillarse.....

La doncella continuó:

—¿Será de noche ya, verdad?..... ¡Oh! ¿por qué no viene á verme Francisco?..... Esta tarde no me ha hablado..... ¿Se fué ya al teatro?..... ¡Pobre jóven, cuánto hace por nosotras!.....

En aquel momento se oyó en la pieza contigua la voz de Francisco que lanzaba un grito de terror, de desesperacion, de rabia.

La enferma se estremeció.....

—¿Oyó vd?..... dijo: ¡oh! deme vd. su mano..... lléve-me vd..... estoy muy débil..... ¿Qué sucede, Dios mio?

El médico sintió apoyarse en la suya aquella manecita temblorosa, que no pudo ménos de llevar á su corazon.

Remedios nada sintió: vacilante daba algunos pasos en direccion á la puerta, hácia donde se oía un murmullo de voces.

Ya no le quedaba duda al médico: ¡Remedios amaba á su primo!..... Entónces le sucedió una cosa extraña; le pareció que desde ese momento amaba mas á aquella mujer; como si hubiera temido que le arrebataran aquel bien precioso, se acercó mas á la jóven y aun la hubiera estrechado contra su pecho.

Antes de llegar á la puerta, Remedios se sintió desfallecer, y tuvo que apoyar su cabeza sobre el hombro del médico. De esta manera se presentaron en la pieza siguiente, donde se encontraban Francisco, su madre y tres hombres de mala facha.

Si Remedios hubiera podido ver, la hubiera espantado la palidez del rostro del jóven: el mismo médico se detuvo conmovido. La anciana sollozaba profundamente: solo los tres extraños estaban impasibles.

—Pero, señores, tengan vdes. compasion..... gritaba la madre con acento desgarrador. ¡Oh! yo les juro á vdes. que mi hijo les pagará mañana..... esta noche misma..... ¡miren que es horrible!.....

—Señora, dijo uno de los desconocidos, es absolutamente imposible..... esa es la órden que traemos..... y es preciso que obedezcamos.

—Pero.....

El médico no comprendia lo que pasaba, mas la doncella, con la exquisita sensibilidad que la caracterizaba, no dudó lo que era. Su seno latió con violencia, quiso dar un paso, pero sus piernas flaquearon: entónces exclamó con amarga desesperacion:

—¡Dios mio, ser ciega!.....

A aquella voz Francisco alzó el rostro y quedó petrificado al ver á la que amaba recostada sobre el pecho del médico: quiso hablar y sintió la lengua pesada como un tronco. Su cabeza comenzaba á perderse.

Entretanto, la madre lloraba, gemia, suplicaba.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se oyó la campana del relox de San Francisco que daba las ocho.

—Ya lo oyen vdes., decia la madre, son las ocho y tiene que estar á esas horas en el teatro..... Es preciso que vaya..... porque va á ganar con que pagar esa deuda.

La justicia en México es una de las cosas que están mas desarregladas; basta saber el modo como se debe hablar á los ejecutores de ella, para conseguir lo que se quiere. De esta manera se habia conducido el viejo de que he hecho mencion, y no era extraño que los mismos que debian ser los defensores de la inocencia, se prestaran á ser los instrumentos de su capricho. Nada difícil le habia sido sacar una orden de prision para Francisco de una de esas autoridades, llamadas *alcaldes de barrio*.

El médico habia comprendido por fin la escena que tenia delante: supo apreciar la posicion del jóven, y ofreció pagar por él la deuda.

Sin embargo, como esto no se verificaba en el momento, los hombres no admitieron.

La anciana se habia arrodillado ante el médico, y le rogaba salvase á su hijo: aquella escena desgarraba el corazon.

El doctor hubiera dado la mitad de la vida por evitarse aquel momento: sin embargo, quiso abreviarlo y logró, despues de vaciar sus bolsillos y recurrir á los ruegos y á la promesa formal de quedar por fiador de la deuda, que aquellos hombres acompañasen al teatro á Francisco, y se esperasen hasta que concluida la representacion pudiera pagarles.....

Francisco no pudo ni darle las gracias á su libertador: hacia un momento que estaba casi fuera de sí.

Remedios, que habia sido testigo de esta escena sin poder verla; que habia escuchado aquel murmullo confuso de llanto, de ruegos, de desesperacion, no pudo resistir tanta conmocion, y dejó caer su cabeza pesadamente.

El médico alzó á la doncella, como á una niña de pecho, y la madre gritó en aquel instante:

—¡Se muere!.....

Francisco paseó su mirada por todo lo que le rodeaba: miró la angustia pintada en las facciones del médico, y vió á Remedios en sus brazos..... los celos volvieron á clavarle sus uñas en el corazon, y aquella fué para él una sensacion inexplicable. Como si una luz lo hubiera iluminado, calculó todo el horror de su posicion, y se encontró huérfano en el mundo, sin el único apoyo que por tanto tiempo lo habia sostenido..... ¿Para qué queria la vida sin el amor de aquella muchacha?..... Un relámpago sombrío brilló en sus ojos.—Si yo muriera, pensó él, ese hombre que ama y es amado, les haria la vida feliz á esas mujeres que no pueden esperar de mí otra cosa, que miseria y desgracia!.....

Entónces tomó su sombrero con una lentitud que tenia algo de siniestra, y fué á besar la mano de su madre: los ojos se le anegaron de lágrimas: ¿quién piensa morir al ver á la virtuosa mujer á quien debe la vida?..... Una madre es la imágen de la Divinidad sobre la tierra..... —En seguida fué Francisco á oprimir sobre su pecho la mano helada de Remedios: clavó su mirada en el médico, y solo pudo exclamar.....

—¡Cuidadla!.....

Y se salió violentamente, seguido de los tres descono-

cidos, para contener los gritos, el llanto en que tenía ánsia de prorumpir.....

El doctor lo siguió con la vista, y luego la volvió hácia la madre, como para ver si coincidían en el mismo pensamiento.

La anciana habia caído de rodillas y lloraba profundamente: al notar la mirada del médico, exclamó:

—¡Oh! ¡yo no sé lo que temo!.....

V.

EL año en que pasan los sucesos de esta historia, estaba el *Teatro Principal* en todo su apogeo.

Jamas ha tenido el público de México un gusto decidido por la literatura dramática: de un carácter frívolo, inconstante, sin duda porque nuestro pueblo, como dicen los *políticos*, está todavía en mantillas, mas eco han gozado en él las poesías ligeras, que ama con delirio: he aquí la razón por qué al paso que hemos tenido y tenemos muchos y buenos poetas líricos, no han abundado los dramáticos.

Sin embargo, la clase alta protege indirectamente al teatro, mas tan solo por lujo; pues es para ella igual que las piezas que se representan sean buenas ó pésimas, lo que generalmente no sabe distinguir.

En punto á actores, tampoco hay mucha delicadeza: el público tiene sus favoritos, á quienes siempre aplaude, sin cuidarse de si tienen ó no instruccion y talento.

Hay, no obstante, sus excepciones: para el estado de trastorno y revolucion en que hemos vivido, la instruccion de las clases es asombrosa, y me complaceo en creer

cidos, para contener los gritos, el llanto en que tenía ánsia de prorumpir.....

El doctor lo siguió con la vista, y luego la volvió hácia la madre, como para ver si coincidían en el mismo pensamiento.

La anciana habia caído de rodillas y lloraba profundamente: al notar la mirada del médico, exclamó:

—¡Oh! ¡yo no sé lo que temo!.....

V.

EL año en que pasan los sucesos de esta historia, estaba el *Teatro Principal* en todo su apogeo.

Jamas ha tenido el público de México un gusto decidido por la literatura dramática: de un carácter frívolo, inconstante, sin duda porque nuestro pueblo, como dicen los *políticos*, está todavía en mantillas, mas eco han gozado en él las poesías ligeras, que ama con delirio: he aquí la razón por qué al paso que hemos tenido y tenemos muchos y buenos poetas líricos, no han abundado los dramáticos.

Sin embargo, la clase alta protege indirectamente al teatro, mas tan solo por lujo; pues es para ella igual que las piezas que se representan sean buenas ó pésimas, lo que generalmente no sabe distinguir.

En punto á actores, tampoco hay mucha delicadeza: el público tiene sus favoritos, á quienes siempre aplaude, sin cuidarse de si tienen ó no instruccion y talento.

Hay, no obstante, sus excepciones: para el estado de trastorno y revolucion en que hemos vivido, la instruccion de las clases es asombrosa, y me complace en creer

que con el entusiasmo de algunos, bien pronto podrémos ser algo mas que un átomo en la república literaria.

La noche del dia en que pasan los sucesos que se acababan de referir, el teatro estaba iluminado extraordinariamente: en su frontispicio, bastante mezquino, se veian relucir dos hileras de vasos de colores, siguiendo la figura de las tres puertas: numerosos grupos de jóvenes elegantes se encontraban en la entrada mirando bajar á las señoras, de los lujosos coches en que llegaban.

El interior del teatro tambien estaba iluminado con mas profusion que lo que era de costumbre; y á la luz del candil y de la esperma, se veian relucir las gracias de nuestras hermosas paisanas.

Aquella era, en fin, una de esas noches de *funcion extraordinaria*, que siempre dejan gratos recuerdos en el alma de los empresarios ó beneficiados.....

Quando salió Francisco de su casa, sin pensar en los que lo seguian, corrió casi como un loco; le ardia la cabeza y le parecia que era víctima de una horrorosa pesadilla. No obstante, el aire frio refrescó sus ideas y le hizo moderar la violencia de su marcha.

Quando llegó al teatro habia adquirido harto dominio sobre sí mismo para darle á su fisonomía un aire risueño. Aquel era el primer esfuerzo del ejercicio que iba á emprender, pero no sirvió sino para hacerlo mas odioso á sus ojos. En efecto, ¡triste condicion la del comediante, que tiene que vivir siempre aparentando, y que fingir risa y alegría para divertir á un público insensible, cuando tal vez su corazon rebosa la amargura!

Francisco contempló con espanto la multitud reunida en la entrada del teatro: ¡del capricho de aquella turba dependia su porvenir!

En el momento en que él penetraba en el *sancta sanctorum* de los actores, comenzó la orquesta á tocar la obertura de costumbre. El estrépito hizo temblar todos sus nervios y excitó su sensibilidad. Jamas podia oír música sin dejar de enternecerse; pero los acentos de aquella orquesta le conmovieron doblemente al pensar en la prueba que iba á sufrir, y al recordar involuntariamente las sentidas armonías del arpa de su prima.

El director de escena, los criados, todo el mundo corría detras del telon; y aquel movimiento no pudo ménos de alentar el valor de Francisco: los últimos acentos de la música sirvieron tambien para animarlo.

Se alzó el telon, y reinó un profundo silencio: las primeras escenas del drama corrieron sin interrupcion, pues todos esperaban la salida del nuevo *actor* que se habia anunciado.

Llegó el momento fatal, y Francisco, ántes de salir, hizo un esfuerzo de valor; pero su vista se deslumbró con la luz del teatro, y su corazon se sobrecogió ante el espectáculo, siempre imponente, de un numeroso concurso. Sin embargo, aquello fué obra de un momento: alzó el rostro, y en medio de un confuso murmullo se adelantó hasta el medio de las tablas.

La concurrencia era numerosa; mil cabezas se veian agrupadas en el patio, y la vista se paseaba con delicia por los palcos, todos ocupados, y donde lucian á la vez el oro, la juventud, la hermosura, la seda. Un pensamiento

doloroso cruzó por la mente del jóven al contemplar aquel lujo..... ¿Por qué Remedios habia nacido tan desgraciada?.....

El papel que tenia á su cargo era demasiado fuerte; no obstante, Francisco lo habia pedido así, deseoso de llamar la atención; el pobre jóven contaba con fuerzas muy superiores á las suyas. Representaba á un mudo, perdido entre la clase baja del pueblo, ignorante de su origen, y educado por una mendiga, quien al morir le habia dicho que su madre era una noble señora, á quien ella lo robó, y la que desde este momento por esa causa habia quedado sumergida en el dolor. Llena de remordimientos la mendiga, le revela al mudo algunas señales por las que podrá reconocer á su madre y volverla la felicidad. El drama, como se ve, no era de un gran mérito literario; pero tenia algunas escenas bastante buenas, y una de ellas, tal vez la mejor, era la en que el mudo entre un grupo de señoras, á quienes iba á pedir una limosna, reconoce á su madre: en aquel momento supremo, el mendigo, obedeciendo á un impulso irresistible de su corazón, se arroja á los piés de su madre; pero esta, equivocando el objeto de aquella demostración, saca una moneda y se la da, diciendo:—*Ruega por mí, hijo!*.....—El mudo quiere hablar; su fisonomía se desencaja, y prorrumpe en un grito desgarrador!.....

Durante el primer acto, Francisco no pudo sostener el carácter que representaba: aquel público le daba miedo, y las lágrimas se le saltaron de los ojos cuando oyó caer el telon en medio de un silencio horrible.

Volvió á escuchar la orquesta; pero para nuestro jóven

tenia en aquel momento un no sé qué de lúgubre. Todas sus esperanzas venian por tierra: aquellos hombres que le aguardaban como canes hambrientos le llevarian á una prision, ya que le era imposible pagar, y Remedios volveria á padecer.....

¡Ah! ¿y entre aquel numeroso concurso no habria una alma compasiva que lo salvara? ¿Todos estaban decididos á condenarle?..... ¡Cuán poco le bastaria para ser feliz!.....

Volvió á alzarse el telon..... el director se acercó á Francisco y le dijo al oido:

—¡Nos vais á echar por los suelos!

El jóven se levantó convulsivamente y salió á las tablas..... ¡Todo lo iba á jugar en aquel momento..... De un lado estaba la gloria, el amor, la felicidad..... del otro, la prision, la miseria, la muerte!

La presencia de Francisco fué acogida con marcadas señales de burla: los hombres tosan y *ceceaban*; las señoras se sonreian y ocultaban el rostro detras de sus pañuelos y sus abanicos.....

—¡Cruels! pensó el jóven; ¿y esas son las que blasonan de sensibles?.....

Volvió la vista hácia sus compañeros..... todos le miraban con desden..... ¡su ruina estaba ya consumada!

Entónces, en el exceso de la desesperacion, hizo un esfuerzo y quiso morir; una vision horrible pasó por su mente, y fué á arrojarse ante la actriz que representaba el papel de su madre.....

¡Iba á pedir limosna!..... En aquel momento el corazón se le oprimió..... Perdida ya la última esperanza,

preso él, ese era tal vez el porvenir de la desventurada Remedios!.....

¡Terrible idea que anudó su garganta y demudó su rostro..... y puso una nube ante sus ojos!.....

Hubo un momento de silencio..... y despues se escuchó, repentina, simultánea, general, una salva de aplausos!.....

Francisco estaba fuera de sí, y maquinalmente acababa de arrancar un triunfo, que ni sus mas hábiles compañeros hubieran alcanzado, por la sencilla razon de que ellos representaban, y él sentia en aquel momento.

¿Qué cosa hay mas angustiosa que esa lucha de la duda y la esperanza, en que está aparece como una moribunda luz, á la que con toda el alma se querria dar vida, y aquella como un viento que trata de extinguirla?..... ¡Ah! mil veces son mas terribles esos momentos, porque en ellos se vive, se vive con todas nuestras facultades, y se padecen todas las angustias de la muerte, al mismo tiempo.....

Francisco escuchó los aplausos que se le prodigaban, y se sintió acometido de una esperanza febril.....

Ébrio, temeroso, quiso continuar; pidió desde el fondo de su corazon un milagro á Dios, aunque muriese en seguida, y reunió todas sus fuerzas.....

En aquel momento recibia la limosna..... Como movido de un resorte se levanta..... titubea un momento, y se acerca hácia su madre..... Sus facciones estaban lívidas, naturalmente se le habian erizado los cabellos, sus labios temblaban, sus ojos se salian de su órbita..... todas sus facciones querian hablar.

Reinaba en todo el teatro un profundo silencio..... un sentimiento general de terror instintivo se habia apoderado de todos, y les hacia contener hasta la respiracion para no perder ni el mas ligero ademan de aquella terrible pantomima..... Se oia el chisporroteo de las velas, y se hubiera notado el zumbido de una mosca.....

Francisco permaneció en esa actitud un momento..... era el esfuerzo terrible, inaudito, horroroso de un mudo que quiere hablar, que quiere gritar: *¡Madre mía, yo soy!.....*

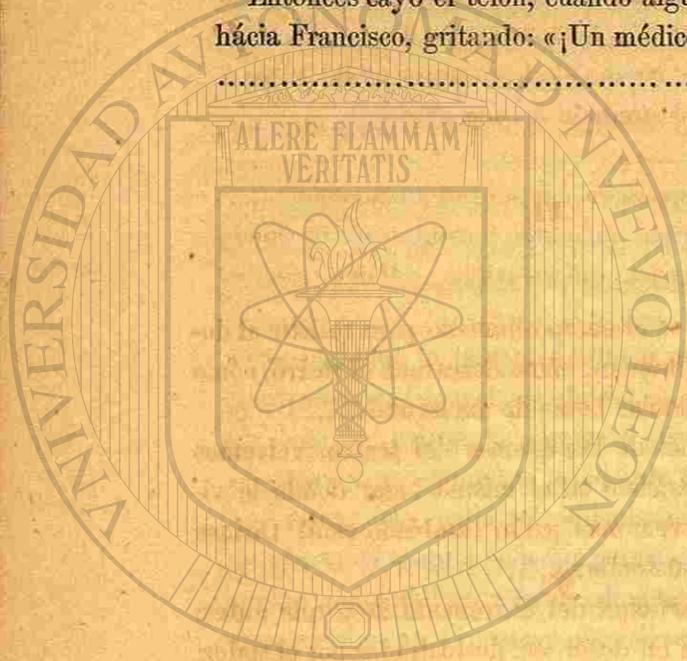
Al mirar irse á su madre; al perder el mendigo esa esperanza; al sentirse acometido por la mas horrorosa desesperacion, quiso hacer Francisco el último, el mas violento esfuerzo. Dió otro paso; extendió con angustia los brazos; abrió convulsivamente los labios para gritar..... y en aquel momento sintió un calor intenso en el cerebro, le pareció ver el semblante risueño de Remedios, mil rostros extraños, grotescos, que pasaron ante su vista como el rastro fosfórico de un relámpago.....

Sintió una cosa tan horrible, que se volvió repentinamente hácia el público..... dió dos ó tres pasos desiguales, con la respiracion suspendida..... inyectados en sangre los ojos..... sacudió las manos con angustia..... y un solo grito, pero agudo, estridente, nervioso, se escapó de su pecho, y recorrió toda la concurrencia como un dardo de acero.....

Todavía duró un segundo el sepulcral silencio; pero de

pronto, como una reacción terrible, se escuchó un aplauso frenético, como si el teatro se hundiera.....

Entonces cayó el telon, cuando algunos actores corrian hácia Francisco, gritando: «¡Un médico!!! ¡Un médico!!!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

VI.

QUÁN frágil es el cuerpo humano para resistir al dolor! ¡Cómo abruma, cómo descarnan el rostro, cómo envejecen algunas horas de amargura!.....

Dos días después de las escenas del teatro, volvemos á encontrar á Francisco en el mismo lugar donde le vimos por primera vez: mas ¡cuán cambiado está! Diríase que ya no es ni su sombra.....

Su traje no participa del extremado aseo que ántes; sus cabellos están en desórden, deslustrados por el sudor; una palidez horrible reina en sus facciones demudadas, enflaquecidas; sus miradas son inciertas, llenas de una expresión indefinible: una línea azulada circunda las órbitas de sus ojos, y parece que ha crecido la parte blanca de estos.

Estaba sentado frente á la mesa vacía, tenia la cabeza caída sobre el pecho, y las manos cruzadas sobre las rodillas..... Así permaneció algun tiempo sin mover la vista siquiera, como un cadáver..... De pronto su mirada se animó, abrió los párpados, y sus ojos cintilaron como un diamante..... el pecho se le dilató extraordinariamente,

pronto, como una reacción terrible, se escuchó un aplauso frenético, como si el teatro se hundiera.....

Entonces cayó el telón, cuando algunos actores corrían hacia Francisco, gritando: «¡Un médico!!! ¡Un médico!!!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

VI.

QUÁN frágil es el cuerpo humano para resistir al dolor! ¡Cómo abruma, cómo descarnan el rostro, cómo envejecen algunas horas de amargura!.....

Dos días después de las escenas del teatro, volvemos á encontrar á Francisco en el mismo lugar donde le vimos por primera vez: mas ¡cuán cambiado está! Diríase que ya no es ni su sombra.....

Su traje no participa del extremado aseo que ántes; sus cabellos están en desórden, deslustrados por el sudor; una palidez horrible reina en sus facciones demudadas, enflaquecidas; sus miradas son inciertas, llenas de una expresión indefinible: una línea azulada circunda las órbitas de sus ojos, y parece que ha crecido la parte blanca de estos.

Estaba sentado frente á la mesa vacía, tenía la cabeza caída sobre el pecho, y las manos cruzadas sobre las rodillas..... Así permaneció algún tiempo sin mover la vista siquiera, como un cadáver..... De pronto su mirada se animó, abrió los párpados, y sus ojos cintilaron como un diamante..... el pecho se le dilató extraordinariamente,

temblaron sus labios, y se oyó un murmullo monótono.

Entonces se levantó violentamente, corrió por la pieza con las manos en la cabeza, y volvió á caer abatido en su silla, repitiendo el angustioso murmullo.....

Así volvió á pasar algun tiempo; de cuando en cuando una tinta leve de carmin coloraba sus facciones como un relámpago: un sudor glutinoso brotaba de su frente, y su rostro adquiria con lentitud la inmovilidad del abatimiento.

Al cabo de algun tiempo se abrió la puerta de la pieza contigua y salió por ella la madre de Francisco.

Tambien en ella ¡ay! habia hecho sus estragos el dolor, de tal manera, que podria creerse que se levantaba de una larguísima enfermedad.

Antes de acercarse á su hijo se detuvo para limpiarse una lágrima que corria lentamente por el surco profundo trazado entre las arrugas de su rostro.

Francisco la miró é hizo un impulso para levantarse; pero una reflexion lo hizo sin duda permanecer inmóvil: sin embargo, clavó su mirada en la anciana, interrogándola con toda su alma.

La madre le tomó la cabeza entre sus dos manos con un ademan de infinita ternura, y le dijo con voz conmovida:

—Está mejor..... el médico cree que hay esperanza. Ven, la verás..... ha preguntado por tí.....

Imposible seria describir la mirada con que acogió el jóven estas palabras; parecia que el alma queria salirse por los ojos: en un mismo momento expresaron mil pasiones diferentes, reflejo de los sentimientos que se tumul-

tuaban en aquel pecho condenado al silencio, hasta que los oscureció un velo de lágrimas.

Entonces se levantó para seguir á su madre.

¡Cómo habia cambiado tambien el aposento donde conocimos á Remedios! Las vasijas de los medicamentos se habian aumentado, en cambio de todos los muebles, que en sus tribulaciones considera el pobre *superstuous*, y que habian desaparecido: una imágen de la vírgen Dolorosa estaba á la cabecera de Remedios, y ante otra imágen del Divino Rostro ardia chisporroteando una vela de cera: habia en aquella pieza ese no sé qué indefinible que se encuentra en el aposento de todos los enfermos graves, ó en los lugares donde se ha presentado la muerte.

Cuando Francisco, precedido de su madre, penetró en aquel lugar, experimentó una sensacion de frio que recorrió todo su cuerpo, y un nudo que le oprimia la garganta.

Sin poderse contener corrió hácia la cama; se arrodilló y tomó una de las manos de la doncella, que cubrió de besos y lágrimas de fuego.

El médico estaba sentado junto á la cabecera, y parecia sumergido en una profunda meditacion, cubierto el rostro con las manos. Cuando Francisco se precipitó hácia la cama, levantó la cara y lo miró por un segundo, sin celos, sin amor, casi diria sin vida: luego volvió á su postura.—Si Francisco lo hubiera visto, se habria enternecido: aquel hombre sufría tanto como él, y sus facciones estaban tambien cruelmente alteradas por tres noches de insomnio, despues de dos dias de constante afán, de incesantes pensamientos por salvar á la jóven, de la que no se habia separado.

Remedios estaba sumergida en una especie de sueño letárgico; mas á los besos de Francisco, pareció reanimarse: retiró la mano que este tenia, la paseó á su alrededor como tenia por costumbre, y preguntó con una voz torpe y muy cambiada:

—¿Ya volvió Francisco?..... ¿Por qué no ha venido á verme?..... ¿Ya no me quiere como ántes!..... toda la noche lo he estado esperando en la puerta.... tengo frío....

Francisco se enderezó, y el rostro se le puso purpúreo del esfuerzo que hizo por hablar.

La madre dijo con cariño:

—¡Oh! no tengas cuidado. Ya llegó Francisco..... y te quiere como siempre..... Ahí está á tu lado..... ¿No sientes cómo te besa la mano?.....

—No..... no, decia la ciega..... Si fuera Francisco, me hablaria..... me llamaria su hermana.....

Francisco se estremecia, lloraba y no podia articular mas que un murmullo, un silbido tembloroso.....

—¡Oh! no me lo oculten..... Francisco está preso..... y es por nosotras..... ¡Oh! yo quiero verlo..... Dios mio, yo quiero verlo ¡la vista!..... yo no veo.....

¡Oh! ¡quítlenme este velo de los ojos!! gritó con horrible angustia, despues de lo cual hubo un momento de doloroso silencio.

La madre se arrepintió al ver lo que padecia Francisco, pues lo habia introducido á la pieza, creyendo calmar así la ansiedad de Remedios, que á cada momento preguntaba por él, en su delirio incesante, desde que la habia atacado la fiebre que la mataba, cuando Francisco salió de su casa para ir al teatro.

—Francisco no viene, porque no me ama..... continuó la enferma..... pero yo no puedo vivir sin él..... ¡Oh! díganle que entre..... está en la otra pieza..... acabo de oír su voz..... si él no viene..... si no me habla..... me moriré.....

Volvió á caer su cabeza pesada como el plomo, y sus labios solo se abrieron para dejar pasar su aliento abrasado.

La madre quiso hacer salir al jóven, porque temia las consecuencias de aquel horrible tormento; pero él no lo consintió, porque hay en el hombre cierta tenacidad que lo compele á saturarse de dolor.....

La anciana se acercó al médico, y le dijo en voz baja:

—¿Qué harémos?.....

—No lo sé..... contestó con desaliento, levantándose.

Luego añadió á media voz alejándose:

—Hace tres noches que he conocido la mentira de mi ciencia..... en vano me he afanado..... en vano he secado mi cerebro buscando un pensamiento, una inspiracion..... no la he encontrado!..... Ya dudo de mí mismo..... ya no tengo esperanza.....

La madre se habia quedado helada al oír aquellas palabras.

—Yo daria mi vida por salvarla..... ¿Mas con qué atajar los progresos de esa fiebre que la devora?.....

Se acercó á Remedios y la tomó el pulso.

—¡Quema el contacto de esta piel árida y reseca!.....

Dejó caer la mano de la enferma y permaneció á su lado pensativo.

—¡Nada!..... murmuró al fin. Todo lo he ensayado.....

el origen de esa fiebre está en el espíritu..... ¿Y cómo sanar el espíritu?..... ¡Oh! si yo pudiese darle la voz á ese jóven..... ¿Qué me importa?..... ¡Ay! que viva ella aunque jamas pague mi amor..... Pero son necesarios acaso muchos dias..... y dudo que recobre el habla perdida por un esfuerzo violento.....

Volvió á alejarse, y el ruido de sus pasos confundido con la respiración desigual y fatigosa de la enferma, era lo único que turbaba el silencio.

Despertó de nuevo Remedios.

—¡Qué hermoso debe ser el teatro! murmuraba entre dientes. ¿Por qué no me quieren llevar? Oíré la voz de Francisco..... y será como..... si lo viera..... ¡Qué gusto debe tener cuando... tantas gentes lo aplaudan... ¿A qué hora volverá?..... ¿Pero esos hombres?.....

El médico no pudo contener un suspiro de dolor: habia podido apreciar aquella alma cándida, aquella naturaleza vírgen, y conocía que en el corazon de Remedios el amor hacía Francisco era un sentimiento natural, espontáneo, inocente, como debe ser el amor de una ciega.....

Y Francisco ¿qué debía sentir?..... ¿Puede calcularse su posición, los tormentos que sentiría al no poder expresar lo mucho que debía tener en el pecho? ¿Al considerar que entre él y aquella que amaba mas que á su vida no podia haber ya ninguna relación directa?.....

De pronto se enderezó con mucho trabajo Remedios y pidió en fuerza del delirio su arpa: la música es uno de los sentidos de los ciegos.

—¡Oh! mamá..... decia casi con acento infantil la don-

cella..... ya verá V. cómo viene..... siempre que oye mis canciones viene á hablarme..... y á decirme.....

Así duró un instante; pero le era á Remedios imposible sostener un esfuerzo nacido de la calentura: su cabeza cayó sobre la almohada, y su pecho se oprimió.....

.....

Aquella noche comenzó como todas las demas: un velador de seda verde ocultaba la luz; la madre estaba atenta á los menores movimientos de Remedios, contando con ansia las horas, que corrían con horrible lentitud; Francisco estaba sentado en la cama, de donde no habia querido separarse, y ya no lloraba porque no podia; solo el médico, sereno, impasible, silencioso, parecia meditar en su puesto de junto á la cabecera. Remedios, entregada á un sueño fatigoso, á cada momento despertaba, siempre delirando á media voz.

A las once de la noche pidió agua para beber, pero tenia las quijadas trabadas.

A las doce quiso que la volteasen del otro lado porque no pudo hacerlo por sí sola; no se le entendía ya lo que hablaba.

El médico fué por la vela y la examinó el rostro; la calentura hacia aparecer en sus mejillas chapas de color negro. La tomó el pulso, la palpó la frente; su piel estaba reseca, sus carnes rígidas.

Volvió á sentarse el médico sin decir una palabra, pero ya no meditaba, y su mirada estaba limpia.

La madre al verlo sintió un horrible presentimiento.

A los tres cuartos para la una, el médico se levantó y

fué á tocar los piés de la jóven; sin que su voz revelase sobresalto, pidió botellas de agua caliente.

La madre las trajo llorando, y el médico sin decir una palabra las colocó.

Remedios parecía estar sumergida en un profundo sueño.

A eso de las dos de la mañana, la respiracion de la enferma se hizo mas sensible.

Media hora despues se le oia roncar ligeramente.

La madre se hacia ilusion: el médico volvió á ir por la vela para tomar el pulso de Remedios. Largo tiempo tuvo entre las suyas su mano; le tocó despues las sienes, puso el oido junto á su corazon..... Entónces con voz breve, demudada, dijo á la madre.

¡Se muere!.....

Por muy convencida que la madre estuviera de esta verdad hacia mas de una hora, aquellas palabras fueron como una puñalada á su corazon: se levantó conteniendo apenas el llanto. Remedios se sonrió: la habia oido.....

Francisco se levantó tambien, y dió precipitadamente dos vueltas á la pieza.

El médico se acercó á la madre, y la dijo:

—Ayer recibió la señorita el Viático..... pero es preciso ahora un sacerdote.....

La madre salió afuera, dando rienda suelta á su llanto.

El médico fué hácia Francisco, y le dijo estrechándole una mano:—¡Valor!..... la vamos á perder.....

Francisco cayó de rodillas porque no pudo tenerse en pié.

Remedios deliraba, pero con voz tan confusa, que nada se le entendia.

A las tres de la mañana llegó el sacerdote: era un hombre de cuarenta años, de frente espaciosa y mirada serena. La cruz roja de su manteo, indicaba que era *camilo*.

Ya el estertor de la enferma era mas frecuente y muy elevado.

El sacerdote la miró el semblante, y una sonrisa triste vagó por sus labios. En efecto, los sacerdotes de su orden, acostumbrados á presenciar tantas agonías, tienen una experiencia infalible.

La madre habia encendido una vela de cera amarilla. Todos se sentian animados de un respetuoso temor, y hasta el llanto corria en silencio.

El sacerdote comenzó sus oraciones con una voz triste, pero dulce; todos se arrodillaron.....

A las tres y media de la mañana el médico no encontraba el pulso de Remedios en todo el brazo.

Francisco temblaba convulsivamente, y mordía la punta de la ropa que cubria á la doncella.

La madre gemia de un modo que partía el corazon: solo el médico no lloraba, pero sus ojos estaban secos, de una manera que daba miedo.....

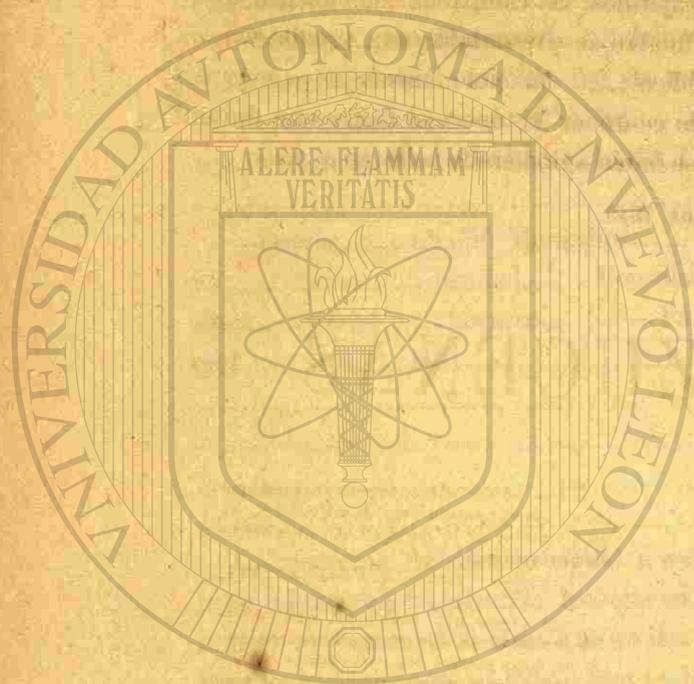
El sacerdote no perdía un momento. Concluidas sus oraciones, exhortaba con palabras dulces y cariñosas á la enferma, que de vez en cuando sonreia.....

¡Santa y consoladora religion!.....

Algunos minutos despues de las cuatro de la mañana, la enferma hizo un movimiento para tomar las manos del sacerdote, y le dijo:

—¡Padre, rogad por mí!.....

En seguida se volvió al otro lado, y llamó á la que le



LA CORONA

DE

AZUCENAS

Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in legi peccati, quae est in membris meis.

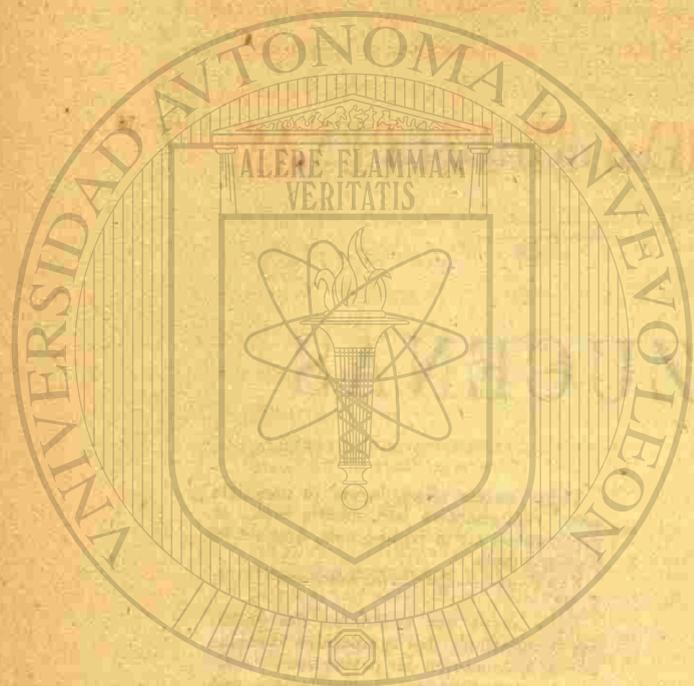
SAN PABLO.—*Epist. á los Romanos*, C.VII, V. 23.

Nous avons non seulement des goûts, des inclinations, des sympathies involontaires, mais encore des perceptions obscures, qui nous tournent insensiblement, soit au bien comme la grâce, soit au mal comme la tentation.

J. J. VIREY, *L'art de perfectionner l'homme*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CORONA DE AZUCENAS.

I.

Le défaut d'exercice est fatal aux enfants.
BALZAC, *Histoire intellectuelle de Louis Lambert.*

Aux cœurs blessés, l'ombre et le silence.

La surexcitation de l'appareil nerveux devient d'autant plus à redouter, que l'activité musculaire est diminuée par le repos, la méditation et l'isolement.—*J. J. Virey.*—
De la physiologie dans ses rapports avec la philosophie.

HAY criaturas que parecen de propósito echadas al mundo para hacer en él un doloroso aprendizaje; criaturas cuyo dote es el llanto, y cuya esperanza está cifrada en el cielo.

¡Almas llenas de pureza que atraviesan por este valle de lágrimas como las exhalaciones que surcan el cielo en una noche de estío!

¡Flores de un día, que mueren immaculadas, dejando por única memoria un leve pero grato perfume!

¡Diamantes riquísimos con que el Señor adorna su dia-

dema, despues de haberlos probado en el crisol de la desgracia!

¡Ángeles desterrados, que suspiran por la patria amada!
¡Criaturas predilectas de Dios, á las que él recompensa abreviando el término de su dolorosa peregrinacion sobre la tierra!.....

Soledad era una de estas santas y humildes criaturas, que viven y mueren desconocidas, como la flor que brota entre los peñascos.

¡Era huérfana! Su madre murió al darla á luz, y la pobre niña desde ese momento, cuando todos son colmados de caricias y de cuidados, se halló sola en el mundo, sin mas amparo que el de la Virgen, cuyo nombre llevaba.

Desde tan tierna edad podia ya pronosticarse su belleza; la azucena era ménos blanca, ménos suave que su frente, y sus labios se asemejaban á la encarnada flor del granado.

A esta infantil belleza debió, sin duda, que una de las vecinas de la casa donde nació, la tomara bajo su protección. Mas ¡ay! esto no fué una felicidad para la niña: aquella mujer era de un carácter inculto y áspero como los frutos silvestres; jamas había tenido hijos, y por lo mismo era incapaz de reemplazar á una madre, á ese ángel de amor y de ternura que Dios ha colocado en las puertas de la vida!

A su lado creció Soledad; pero léjos de ser bulliciosa y juguetona, como todos los niños, era lánguida, silenciosa, tímida..... No lloraba, porque á la anciana que cuidaba de ella, la aburría el llanto; pero aquellas lágrima-

mas que no podian desahogarse por sus ojos, caian sobre su corazon!.....

Aquella mujer queria ver á Soledad siempre quieta; y esta sin poder dar curso á los movimientos espontáneos de su cuerpo, reconcentraba en sí misma todas sus sensaciones, de manera que su sistema nervioso adquiria un desarrollo muy precoz, merced á aquel ejercicio.

Muy niña, muy inocente era aún, para conocer y apreciar toda la extension de su desgracia; pero su frente se inclinaba ya melancólica como una flor carcomida..... tal vez con ese instinto admirable que poseen los niños, presentia una vida de dolores.....

¡Pobre Soledad! para ella, la niñez, esa edad de oro, esa rosa de la vida, no tenia ninguno de sus encantos y placeres.....

A los siete años cayó enferma. ¡Cómo extrañó entonces los asiduos cuidados, los desvelos de una madre!..... La mujer que la cuidaba se iba á su trabajo, y Soledad gemia en su pobre lecho sin que hubiera una mano que limpiara el sudor de su frente, ni una voz amiga que interrumpiese el letal silencio en que yacia.

La desgracia, pesando como una losa de mármol sobre el corazon, hace que el cerebro se desarrolle y madure desde muy temprano. Cuando Soledad se levantó de la cama, hasta la sonrisa huyó de sus labios; desde entonces amó con pasion el silencio; parecióla que en él se olvidaba hasta de sí misma; era que tenia necesidad de entregarse á esos pensamientos vagos que nos arrancan de la tierra, cuando no hay en ella lazos que nos detengan, y nos mecen por el espacio; era que experimentaba en el

pecho un vacío de amor, una sensación indefinible que solamente los huérfanos podrán comprender. Entónces, por un efecto natural, su mirada se volvió apagada y triste.

Pasaba los días sentada en el quicio de la puerta mirando á las niñas de la vecindad reír, jugar, ser felices... veíalas correr hácia el regazo de sus madres, y recibir sus besos, sus caricias; las contemplaba con sus vestidos nuevos, bellas, galanas; seguía con la vista todos sus movimientos; y una sonrisa triste, fugaz, vagaba por sus labios; una de esas sonrisas que revelan toda la amargura de un corazón.

Después de estas crueles contemplaciones, en las que hallaba una especie de punzante fruición, se retiraba cada vez más silenciosa y meditabunda.....

A los nueve años la anciana se propuso educar á Soledad. Enseñóla á barrer el suelo, á hilar, y le infundió sus ideas religiosas. Ideas á las que la moral más pura no habría hallado que tachar, pero que tenían el defecto demasiado común de que para inculcar las cosas abstractas y espirituales, se valían de imágenes materiales.

Entónces las ideas de Soledad sufrieron un cambio completo, y su imaginación hasta allí incierta y vacilante, pareció haber hallado un objeto adonde dirigirse. El cielo, esa mansión de oro y azul, que le había descrito la anciana; ese jardín eternamente florido; esa atmósfera llena de luz; ese lugar de purísimos placeres, en donde sin cesar cantan los ángeles y las vírgenes acompañadas con arpas de celeste armonía, fué el sueño, el delirio, el anhelo constante de la niña. Llegaron á grabarse tan profundamente estas imágenes en su cerebro, que había momentos en que

la niña creía que ese lugar no era desconocido, y que conservaba de él un vago recuerdo.

Desde esos momentos pareció volver la vida á ella; la sangre coloró sus mejillas; sus ojos adquirieron un brillo apacible, y su boca tomó esa forma particular que la imprime la meditación.

¡Pobre niña! á fuerza de entregarse constantemente á esas contemplaciones, hasta el grado de extasiarse, pues nada llamaba su espíritu hácia la tierra; á fuerza de pensar en las recompensas ofrecidas en el otro mundo, á los que han padecido, sin caer en este, se llegó á formar una voluptuosidad de imaginación, cuyos peligros no podía adivinar..... Una imaginación exaltada es malísimo consejo para una doncella, y más en esa edad en que el cuerpo al comenzar á desarrollarse necesita sensaciones.

Con la edad crecían los martirios de Soledad; ¡ya sabía cuán amargo es el pan de la caridad! La anciana, á quien sus enfermedades hacían cada vez más impertinente, reñía con aspereza á la niña y la llamaba *holgazana*..... Su corazón envejecido no podía comprender cuánto mal hacían estas palabras á la huérfana!

El vestido que encubría las formas, cada día más bellas, de Soledad, era muy pobre y dejaba ver su piel de raso..... la niña no envidiaba otro, pero suspiraba al mirarse. ¿Cómo no había de soñar con los placeres y el brillo del cielo?

Tenía trece años cuando en la casa donde vivía hubo un casamiento. Soledad miró al principio con indiferencia, luego con curiosidad, y al fin con mucho interés los preparativos de la boda; se deleitó contemplando los ador-

nos de la novia, y escuchó las conversaciones de algunos concurrentes.....

Por la noche una especie de picante curiosidad la hizo estarse en vela; miró á la novia bella, amorosa, dar el brazo á un gallardo joven..... Con solo este espectáculo experimentó Soledad una sensacion tan dolorosa como incomprendible, una sensacion tan desagradable como la que se experimenta con un golpe eléctrico. Era una semilla que acababa de caer en su corazon.....

De pronto la música, que daba la señal para el baile, llenó el aire con torrentes de armonía. Soledad se estremeció..... adelantóse como atraída por un encanto magnético..... miró á los novios entrelazados con sus brazos, mecerse á compás como la flor acariciada por el aura..... Los ojos de la huérfana se arrasaron de lágrimas, subió la sangre á sus mejillas, y conmovida, ruborizada, llena de indefinible tristeza, fué á ocultarse, sin saber por qué, entre las ropas de su cama.

Bien pudiera suceder que así como el aura se impregna con el aroma de los campos, así como la atmósfera se carga con la electricidad de las nubes, así el ambiente de un salon se cargara de amor, del amor que exhala en sus miradas, en su voz, en sus ademanes, una pareja feliz.....

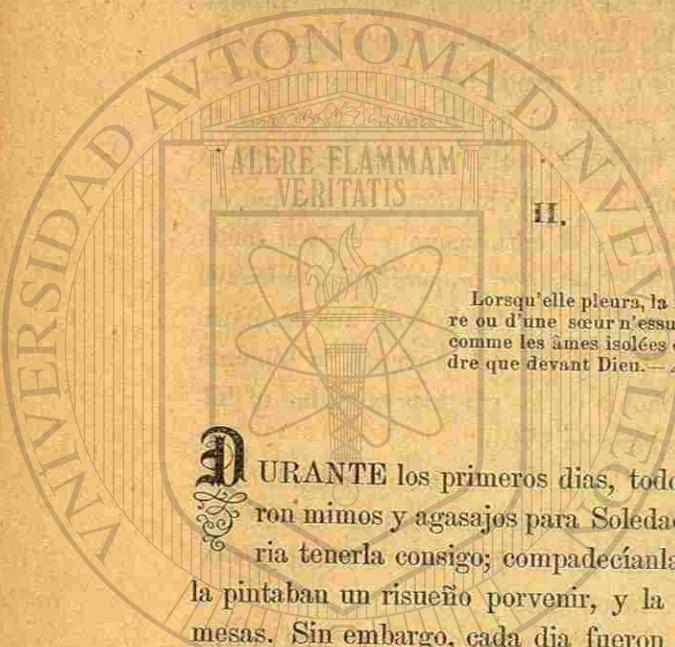
Desde aquella noche amó Soledad la música; la buscaba con afán, y cuando por casualidad llegaban á su oido algunos acentos, permanecía largo tiempo fuera de sí. En su imaginacion se habia hecho una mezcla confusa de las cosas de la tierra y las promesas del cielo. Parecíale á la huérfana que la música traducía sus mas íntimas sensaciones, que era la voz de su alma.....

En aquel mismo año murió la anciana que cuidaba de Soledad. La pobre mujer, á pesar de todo, tenia un excelente corazon, al que solo la ignorancia habia esterilizado; durante su vida habia amado á Soledad tanto como puede amar una mujer que no ha tenido hijos, á uno adoptivo; pero al morir quiso reparar su indiferencia; lloró por la suerte de la joven, temiendo verla expuesta, tan bella, á los peligros de la miseria y del abandono; hablóla nuevamente de la religion, con el entusiasmo y desden terrenal de un moribundo, y concluyó proponiéndola entrar en el convento de Santa C.....en donde tenia una hermana; para persuadirla, pintóle la paz del convento, la solemnidad del culto, la armonía de los cánticos sagrados, el dulce anhelo de las esposas de Cristo.

Escribió una carta la moribunda recomendando á la huérfana á su confesor, y pocas horas despues murió! Entonces conoció Soledad que tambien ella la habia amado. ¡Es tan natural al corazon amar!.....

Al dia siguiente se vendió todo lo que la anciana poseia, que era bien poco, y se compraron cuatro velas de cera. Soledad pasó el dia orando junto al cadáver, mientras las velas se consumian chisporroteando en medio del silencio, único, pero solemne funeral de los pobres!.....

Por la tarde llevaron el cadáver á la última morada, y Soledad, huérfana por segunda vez, sin ninguna afeccion ya sobre la tierra, se dejó conducir suspirando al convento.



Lorsqu'elle pleura, la main chérie d'un frère ou d'une sœur n'essuya point ses larmes; comme les âmes isolées elle dut ne les répandre que devant Dieu. — A. D.

DURANTE los primeros días, todo el convento fueron mimos y agasajos para Soledad; cada monja quería tenerla consigo; compadecíanla por su desgracia; la pintaban un risueño porvenir, y la colmaban de promesas. Sin embargo, cada día fueron siendo ménos expresivas estas demostraciones, y cuando hubo pasado la novedad, la pobre niña quedó entregada al olvido común.

La monja á quien habia ido recomendada era una de esas mujeres de carácter frío, apático y egoísta, que tienen, por decirlo así, atrofiado el corazón; mujeres para quienes no existe el odio, pero tampoco el amor; mujeres para quienes la suprema felicidad consiste únicamente en una absoluta tranquilidad de espíritu.

Desde el primer momento en que Soledad habló con esta mujer, sintió hácia ella un despego, una antipatía que no pudo disimular, pero que ni aun fué notada; tan

profundo así era el egoísmo de la que debiera haber sido su protectora.

Encontróse, pues, la pobre niña con su corazón de trece años y su imaginación acalorada, sola, sin apoyo de ninguna clase, en esa edad tan peligrosa para las mujeres, en que más que nunca necesitan de los consejos de una madre, de una amiga inteligente para corregir los vicios en que puede incurrir la naturaleza.

Parecióle imposible á Soledad vivir sin ninguna especie de afección por débil que fuese, y como la yedra que busca un objeto á que adherirse en todo lo que la rodea, buscó entre todas las mujeres que veía en torno suyo, una que pudiera pagar su cariño; un corazón que lo comprendiese, porque la naturaleza humana está compuesta de tal manera, que sin un poco de amor no puede vivir; porque hay momentos en que el pecho tiene necesidad de desahogarse; pero á todos los corazones los halló estériles é insensibles.

No parecía sino que constantemente elevadas hácia Dios aquellas almas, no existían ya para la tierra, y estaban sordas á los gemidos de la humanidad.

Por mucho tiempo la niña renovó sus tentativas, con la tenacidad que el árbol renueva sus retoños, con la tenacidad que el enfermo busca el calor del sol que lo hace vivir..... pero las palabras que las monjas le prodigaban en cambio de sus lágrimas, eran tan melosas y tan frías, que su instinto se exasperaba contra ellas.

Al fin tuvo que resignarse Soledad con su suerte; su pobre corazón adquirió el pudor de la desgracia, y se cerró como la sensitiva.

Desde entónces el horizonte que creia haberse abierto para ella, se cubrió de sombras; su corazon agobiado por tantas heridas, comprimido por la tristeza y el desaliento, se enfermó, y la niña tornó á ponerse pálida y enfermiza, como una flor, privada del aire y del sol que la hacian vivir.....

Por otra parte, Soledad, que nada habia llevado al convento, ni tenia quien pagara en él sus gastos, estaba en la precision de desempeñar las tareas á que están obligadas las niñas que entran de la misma manera.

Débil y enferma como estaba, tenia que entregarse á inusitados ejercicios, superiores á su sexo, á su edad, y á su delicada constitucion.....

¡Entónces era cuando resentia mas la falta de algun corazon amigo; entónces era cuando se le hacia insoportable la soledad y el aislamiento en que vivia; entónces el valor le faltaba, porque una criatura sin afecciones, es como la caña á la que cualquier viento abate!

No se quejaba, porque lo que mas temen los desgraciados es la indiferencia y la burla; pero alzaba sus ojos arrasados de lágrimas al cielo, como una víctima que hace el sacrificio de sus dolores; como una alma desolada que demanda fuerzas y consuelo.....

Para Soledad la vida era una noche oscura y tenebrosa, un viaje por entre abrojos y espinas..... un combate largo, incesante y doloroso.

Y ¿cómo no habia de ser en este caso, para ella, una esperanza de consuelo, la muerte?

La huérfana, como lo enseña la religion, no consideraba en la muerte mas que un sueño pasajero, un estado de

transicion entre esta vida terrenal y de amarguras, y la vida inmortal..... La tumba no tenia para ella sombras, ni terrores; su alma inocente, cándida y pura no conocia el mal, y no podia formarse idea del castigo.....

Soledad, pues, anhelaba la muerte, como el jornalero anhela la hora del descanso..... De esta manera ella se consideraba cada dia mas extraña á la tierra; su corazon, que no habia hallado otro corazon en donde reposar, se elevaba hácia aquel que vino al mundo solamente á padecer para enseñarnos con su ejemplo que se pueden resistir y sufrir todos los dolores, cuando no se ha perdido la fé y la esperanza.

El alma de la huérfana aspiraba á la inmortalidad; se hallaba, si es que para demostrar nuestra idea, nos podemos valer de una comparacion material, como una esencia volátil, comprimida en un frasco, que tiende hácia la parte superior y procura evaporarse.

Sin instruccion, el solo instinto casi, le indicaba á la jóven que no puede ménos de haber otro mundo superior en donde Dios recompense á los que en esta vida solo han hallado dolores y lágrimas.....

Pero Soledad, no satisfecha sin duda con esta esperanza, procuraba vivir desde este mundo en el cielo..... Al verla inmóvil, de rodillas, horas enteras, la vista sin brillo, insensible á todo lo que la rodeaba, hubiera podido decirse, que efectivamente su espíritu habia volado á otras regiones.....

Estos arrobamientos eran demasiado frecuentes en la huérfana; era que su imaginacion, exaltada desde la infancia, habia adquirido mayor poder y mayor extension

en la soledad y el silencio de los claustros; concentradas sus ideas en un solo punto, hácia el cual habia hecho converger todas sus facultades, su cerebro poseia, si podemos explicarnos de esta manera, mayor claridad, como un reverbero dentro del cual se concentran los rayos de la luz; su alma, completamente libre de los sentidos, tendiendo á exhalar, comunicaba sin duda un exceso de vida al cerebro á expensas de las demas partes del cuerpo. Tal vez esto no era mas que el resultado de la vida aislada de la jóven; la consecuencia de la imposibilidad en que se hallaba de compartir con otros séres sensibles al amor, la simpatía que encerraba su pecho.....

Desde que entró al convento trató de adquirir algunas nociones de música; pero bien pronto superó á sus maestras. Cuando hubo llegado á este punto no se limitó á perfeccionar lo aprendido, sino que llegó á crearse, por decirlo así, una música aparte, que tenia algo de lo vago de sus sensaciones; una música que formulaba esa pregunta sin palabras y sin respuesta, que á cierta edad comienzan á hacerse las mujeres.....

Pero sucedia generalmente que la niña se levantaba del órgano con convulsiones. La música, que no limita su acción solamente á los oídos, sino que se extiende generalmente á todo el sistema nervioso, le causaba una especie de sacudimiento general, tanto mas fuerte, cuanto que sus nervios entónces muy delicados eran demasiado sensibles á la menor excitación. Y sin embargo, Soledad no podia pasarse sin la música. La conmoción que esta le causaba, no carecia de placer; era uno de esos dolores agradables que el cuerpo busca con avidez.....

A los diez y seis años el cuerpo de la huérfana se habia desarrollado completamente. No era ya una niña, sino una jóven hermosa á quien se compadece y se respeta.

Era alta, aunque endeble como una planta mal cuidada; pero su continente melancólico no carecia de gravedad; sus formas estaban bien redondeadas, especialmente el pecho, á pesar de la abstinencia; mas á traves de su piel delicada, blanca y trasparente, parece que se miraban estremecer sus nervios. Su rostro era ovalado, lleno de expresion y de bondad; su frente ancha y despejada revelaba la inteligencia y el desarrollo de su cerebro; sus ojos pardos, grandes, rasgados y meditabundos, eran el espejo de su alma, pura como un destello de Dios; y su mirada parecia haber adquirido algo de la celeste inmensidad donde con tanta frecuencia se paseaba su vista..... Su nariz era recta y fina, aunque las ventanas parecian algo anchas; su boca, sin ser desproporcionada, era tambien un poco grande, formada por dos labios abultados y sensuales; pero frescos, húmedos, agradables.....

El cuello que sostenia aquella hermosa é inteligente cabeza, era corto como el de las personas sanguíneas; pero hubiera pasado por modelo de morvidez.

Con los años, Soledad parecia haber olvidado hasta sus quejas, obedecia maquinalmente cuanto se la mandaba; jamas se sonreia y no hacia ruido ni aun para andar; hubiera podido decirse que se deslizaba sobre el pavimento.

¡Pobre Soledad! su aspecto causaba tristeza; su rostro estaba pálido, y sus ojos rodeados de una sombra azulada, que revelaba larguísimas horas de insomnio, de inquietud y de fiebre.

Los tristes resultados de la vida que llevaba, no podían hacerse esperar por mas tiempo.

No culparémos esa vida puramente intelectual; para los desgraciados, tal vez no hay otro consuelo; pero no podemos ménos de señalar algunos de sus peligros cuando se abusa; harto se sabe que todo extremo es dañoso. A fuerza de concentrar la vida en el cerebro, á fuerza de tener con este motivo *constantemente tirantes las fibras delicadísimas de la pulpa nerviosa, no es difícil que llegue un momento en que produzcan una gran perturbacion en todo el sistema, y esta sea la causa de terribles enfermedades, como el histérico, la enajenación mental, &c.* *

La calentura que precede á los primeros síntomas de la pubertad, y que la desgraciada niña habia descuidado, se convirtió poco á poco en una fiebre nerviosa, que la acometia frecuentemente.

La humedad y el frio del *coro* en donde permanecia de rodillas mucho tiempo entregada á sus oraciones mentales, y los ayunos y las penitencias, le habian lastimado el pecho.

Generalmente al caer el sol, un decaimiento profundo se apoderaba de la jóven; su cabeza se inclinaba cual si su cuello no fuera capaz de resistirla. Su sueño era interrumpido por sobresaltos, y un sudor continuo la debilitaba cada dia mas.

* Raciiborski, *De la Puberté.*

III.

Hay una fuerza que rige el cuerpo á su pesar, y que gobierna, sin participacion de la conciencia, todos los actos que no son de inteligencia, ni de voluntad, ni de libre albedrío.

R. AMADOR, DE MONTPELLER. *Discurso sobre la vida de la sangre.*

Tout ce qui peut surexciter le système nerveux est cause d'hystérie: tels sont une vie oisive, contemplative; la lecture de certains livres; la culture immodérée des beaux arts, notamment de la musique, les veilles, les chagrins, ainsi que les peines du cœur.

A. GRISOLLE. *Traité élémentaire et pratique de pathologie interne.* Tome 2, pag. 718.

A los diez y siete años pidió Soledad el hábito, esperando que con esto se calmaria aquella fiebre que la devoraba, y que ella atribuía á la tibieza de su devocion.

Desde algunos meses ántes la jóven habia comenzado á experimentar una inquietud indefinible que tan pronto la hacia buscar la sociedad de las monjas como huir de todo ruido y compañía; tan pronto la hacia apasionarse y encontrar un secreto placer en las misteriosas ceremonias de la iglesia, como evitarlas cual si le causasen una impresion dolorosa é insoportable; una inquietud que cada dia

Los tristes resultados de la vida que llevaba, no podían hacerse esperar por mas tiempo.

No culparémos esa vida puramente intelectual; para los desgraciados, tal vez no hay otro consuelo; pero no podemos ménos de señalar algunos de sus peligros cuando se abusa; harto se sabe que todo extremo es dañoso. A fuerza de concentrar la vida en el cerebro, á fuerza de tener con este motivo *constantemente tirantes las fibras delicadísimas de la pulpa nerviosa, no es difícil que llegue un momento en que produzcan una gran perturbacion en todo el sistema, y esta sea la causa de terribles enfermedades, como el histérico, la enajenación mental, &c.* *

La calentura que precede á los primeros síntomas de la pubertad, y que la desgraciada niña habia descuidado, se convirtió poco á poco en una fiebre nerviosa, que la acometia frecuentemente.

La humedad y el frio del *coro* en donde permanecia de rodillas mucho tiempo entregada á sus oraciones mentales, y los ayunos y las penitencias, le habian lastimado el pecho.

Generalmente al caer el sol, un decaimiento profundo se apoderaba de la jóven; su cabeza se inclinaba cual si su cuello no fuera capaz de resistirla. Su sueño era interrumpido por sobresaltos, y un sudor continuo la debilitaba cada dia mas.

* Raciiborski, *De la Puberté.*

III.

Hay una fuerza que rige el cuerpo á su pesar, y que gobierna, sin participacion de la conciencia, todos los actos que no son de inteligencia, ni de voluntad, ni de libre albedrío.

R. AMADOR, DE MONTPELLER. *Discurso sobre la vida de la sangre.*

Tout ce qui peut surexciter le système nerveux est cause d'hystérie: tels sont une vie oisive, contemplative; la lecture de certains livres; la culture immodérée des beaux arts, notamment de la musique, les veilles, les chagrins, ainsi que les peines du cœur.

A. GRISOLLE. *Traité élémentaire et pratique de pathologie interne.* Tome 2, pag. 718.

A los diez y siete años pidió Soledad el hábito, esperando que con esto se calmaria aquella fiebre que la devoraba, y que ella atribuía á la tibieza de su devocion.

Desde algunos meses ántes la jóven habia comenzado á experimentar una inquietud indefinible que tan pronto la hacia buscar la sociedad de las monjas como huir de todo ruido y compañía; tan pronto la hacia apasionarse y encontrar un secreto placer en las misteriosas ceremonias de la iglesia, como evitarlas cual si le causasen una impresion dolorosa é insoportable; una inquietud que cada dia

iba en aumento y que á veces la hacia olvidar hasta de sus oraciones.

Por esta razon habia pedido el hábito; creia ella que las austeridades y preparaciones del noviciado la volverian la devocion y la calma; creia que la profesion solemne, sublimando su alma y sacudiendo el polvo de la tierra que aún habia en su corazon, la haria gozar de la salud, de la paz y de la celeste felicidad á que aspiraba.

Durante el año del noviciado la jóven se entregó á las mas austeras penitencias; materialmente quiso vencer y destruir en aquel tiempo á su cuerpo, porque vagamente comprendia que no estaba léjos la hora en que este se sublevara contra su espíritu.

Semejante género de vida habia criado un antagonismo fatal entre su cerebro y su corazon, entre su alma y su cuerpo, entre el otro mundo y este; habia trastornado hasta cierto punto las leyes de la naturaleza; destruido la armonía y dado origen por consiguiente á una reaccion peligrosa y violenta, que segun los síntomas no tardaria mucho en verificarse.

El misticismo mal dirigido tiene ese peligro; concentrando, por decirlo así, la vida en el cerebro, aumenta las facultades intelectuales, pero desarrolla mas de lo conveniente la imaginacion; aísla al alma de las sensaciones exteriores y humilla, debilita al cuerpo, pero perfecciona al mismo tiempo el sistema nervioso, lo hace excesivamente impresionable y delicado; torpe, tal vez, repetimos, para recibir las impresiones externas, pero vivísimo para transmitir las que tienen su origen en el corazon. Por este motivo sin duda, como aseguran médicos y fisiologistas

respetables, «los arrobamientos místicos no carecen de placer para las personas, piadosas y generalmente este estado del alma termina con una voluptuosa languidez». *

A medida que el año corria, aumentaba la inquietud de la jóven y comenzaba á sentir nuevas necesidades, nuevas sensaciones, deseos inexplicables de los que ni aun idea tenia.

Estos ataques la hacian redoblar sus oraciones, único remedio que para ellos habia, segun consejo de algunas monjas ancianas.

En esto llegó la época en que es costumbre que la novicia salga á respirar, por unos cuantos dias, el aire del mundo; á conocer sus placeres y sus pompas, ántes de pronunciar los indisolubles votos; medida, en nuestro concepto, tan prudente como filosófica, que á cumplirse con tino, evitaria muchas é irreparables desgracias.

Soledad, á pesar del horror á la sociedad que caracteriza á las reclusas, no pudo ménos que fijar su imaginacion en esos dias de libertad que iba á gozar; habia momentos en que su alma se sobrecogia y se llenaba de terror al considerarse léjos del convento, entregada sin defensa á los ataques del enemigo comun, olvidada de Dios acaso; pero bien pronto este temor desaparecia ante la esperanza de contemplar el verde de los campos, el azul del cielo sin límites, de correr sin que hubiera una pared que se lo impidiera..... ¡oh! cómo le parecia entónces mas puro el aire, cómo se ensanchaba su pecho!—Lo diremos también; la niña recordaba con la melancólica delicia que caracteriza á estas memorias, los primeros años de su vi-

* J. J. Virey, Raciborski, Leuret, Cerise, Falret, &c.

da, y entre estos, se presentaba á su mente con rasgos muy vivos, la noche del casamiento.....Soledad recordaba inocentemente todas las sensaciones de aquella noche, y deseaba con ardor volver á ver otro baile.

Acaso parecerá inverosímil la contradicción entre estos pensamientos y el misticismo de Soledad; pero debe tenerse presente, que era mujer, que tenia diez y ocho años apenas, que su candor y su ignorancia no la dejaban percibir los peligros de semejante meditación, y que hay ciertos deseos del corazón que es imposible ahogar.

Por estas razones, pues, experimentó un disgusto profundo cuando se la advirtió que no podía salir á la calle porque no habia á quien confiarla. Su corazón, que por un momento se habia ensanchado, volvió á oprimirse, reagravándose por lo mismo la enfermedad que la habian causado aquellas constantes alternativas de esperanza y desengaño.

El momento de la profesion estaba próximo. Soledad resignada y arrepentida comenzó á prepararse para este acto tan importante.

Entonces era capellan del convento un anciano rígido y severo, de esos que creen que la virtud consiste en la mas estricta austeridad; de esos, que despues de haber atravesado por las pruebas de la vida, quieren juzgar á los corazones nuevos y ardientes por el suyo envejecido y desecado!

La jóven fué á confesarle, no sus culpas porque su vida era pura y limpia como el cielo en una mañana de primavera; sino sus escrúpulos, sus dudas, sus deseos..... y el anciano la riñó; la tachó de ingrata, echándola en

cara corresponder mal con sus mundanales deseos á las bondades con que la colmaban las religiosas, y la amonestó severamente á que no tuviera esas ideas.....

El dia de la profesion llegó: Soledad aturdida con los preparativos, compungida con las palabras de su confesor, se dejó conducir casi maquinalmente.

Mientras duró la solemnidad estuvo como fuera de sí; la música sonaba á sus oídos de diferente manera que otras veces; las ceremonias tristísimas y solemnes de la profesion, le parecian un sueño dulce y extraño, que halagaba sus sentidos.

Aquel dia pasó para la jóven con una melancólica lentitud. Parecíala que efectivamente habia muerto, que las gentes que entraban á la iglesia venian á contemplar su cadáver, y que en todos los rostros se veian pintadas la tristeza, el silencio.....

Únicamente cuando la iglesia fué quedando desierta, cuando la luz de las lámparas comenzó á reemplazar á los rayos del sol que se elevaban lentamente, para apagarse en los cristales de la cúpula, fué cuando pudo conocer qué era lo que habia hecho.....

Involuntariamente sus ojos se anegaron en lágrimas, y su pecho se estremeció!..... Aquella noche la pasó en oracion.

Una idea punzaba incesantemente su cerebro: *¡Sin esperanza!.....*

¡Ángel del cielo! ¿qué podía esperar sobre la tierra?.....
Y sin embargo, esa idea la espantaba. *¡Es tan necesaria al corazón la esperanza!*

Pasaron muchos dias.....

Soledad se habia encargado definitivamente del órgano. Nuestros lectores notarán la frecuencia con que hablamos de la música; es que nunca nos cansaremos de manifestar la poderosa influencia que esta tiene sobre el organismo de las jóvenes.

Cada dia se sentia Soledad mas y mas enferma; era para ella una cosa inexplicable, parecíale que su alma tan libre hasta entónces, se hallaba como aprisionada; las oraciones mas eficaces perdian para ella su unción, eran palabras frias que sus labios repetian por costumbre.

¡Ay! y lo que á Soledad la entristecia era no tener con quien quejarse, porque las lágrimas solitarias empeoran mas bien que alivian los dolores del alma.....

Lo único que la consolaba un tanto, á pesar de las consecuencias que producía, como hemos mencionado en nuestro anterior capítulo, era la música, pero una música fúnebre que expresara el estado de su alma, que fuera como los gemidos de su corazón.....

Cuando el pecho se encuentra devorado por ese vacío terrible que produce en él la falta de afectos, la imaginación se complace en todo lo vago y lo misterioso; el espíritu parece perdido en un caos. Semejante es entónces á la golondrina, que da vueltas por el espacio, en busca del nido que le destruyeron; aspira las emanaciones del aire y lo busca por todas partes, sin saber por dónde hallarlo.....

La religion entónces, como una madre amorosa, recibe en su seno nuestra cabeza febricitante, derrama algunas gotas de dulce rocío en nuestro corazón, y nos señala en el cielo lo que vanamente buscamos sobre la tierra.....

La instruccion que Soledad habia adquirido en el convento era demasiado incompleta, y aun diriamos peligrosa. En realidad no habia hecho mas que fortificar ciertas creencias de su niñez.

Este es el grave defecto que hemos notado en algunos de los libros mas comunes de devoción. Con el objeto de hacerse comprensibles á todas las inteligencias, materializan hasta donde es posible sus comparaciones, se identifican con los diferentes géneros de vida, é inician á las mujeres en ciertos misterios de que acaso no debieran tener conocimiento.

Hay varios libros destinados para las monjas, en que, suponiéndolas sin duda instruidas en los deberes del matrimonio, se hacen comparaciones entre este estado y el suyo. Materializan, le dan cuerpo á Jesucristo, su esposo espiritual, y pretenden imprimir en el corazón de las monjas afectos muy semejantes á los que se profesarian á un esposo.

Y ¿no es de temerse que la lectura de libros de esta clase, especialmente en la época de la pubertad, cuando el sistema nervioso recibe con avidez y ardor toda impresion viva, sea el germen de peligrosas pasiones y de trastornos profundos?

Sobrado tiempo se ha atacado á las novelas de producir resultados funestos en la juventud; nosotros creemos que el mismo peligro tienen la mayor parte de los libros comunes de devoción que se ponen en las manos de personas inexpertas y candorosas.

Es preciso tener presente que las pasiones son una necesidad y una consecuencia de nuestro organismo; una

herencia dolorosa, pero inevitable de la falta de nuestro primer padre, y que Dios las permite para probarnos. Que ellas pueden dormir mas ó ménos tiempo en el fondo de nuestro corazon; pero que así como llega un momento en que la flor abre sus pétalos, así para ellas llega el instante en que espontáneamente se desarrollan.

Pues bien: ¿no será mas precoz y mas violento ese desarrollo, cuando de propósito se estimula al corazon á afectos que tienen mucho de sensuales? Porque, lo hemos observado continuamente; en los libros de devocion se trata de producir sensaciones y no de inculcar sentimientos. He aquí por qué la religion cristiana, la mas sublime, la religion de los desgraciados, no ha sido comprendida por nuestro pueblo, y aun tal vez ni por muchos de las clases superiores.

Esos libros con sus pinturas del cielo y con sus descripciones de la bienaventuranza, han hecho del cristianismo una religion sensual; la han convertido en un epicurismo inmortal, si se nos permite explicarnos así.

¡Esos libros le han quitado al cristianismo toda su poesía y su grandeza, grabando en las imaginaciones la idea de un cielo donde la beatitud consiste en aspirar eternos perfumes, en experimentar continuamente las sensaciones que en este mundo nos encantan, como si al despojarse el alma, por la muerte, de su cubierta carnal y grosera, conservase estos mismos órganos y sentidos tan imperfectos!

¡Esos libros han envilecido hasta la idea de la virtud; la han desnaturalizado completamente, haciendo creer á la multitud ignorante que la virtud consiste en una inal-

terable tranquilidad de espíritu, en no experimentar jamas combates y tentaciones! De manera que para los autores de esos libros, el hombre mas mal organizado es el mas virtuoso; para ellos es, pues, la virtud, una cuestion de organismo, proposicion que, á ser cierta, daría un golpe de muerte á la moral.

.....
Y ¡cuán funestas pueden ser las consecuencias en personas ignorantes que sin fuerzas ni luces para resistir, se dejan arrastrar por halagos, que juzgan inocentes hasta el momento en que ven á sus piés el precipicio!

Soledad se habia entregado á semejantes lecturas, que en el estado de su alma ocupaban su espíritu y su corazon. Empero esto no era mas que un veneno que iba tragando lentamente; un combustible que amontonaba sin prudencia.

La pubertad, que puede ser retardada á veces, acababa de verificar en Soledad esa revolucion que arranca á las mujeres de la tranquilidad de la infancia, para lanzarlas en el mar borrascoso de las pasiones.

El corazon, la sangre, trataban de recobrar por un momento sus derechos; levantaban su voz hasta entónces sofocada, y su grito era imponente, irresistible como el de la naturaleza.

Y Soledad, débil, nerviosa, apasionada, ignorante, ¿con qué elementos contaba para resistir? ¿sabria siquiera lo que demandaba aquella voz imperiosa?.....

La fiebre, que desde tanto tiempo ántes minaba su existencia, creció extraordinariamente. Su espíritu se ofuscó; relajáronse los resortes de su alma.....

Era la reaccion inevitable de la vida ignorante é ideal que habia llevado.

El sueño huía de los párpados de Soledad..... En vano recurria la jóven á las oraciones. Pasaba, es cierto, muchas horas arrodillada frente al altar, mas cuántas ocasiones se levantó distraída preguntándose:—¿En qué pensaba?

Poco á poco se habia aislado completamente de las demas religiosas, y sin embargo, cada dia experimentaba mas la necesidad de sus palabras consoladoras, de sus dulces caricias.....

Con frecuencia solia apoyarse en una de las ventanas que caian al inculto jardin, y allí permanecia tardes enteras entregada á una meditacion involuntaria. Entónces una tinta fugitiva de carmin coloraba sus mejillas, brillaban sus ojos y sus hermosos labios se entreabrian con la misma voluptuosidad que la flor abre su corola al céfiro enamorado.....

Contemplaba las aves que volaban por el espacio, y no podia reprimir un suspiro cuando las perdía de vista. La libertad de esos animales que pasan su vida cantando, la lastimaba.....

Los recuerdos de su infancia se presentaban á su mente con una tenacidad horrible. Soledad queria materialmente huir de ellos; les tenia miedo; parecíanla tentaciones de Satanás..... pero le seguian por todas partes como su sombra; brillaban en su cerebro como un sol fatídico..... Volvia á ver aquella novia, reclinada en los brazos de un jóven gallardo..... oía la música del baile,

y su corazon se estremecia como se estremeció aquella noche.

Un cansancio mortal la agobiaba; la dolian las espaldas como si hubiese resistido un peso excesivo; otras veces le faltaba la respiracion, y la infortunada jóven tenia que correr hácia una ventana en busca de aire; queria gritar, y un nudo horrible en el pecho cortaba su voz.

Habia momentos en que se ponía fuera de sí; un vértigo se apoderaba de su cabeza; sus labios se ponian secos, ardientes, el aliento la abrasaba, se estremecia su corazon, y agitaban su cuerpo terribles convulsiones.....

Cuando estos ataques terminaban, quedaba la jóven desfallecida por muchos dias; triste, anegada en lágrimas.

Pedia consuelo á Dios; pero no hallaba en su alma la confianza de otros dias; se contemplaba manchada, indigna de la clemencia del Señor, y su fé comenzaba á vacilar; buscaba á su alrededor quien la diera consuelo, y nada encontraba; deseaba ir á demandar fuerzas y aliento en el tribunal de la penitencia; pero tenia miedo á las palabras severas del confesor..... Y en estas terribles vacilaciones pasaban los dias; y el remordimiento roía su pecho y la quitaba el poco sueño que sus males la dejaban.

¡Cómo extenuaron estos dias de angustia á Soledad! Acababa de cumplir diez y nueve años, y cualquiera la hubiera creído mayor; el círculo azulado que rodeaba sus ojos habia crecido, al paso que estos se hundian, y la sombra de sus pestañas al proyectarse sobre sus mejillas, las daban un aspecto de sufrimiento que comprimía el alma; la nariz se habia afilado; solamente sus labios, formando

un extraño contraste, parecían ponerse cada día mas frescos, mas encarnados!.....

.....
Entretanto algunos acontecimientos habian tenido lugar en el convento.

El antiguo capellan habia muerto y le reemplazaba un sacerdote de mucha virtud y de grande instruccion.

Soledad recibió esta noticia con indiferencia; pero al oír alabar el profundo saber, la dulzura y la bondad del padre Rafael, que así se llamaba el capellan, se animó, tuvo un vislumbre de esperanza, y resolvió irle á hacer una confesion que la aliviara del grande peso que experimentaba.

IV.

Dieu n'engage aucun de ses enfants sur une voie qui tôt ou tard ne le conduise au bonheur, et il n'arrache á un être sensible aucun soupir qui ne finisse par se transformer en un cri de reconnaissance. — HISSMANN.

Mais sa véritable paix, sa paix parfaite ne se trouvera que dans le ciel; c'est là qu'il le sera inondée d'un fleuve de paix, dont Dieu lui même est la source.... En attendant cette heureuse paix, elle a des combats à soutenir sur la terre....
L'HOMOND. *Histoire abrégée de l'Eglise.*

CON cuánto afán hizo la pobre niña el exámen de su conciencia! ¡Con qué escrupulosa exactitud examinó y guardó en la memoria todas sus sensaciones, todos sus involuntarios deseos!.....

Durante muchos días y muchas noches permaneció entregada á ese difícil y peligroso trabajo que revivia sus heridas, y las hacia mas terribles, mas dolorosas.

Pero debe decirse, en obsequio de la verdad, que desde el momento en que formó la resolucion de confesarse, sintió un grande alivio; y aunque con la exaltacion eran mas frecuentes y mas vivos los ataques que padecia, tambien recobraba la lucidez de su espíritu y el imperio de su imaginacion, por largas horas; ¡tal es el poder de la fé! ¡Y

un extraño contraste, parecían ponerse cada día mas frescos, mas encarnados!.....

.....
Entretanto algunos acontecimientos habian tenido lugar en el convento.

El antiguo capellan habia muerto y le reemplazaba un sacerdote de mucha virtud y de grande instruccion.

Soledad recibió esta noticia con indiferencia; pero al oír alabar el profundo saber, la dulzura y la bondad del padre Rafael, que así se llamaba el capellan, se animó, tuvo un vislumbre de esperanza, y resolvió irle á hacer una confesion que la aliviara del grande peso que experimentaba.

IV.

Dieu n'engage aucun de ses enfants sur une voie qui tôt ou tard ne le conduise au bonheur, et il n'arrache á un être sensible aucun soupir qui ne finisse par se transformer en un cri de reconnaissance. — HISSMANN.

Mais sa véritable paix, sa paix parfaite ne se trouvera que dans le ciel; c'est là qu'il le sera inondée d'un fleuve de paix, dont Dieu lui même est la source.... En attendant cette heureuse paix, elle a des combats à soutenir sur la terre....
LHOMOND. *Histoire abrégée de l'Eglise.*

CON cuánto afan hizo la pobre niña el exámen de su conciencia! ¡Con qué escrupulosa exactitud examinó y guardó en la memoria todas sus sensaciones, todos sus involuntarios deseos!.....

Durante muchos días y muchas noches permaneció entregada á ese difícil y peligroso trabajo que revivia sus heridas, y las hacia mas terribles, mas dolorosas.

Pero debe decirse, en obsequio de la verdad, que desde el momento en que formó la resolucion de confesarse, sintió un grande alivio; y aunque con la exaltacion eran mas frecuentes y mas vivos los ataques que padecia, tambien recobraba la lucidez de su espíritu y el imperio de su imaginacion, por largas horas; ¡tal es el poder de la fé! ¡Y

qué dulces eran aquellos momentos de calma despues de la tempestad! ¡Con cuánto placer aspiraba el aire su pecho! ¡con qué inefable regocijo daba su alma gracias al Sér Supremo, porque le dejaba ver de nuevo la luz!

Su espíritu comprimido experimentaba una agradable sensacion expansiva al volver á tener por suyo el celeste espacio, del que ya se creía para siempre privada.

¡Ah! los que atacan el Sacramento de la penitencia, jamas han probado sin duda las dulzuras del arrepentimiento y de la esperanza; jamas han sentido ese dulce consuelo que experimenta el pecho cuando se siente aliviado de una de esas faltas que pesan sobre la conciencia y se arrastran en la vida, como un ropaje de duelo que todo lo entristece..... De otra manera, es incomprendible, cómo despues de haber experimentado alguna vez las gratas sensaciones que produce la absolucion sacramental, haya quien se atreva á acusarla de inútil y aun de nociva.

¿Qué sería á veces la existencia si no hubiera esa posibilidad de descargarla de un peso que abrumba, que mata, que carcome el corazon? ¿Cómo tendríamos valor para soportar las penas de la vida, si no viniera de tiempo en tiempo la religion á consolarnos y fortalecernos con un reflejo de la verdadera felicidad, cuando el cansancio y el hastío comienzan á hacer vacilar nuestra esperanza?.....

Preparada de esta manera, una hermosa mañana de estío fué Soledad á arrodillarse, pálida, contrita, ante la rejilla del confesonario.

El capellan era uno de esos hombres que desde los primeros años de su vida han consagrado toda la fuerza de

su alma y de su corazon al estudio; uno de esos hombres de superior inteligencia, que hallando la tierra estrecha é injusta para ellos, aspiran á otro mundo mas espacioso, mas puro y mas feliz tambien. Su frente era elevada y majestuosa; faltábanle los cabellos; pero no era la edad sino el estudio y las vigiliass las que los habian hecho caer.

El padre Rafael tendria cuarenta y dos años; pero la austeridad de su vida y la pureza de sus costumbres habian conservado intactos la frescura de su rostro, la viveza de sus colores y la virginidad de sus sensaciones.

Era uno de esos sacerdotes pensadores y benévolos que el cielo envia frecuentemente para sostener la fé de los hombres; un sacerdote dulce y clemente con todos, porque su mision es de paz y de consuelo; un sacerdote ilustrado y evangélico, que conociendo la marcha de la humanidad y la diferencia de los tiempos, se habia dedicado con especialidad al confesonario, porque creia que en este siglo de duda y de investigacion ese era el verdadero lugar del sacerdote cristiano, que debe curar con sus inspiradas palabras las llagas mas secretas del corazon.....

Y ¡qué eficaces eran en efecto las palabras del padre Rafael! ¡cuántos que se creían ya perdidos para siempre debieron á sus palabras sentir renacer en su pecho la fé y la esperanza; esas dos virtudes que Dios ha infundido en nuestro corazon! Era porque él creía que los errores se deben perdonar fácilmente, y que la mayor parte de las faltas no provienen mas que de ignorancia y de debilidad; por esta razon no se limitaba solamente á oír una relacion de las faltas, sino que hacia un estudio del ca-

rácter y las circunstancias de sus penitentes, y aun después de este exámen creía que hay muchas acciones de las que á los ojos de los hombres parecen malas, que Dios, que lee en el fondo de los corazones, que mide la intención, debe perdonar fácilmente.....

El padre Rafael no conocía á Soledad; pero lleno de esa bondadosa clemencia que inspira la religion, se preparó á escuchar la confesion de la jóven.

Soledad se turbó un poco al comenzar; sus labios temblaron; ¡era tan íntima la relacion que iba hacer! ¡era tan profundo el respeto que le inspiraba la presencia del sacerdote en aquel momento!.....

No obstante, comenzó. Su voz era dulce, su acento sencillo y contrito, y las palabras que usaba, tan ingenuas y naturales, que el sacerdote no pudo ménos de sentirse arrastrado desde el principio por ese atractivo poderoso que tiene la inocencia, y conocer que el alma de Soledad estaba limpia y pura, como la de los ángeles, y que no eran penitencias, sino consuelos y sosten lo que necesitaba aquella criatura débil é ignorante.

Soledad pintó con el vivo colorido de la verdad, su infancia, su adolescencia, su entrada al convento, su profesion..... sin ocultar ningún rasgo, sin atenuar ninguna tinta.

El padre Rafael no la interrumpía, porque se hallaba profundamente conmovido. La historia de aquella monja era como un eco de la suya. Él tambien habia probado la hiel de la orfandad y la miseria; él tambien, como todos los desgraciados, no habia tenido mas consuelo en sus

horas de amargura, que levantar su mirada al cielo, á ese cielo donde no hay las diferencias que dividen al mundo, donde no existe esa línea fatal, impía entre ricos y pobres, donde reina la libertad que los hombres tienen siempre en los labios, pero que jamas ponen en práctica.....

Bien pronto llegó Soledad á la parte mas difícil de su confesion; á la época en que creía haber perdido su fé, su confianza en Dios. En esos momentos su voz habia adquirido animacion y elocuencia; la pintura que hacia de su corazon era viva, enérgica, palpitante..... Era una pintura seductora, que fascinaba los sentidos; era el lenguaje de la serpiente; era acaso la voz del genio del mal que el Señor permitia por un momento para probar la virtud de sus escogidos.

El padre Rafael escuchaba sin perder una sílaba de aquella relacion..... pero su espíritu estaba agitado; la dulcísima voz de la jóven conmovia su corazon; las imágenes de que ella se servia venian á grabarse profundamente en su cerebro. Él tambien habia sufrido esos combates, y habia sofocado, no vencido, la voz de sus pasiones; él, que como todas las personas que viven en la castidad, tenia un corazon ardiente, impresionable, ávido de sensaciones, como un campo desecado por los rayos del sol está ávido de riego.

El sacerdote confiado en su austera virtud aspiraba sin temor aquel perfume de inocencia, sin sospechar que podia por un momento embriagar sus sentidos.....

¡Tal vez habia mucho de mundanal orgullo en aquella confianza en su virtud!

Soledad continuaba sin detenerse con mayor vehemen-

cia; su narracion era como un espejo donde se retrataban las imágenes vivas, distintas, animadas; refería hasta las mas leves circunstancias y descubria con tanta verdad y candor su corazon, que hubiera sido preciso tener el cuerpo en la tumba para no conmovirse!

Sus palabras habian como adormecido poco á poco la inteligencia del confesor; sin causar una revolucion súbita en sus sentidos los habian ido excitando lentamente hasta el momento en que se sintió subyugado..... hasta el momento en que corria hirviendo la sangre por sus venas, comunicando á sus miembros movimientos involuntarios y animales.....

Los sollozos y la fatiga cortaron la voz á Soledad.....

Sucedió un momento de silencio terrible, durante el cual ninguno de los dos se atrevia á hablar; era uno de esos momentos en que la razon vacila, y habla solamente la sangre; en que el corazon no cabe dentro del pecho, y quiere exhalar lo que siente por los labios.....

Sin embargo, el sacerdote hizo un esfuerzo poderoso y con su voz profunda y grave, pero temblorosa, comenzó á hablar á la jóven:

—Levanta tu frente, pobre niña..... ha pasado sobre tu cabeza el ángel del mal, mas no ha mancillado la túnica de tu inocencia, ni ha dejado en tu corazon el germen del error. Eleva tus candorosas miradas á Dios, vírgen pura..... Sin fuerzas y sin instruccion has resistido las pruebas en que tantas otras criaturas hubieran acaso sucumbido. Da gracias al Señor por su clemencia hácia tí; mas no entre en tu alma el orgullo, y llora y pide por aquellos á quienes el Señor prueba con mas rigor.....

Nosotros, criaturas de carne, estamos sujetos á estas debilidades; padecerlas no es un crimen; ninguna naturaleza está exenta de ellas; el mal está solamente en abandonarnos á sus culpables halagos; el mal está en desoir la voz de nuestra conciencia.....

Inmensos eran los esfuerzos que el sacerdote hacia para sujetar sus palabras y darlas ilacion. Los latidos de su corazon lo sofocaban; su razon estaba oscurecida. Era una sensacion extraña, pero que muchos de nuestros lectores la habrán experimentado; le parecia al padre Rafael que allá en el fondo de su cerebro vacío cruzaban algunas ideas relucientes, como rastros de fuego en una noche tempestuosa.....

Se hallaba entregado en aquel momento á una lucha terrible entre su sangre que se conmovia rebelde, despues de tantos años de virtud, y su razon, su inteligencia que le hacian entrever un peligro. LA LEY DE SUS MIEMBROS SE REBELABA CONTRA LA LEY DE SU ESPIRITU. *

Conocia que el sacerdote en el momento de escuchar las palabras de la confesion, debe estar inmaculado, debe tener su alma en Dios..... y queria huir, porque sus pasiones hablaban en aquel momento; queria huir, porque presentia que *lo bueno que descaba, eso no lo hacia, mas lo malo que detestaba eso hacia.* **

Pero un encanto fatal, irresistible, lo tenia clavado en aquel asiento, escuchando los sollozos de la penitente, que por intervalos bañaban su rostro con un aliento tibio, hú-

* SAN PABLO.

** *Nam enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc hago.* SAN PABLO, *Epist. á los Romanos.* C. VII, v. 19.

medo, embriagador, como el perfume de ciertas flores que trastornan los sentidos y sumergen á la imaginacion en sueños voluptuosos é inevitables.

¡Hora terrible de angustia! El virtuoso sacerdote pedia desde el fondo de su alma auxilio al Señor, como el náufrago á quien comienza á faltar la esperanza.....

La confesion es muchas veces una prueba, así para el penitente como para el sacerdote; es como un fuego purificador.

Por algun tiempo el sacerdote luchó con energía, con heroismo; pero faltáronle las fuerzas, y llegó muy pronto el instante en que se sintió arrastrado por la corriente.....

Entónces ya sus palabras no tuvieron freno; hablar era para él una necesidad..... si hubiera habido algun modo de contener las palabras dentro de su pecho, hubiera muerto.

Soledad, tan desgraciada y tan pura, aparecía á la imaginacion del sacerdote como un sér superior, como un ángel enviado por el Señor para servir de ejemplo y de guía á los hombres.

Al principio las palabras de Rafael fueron confusas; mas poco á poco cobraron claridad, elocuencia..... Eran una confesion íntima, espontánea..... eran como las lágrimas que se derraman á los piés de un sér de quien se espera el alivio y el consuelo!

.....

 A los ojos del mundo hubiera sido aquello un escándalo; á los ojos de Dios eran dos ángeles afligidos, mas puros, mas santos, mas hermosos en aquel momento, que no

podían sofocar la voz de su corazon, y depositaban en su seno sus penas.....

¡La intencion, no la accion, es la que hace el pecado! Pero de pronto Rafael se detuvo aterrorizado, como si una luz hubiera brillado sobre él..... Soledad lanzó un grito; el velo de su inteligencia se acababa de rasgar.

El padre Rafael conoció que no habian sufrido aún todas las pruebas necesarias para que sus inteligencias sondearan sin peligro todos los abismos; que tenian aún mucho de terrenal para atreverse impunemente á tender sus alas hácia el cielo!

—¡Padre! padre mio!..... gritaba angustiada Soledad; vos que sois santo y digno..... vos, de quien Dios no ha apartado sus miradas..... rogadle á él por mí..... pedidle que escuche mis gemidos.....

—¡Hermana mia, contestó conmovido el sacerdote; Dios escucha siempre la voz de sus hijos! No te desanimes; la virtud consiste precisamente en el combate: si no hubiera lucha, ¿cuál seria el mérito?..... Si no hubiera dolores que sufrir en el martirio, ¿con qué título poseerian los mártires una corona? ¡Ten esperanza! ¡Dios es justo, Dios es bondadoso! Nos sujeta á la prueba, mas nunca nos abandona..... y miéntras mayores son los dolores que sufrimos, mas hermosa y mas pronta es la recompensa....

¡Ambos se separaron, llorando, con el corazon destrozado; pero con la frente limpia!

El sacerdote, extenuado, como si aquella hora hubiera sido un siglo de tormentos, se arrodilló ante un Crucifijo, y golpeando su frente ardorosa contra el mármol del altar, repetía gimiendo:

—¡Señor! Señor, ten piedad de mí..... aparta esa voz de mis oídos!..... derrama ceniza sobre mi corazón, que se rebela contra mi espíritu!..... ¡Señor! ¡Señor!..... dame fuerzas..... sin tu auxilio, ¿qué va á ser de mí?.....

Soledad se habia retirado del confesonario mas pálida, mas débil que nunca. Durante algunas horas vagó como insensata por los claustros..... Tenia miedo del reposo; tenia miedo de examinar el fondo de su corazón.... Al fin fué á caer de rodillas ante una imagen de la Virgen Dolorosa, y allí la sorprendió la noche llorando hilo á hilo.

Le parecia que se habia abierto á sus piés un abismo; que se habia apagado la luz de sus ojos; que entre Dios y su alma levantaba el pecado una invencible barrera.

La primera semilla que cae en un terreno nuevo, fecunda prontamente; ¡así en los corazones vírgenes y ardientes hay ocasiones en que la primera palabra viene á realizar sus mas vagos, sus mas incomprensibles deseos!

V.

Lorsqu'une nature mélancolique se tourne du côté des idées religieuses, la solitude devient pour elle un véritable enfer. On se figure alors qu'on est abandonné de Dieu..... on a horreur de ses semblables et l'on se fait un tourment des dogmes de religion qui devraient être une efficace consolation.

ZIMMERMANN. *De la Solitude.*

DESDE aquel día fatal comenzó á decaer Soledad con una rapidez espantosa. Materialmente se la veía enflaquecer y marchitarse como una flor azotada por el cierzo.

Huyeron para la monja las horas de descanso y de consuelo. Su alma estaba agobiada por el peso del remordimiento.

No se atrevia á levantar su espíritu al Señor, como en otros días mas felices, porque le parecia que era indigna de su clemencia.

Así á fuerza de cavilar en la gravedad de la falta, que creía haber cometido, á fuerza de atormentar de esa manera su conciencia, habia comenzado á perder la esperanza. ¡La esperanza que es la vida del alma; la esperanza,

—¡Señor! Señor, ten piedad de mí..... aparta esa voz de mis oídos!..... derrama ceniza sobre mi corazón, que se rebela contra mi espíritu!..... ¡Señor! ¡Señor!..... dame fuerzas..... sin tu auxilio, ¿qué va á ser de mí?.....

Soledad se habia retirado del confesonario mas pálida, mas débil que nunca. Durante algunas horas vagó como insensata por los claustros..... Tenia miedo del reposo; tenia miedo de examinar el fondo de su corazón.... Al fin fué á caer de rodillas ante una imagen de la Virgen Dolorosa, y allí la sorprendió la noche llorando hilo á hilo.

Le parecia que se habia abierto á sus piés un abismo; que se habia apagado la luz de sus ojos; que entre Dios y su alma levantaba el pecado una invencible barrera.

La primera semilla que cae en un terreno nuevo, fecunda prontamente; ¡así en los corazones vírgenes y ardientes hay ocasiones en que la primera palabra viene á realizar sus mas vagos, sus mas incomprensibles deseos!

V.

Lorsqu'une nature mélancolique se tourne du côté des idées religieuses, la solitude devient pour elle un véritable enfer. On se figure alors qu'on est abandonné de Dieu..... on a horreur de ses semblables et l'on se fait un tourment des dogmes de religion qui devraient être une efficace consolation.

ZIMMERMANN. *De la Solitude.*

DESDE aquel día fatal comenzó á decaer Soledad con una rapidez espantosa. Materialmente se la veía enflaquecer y marchitarse como una flor azotada por el cierzo.

Huyeron para la monja las horas de descanso y de consuelo. Su alma estaba agobiada por el peso del remordimiento.

No se atrevia á levantar su espíritu al Señor, como en otros días mas felices, porque le parecia que era indigna de su clemencia.

Así á fuerza de cavilar en la gravedad de la falta, que creía haber cometido, á fuerza de atormentar de esa manera su conciencia, habia comenzado á perder la esperanza. ¡La esperanza que es la vida del alma; la esperanza,

única luz que nos guía por en medio del mundo; bálsamo celeste que reanima nuestras fuerzas!.....

Y para vencer de alguna manera el desaliento que á toda prisa se apoderaba de su pecho, se entregaba sin cesar á esas penitencias terribles que inspira una imaginación exaltada, cuando cree que con dolores materiales puede borrar sus faltas. Y como todas las gentes ignorantes, en este caso, sofocaba las aspiraciones de su corazón, que se elevaba hácia Aquel que hizo del amor el mas dulce precepto de su religión.

La desgraciada jóven se hallaba entregada á esa lucha cruel y terrible en las personas fogosas cuando se creen abandonadas de Dios; lucha fatal que provoca el escrúpulo, y que sofoca los mas dulces y naturales impulsos de devoción.

Noche y día se la miraba arrodillada besando convulsivamente los piés de una Dolorosa, mas no con la confianza dulce, con la fé consoladora que Dios desea; sino con la angustia de un náufrago que ha perdido toda esperanza, y que reza maquinalmente. Las religiosas que en esos momentos pasaban cerca de ella, la oían repetir en voz baja y temblorosa:

—¿Con que no merezco piedad?..... ¿Con que Dios me abandona?.....

Así Soledad ahogaba en su corazón hasta los impulsos de la fé, y de esta manera crecía cada día mas la desolación de su alma.

Su corazón estaba acongojado y su imaginación enfermiza; las veladas y los ayunos, tan débil como estaba, la hacían caer en frecuentes deliquios.

Soledad tenía miedo de dormir sola en su celda, y la presencia de cualquiera persona la molestaba. La inacción la mataba, y sin embargo no se atrevía á moverse; triste, sobresaltada, se sentía devorar por un terror pánico, un terror invencible.

Las teclas del órgano, que con su armonía habían levantado tantas veces al Señor el alma de Soledad en una dulce y religiosa meditación, estaban inmóviles y mudas.

La jóven tenía miedo hasta de entrar al coro. Parecía-la que se iba á levantar una voz que la arrojara como indigna de aquel santo lugar.

Soledad había llegado á ese punto en que la oración no es ya un suave rocío que baña nuestro corazón, sino una ponzoña que lo roe.

Había llegado á ese estado de las imaginaciones místicas y exaltadas, en que se obstinan, por decirlo así, en atormentarse; verdadera monomanía muy frecuente en las religiosas, por el género de vida á que están sujetas; *ideas negras* que comprimen el corazón y llenan el espíritu de abatimiento y de terror; ideas mas frecuentes en las personas que, por su ignorancia, se imaginan á Dios como á un sér celoso, sombrío, cruel, implacable, que aparta su vista de aquel que lo ofendió; un sér para quien no hay diferencia entre los errores, las faltas y los crímenes.

Hasta el sueño era un martirio para Soledad. Parece que á medida que sus párpados se cerraban, se dibujaba en su corazón una imagen indefinible, que ocupaba toda su mente, que hacía hervir toda su sangre.....

Era una imagen que señalaba á Soledad el cielo; pero

de la cual ella desconfiaba, porque ¡cuántas veces vino á interponerse entre su corazón y Dios en sus oraciones! ¡cuántas veces vino á robarla su atención y hacerla olvidar hasta las palabras de una comenzada plegaria!

Por una rareza de imaginación que no se puede explicar, Soledad consagraba por un momento todas sus facultades hácia aquella visión; pero de pronto, cuando mas embelesada estaba, despertaba sobresaltada, dando un grito, para volver á caer luego en el mismo ensueño, y tornar á despertar violentamente..... hasta que se levantaba para pasar en vela las largas horas de la noche.

Sin embargo, á pesar de la tenacidad con que la monja parecía rechazar todos estos pensamientos, había ocasiones en que se extasiaba repitiendo un nombre suave, dulce; un nombre que encerraba para su corazón todas las armonías de la tierra, todas las promesas de la felicidad celeste.

Era aquel un encanto involuntario que se apoderaba lentamente de sus sentidos; que embargaba poco á poco sus facultades, como un sueño invencible.

Era la voz de su corazón. Era ese amor, necesidad del alma, que las criaturas deben experimentar precisamente alguna vez. Amor tan natural en el corazón, como el perfume en las flores.

¡Amor! dulcísimo afecto que Dios mismo ha infundido, y del cual ha hecho un ángel para sostener á sus escogidos en medio de la soledad y amarguras de la vida.

«El hombre tiene necesidad de amar; y la base de la religión es el amor.» *

* Dr. D. Jaime Balmes.

Y ¿podía ser un crimen esa simpatía, ese lazo misterioso, esa comunidad de destinos que unía así á dos criaturas en su tránsito por la tierra?

¿Debia desconfiarse de aquel amor, que reunía sus corazones para elevarlos juntamente al cielo? ¿de ese afecto que como un ángel purísimo reunía sus manos al verlos desfallecer?

Soledad, sin embargo, lo combatía con angustia: lo rechazaba á todas horas, y cuando se habia dejado arrastrar por el encanto de ese afecto, la reacción que se verificaba en su pecho era violenta y tempestuosa; generalmente despertaba de este ensueño sobresaltada.....

La jóven, ignorante de las necesidades de la naturaleza y de las afecciones innatas del corazón, creía un pecado esa *necesidad de amar* que la agitaba á ella, como agita á todas las criaturas; esa inquietud indefinible, cuyo nombre le habia revelado involuntariamente el sacerdote.....

Y no pudiendo vencerla, se creía predestinada para el pecado; viendo lo inminente del peligro, le parecían muy lentas las oraciones.....y no confiaba en Dios como ántes, y se creía abandonada, y perdía la esperanza..... ¡y se agitaba y se estremecía bajo las garras del remordimiento!!!.....

¡Pobre jóven á quien la infinita pureza de su alma la hacia entrever el peligro aun mayor de lo que era!.....

En estos combates pasó el invierno.

Volvió la primavera; los árboles reverdecieron y las flores reventaron; mas para Soledad no volvió ya la salud.

¡Cuánta pena causaba mirar entónces á la desgraciada jóven, tan bella, tan linda en otros días, y hoy desfalleci-

da, extenuada, casi moribunda, con su frente marchita y tostada por el dolor!

La enfermedad que la habia acompañado paso á paso toda su vida, hizo en los últimos años progresos muy rápidos. Soledad habia soplado materialmente la llama de su vida.

Pasó la primavera, tambien el estío y llegó el otoño.

A medida que se acercaba esta última estacion, con sus vientos y sus hojas secas, Soledad parecia tranquilizarse un poco, porque se le iban acabando las fuerzas. No lloraba, porque no tenia lágrimas en sus ojos.

A fines de Setiembre, ya le faltaba la voz. Entónces comenzó á tranquilizarse, y á medida que se despejaba su mente, su alma recobraba la fé y la esperanza; hubiera podido decirse que iba descubriéndose el azul purísimo del cielo á traves de los nubarrones que la brisa perfumada de la mañana hacia huir.

Entónces se arrepintió, pero de muy diferente manera: ¿cómo habia podido dudar un momento de la infinita clemencia del Señor? ¿cómo habia desconfiado del que temple el rigor del cierzo al abrigo de los pobres?.....

VI.

L'homme peut manquer á la Providence: la Providence ne manque pas á l'homme. Elle envoie sans doute des chagrins á notre cœur, ainsi que des douleurs á notre corps; mais lorsqu'il n'y a point de notre fait, le bonheur, qui s'est terni par instant, refleurit sous les larmes, comme la santé sous les sueurs de la fièvre, jusqu'au jour marqué pour l'éternelle félicité.

EMILE DESCHAMPS.

EL día 4 de Octubre anunció Soledad á sus hermanas que deseaba hacer una comunión el próximo domingo para implorar la clemencia del Señor.

Desde aquel momento se recogió dentro de sí misma, y tal vez se despidió de todo lo que la rodeaba.

Los vientos que habian agitado aquella flor del cielo se extinguieron entónces como se extinguen las brisas de la tarde al aproximarse la noche, y la calma volvió al pecho de la jóven.

Soledad pudo llorar todavía algunos momentos, mas no fueron ya las lágrimas amargas que la arrancaba el dolor, sino el llanto dulcísimo del hijo que vuelve á ver á su padre, el llanto del desterrado al mirar de nuevo á su patria.

da, extenuada, casi moribunda, con su frente marchita y tostada por el dolor!

La enfermedad que la habia acompañado paso á paso toda su vida, hizo en los últimos años progresos muy rápidos. Soledad habia soplado materialmente la llama de su vida.

Pasó la primavera, tambien el estío y llegó el otoño.

A medida que se acercaba esta última estacion, con sus vientos y sus hojas secas, Soledad parecia tranquilizarse un poco, porque se le iban acabando las fuerzas. No lloraba, porque no tenia lágrimas en sus ojos.

A fines de Setiembre, ya le faltaba la voz. Entónces comenzó á tranquilizarse, y á medida que se despejaba su mente, su alma recobraba la fé y la esperanza; hubiera podido decirse que iba descubriéndose el azul purísimo del cielo á traves de los nubarrones que la brisa perfumada de la mañana hacia huir.

Entónces se arrepintió, pero de muy diferente manera: ¿cómo habia podido dudar un momento de la infinita clemencia del Señor? ¿cómo habia desconfiado del que templa el rigor del cierzo al abrigo de los pobres?.....

VI.

L'homme peut manquer á la Providence: la Providence ne manque pas á l'homme. Elle envoie sans doute des chagrins á notre cœur, ainsi que des douleurs á notre corps; mais lorsqu'il n'y a point de notre fait, le bonheur, qui s'est terni par instant, refleurit sous les larmes, comme la santé sous les sueurs de la fièvre, jusqu'au jour marqué pour l'éternelle félicité.

EMILE DESCHAMPS.

EL día 4 de Octubre anunció Soledad á sus hermanas que deseaba hacer una comunión el próximo domingo para implorar la clemencia del Señor.

Desde aquel momento se recogió dentro de sí misma, y tal vez se despidió de todo lo que la rodeaba.

Los vientos que habian agitado aquella flor del cielo se extinguieron entónces como se extinguen las brisas de la tarde al aproximarse la noche, y la calma volvió al pecho de la jóven.

Soledad pudo llorar todavía algunos momentos, mas no fueron ya las lágrimas amargas que la arrancaba el dolor, sino el llanto dulcísimo del hijo que vuelve á ver á su padre, el llanto del desterrado al mirar de nuevo á su patria.

No obstante, no fué un gozo el que experimentó Soledad al recobrar la tranquilidad, sino una plácida tristeza. Era que tenía el presentimiento de que ella no pertenecía ya á este mundo; era que sentía que su vida comenzaba á declinar.

Habíase cumplido sin duda el número de las pruebas, y su alma tendía las alas hácia el cielo, aguardando solamente el instante de partir.

Y en efecto, parecía que en Soledad no vivía mas que el espíritu. Era imposible que su cuerpo se extenuara mas.

Las huellas que había dejado en su rostro el dolor eran profundas, terribles, irremediables; como las que deja la lava á su paso por los campos.

Su frente y sus mejillas estaban mas pálidas que nunca; pero no era esa palidez repugnante de la enfermedad, á pesar de que la religiosa estaba muy mala; sino una palidez agradable, trasparente, con un levísimo tinte amarillento; esa palidez mística, por decirlo así, que se nota en las Vírgenes y en las imágenes de los santos; color tristísimo, sin embargo; nuncio de muerte, como el color de las hojas á fines del otoño.....

Sus ojos, siempre rodeados de un círculo lívido y sombrío, que crecía cada día, brillaban con un resplandor celeste y apacible, como el del lucero de la tarde.

En los últimos días una sonrisa dulce y melancólica había brotado de entre sus labios; una sonrisa triste que causaba pena al corazón, porque parecía la flor que brota sobre un sepulcro.

¡Ay! Soledad había sofocado el amor que nacía en su pecho, y junto con él dado la muerte á su corazón!

Por eso estaba tan tranquila, tan melancólica, tan resignada.

Por eso se notaba en todo su rostro un no sé qué de angélico que no era de esta tierra.

Por eso al mirarla arrodillada ante la Virgen María, esa poética y sublime personificación del dolor y de la pureza, con la vista levantada al cielo, con los labios entreabiertos en dulce anhelo, no podía ménos de tomársela por una imagen.

Soledad se acercaba rápidamente al fin de su vida, de esa vida toda llena de dolores, de pruebas, de amarguras; de esa vida muda, oculta, perdida entre las sombras de un claustro; de esa vida que la ignorancia, la inexperiencia y el candor habían hecho tan agitada.

La paz de que comenzaba á gozar era la paz de la tumba, de que tanta necesidad tenía su cuerpo. El cansancio que la tenía tranquila, era esa especie de somnolencia que precede de lejos á la muerte, como la calma que anuncia la proximidad de la noche desde mucho ántes que el sol se oculte.

Su alma presentía cercana ya la aurora del día inmortal; y si nos fuera permitido expresarnos de este modo, diríamos que se sentía mas ligera, mas rejuvenecida, que aspiraba ya las frescas brisas de la mañana.....

Jamas, en una palabra, había percibido Soledad de un modo tan claro la diferencia que había entre su cuerpo y su alma. Aquel tendía hácia la tierra como las ramas se-

cas de los árboles, mientras que esta se sentía cada día más libre, más desembarazada.....

Por esta razón la joven había experimentado la necesidad de tranquilizar su conciencia y purificar su alma.

Se sentía próxima á comparecer ante la presencia del Supremo Juez; sentía que las cosas de la tierra le eran ya extrañas, y su espíritu anhelaba la pureza de los ángeles, entre los que ántes de poco iba á confundirse.

Los dos días anteriores al domingo señalado para la comunión, los pasó sin salir de su celda, sin hablar con nadie, preparándose para el acto terrible y solemne que iba á cumplir.

El sábado por la tarde, serena, modesta, tranquila, confiada en la clemencia de Dios, bajó al confesionario.

El padre Rafael estaba allí.

Él también había padecido lo que la lengua humana no puede expresar; él también había combatido cuerpo á cuerpo; y resignado á la voluntad del Señor, aguardaba todos los dolores con que le pluguiera probarlo.

Al saber Soledad que el padre Rafael se hallaba en el confesionario, titubeó un momento, tuvo intención de volverse; mas, confiada en el auxilio del Señor, continuó su camino.

Rafael la sintió venir; desde mucho ántes que se aproximara comenzó á palpar su corazón, á hervir su sangre.

En medio de aquella agitación le vino también la idea de huir. Pero ¿con qué derecho, él, sacerdote de un Dios de paz, que siempre tiene abiertas sus manos para derramar el consuelo en el corazón de quien lo invoca, se negaba á escuchar las faltas de un penitente que venía

en busca del perdón? ¿Con qué derecho le negaba la facilidad de descargar sus culpas, haciéndole perder tal vez el momento oportuno?

Hizo un esfuerzo inmenso sobre sí mismo y no se movió del lugar; pero alzó las manos al cielo y demandó fuerzas al único que puede dispensarlas.....

¡Cuán solemne fué aquella confesión! Hubiera podido decirse que no eran dos criaturas humanas quienes la hacían. Soledad y Rafael sentían que sobre sus corazones pesaba ya la eternidad. No era la voz de la sangre la que en ellos hablaba; era algo más elevado, más noble, más etéreo.

Era que sus corazones habían sido ya purificados.

Soledad repitió la misma confesión que había hecho algunos meses ántes; pero su voz no se alteró.

Su acento era dulce, sencillo y lánguido, pero con un no sé qué de sonoro que recordaba las armonías del órgano; grato como esa voz melodiosa que oímos en los sueños de nuestra infancia; suave como la que murmura en los campos alabanzas al Criador.....

Rafael escuchaba en silencio, con la cabeza inclinada; tampoco su corazón latía con la vehemencia de ántes. La dulzura y la humildad de la monja calmaban su pecho.

La confesión era triste; para ambos el cielo era su único anhelo, su única esperanza; y sin embargo, al separarse de la tierra, al volver á lo pasado sus miradas, no podían menos que entristecerse un poco. ¡Tal es el corazón del hombre!

Bien pronto llegó Soledad al punto en que la confesion anterior habia sido cortada.

En aquellos momentos el sol se ocultaba; sus últimos resplandores doraban débilmente los cristales de la cúpula; las sombras se iban extendiendo con lentitud, y reinaba un silencio profundo, interrumpido solamente de tiempo en tiempo por el melancólico y religioso silbido del saltapared, cuyos acentos eran repetidos por el eco de las bóvedas.

Nada hay mas solemne en la naturaleza como esta hora en que todos los ruidos del mundo se van desvaneciendo, para dejar al alma que se eleve naturalmente hácia lo infinito.

Nada tampoco hay mas religioso é imponente como una iglesia desierta á esas horas. El corazon se llena de respeto; Dios se presenta á nuestra alma con todo su poder, con toda su magestad.

Soledad y Rafael no pudieron permanecer indiferentes á la solemnidad de aquella hora.

El respeto apagó la voz en los labios de la segunda. ¡Cuán miserable y débil era ella ante aquella magestad! ¡cuán grandes eran las ofensas que habia cometido!

Rafael experimentó la misma sensacion; mas conociendo que Soledad se dejaba arrastrar por esa desconfianza, que Dios castiga tal vez mas que las mismas ofensas, la dijo:

—Hermana mia..... ¿por qué se apaga la voz de tus labios?..... ¿por qué sofocas esas palabras que brotan del fondo del pecho?.....

—¡Padre mio! murmuró Soledad, he ofendido tanto al Señor.....

—¿Y temes que no alcance su infinita clemencia para perdonarte?..... ¿dudas del que vino á derramar su sangre en medio de los mas crueles tormentos, por redimir al hombre?.....

—¡Ay! no dudo; pero yo tan pequeña he ofendido á su inmensidad!

—Por lo mismo está mas dispuesto á perdonarte..... ¿Crees tú que el Señor no tiene en cuenta nuestra debilidad? ¿Crees acaso que él quiere medir nuestras escasas fuerzas por las suyas? ¿Crees tú que sus juicios son como los de los hombres, que miran nada mas la superficie de las cosas?..... ¡No, no! el Señor es tan clemente como justo; para él no es criminal sino el que quiere caer..... por eso, ¡cuántos séres á quienes el mundo ha condenado, habrán recibido en el cielo la corona de mártires!.....

—Pero yo ¿qué podré alegar en mi defensa?

—Tu ignorancia, tu aislamiento, tu debilidad..... —Tu alma ha quedado pura y sin mancha; las pasiones no la han empañado..... has sufrido largas y dolorosas pruebas, y de ellas has salido adolorida, moribunda, pero mas casta y mas pura que ántes..... has quedado immaculada como el cielo despues que el viento se lleva los nubarrones que lo entoldaban.....

—¡Ay, padre mio! vuestras palabras llenan de dulce esperanza mi corazon..... pero es tan grande mi falta, que temo que el Señor no quiera perdonármela. ¿No os figurais cuán grande debe ser su ira contra mí, que he manchado con pensamientos de amor este casto lugar?.....

—¡Su ira dices!—Dios no tiene ira: es un sér perfecto, exento de pasiones..... ¡Ay! los que suponen en Dios ira, los que nos pintan su venganza ¡cuánto rebajan su dignidad! ¡cuánto mal hacen á los corazones sensibles é ignorantes como el tuyo!—Dios es justo, pero no vengativo; severo, pero no irascible..... ¿Crees tú que pudiera ser Dios si fuera vengativo é iracundo? Crees tú que pudiera ser Dios si se dejara apoderar de una rabia delirante contra sus hijos, cuando por debilidad ó ignorancia cometen un error?..... ¿Qué seria entónces del mundo?..... ¡Ah! no, por el contrario, Dios es todo amor, todo eleyencia..... ¿Puedes figurarte iracundo al que perdona los crímenes mas grandes con solo un acto de arrepentimiento? ¡al que ha instituido el sacramento de la confesion para que el hombre se purifique ántes de comparecer en su presencia?.....

—¡Gracias! ¡gracias! Dios os inspira sin duda, porque vuestras palabras calman mi cruel ansiedad..... Ya siento que la esperanza alienta mi corazon; ya siento que la fé tiende sobre mi cabeza sus bienhechoras alas..... ¡oh! cuán grato es al alma creer y esperar.....

—¡Es el signo de tu perdon! ¡Crear es un reflejo de la felicidad celeste, que desde esta tierra ilumina y baña á los justos!.....

Hubo un momento de silencio; luego continuó el sacerdote.

—Perdóname..... yo he sido el instrumento de que el Señor se valió para probar la pureza de tu alma, y yo tambien he padecido mucho.

El Señor es justo contigo y va ya á premiar tu fortaleza

y tu virtud; pero para mí ¡cuándo llegará el dia feliz en que la tumba me abra sus brazos?

Ya miro lucir sobre tu frente la diadema de estrellas con que el Señor premia á las que han conservado su pureza y su castidad en medio de las pasiones, como el cisne que atraviesa los pantanos sin manchar la blancura de su plumaje.

El camino que de aquí te conduce á la tumba está sembrado de flores; flores que ya no verás marchitar; flores que te sobrevivirán adornando el lugar donde repose tu cuerpo; hermosas, puras y fragantes como el recuerdo que dejas de tu tránsito por el mundo.

¡Ay! vamos á quedar huérfanos y solitarios..... ¿qué ángel me enseñará de hoy en mas con su ejemplo y su virtud?

Te vas, y dejas en mi corazon un rastro sangriento.... ¿á dónde iré yo con mi dolor?

Pero me queda tu memoria..... y yo la conservaré en mi pecho, como una flor nacida entre las ruinas de mi corazon, alimentada con mi sangre.....

Me queda tu ejemplo; yo seguiré tus huellas; yo imitaré tus virtudes.....

Ruégale al Señor que se acuerde de mí.....

No he orado como debiera, pero he padecido mucho.

¡Ay! pídele que nos volvamos á ver en el cielo; allí, donde el amor es puro, ferviente, infinito.....

Acá en el mundo Dios no quiere que halleemos en las criaturas un amor tranquilo y perfecto, para que esa necesidad de un amor completo, espiritual, que experimen-

tan todos los corazones, nos tenga sin cesar anhelantes, esperando la hora de ir á gozarlo en el cielo.

Porque en el cielo todas nuestras almas no formarán mas que un solo espíritu; la comunión de los santos.

Dios es el centro del amor; y todas las almas gozarán con el amor que ellas le tienen á él, y él les tiene á ellas.....

Entonces dos almas no formarán mas que una sola alma, y los que se han amado en esta tierra, gozarán la verdadera felicidad, reuniéndose en un solo sér como dos gotas de agua cristalina que se confunden y no forman mas que una sola gota de agua.

.....
¡Ah! y ¿así hay quien tenga miedo á la muerte?

¡Oh! dichosa tú, mil veces dichosa, á quien la muerte viene á sorprender en medio de la juventud. ¿No sabes que morir jóven es una felicidad? Un privilegio que Dios concede únicamente á las criaturas puras y santas como tú.....

¡Oh! ruégale que se acuerde de mí.....

Ruégale, por la corona de vírgen que adornará tu frente.....

.....
Cuando Soledad concluyó su confesión, cuando su conciencia quedó limpia hasta de la mas leve falta, dobló la frente sobre el polvo de la tierra y levantó su corazón al Señor.

El padre Rafael la contempló un instante, ahogó un suspiro, y pronunció la absolución con voz firme y solemne.

Al día siguiente todo estaba preparado para la santa ceremonia. Se habia adornado el altar con suma sencillez, y en él, á deseo de Soledad, no se pusieron mas que azucenas.

El sol atravesando los cristales de la capilla iba á besar el pié del altar. Parecia un rayo de bendición.

Comenzó la misa, esa patética y religiosa ceremonia.

El órgano sonaba á lo léjos con dulzura; sus acentos llenaban de unción el aire: hubiera podido decirse que eran el eco de un coro de ángeles.

Las religiosas, llenas de fervor, estaban arrodilladas detras de Soledad, á quien contemplaban en aquel momento mas hermosa que nunca.

Rafael pálido, grave, pronunciaba las oraciones de la misa.

Todos los corazones estaban conmovidos, porque aquella ceremonia era casi una despedida.

Quando el sacerdote tomó en sus manos el Pan de la Vida, ya consagrado, para ofrecerlo en holocausto al Criador del cielo, todos se prosternaron; el órgano sonó mas suave, mas dulce, mas religioso, como el trino de una ave, como el suspiro de un corazón amante; el incienso se elevó en candidas nubes al cielo, como una oración, esparciendo ese místico aroma, tan grato para el pecho.

Aquel fué un instante lleno de felicidad y de religiosa ternura, que se prolongó sin que nadie lo sintiera.

En seguida el sacerdote se acercó á Soledad.

La jóven estaba arrodillada; sus mejillas se veían animadas de un dulcísimo carmin; sus ojos brillaban llenos de pureza como unas estrellas..... Su rostro respiraba la

paz del cielo..... parecia que á través de su piel de rosa se miraba irradiar su alma.....

El padre Rafael levantó la hostia al cielo y oró un momento, por aquel ángel que tan pronto iba á partir..... despues la puso entre los nacarados labios de la jóven, que ruborizada de ventura y de felicidad bajó los ojos al suelo.....

Estaba tan hermosa, habia en su rostro tanta santidad, que el padre Rafael no pudo resistir y cayó de rodillas ante ella.....

Soledad lo miró bondadosamente, y levantó con lentitud su mano derecha, señalándole el cielo.....

En aquel momento el sol bañó con un reflejo de oro la cabeza de aquellos dos ángeles.

Parecia que Dios derramaba sobre ambos su bendicion; parecia que ambas criaturas quedaban purificadas despues de la sagrada ceremonia.....

VII.

Elle s'endort, elle ne meurt pas; son visage conserve une douce expression; elle s'endort sans crise, sans combat, belle et blanche comme un ange.—*Biografía de Luisa de Holtei.*

Quand je considère pourtant que les chrétiens ne meurent point, qu'ils ne font que changer de vie; que l'apôtre nous avertit de ne pas pleurer ceux qui dorment dans le sommeil de la paix, comme si nous n'avions point d'espérance; que la foi nous apprend que l'Eglise du ciel et celle de la terre ne font qu'un même corps.... quand je considère, dis-je, que celle dont nous regrettons la mort est vivante en Dieu, puis-je croire que nous l'avons perdue?—*FLÉCHIER.—Oraison funèbre de la duchesse de Montausier.*

DESDE el instante en que Soledad celebró aquellos celestes esponsales; desde que, como una prenda de eterno amor, recibió dentro de su pecho el cuerpo de Jesucristo, se retiró á su celda, de la que ya no volvió á salir.

La calentura que hasta entónces la habia devorado poco á poco, aumentó rápidamente.

A instancias de las religiosas se puso en cama y vinieron algunos médicos, quienes la examinaron en silencio y movieron tristemente la cabeza, con ese ademan que quiere decir: ¡Ya es demasiado tarde!

paz del cielo..... parecia que á través de su piel de rosa se miraba irradiar su alma.....

El padre Rafael levantó la hostia al cielo y oró un momento, por aquel ángel que tan pronto iba á partir..... despues la puso entre los nacarados labios de la jóven, que ruborizada de ventura y de felicidad bajó los ojos al suelo.....

Estaba tan hermosa, habia en su rostro tanta santidad, que el padre Rafael no pudo resistir y cayó de rodillas ante ella.....

Soledad lo miró bondadosamente, y levantó con lentitud su mano derecha, señalándole el cielo.....

En aquel momento el sol bañó con un reflejo de oro la cabeza de aquellos dos ángeles.

Parecia que Dios derramaba sobre ambos su bendicion; parecia que ambas criaturas quedaban purificadas despues de la sagrada ceremonia.....

VII.

Elle s'endort, elle ne meurt pas; son visage conserve une douce expression; elle s'endort sans crise, sans combat, belle et blanche comme un ange.—*Biografía de Luisa de Holtei.*

Quand je considère pourtant que les chrétiens ne meurent point, qu'ils ne font que changer de vie; que l'apôtre nous avertit de ne pas pleurer ceux qui dorment dans le sommeil de la paix, comme si nous n'avions point d'espérance; que la foi nous apprend que l'Eglise du ciel et celle de la terre ne font qu'un même corps.... quand je considère, dis-je, que celle dont nous regrettons la mort est vivante en Dieu, puis-je croire que nous l'avons perdue?—*Flécher.—Oraison funèbre de la duchesse de Montausier.*

DESDE el instante en que Soledad celebró aquellos celestes esponsales; desde que, como una prenda de eterno amor, recibió dentro de su pecho el cuerpo de Jesucristo, se retiró á su celda, de la que ya no volvió á salir.

La calentura que hasta entónces la habia devorado poco á poco, aumentó rápidamente.

A instancias de las religiosas se puso en cama y vinieron algunos médicos, quienes la examinaron en silencio y movieron tristemente la cabeza, con ese ademan que quiere decir: ¡Ya es demasiado tarde!

Pero parecía que la muerte no se presentaba á la jóven rodeada de ese aparato siniestro y terrible, que comprime tanto el corazon.

Cuando todos á su alrededor estaban afligidos, solo ella parecia feliz y contenta.

Durante los cuatro dias que Soledad permaneci6 en la cama, no ces6 de consolar y exhortar á sus hermanas, pero con expresiones tan tiernas, con un acento tan dulce, que hasta las mas insensibles lloraban.

El dia 8 amaneci6 la enferma mas bella que nunca; su rostro tenia la transparencia, la serenidad, la dulzura de una imágen; sus mejillas aparecian bañadas de un suavísimo carmin, como el que tiñe los celajes en la hora postrera del dia.

A las diez se visti6 con sus hábitos y pidi6 las azucenas del dia de su comunión, que habia rogado le guardasen.

Con sus propias manos teji6 una corona sencilla, pero bella.

—Miren ustedes, dijo sonriendo á las religiosas que la acompañaban; ¡jamás en mi vida me he adornado; pero quiero en mi muerte estar muy linda!....

En seguida pidi6 que pusieran sobre su frente, cuando espirase, aquella corona virginal, que conservaba todavía un leve perfume de incienso.

El convento parecia sumergido en un triste y profundo silencio; solo se oía de vez en cuando el gorjeo de algunas avejillas en el jardín.

.....

.....

A eso de las tres de la tarde, dijo Soledad con acento apagado:

—Se acerca la hora.... rogadle á Dios por mi alma....

Todas las religiosas se arrodillaron ent6nces, y á la luz amarillenta de la *vela del alma*, entonaron con voz triste y mon6tona el *Credo*.

Pocos minutos despues comen6 la agonía de Soledad; una agonía dulce, lenta, tranquila, como la de todas las enfermedades de consuncion.

Parecia que el alma se separaba sin trabajo y sin dolor de aquel cuerpo; parecia que se iba apoderando de él un sueño apacible y agradable.....

Cerca de las cuatro y media la moribunda tom6 en sus manos LA CORONA DE AZUCENAS y rog6 que cuando la fueran á enterrar, quitasen de su frente aquella corona y la mandasen al padre Rafael, su confesor, para que la conservara como una memoria suya.

Hicieron las religiosas llamar al capellan para que auxiliara los últimos momentos de su hermana pero ántes que este llegase ya habia entregado Soledad su alma al Señor, en medio de los sollozos de la comunidad, á la hora en que el sol se sepultaba, cuando las hojas secas de los árboles gemian lúgubrememente al ser arrastradas por el viento.....

Cuando el padre Rafael entr6 en la estancia con el corazon agitado, ya las religiosas habian tendido á su santa hermana, y adornado su frente virginal con la CORONA DE AZUCENAS, símbolo de la pureza y castidad de su alma.

Soledad parecia dormida, y era tan tranquilo su aspec-

to, que involuntariamente andaban las religiosas de puntillas para no turbar su reposo.....

El sacerdote se arrodilló junto á las monjas que oraban contempló por un instante aquel aposento que parecía desierto y vacío desde que no lo animaba Soledad con su aliento, y en medio del silencio interrumpido solamente por el fúnebre chisporroteo de la cera, se adelantó hasta junto el cadáver.... Allí volvió á caer de rodillas, y con la solemnidad con que hubiera tomado en sus manos una reliquia, quitó de la frente de Soledad LA CORONA DE AZUCENAS.

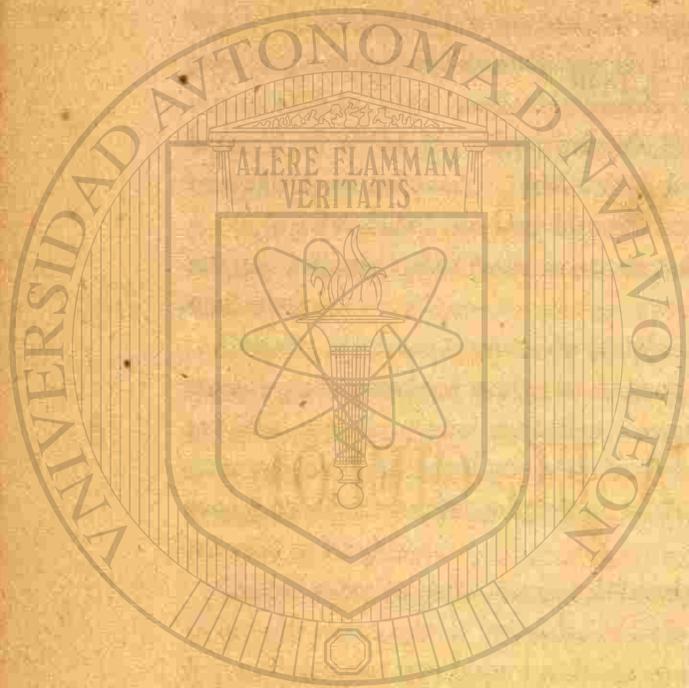
Gruesas lágrimas corrían de los ojos de Rafael; mas cuando pudo estrechar contra su corazón aquella herencia preciosa, aquella corona simbólica; cuando escuchó la última voluntad del ángel que acababa de partir, que encerraba para él un sentido misterioso, su frente se serenó y sus ojos se limpiaron.

Guardó sobre su pecho, encima del corazón aquella prenda de esperanza que le revelaba el cielo y al día siguiente, después que hubo concluido con las obligaciones de su ministerio, cuando el cuerpo de Soledad, como un lirio marchito fué entregado á la madre comun mientras las campanas tañían lúgubrementemente mientras los blandones que habían servido para el entierro se iban apagando poco á poco el sacerdote se retiraba del convento, murmurando dentro de su pecho: ¡DIOS ES JUSTO, DIOS ES BONDADOSO! NOS SUJETA A LA PRUEBA, MAS NUNCA NOS ABANDONA Y MIÉNTRAS MAYORES SON LOS DOLORES QUE SUFRIMOS, MAS HERMOSA Y MAS PRONTA ES LA RECOMPENSA!...

.....

Dos días después se supo en México que el padre Rafael sin mas equipaje que una cruz, había partido á predicar la palabra del Evangelio á los pueblos bárbaros de la frontera.

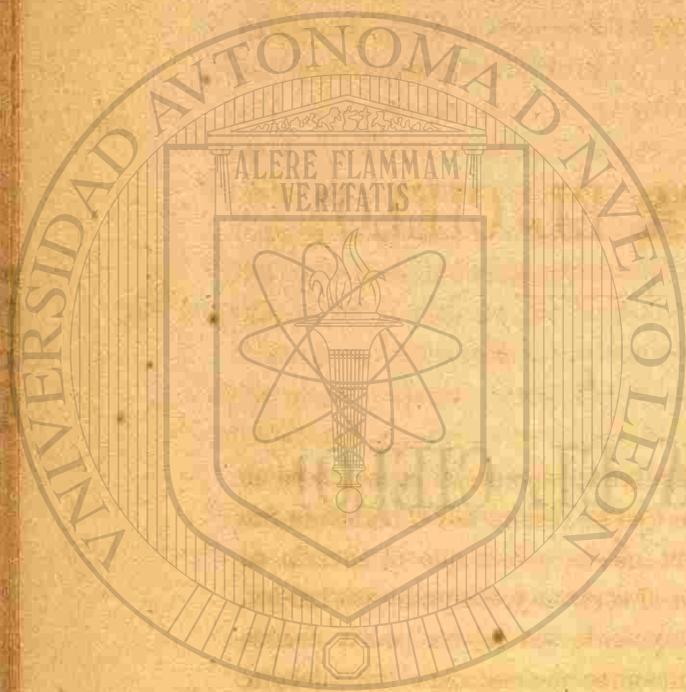
AGOSTO DE 1849.



¡HASTA EL CIELO!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡HASTA EL CIELO!

I.

CUÁN triste y lúgubre es siempre el aposento de un enfermo! Parece que se respira allí el ambiente frío y húmedo de una iglesia; parece que el silencio de las tumbas pesa sobre el corazón y comprime sus latidos. Nada importa que el aposento sea lujoso: podría decirse que el dolor es como una nube que empaña el brillo del oro; parece que la enfermedad adquiere, tal vez por el contraste, un aspecto más sombrío junto á esos muebles y esos adornos, que para su comodidad prodiga el hombre.....

Hé aquí lo que sucedía á principios del año de 1847, en una de las más bellas y elegantes casas del barrio de San Cosme, á donde vamos á ser espectadores de uno de esos dramas de familia, terribles, pero que pasan y quedan para siempre desconocidos, porque no tienen más testigos que los mismos actores.

Serian las diez de la noche, y en una de las piezas de dicha casa se hallaban reunidas tres personas, sumergidas en ese silencio que anuncia la gravedad del enfermo á quien se cuida, ó la profundidad de las meditaciones á que se entregan los que velan.

La pieza era de bastante extension, pero aunque estaba adornada con esmero, tenia ese aire de solemnidad peculiar de los aposentos grandes, que tanto impone á la imaginacion; una tupida alfombra cubria el pavimento y ahogaba el ruido de las pisadas; en una de las paredes laterales habia dos ventanas anchas y grandes que daban hácia un primoroso jardín, iluminado á aquellas horas por los rayos pálidos y apacibles de la luna; empero estas ventanas estaban interiormente cubiertas con dobles cortinas azules y blancas. En el extremo mas lejano del aposento, sobre una mesa de mármol, frente á un rico espejo, habia un quinqué encendido, que á través de su bomba de cristal deslustrado, recubierta con una mascada de gasa verde, derramaba una débil claridad, que aumentaba la melancolía del lugar. No léjos del quinqué, sobre otra mesa pequeña estaba la imágen de la Virgen Dolorosa, esa inseparable compañera de los que padecen; esa estrella de consuelo á la cual todos vuelven sus ojos en las horas de angustia.....

Por último, en el centro de la pieza y frente á las ventanas, se veía una cama pequeña con las colgaduras recogidas.

Sobre la cama descansaba un hombre, y su respiración áspera y desigual era lo único que interrumpia el silencio. De este hombre solo se percibia el rostro, y una par-

te del pecho por entre la abertura de la camisa; todo lo demas estaba cubierto con la ropa de la cama..... Parecia dormido; pero como si se hallase agobiado por un sueño terrible, su pecho se elevaba con violencia, y se señalaban distintamente todas sus costillas. El rostro no participaba de esta agitacion, y por el contrario, con su inmovilidad y con la palidez verdosa y desagradable que lo cubria, se le hubiera tomado por el de un cadáver; sus mejillas estaban hundidas, y llena de arrugas la frente; al rededor de sus ojos, que á causa de la extenuacion del rostro parecian de un tamaño extraordinario, se distinguia un círculo oscuro; su nariz estaba afilada y trasparente, y bajo sus labios secos se percibia la punta de los dientes, amarillos y deslustrados por la calentura. Asemejábase aquel rostro al de un anciano achacoso; mas examinándolo con atencion se conocia que el enfermo era un jóven, pero uno de esos jóvenes que han destruido su salud, su vida, en los excesos, y que envejecen á los veinticinco años. En efecto, en aquel hombre que apenas contaba ventisiete, todo anunciaba una de esas muertes tempranas y terribles, que son el fruto del libertinaje: todo en él estaba marchito, á excepcion de su mirada, en la que brillaba todavia la vida y la juventud, como si allí se reuniesen todas sus fuerzas ántes de extinguirse, como se reúne toda la llama en la punta de la lámpara, y brilla un momento, ántes de volar hácia el cielo..... ¡Mirada llena de poder, de expresion, de encanto, como la vida cuando se va á abandonar!..... ¡Mirada en la cual se revelaba toda una alma llena de fuego y energía!..... ¡Lástima y tristeza causaba ver á aquel jóven inclinado hácia la tumba,

como la planta que no tiene jugo de que alimentarse, cuando debiera alzar su frente orgullosa!

A ambos lados del enfermo velaban dos personas; un hombre y una mujer.

Esta última estaba arrodillada sobre el suelo junto á la cama, y tenia entre sus manos la izquierda del enfermo, estrechándola contra su corazón como si quisiera comunicarle su propia vida.

Era una muchacha de diez y ocho años, de estatura mediana, delgada de cintura, pero de formas bellas y torneadas; de piel suave y delicada como el pétalo de la rosa; color apiñonado, labios un poco gruesos, pero rojos, húmedos, entreabiertos, excitantes..... Sus ojos eran negros como el terciopelo, y su frente ancha, tersa y tranquila como un lago. Su cabello negro, con visos azulados y relucientes, se asemejaba al plumaje de un cuervo..... Era una de esas jóvenes por cuyas venas circula fuego; mujeres dotadas de un encanto irresistible; criaturas formadas para el amor, pero para ese amor lleno al mismo tiempo de idealismo, de voluptuosidad y de delicias, que absorbe el alma, que extravía la razón, que hace concebir el deseo de agotar la vida en una hora, instante de felicidad indescriptible!..... Era una de esas mujeres que necesitan de las impresiones, como la tierra sedienta necesita de la lluvia, como las plantas necesitan del calor del sol.

Y sin embargo, la postura que conservaba aquella mujer, junto á la cama, era tan llena de inocencia, de abandono, de gracia y sencillez, que sin mirarla el rostro, sin sentir el relámpago eléctrico de su mirada, con su vestido blanco parecía una niña que jugueteaba junto á la cama de

su madre. Su alma era pura como un cielo de primavera.

La otra persona que se hallaba en la estancia, era un joven que permanecía en actitud meditabunda, á la derecha del enfermo. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y los brazos cruzados sobre los muslos; apenas se veía una parte de su frente, blanca como la azucena, y su cabellera fina y rizada, que caía hácia los lados en desorden; todo revelaba en él una hermosura noble y varonil.

En esta posición pasarían media hora; media hora eterna, porque el tiempo es muy lento en su marcha cuando se acompaña con el silencio y el dolor. Al fin el enfermo se movió y clavó su mirada en la joven que tenía al lado.

—¡Pobre Dolores! le dijo con una voz áspera, pero en la que se conocía el sentimiento; ¡pobre Dolores, cuánto te hago padecer!.....

Un sollozo interrumpió sus palabras, pero entretanto su vista no se separaba del rostro de la joven; era una mirada elocuente que decía lo que los labios nunca podrán expresar.....

—Perdóname, continuó; pero soy tan egoísta, que no quisiera separarme de tí..... Cuando estás lejos, no sé lo que siento; es como si me arrancaran el alma..... porque tú eres mi alma..... porque tú reanimas con la luz de tus ojos la llama de mi vida que se extingue..... Vas á reírte de mí, añadió con una sonrisa llena de dolor; pero cuando no te siento á mi lado, tengo miedo como un niño..... tengo miedo de la muerte, de la eternidad..... ¡Ay! si fuera á morir en un momento en que estés lejos....

no sé lo que sería de mí!..... me parece que mi alma se extraviaría.....

—¡Pobre niña!..... ¡yo te compadezco!..... tan joven, tan linda ¿verse unida á mí?..... ¿á mí, á quien Dios castiga de un modo tan terrible?..... Pero ¡si supieras cuánto te amo!.....

Volvió á interrumpirse el enfermo, agobiado por la amargura de aquellos pensamientos, y su respiración fué lo único que se oyó.

—Vete á descansar, dijo al cabo de un rato con voz mas tranquila; ve á dormir, niña de mi alma..... Si te desvelas esta noche tambien, mañana estarás pálida y tus ojos no brillarán como ahora..... ¡Vamos, añadió, procurando sonreirse; ya sabes que yo vivo en tus ojos; no quieras acortar mi vida marchitándolos.....

—Y tú lo mismo, Manuel, hermano mio, dijo volviéndose del otro lado, hácia el joven pensativo; ve á dormir..... me siento aliviado, y dormiré tambien.....

—No tengo ganas de dormir, respondió Manuel con voz triste, levantando su rostro y dirigiendo su mirada dulce é inteligente hácia su hermano.

—Hace algun tiempo que te veo triste, Manuel..... ¿qué tienes?..... ¿por qué no me cuentas tus pesares? ¿No sabes que te amo como á un hijo?..... Pero ¡vaya!..... Si es por mí, no te aflijas..... Dios es clemente, y me volverá la salud.....

Después de esto, el enfermo atrajo hácia sí, con un ademán de amor inefable, á su esposa y á su hermano; los rodeó con sus brazos y los estrechó sobre su corazón..... las mejillas de los tres se tocaron; el enfermo dejó caer su

cabeza sobre la almohada, sonriendo; pero Dolores se separó ruborizada, y Manuel mas meditabundo fué á tenderse sobre un sofá.

A pocos momentos salió Dolores de la estancia, después de haber disminuido la llama del quinqué.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

II.

PARA que nuestros lectores puedan apreciar los sucesos de esta historia, nos es preciso volver los ojos hacia atrás; pero seremos breves en esta revista.

Antonio era uno de esos jóvenes á quienes pierde una educación demasiado severa; mariposas que permanecen mucho tiempo encerradas, y que cuando salen á la luz, el primer rayo las deslumbra.

Era hijo de un comerciante español, de aquellos que llegaban á México en tiempo del gobierno vireinal, y que traían de su país todas las preocupaciones de la gente baja, sin poseer ninguna de sus virtudes, ni la mas ligera instrucción. Harto conocido es el carácter de esta clase de hombres, de los que, como un recuerdo de nuestra esclavitud, quedan aún algunos vástagos, para que sea necesario hacer una descripción minuciosa.

Antonio recibió del cielo en dote una figura esbelta y graciosa, un talento despejado, imaginación vivísima y alma llena de energía; cualidades todas que, dirigidas con tino, conducen al bien; pero que cuando se abandonan á sí solas y se tuerce su inclinación, les sucede lo que á los aceites esenciales, se arrancian y aumentan el mal.

El padre de Antonio tenía ese horror instintivo hácia la instruccion, que caracterizaba á los comerciantes españoles del siglo pasado; queria que su primogénito siguiese la carrera del comercio, en la cual él habia hecho una fortuna considerable, y Antonio durante sus primeros años, no aprendió mas que á leer, y á escribir mal, á contar muy bien, á rezar y á bajar los ojos delante de su padre. Tal vez esta educacion se hubiera extendido á otros ramos de primera necesidad; pero los sucesos políticos de aquella época lo impidieron.

El padre de Antonio ni por sus creencias, ni por su instruccion podia mirar con simpatías la emancipacion de América. Creía firmemente que este era un crimen por el cual los mexicanos todos iban á recibir del cielo un castigo terrible, y atribuía tantos desórdenes á la mala educacion que recibian los jóvenes, á esa instruccion, á esa libertad tan fuera de propósito que se les daba.

Exaltado por esas reflexiones que creía justas, conmovido por los sucesos contemporáneos y deseando preservar á su familia del contagio, el comerciante se aisló entre las paredes de su casa, abandonó los negocios y adoptó para Antonio un método de educacion enteramente conforme con sus mezquinas ideas y rancias preocupaciones.

Antonio no fué nunca á la escuela; no tuvo amigos, no trató con nadie, á excepcion de su padre, quien para hacerlo humilde, segun decia, aparentaba para con él una rudeza y severidad extraordinarias. Así, pues, para Antonio no hubo esa edad florida en que los niños gozan de su libertad, rien, juegan, charlan Desde muy chico, por el contrario, fué silencioso, tímido, hipócrita. Pasaba

el día entero leyendo el *Electo y Desiderio*, ó haciendo cuentas; las únicas personas con quienes á veces hablaba eran las criadas, que le contaban cuentos espantosos de brujas y muertos; estaba acostumbrado á no dirigirle nunca la palabra á las personas *de respeto*; sus paseos se reducian á ir todos los domingos á la iglesia, y para él no habia mas mundo que su casa.....

En esta ignorancia profunda, en este aislamiento terrible pasaron sus primeros años; esa época en que el hombre se forma, en que recibe las primeras impresiones que se graban de un modo indeleble en su alma, que la modelan, por decirlo así.

Antonio habia llegado á los quince años, era un joven esbelto y bien formado por su figura, pero respecto á su carácter, á sus ideas é inclinaciones, no era mas que un niño. A esa edad, cuando la imaginacion se despierta ya en los hombres, cuando el horizonte de la vida empieza á colorarse con los primeros destellos del amor, Antonio se ocupaba todavía en arrullar á su hermanito Manuel, que contaba seis años, en reñir con él por los juguetes, y cuando estaba mas serio, en cantar una misa.

Nadie visitaba su casa; las vidrieras de la sala permanecian semanas enteras y aun meses sin abrirse, y hé aquí que Antonio no conocia de la hermosa mitad del género humano mas que las viejas que servian en su casa.

Imposible le era al comerciante conocer los peligros á que exponia á su hijo con aquella clase de educacion: nacido en un país frío y montañoso, acostumbrado al trabajo desde niño, su alma apática no podia comprender esos caracteres de fuego, esas imaginaciones exaltadas

que podrán ser comprimidas hasta cierto punto, mas nunca ahogadas, y que el dia que estallen se precipitarán como la lava, escondida bajo el hielo de los volcanes, que todo lo abrasa, todo lo destruye á su paso!

No obstante esta severidad, á los diez y seis años hubo en la vida de Antonio un suceso notable, del cual conservó eterno recuerdo.

Una anciana achacosa y habladora, pero de un corazon excelente, parienta lejana de su padre, fué á vivir en su casa por un mes á causa de la muerte de su hija. Esta anciana llevó consigo á su nietecita, niña á la sazón de seis años, viva, graciosa, juguetona, que reía y hablaba de su mamá, como hacen los niños, sin saber que al perderla habia perdido el mayor tesoro!

Antonio cobró un cariño extraordinario á aquella niña, porque era lo primero que sus ojos veían de un mundo que no conocia y que apenas sospechaba en sus primeros pensamientos de jóven, que fecundados por la edad, pugnan ya por romper la corteza de ignorancia que los sujetaba, como sucede con algunas semillas á las que el tiempo hace germinar sin necesidad de la tierra.

Ademas, ¿cómo era posible mirar aquella niña morenita, cuya boca parecia un boton de rosa, apenas abierto por el beso del aura matinal, y no amarla?.....

Antonio la amó tanto como amaba á su hermanito, y el dia en que Dolores, que este era su nombre, se separó de su casa, fué uno de los mas tristes de su vida.

Este acontecimiento tan sencillo tuvo para él una influencia muy grande. Desde entónces Antonio se puso pehsativo; presintió que algo le faltaba; olvidó sus jue-

tes; se miraba en los espejos ¿pero qué hacer? La cubierta que lo envolvía era de hierro, y el aire apenas llegaba á sus pulmones.....

El recuerdo de Dolores no se apartó un momento de su imaginacion; aquella criatura tuvo para él el encanto del primer pensamiento de amor; la amó como se ama la montaña que nos indica de léjos las costas de nuestra patria fué como el rocío que reanima á la planta próxima á morir.....

Antonio sintió que poco á poco se despertaba en su corazon un vago deseo de amor, que por grados tomaba color y cuerpo como los primeros rayos de la aurora. El respeto, el terror que tenia á su padre, le impidieron siempre amarlo; pero su corazon, que necesitaba un objeto, que lo buscaba, como busca el ciego la luz, consagró todos sus sentimientos al único sér que tenia á su alcance. Antonio, pues, amó desde entónces á Manuel como una madre ama á su primer hijo, como una doncella al primero que pronuncia á sus oídos las palabras dulcísimas del amor!

Miéntas estos cambios se efectuaban lentamente, trascurrieron algunos años, hasta que la muerte, esa infatigable segadora, cambió en un momento el aspecto de las cosas.

Antonio estaba próximo á cumplir veinte años, cuando su padre enfermó de muerte.....

Desde que las primeras revoluciones ensangrentaron nuestro suelo, y mas especialmente desde la expulsion de los españoles, de la cual casi por milagro escapó el padre de Antonio, se habia vuelto avaro; ocultó sus riquezas y

se fingió pobre, de manera que su lecho de muerte estuvo solitario y nadie vino con el interés de ser nombrado albacea ó tutor de sus hijos.

Antonio sintió á su padre, tanto mas, cuanto que de repente se encontraba sin un apoyo al cual estaba acostumbrado; mas la fuente de sus lágrimas se agotó; horróse su dolor, porque todo pasa en el mundo, y el jóven sonrió al verse dueño de sus acciones y poseedor de una riqueza que á sus ojos inexpertos pareció un tesoro fabuloso é inagotable.

Sin embargo, los primeros dias de esta libertad fueron mas bien amargos y dolorosos para Antonio, que dulces y agradables. Se encontraba enteramente aislado en el mundo; no sabia ni saludar; se ruborizaba ante cualquiera mujer; tropezaba con todos los muebles; estaba encogido, fuera de su elemento.

Mas esto duró lo que tarda un águila en abrir sus alas para lanzarse hácia el espacio. Antonio no habia sido hecho para la oscuridad; ademas, como era rico, y gastaba á manos llenas un dinero que no le habia costado trabajo adquirir, bien pronto tuvo mas amigos y directores que los que hubiera sido de desear; su buena figura cooperó mucho tambien á su buen éxito en la sociedad.

Empero Antonio en medio de los triunfos y placeres que comenzaban á fascinarlo, no se olvidó de su hermano Manuel; tan cierto así es que los primeros sentimientos no se borran jamas. Rodeólo de maestros, fué para él un padre amoroso y complaciente, y experimentó un vivo placer cuando vió que Manuel correspondia á sus esperanzas.

¡Pobre Antonio! qué feliz hubiera sido á poderse detener al borde del precipicio, á donde se inclinaba! Mas no fué suya la culpa, sino de la educacion que le dieron: el caballo que ha estado mucho tiempo sujeto, cuando llega á romper sus lazos se desboca.

Las primeras emociones que Antonio experimentó en medio de ese mundo, cuya belleza nunca se habia podido imaginar, fueron demasiado vehementes; lo embriagaron por decirlo así. La música lo hacia llorar unas veces, delirar otras; las mujeres lo arrobaban con sus encantos; cualquiera conversacion lo entusiasmaba; creía sinceras todas las promesas; verdaderas y fieles todas las palabras de amor: ¡pobre jóven candoroso! Creía á todos los hombres leales como él; á todas las mujeres ángeles, como el tipo que se habia formado en su cerebro y por las noches, cuando volvia á su casa, el sueño huía de sus párpados ante los recuerdos dulcísimos que se agolpaban á su mente; lloraba de felicidad y levantaba los ojos hácia el cielo por haberlo hecho tan venturoso!

Entónces se despertaron sucesivamente en su pecho todos los deseos, todas las pasiones que la ignorancia habia tenido adormecidas. Su imaginacion adquirió vuelo, y su voluntad no conoció obstáculos, ayudada del oro que derramaba.

Salió el jóven de un extremo, y fué á caer en el otro.

Al principio, sus amigos lo arrastraron; luego, él mismo necesitó del ruido; de las sensaciones que lo hacian vivir.

Como jóven que despertaba á la vida, sediento, apuró la copa del placer hasta las heces. Sin una mediana ins-

truccion que le sirviera de freno, sin ninguna experiencia, no supo detenerse en los límites prescritos por la razon.

Amó á las mujeres de quienes se veía rodeado; pero su amor fué tan efímero como las gracias que lo provocaron. La luz purísima y eterna de las estrellas no se percibe nunca á través del rojizo resplandor de las bujías.

La sangre hervía en sus venas; su corazon se exaltaba fácilmente, y los atractivos lúbricos de las bellezas que lo circundaban lo precipitaron. Probó la manzana, y fué tan intenso el placer que experimentó, que abusó de él.....

¿Era suya la culpa?

En cinco años Antonio habia recorrido [un espacio inmenso: enteramente entregado al bullicio, no tuvo ni un momento para reflexionar; sin cesar excitado por las pasiones y los festines, no resintió su debilidad; entregado á los bailes, á las diversiones nocturnas, nunca pudo mirar en un espejo, á la luz clara del dia, los estragos que los excesos habian hecho en su rostro.....

En aquellos cinco años, Antonio habia consumido su vida; semejante á una lámpara á la cual se hubiera echado todo el aceite, habia brillado un instante, pero no tenia ya con que alimentarse mas. Era una flor marchita con el contacto de unos labios ardientes.....

Hay sucesos que parecen providenciales. Una noche brillaba la luna con todo su esplendor; Antonio encontró en las *Cadenas* á una lindísima muchacha, morena, voluptuosa en todos sus movimientos, acompañada de una anciana.

Desde que Antonio la percibió sintió que su corazon

latia con violencia; pero, hombre gastado por los excesos, sin creencias, juzgó que aquella jóven seria una de tantas desgraciadas que venden su cuerpo y marchitan su corazon, para comprar un pan!..... Se adelantó para mirar su rostro; mas tan grande como habia sido su alucinamiento al percibir por detras su paso incitante, sus formas llenas de suavidad, que prometian mil placeres, tanta así fué su admiracion al contemplar la frente de la niña, llena de inocencia, su mirada pura y candorosa como la de la tórtola.

Antonio permaneció por algunos momentos pensativo: aquel rostro despertaba en su memoria un recuerdo vago y lejano, como un celaje perdido en el espacio.—Por primera vez despues de la muerte de su padre, Antonio volvió su vista hácia atras y experimentó esa especie de tristeza y consuelo que causan siempre los recuerdos de nuestra infancia.

A través de la atmósfera de que se hallaba rodeado, percibió á lo léjos el rostro encantador de aquella niña Dolores, de la cual no habia vuelto á acordarse en medio de las fiestas.

Yo no sabré explicar cómo sucedió; pero lo cierto es que nuestro jóven en aquel momento conoció que todos los placeres que tan encantado le tenian, no habian hecho otra cosa que surcar su frente y derramar hiel y hastío en su corazon.

Siguió de léjos á Dolores y á su abuela, y cuando las vió entrar en una pobre casa de la calle de *Necatitlan*, se volvió á la suya.

Aquella noche no salió, y á la mañana siguiente hizo

saber á todos sus amigos admirados, que iban á preguntar si se hallaba enfermo, que se ausentaba de México por algun tiempo.

A las diez del día, Antonio se miró á un espejo y retrocedió espantado; no era ya ni la sombra de lo que habia sido; su juventud estaba perdida; los cabellos caían de su cabeza como las hojas secas de los árboles.....

En seguida se vistió sencillamente, y lleno de emocion, como un jóven escolar, se dirigió hácia la pobre habitacion de Necatitlan. Deseaba saber si Dolores se habia conservado pura é inocente, ó si tambien á ella la habia arrastrado la fuerza de la juventud.....

Entónces conoció que amaba á aquella niña, pero con un amor muy distinto de los que hasta entónces habia experimentado; con un amor que absorbía todas sus facultades; que lo hacia desconfiar como un niño; que lo hacia celoso como una doncella.....

Parecíale que entre los años tranquilos de su niñez y el momento presente, habia pasado una de esas noches de orgía que marchitan el rostro y turban el espíritu..... mas el aura de la mañana refrescaba sus sentidos é infundía nueva vida á su corazon.

Volverémos á decirlo: *tan cierto asi es que las primeras impresiones no se borran jamas*, y que cuando parecen adormecidas, es porque germinan y se trasforman en el silencio, como el boton que se convierte en flor, como el gusano que se torna en mariposa.

Antonio subió á la casa de Dolores; era una pieza pobre, pero aseada. Se dió á conocer, y como aquellas mujeres no tenian idea de la desconfianza ni del vicio, le re-

cibieron con agrado y cariño, como á un miembro de la familia.

Antonio frecuentó sus visitas, y cada vez se arrepentía mas de haberse dejado arrastrar por el vértigo del mundo.

Dió gracias al cielo porque Dolores se habia conservado pura, como la gota de rocío que duerme en el seno de la flor, y se convenció de que el alma de aquella niña era una de esas emanaciones purísimas del espíritu del Señor, depositadas en un cuerpo hecho por el enemigo de toda castidad, sin duda para vencer su arrogancia. ¡Criaturas que, si no estuvieran dotadas de tanta virtud, arrastrarian consigo al abismo el alma de mil hombres!

Un año se pasó de esta manera; Antonio se habia trasformado completamente, si bien no siempre podia dominar sus pasiones acostumbradas á desbordarse. Dolores habia llegado á amarlo con todo el cariño de un hermano.

Entónces se enfermó la anciana, y Antonio le pidió la mano de su nieta.

Ocho dias mas tarde se verificó el casamiento, y la abuela, despues de una vida oscura y llena de virtudes, entregó su alma al Señor, eterno remunerador de los justos.

Hasta aquí la fortuna habia sonreido á Antonio, como suele lucir á veces por entre dos nubes tempestuosas un rayo de luna.....

Pero no era dueño de detenerse en la pendiente por donde una vez se habia precipitado. Su misma salud resintió la falta de aquella excitacion que sostenia sus fuerzas en los dias anteriores; á poco de haberse casado co-

menzó á enfermarse; las fuerzas le iban faltando por grados, mas no perdía la esperanza de restablecerse.

En este estado, cuando se paseaba por el jardín de su casa, apoyado en el brazo de Dolores, parecía el emblema de la debilidad sostenida por la religion.

La enfermedad hizo no obstante rápidos progresos, y á los seis meses de casado Antonio, se encontró clavado en su cama, imposibilitado hasta de los menores movimientos, presa de uno de esos males terribles y asquerosos, provenientes del libertinaje; en un estado en que, lejos de causar amor y compasion, solo producía asco y horror. ¡Terrible castigo de sus extravíos!.....

Durante los primeros dias de esta enfermedad, Antonio padeció lo que no puede decirse. Su humor se agrió, volvióse áspero, irascible, perdió la esperanza, y su vida se convirtió en un tormento horroroso. Sin embargo, las promesas de la religion y las dulces palabras de Dolores, que con una abnegacion digna de todo elogio se consagró á cuidar á su marido, si no fueron suficientes á encadenar el torrente de sus pasiones, acostumbradas á no tener dique, á lo ménos pudieron prestarle algun tanto de paciencia y dulzura.....

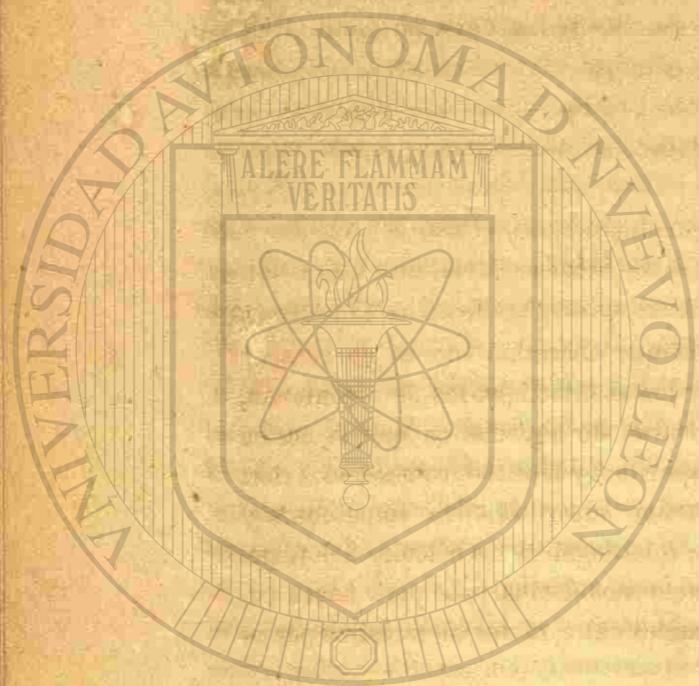
Mas no era este el verdadero martirio de Antonio, sino el amor y los celos. Amaba á Dolores con pasion, con delirio, y lo único que sentía en sus males, era llegar á convertirse para aquella mujer en un objeto repugnante; esta duda lo atormentaba sin cesar, no lo dejaba ni en sueños..... Como todos los libertinos que se casan, era celoso; pero su amor, su posicien y sus vehementes pasiones habian hecho que este defecto adquiriera un vuelo enor-

me en su corazon. Antonio tenia celos de todo el mundo; del médico que lo asistía; de los amigos que lo visitaban; del mismo viento que movía las flores del jardín y acariciaba los rizos de su mujer..... No quería nunca separarse ni un instante de Dolores, y los mas punzantes pensamientos desgarraban su alma cuando estaba lejos de ella....

Al cabo de algun tiempo mas, el mal de Antonio hizo tales progresos, que los médicos declararon que todos los recursos de la ciencia humana eran casi insuficientes para salvarlo de la muerte.

Entónces toda su casa tomó ese aspecto lúgubre y silencioso que ya hemos hecho notar.—Manuel salió del colegio en que hacía sus estudios para abogado, y vino á pasar con su hermano, al cual amaba como á un padre, esos últimos dias de tristeza, que son como el crepúsculo que separa la vida de la muerte.....

Parece que á medida que se acercaba la última hora de Antonio, se concentraban sus afectos: nunca como entónces amó tanto á Dolores; nunca tuvo tanto cariño á su hermano; nunca tampoco fué tan dulce y tan religioso como en aquellos momentos..... es que la vida huía delante de sus ojos, como esas nubecillas que el viento se lleva, y su alma presentía ya la proximidad de otro mundo.....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

III.

COMO la historia que enarramos no es de esas en que los lances y los acontecimientos se amontonan, sino por el contrario, de aquellas en que la acción parece caminar con sencillez y lentitud, como ciertos rios, suaves y apacibles en su superficie, pero impetuosos y terribles en su fondo, que engañan los cálculos del viajero; nos es preciso detenernos á cada paso para hacer conocer los diversos matices del carácter de nuestros personajes.

Dolores, como ya se sabe, era una mujer voluptuosa en todas sus formas, en todas sus sensaciones, y tambien diriamos, en todos sus pensamientos, si no temiéramos disminuir la idea de pureza que debe formarse de esta criatura angelical, que parecia uno de esos habitantes del cielo sometidos por un momento á todas las pruebas y debilidades de la humanidad. Sin embargo, la voluptuosidad de los pensamientos de Dolores no debe entenderse por ese deseo animal de un goce grosero, que embota los sentidos y empaña la mente cuando se obtiene, sino mas bien por su natural ternura y poesía; por ese anhelo

vago de una felicidad desconocida é ideal, en la que para ella se hallaban mezclados los placeres sensuales del cuerpo y los goces indefinibles del espíritu; anhelo que podría llamarse un presentimiento de la inmortalidad del alma, y que formaba el carácter indeciso y confuso de esa muchacha, fruto de la educación que había recibido, y de las inclinaciones de su temperamento.

Indudablemente Dolores parecía una de esas criaturas exuberantes de vida y de fuerza, destinadas por la ciega naturaleza para el ardiente placer de los sentidos: hé aquí por qué, mas que nadie, necesitaba ella una de esas educaciones ideales y religiosas, que siembran de espinas el camino, es cierto, pero que son las únicas que pueden evitar los excesos del cuerpo, tan dañosos para la salud temporal, como para la eterna.—El porvenir depende siempre de las primeras lecciones de educación que se han recibido; la razón abandonada á sus propias fuerzas, ó se prostituye con mucha facilidad, ó es como una planta frondosa pero débil, que el mas ligero soplo doblega.

Empero, por fortuna la anciana que cuidó de la niñez de Dolores, fué una de esas mujeres que despues de una vida de agitación, vuelven al ejercicio de la virtud por convencimiento, desengañadas de lo falso y dañoso de los placeres del mundo; mujeres demasiado útiles para dirigir la educación de una niña, porque ellas mas que nadie conocen los escollos donde puede zozobrar la inocencia, y saben el modo de evitar ó arrostrar el peligro.

Dolores recibió, pues, desde sus primeros años las mas útiles lecciones para formar su espíritu y su corazón. La virtud vino desde muy temprano á purificar su alma

y á servirla como de una antorcha que ilumina el sendero de la vida, como una estrella que muestra desde léjos el término de nuestra peregrinación en la tierra.

La anciana calculó muy bien que el único modo de salvar á su nieta de los peligros á que se iba á ver expuesta, por el temperamento de que había sido dotada, era el de hacerla concebir un idealismo religioso, de amor y anhelo hácia la otra vida, que la hiciera tener sin cesar los ojos fijos en el cielo, esperando el cumplimiento de las promesas del Cristo, como el prisionero que aguarda la hora de su libertad y la recompensa de su cautiverio.

No es esto decir que Dolores fuera fanática: por el contrario, gozaba dulcemente de la vida admirando sus bellezas, como el viajero que al volver á su patria atraviesa un país contemplando todo lo que se le ofrece á la vista.

Así creció nuestra heroína; de la niñez pasó sin transición á la pubertad, y se desarrolló como una flor bien cultivada. Los afanes de la anciana habían dado por resultado el predominio de la naturaleza ideal en Dolores, sobre la naturaleza corporal, si nos podemos expresar así; tal vez hubo exceso en esto; tal vez los trabajos de la abuela fueron mas léjos de lo que debían; lo cierto es que en la niña no se presentó la pubertad con los signos morales que la caracterizan; hubiera podido decirse que en este punto no iban de acuerdo su alma y su cuerpo.

Otra de las cosas que procuró la anciana fué mantener á Dolores en la mas profunda ignorancia de ciertos sentimientos, creyendo tal vez cegada por su amor de abuela, que su nieta jamás despertaría de su sueño religioso, ó acaso temió que mientras no madurase su razón, serian

mas fuertes que ella sus deseos y las sensaciones que la demandara su cuerpo. Como quiera que sea, á los diez y siete años Dolores era tan candorosa como una niña; lo único que la edad habia hecho en ella, era que su imaginacion tomara un vuelo extraordinario y la hiciera contemplar todos los objetos como al traves de un prisma encantado.

Como ya se ha dicho, la vida para Dolores no era mas que un vasto jardín, en donde las almas descansan para proseguir su camino hácia el cielo, como ese vapor que se eleva de la tierra por las mañanas. Si se la hubiera preguntado ¿cuál es nuestro objeto al hacer esta peregrinacion? no hubiera podido responder.

Así, pues, cuando Dolores conoció á Antonio, lo amó como á un hermano; se apoyó confiada en su brazo, y tal vez creyó mirar en él la personificacion de ese ángel custodio que sostiene á las almas en sus pruebas.

La anciana era pobre, y la niña habia experimentado desde muy temprano las privaciones de la miseria. Por esto cuando Antonio la rodeó á ella y á su abuela de comodidades, no pudo ménos que sentir un gozo inocente y experimentar por el que les hacia este beneficio una especie de afecto, que Antonio calificó con el nombre de amor, y que en realidad no era otra cosa que una gratitud ingenua y sencilla.

Por mas extraño que esto parezca en nuestra sociedad corrompida y materialista, Dolores no conocia y ni aun tenia idea del amor, tal como nosotros comprendemos este afecto.

.....

No puso, pues, dificultad ni experimentó repugnancia alguna cuando Antonio la pidió en matrimonio; por el contrario, creyó pagar con su mano y sus fraternales cuidados la deuda de gratitud que tenian con su generoso pariente.

Sin embargo, ¿cuánto influyó este suceso en su porvenir!

Dolores admitió el matrimonio con el mas puro candor; pero de improviso miró rasgarse el velo de su inocencia. Antonio, arrobado por su amor, arrastrado por sus vehementes pasiones, y gastado por el libertinaje, no supo apreciar, ni sospechó siquiera, las ideas que formaban, por decirlo así, la existencia ficticia de su esposa, y holló materialmente su virtud!

Dolores, preciso es confesarlo, gustó, apuró con delicia, con avidez, con delirio, aquellas primeras sensaciones que no habia ni aun sospechado, y que ofrecian bruscamente un nuevo camino á su existencia. ¡Sus deseos materiales, hasta entónces adormecidos por la ignorancia, y por el idealismo, se desarrollaron, se levantaron como la llama de una inmensa hoguera!

Podria decirse que en aquella noche fué cuando pasó violentamente de la niñez á la pubertad; hasta aquel momento por lo ménos se verificó en su cuerpo aquella revolucion de sensaciones, de deseos, que modifican, que enturbian las ideas..... Y la revolucion fué terrible, porque fué tan repentina como era tardía.....

Por la primera vez de su vida la jóven conoció que su razon se oscurecia y se debilitaba; mas por desgracia la

anciana que hasta esa época la dirigiera había muerto, y no tuvo á quien consultarle.....

Entonces cayó enfermo Antonio, y Dolores arrastrada de nuevo á una vida de tranquilidad y de reposo, se halló presa de la duda, como el marino que ha perdido su rumbo.....

¡Terribles fueron entonces las noches de silencio á que se vió condenada aquella ardiente mujer! ¡Terrible el combate que se trabó entre sus ideas llenas de virtud, que le señalaban instintivamente un abismo á su paso, y sus deseos, sus necesidades, que la arrastraban con una fuerza irresistible, que la demandaban sensaciones, tanto mas vehementes cuanto que apenas las había saboreado!.....

Horas habia en que Dolores recobraba la ideal pureza de su alma; en esos momentos volvía los ojos hácia el cielo, pedía fuerzas á Dios, y se dedicaba con celeste virtud á consolar á su marido, y á hablarle de la religion, bálsamo suavísimo que sana todas las llagas del corazon; pero habia horas tambien, y por desgracia eran las mas frecuentes, en que sucumbia agobiada por aquel anhelo terrible, por aquella cruel irritacion..... y entonces, con el corazon oprimido y palpitante, con la garganta reseca y el alma abatida, se dejaba caer devorada por la fiebre sobre su lecho.

Hé aquí los efectos de esa educacion puramente religiosa; las mujeres como Dolores son en este caso unas mártires: la virtud les sirve, es cierto, como de un faro; mas para llegar á él ¡cuántos tormentos!

IV.

El dia siguiente á la noche en que hemos comenzado esta historia, amaneció frio, triste, nublado; fué uno de esos dias durante los cuales no cesa de caer una lluvia menuda, lenta, monótona.

Manuel se levantó del sofá donde habia pasado la noche; atravesó de puntillas la pieza para no despertar á su hermano, y fué á pasearse por el jardin.

Hacia muy pocos dias que este jóven se hallaba en casa de Antonio, y habia perdido ya su aire alegre y juvenil; no parecia sino que bajo aquel techo se respiraba una atmósfera letal que marchitaba todos los rostros.

Manuel era un jóven de veinte años, robusto y buen mozo. Habia recibido una esmerada educacion, y estaba próximo á concluir sus estudios. Desde la edad de catorce años habia entrado á un colegio, y allí, entre la meditacion y las conversaciones de sus compañeros, se habia desarrollado su imaginacion. Cuando vino á la casa de su hermano, su rostro estaba velado por esa suave melancolía tan natural en los jóvenes estudiosos; pero no se no-

anciana que hasta esa época la dirigiera había muerto, y no tuvo á quien consultarle.....

Entonces cayó enfermo Antonio, y Dolores arrastrada de nuevo á una vida de tranquilidad y de reposo, se halló presa de la duda, como el marino que ha perdido su rumbo.....

¡Terribles fueron entonces las noches de silencio á que se vió condenada aquella ardiente mujer! ¡Terrible el combate que se trabó entre sus ideas llenas de virtud, que le señalaban instintivamente un abismo á su paso, y sus deseos, sus necesidades, que la arrastraban con una fuerza irresistible, que la demandaban sensaciones, tanto mas vehementes cuanto que apenas las había saboreado!.....

Horas habia en que Dolores recobraba la ideal pureza de su alma; en esos momentos volvía los ojos hácia el cielo, pedía fuerzas á Dios, y se dedicaba con celeste virtud á consolar á su marido, y á hablarle de la religion, bálsamo suavísimo que sana todas las llagas del corazon; pero habia horas tambien, y por desgracia eran las mas frecuentes, en que sucumbia agobiada por aquel anhelo terrible, por aquella cruel irritacion..... y entonces, con el corazon oprimido y palpitante, con la garganta reseca y el alma abatida, se dejaba caer devorada por la fiebre sobre su lecho.

Hé aquí los efectos de esa educacion puramente religiosa; las mujeres como Dolores son en este caso unas mártires: la virtud les sirve, es cierto, como de un faro; mas para llegar á él ¡cuántos tormentos!

IV.

El dia siguiente á la noche en que hemos comenzado esta historia, amaneció frio, triste, nublado; fué uno de esos dias durante los cuales no cesa de caer una lluvia menuda, lenta, monótona.

Manuel se levantó del sofá donde habia pasado la noche; atravesó de puntillas la pieza para no despertar á su hermano, y fué á pasearse por el jardin.

Hacia muy pocos dias que este jóven se hallaba en casa de Antonio, y habia perdido ya su aire alegre y juvenil; no parecia sino que bajo aquel techo se respiraba una atmósfera letal que marchitaba todos los rostros.

Manuel era un jóven de veinte años, robusto y buen mozo. Habia recibido una esmerada educacion, y estaba próximo á concluir sus estudios. Desde la edad de catorce años habia entrado á un colegio, y allí, entre la meditacion y las conversaciones de sus compañeros, se habia desarrollado su imaginacion. Cuando vino á la casa de su hermano, su rostro estaba velado por esa suave melancolía tan natural en los jóvenes estudiosos; pero no se no-

taban en él las huellas profundas del dolor y del insomnio, que ahora se miran impresas en su frente.

Alguna pena secreta debia roer aquel corazon vírgen y enérgico, porque Manuel fué á sentarse bajo un fresno, y allí permaneció mucho tiempo, inmóvil á pesar de la lluvia, con la cabeza caída y las manos enclavijadas sobre las rodillas..... Luego se levantó y midió á largos pasos el jardín.

A eso de las diez de la mañana, Antonio llamó á su hermano.

—Manuel, le preguntó como tenia de costumbre; ¿cuándo ha venido?

En seguida añadió con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Ay! ¡hermano mio, hermano mio! ¡cuán desgraciado soy!.....

En aquel momento entró en el aposento Dolores; Antonio la tendió sonriendo los brazos, y la jóven se acercó silenciosamente á besarle las manos, con una especie de compuncion, como si la agitara un remordimiento oculto.

Como siempre, llegaron á reunirse aquellas tres personas; pero cuando Antonio las estrechó contra su corazon, léjos de tocarse los rostros de Manuel y Dolores, cada uno hizo un movimiento repentino para retirarse.

Aquel día los males de Antonio se habian agravado de tal manera, que se hallaba en un estado violento; hubo instantes en que pidió al cielo poder llorar, lágrimas que calmaran el ardor de sus ojos, que aliviaran el peso que oprimia su corazon; hubo instantes en que se le representó ante la mente toda su vida pasada..... Entonces hubiera dado un tesoro por levantarse de su cama y

huir de aquellas ideas que calcinaban su cerebro!..... En estos momentos, que eran unas verdaderas crisis, todas las pasiones fermentaban en su corazon como la lava de un volcan; luchaba contra su impotencia, y hallándose mas débil que un niño, ímpetus le venian de convertir aquel pasajero furor contra sí mismo!.....

Estaba rodeado el enfermo de su esposa y su hermano, cuando llamaron á la puerta.

Antonio volvió prontamente el rostro, y Dolores se levantó para ir á abrir.

—¿Qué prisa tienes por ir á abrir? dijo Antonio con voz agriada por los celos.

—¿Quédate! ¿no hay criados?.....

—Será el médico, respondió con dulzura Dolores.

—¿El médico!..... Y ¿desde cuándo tiene el médico un toque particular para que lo conozcas tan bien?.....

Volvieron á llamar y Dolores salió.

—¡No me ama, Manuel! exclamó con amargura Antonio, volviéndose á su hermano, cuando hubieron quedado solos. ¡No me ama!..... Se aparta de mi lado cuando yo padezco..... Pero ¿tú crees que ese médico se atreva á amarla? ¿á amarla cuando yo la adoro tanto, cuando ella es mi vida, mi alma, mi todo?..... ¡Oh, qué loco soy!..... Pero dime, ¿cómo no he de tener celos cuando ella es tan linda? ¿No crees que es imposible verla y no amarla?..... ¡Oh! ¡qué hombre no daria su vida por tocar sus labios!..... Porque ¿has visto los botones de la rosa ántes que el sol venga á marchitarlos? pues mas frescos, mas suaves, mas dulces que ellos son los labios de mi Dolores..... ¡Ay! Por eso no quiero que venga nadie; nadie, ¿lo oyes? Dile

á ese médico, que no vuelva; ¿qué me importa la vida sin el amor de mi Dolores?—¡Oh! ¡si pudiera explicarte el estremecimiento de placer que agitó todo mi cuerpo cuando recibí de su boca el primer beso!..... este recuerdo solo me volveria á la vida!.....—¿Mas por qué se tardan tanto?..... ¡hablan! ¡Si yo pudiera levantarme!.....

En ese momento entró en la pieza un jóven vestido de negro y de aspecto agradable, acompañado de Dolores.

Antonio clavó en el recién venido una mirada profunda y amarga, llena de cólera, de celos, de dolor; luego la fijó en su mujer y cerró los ojos para ocultar una lágrima que brotaba lentamente de ellos.

El médico se acercó al enfermo y trató de tomarle una mano; pero este la retiró bruscamente.

—¿Qué tal vamos? preguntó el médico.

—Muy mal, señor, muy mal, respondió Dolores, al notar el silencio obstinado de su esposo.

Antonio miró á Dolores, y luego murmuró ocultando su cabeza entre las manos de su hermano:

—¡Ah! Manuel, solo tú no me engañas, solo tú me amas!..... ¡Cuán desgraciado soy!.....

El médico escribió una receta, ordenó un método y se dispuso á salir.

—Y por fin, ¿no hay alguna esperanza? le preguntó en voz baja Dolores.

—La esperanza, señora, contestó gravemente el médico, es una estrella del cielo que luce aun cuando todo ha desaparecido..... Para Dios nada hay imposible..... Espere V. en él, porque la medicina no puede ya hacer mas..... que endulzar un poco sus últimos dias.....

Después de una corta vacilacion, añadió:

—Seria muy prudente hacer que se dispusiera.....

Dolores se quedó petrificada al oír aquellas palabras, y el médico se alejó en silencio.

—Dolores, dijo Antonio á su esposa, Dolores..... perdóname..... yo te he hecho desgraciada..... ¡Te amaba tanto, que no conocí que no era correspondido!..... Pero..... siento que voy á morir..... dentro de pocos dias serás libre..... dime que me perdonas..... y acuérdate alguna vez de mí!.....

Los sollozos le cortaron la voz: Dolores no pudo resistir á aquellas palabras, incoherentes, pero llenas de tanta amargura, y tanto amor, que revelaban perfectamente el triste estado de Antonio, y vino á arrodillarse junto á su lecho.

Es incomprendible el corazón humano; ante la presencia seductora de aquella mujer, desaparecieron todos los tristes pensamientos del enfermo.

—¡Con que me perdonas! exclamó lleno de gozo. ¡Con que es cierto que me amas!..... ¡Ah! ámame y yo viviré..... y no me separaré nunca de tu lado..... y seremos tan felices!.....—Oyeme, nos pasearemos en el jardín, tú te apoyarás en mi brazo..... yo besaré tus piés, jugaré con tus cabellos..... te adornaré como una imagen, y vendremos á esta misma pieza..... á recordar sonriendo estos tristes pensamientos de ahora.....—Y tú nos acompañarás tambien, Manuel..... ¿Pero qué tienes? ¿apartas la cabeza?..... Mira, Dolores mia, está sentido porque cree que no me amas..... Pero ya lo ves, Manuel, me ama tanto como yo la idolatro..... ¡Perdónala!.....—

Es que nosotros somos unos locos, y ella debe ser nuestro maestro. Hagamos las paces..... ¿Me amas, Dolores? Repíttemelo..... Hoy es día de felicidad..... me siento aliviado, sí..... ¡vuelvo á la vida!.....—¡Qué! ¿tú también, bien mio, estás sentida con mi hermano?..... Vamos, yo quiero hacer la reconciliacion..... Manuel, te pido que la ames.....—Dolores, ama como yo á mi buen hermano.....—Dala un abrazo, Manuel; un abrazo, y no volvamos á ocuparnos de estas niñerías..... Pero qué, ¿es tan profundo ese rencor que no me concederéis lo que os pido?

Por una de esas rarezas tan frecuentes en la especie humana, aquel hombre tan enamorado, tan celoso, no tenía ningun recelo de su hermano; y por el contrario, se obstinaba materialmente en poner á su esposa y á Manuel en posiciones demasiado peligrosas siempre para los jóvenes, por mas pura que sea su virtud.

Manuel titubeaba en obedecer á su hermano: tan pronto tenia deseos de huir, como de arrojarse á los piés de Dolores.....

Pero hubo un momento en que esta alzó su vista y se encontró con la de Manuel..... entónces el jóven se adelantó fuera de sí, atraído por el magnetismo de aquella mirada; tendió sus brazos, y por la primera vez de su vida, estrechó á una mujer sobre su corazon..... ¡Y esta mujer era Dolores, la voluptuosa Dolores!.....

Antonio se sonreía de ventura, y no cesaba de repetir alborozado:—¡Ah! Dolores mia, al fin me amas como yo te amo!.....

V.

LA noche de aquel día fué la mas terrible que Dolores habia pasado en su vida. Desde muy temprano se retiró á su aposento, y cuando estuvo sola, cayó de rodillas ante una imágen de la Virgen al pié de la Cruz. Oró largo rato con fervor, y luego fué á sentarse en un rincon, muda, triste, abatida.

Acababa de sondear su corazon y habia conocido y con espanto, que en él estaba arraigado profundamente un amor violento, irresistible, voluptuoso..... Amaba á Manuel; á Manuel, el hermano de su marido.

Y no podia ser de otra manera: cualquiera mujer vestida de carne humana, en la posicion de Dolores, hubiera sucumbido.

Su marido no habia hecho mas que irritar sus deseos; despertar su corazon; rasgar el velo de su inocencia; lanzarla, en fin, á una nueva senda, por donde él, enfermo, moribundo, ya no podia acompañarla..... Y despues de esto, cuando aquella pobre mujer se sentía devorada por una sed febril; cuando su corazon buscaba ávidamente un objeto que lo llenara, ¿cómo era posible que pudiera resis-

Es que nosotros somos unos locos, y ella debe ser nuestro maestro. Hagamos las paces..... ¿Me amas, Dolores? Repíttemelo..... Hoy es día de felicidad..... me siento aliviado, sí..... ¡vuelvo á la vida!.....—¡Qué! ¿tú también, bien mio, estás sentida con mi hermano?..... Vamos, yo quiero hacer la reconciliacion..... Manuel, te pido que la ames.....—Dolores, ama como yo á mi buen hermano.....—Dala un abrazo, Manuel; un abrazo, y no volvamos á ocuparnos de estas niñerías..... Pero qué, ¿es tan profundo ese rencor que no me concederéis lo que os pido?

Por una de esas rarezas tan frecuentes en la especie humana, aquel hombre tan enamorado, tan celoso, no tenía ningun recelo de su hermano; y por el contrario, se obstinaba materialmente en poner á su esposa y á Manuel en posiciones demasiado peligrosas siempre para los jóvenes, por mas pura que sea su virtud.

Manuel titubeaba en obedecer á su hermano: tan pronto tenia deseos de huir, como de arrojarse á los piés de Dolores.....

Pero hubo un momento en que esta alzó su vista y se encontró con la de Manuel..... entónces el jóven se adelantó fuera de sí, atraído por el magnetismo de aquella mirada; tendió sus brazos, y por la primera vez de su vida, estrechó á una mujer sobre su corazon..... ¡Y esta mujer era Dolores, la voluptuosa Dolores!.....

Antonio se sonreía de ventura, y no cesaba de repetir alborozado:—¡Ah! Dolores mia, al fin me amas como yo te amo!.....

V.

LA noche de aquel dia fué la mas terrible que Dolores habia pasado en su vida. Desde muy temprano se retiró á su aposento, y cuando estuvo sola, cayó de rodillas ante una imágen de la Virgen al pié de la Cruz. Oró largo rato con fervor, y luego fué á sentarse en un rincon, muda, triste, abatida.

Acababa de sondear su corazon y habia conocido y con espanto, que en él estaba arraigado profundamente un amor violento, irresistible, voluptuoso..... Amaba á Manuel; á Manuel, el hermano de su marido.

Y no podia ser de otra manera: cualquiera mujer vestida de carne humana, en la posicion de Dolores, hubiera sucumbido.

Su marido no habia hecho mas que irritar sus deseos; despertar su corazon; rasgar el velo de su inocencia; lanzarla, en fin, á una nueva senda, por donde él, enfermo, moribundo, ya no podia acompañarla..... Y despues de esto, cuando aquella pobre mujer se sentía devorada por una sed febril; cuando su corazon buscaba ávidamente un objeto que lo llenara, ¿cómo era posible que pudiera resis-

tir á la vista de aquel jóven hermoso, robusto, candoroso y bueno como una mujer?..... ¿Cómo podía permanecer fria su sangre y desocupada su imaginacion durante aquellas larguísimas horas de silencio, pasadas entre su marido, que no podía inspirar ninguna clase de amor, y Manuel, tan lleno de salud, Manuel, cuyo rostro revelaba una alma llena de fuego, de poesía?..... ¿Cómo podría resistir ella, pobre mujer, cuando todo conspiraba en su daño; cuando hasta su marido tan celoso se obstinaba en reunir la sobre su corazon con Manuel; en estrechar las manos de ambos; en hacer que el aliento de aquel acariciara el cuello, las mejillas de esta; cuando hacia que ambos lo curaran?.....

¡Ah! ¡la tentacion era demasiado fuerte! Para resistirla hubiera sido necesario que la edad hubiera apagado el hervor de su sangre y robustecido su espíritu.....

Nació el amor, el amor impetuoso en el corazon de Dolores; primero como un deseo vago, lejano; pero creció en silencio..... y cuando la jóven examinó su pecho, conoció que no habia sitio en él que no estuviera ocupado por aquel sentimiento.

Una vez descubierto, Dolores sintió que todas sus facultades, todos sus pensamientos, todas sus sensaciones, en fin, si nos es permitida esta redundancia, tendian hácia él; fué aquel el objeto ideal y vago con el cual tanto tiempo habia soñado, que tomaba de pronto nombre y cuerpo; fué tambien ese constante deseo de goces, que se tornaba de pronto en promesa irresistible!.....

Dolores, en aquellos momentos de angustia, midió sus fuerzas y se encontró débil ante aquel amor, que halaga-

ba al mismo tiempo su idealismo y su voluptuosidad..... ¡Pobre mujer! que creía hallar en ella misma la energía para vencer! ¿Quién podría socorrerla en aquel trance sino el mismo que la sometia á aquella prueba terrible?.....

Entónces fué cuando la jóven cayó de rodillas y oró...

Manuel hacia tambien muchas noches que no dormía; habia huido la paz de su pecho; la noche no tenia para el jóven mas que horas eternas de insomnio, de fiebre, de delirio, durante las cuales hierve la sangre y la cabeza se vuelve un volcan; noches terribles en que el cabello se encanece y se ruga la frente; noches que destruyen como la lava; pero que léjos de extinguir la llama del amor, la avivan, la aumentan, la soplan, como el huracan hace crecer la llama de un incendio!

¡Manuel amaba á Dolores, y la imagen de aquella criatura seductora visitaba la soledad del pobre estudiante, excitaba su imaginacion, y lo sumergia en esos delirios tan crueles del insomnio!

El hermano de Antonio se hallaba en esa edad en que la sangre comienza á hervir, en que el corazon reclama las sensaciones del amor como un rocío fecundante; en que el roce de un vestido de mujer conmueve todas las fibras del cuerpo; en que el hombre vacila ante los caminos que se le presentan á la vista.

Hasta entónces no habia salido el jóven de su colegio; habia visto á algunas mujeres, pero con ninguna habia pasado junto horas enteras; á ninguna la habia estrechado la mano como á Dolores; con ninguna se habian roza-

do sus mejillas, encontrado sus piés; á ninguna habia visto con un traje descuidado.....

¡Ninguna de las conversaciones mas libres que habia tenido con sus camaradas, habia llegado tampoco al extremo que las terribles y apasionadas confianzas de Antonio!

En el corazon de Manuel se habia, pues, desarrollado el amor lo mismo que en el de Dolores, con la diferencia de que aquel habia conocido desde el principio su pasion, y mas confiado en sus humanas fuerzas no lo habia combatido desde entónces; y por el contrario, fascinado por la hermosura tan atractiva de Dolores, se habia dejado arrastrar al abismo; habia paladeado el veneno hasta la última gota, creyendo escudo suficiente estas tristes palabras: «¡Nunca lo sabrá ella; morirá este amor en mi corazon como una flor desconocida!»..... Pero ¿quién podrá resistir, sin temor de caer, la presencia continua, y el contacto de una mujer á quien se ama?.....

Solo aquella noche conoció Manuel, despues del abrazo delicioso que lo habia embriagado y que aun lo hacia delirar, toda la extension y la fuerza del peligro; sintió entónces que no tenia ánimo para combatir, y su corazon se oprimió al pensar que seria un crimen y una infamia ante Dios y los hombres, engañar á aquel hermano tan bueno.

¡Terrible fué la resolucion que tomó entónces, despues de muchas horas de duda, de angustia y de combate!

VI.

COMENZABA el Oriente á teñirse con una luz blanquecina; las estrellas iban desapareciendo, y el aura matinal, fresca y embalsamada, traía en sus ondas el canto lejano y alegre del gallo madrugador.

Manuel, despues de una noche en vela, con los ojos irritados, se decidió á partir; mas no pudo resolverse á hacerlo, sin ver siquiera por la última vez á aquel hermano que tanto lo habia amado y á quien abandonaba en la agonía.....

Entró en el aposento de Antonio creyendo que aun dormia; pero lo encontró despierto.

—¿Adónde vas? le preguntó á Manuel con cariño, viéndolo tan temprano con capa y sombrero.

Manuel por toda respuesta se apoderó de una de sus manos, y murmuró sollozando:

—¡Adios!.....

—¿Te vas y me dejas? replicó con ternura y tristeza el enfermo. ¡Me abandonas en mi lecho de muerte, cuando no tengo mas consuelo que verme rodeado de los que me aman!..... ¿Y por qué te vas?

El jóven titubeó un momento; no sabia qué contestar;

do sus mejillas, encontrado sus piés; á ninguna habia visto con un traje descuidado.....

¡Ninguna de las conversaciones mas libres que habia tenido con sus camaradas, habia llegado tampoco al extremo que las terribles y apasionadas confianzas de Antonio!

En el corazon de Manuel se habia, pues, desarrollado el amor lo mismo que en el de Dolores, con la diferencia de que aquel habia conocido desde el principio su pasion, y mas confiado en sus humanas fuerzas no lo habia combatido desde entónces; y por el contrario, fascinado por la hermosura tan atractiva de Dolores, se habia dejado arrastrar al abismo; habia paladeado el veneno hasta la última gota, creyendo escudo suficiente estas tristes palabras: «¡Nunca lo sabrá ella; morirá este amor en mi corazon como una flor desconocida!»..... Pero ¿quién podrá resistir, sin temor de caer, la presencia continua, y el contacto de una mujer á quien se ama?.....

Solo aquella noche conoció Manuel, despues del abrazo delicioso que lo habia embriagado y que aun lo hacia delirar, toda la extension y la fuerza del peligro; sintió entónces que no tenia ánimo para combatir, y su corazon se oprimió al pensar que seria un crimen y una infamia ante Dios y los hombres, engañar á aquel hermano tan bueno.

¡Terrible fué la resolucion que tomó entónces, despues de muchas horas de duda, de angustia y de combate!

VI.

COMENZABA el Oriente á teñirse con una luz blanquecina; las estrellas iban desapareciendo, y el aura matinal, fresca y embalsamada, traía en sus ondas el canto lejano y alegre del gallo madrugador.

Manuel, despues de una noche en vela, con los ojos irritados, se decidió á partir; mas no pudo resolverse á hacerlo, sin ver siquiera por la última vez á aquel hermano que tanto lo habia amado y á quien abandonaba en la agonía.....

Entró en el aposento de Antonio creyendo que aun dormia; pero lo encontró despierto.

—¿Adónde vas? le preguntó á Manuel con cariño, viéndolo tan temprano con capa y sombrero.

Manuel por toda respuesta se apoderó de una de sus manos, y murmuró sollozando:

—¡Adios!.....

—¿Te vas y me dejas? replicó con ternura y tristeza el enfermo. ¡Me abandonas en mi lecho de muerte, cuando no tengo mas consuelo que verme rodeado de los que me aman!..... ¿Y por qué te vas?

El jóven titubeó un momento; no sabia qué contestar;

al fin pronunció con voz breve y ahogada estas únicas palabras:

—¡Es preciso!.....

—¿Preciso dices?..... ¡Está bien, vete!..... Yo creía, ingrato, que me amabas como yo te amo!..... ¿Y qué podía costarte permanecer aún algunos días?..... ¿Cuántos podrán quedarme de vida?..... ¡Pero vete!..... personas extrañas cerrarán los párpados de tu hermano!.....

¿Cómo resistir á estas quejas tristísimas? ¿Cómo abandonar un hermano al borde de la tumba?

Manuel titubeó algunos momentos; mas al fin lo vencieron las palabras de Antonio.

¡Se quedó, pero levantó los ojos al cielo, porque solo Dios podía sostenerlo en aquella prueba terrible!.....

VII.

TRASCURRIERON algunos días. Durante ellos, Dolores y Manuel procuraban evitar todo contacto, toda mirada, sin sospechar ninguno el amor del otro; pero Antonio siempre se empeñaba en enlazar sus manos, en tenerlos juntos. ¡Qué horribles momentos eran esos en que cada uno temia sucumbir!

Manuel, extenuado por el combate que sostenia sin descanso en su pecho, se demudaba visiblemente.

Dolores tambien se desmejoraba cada dia; pero aquella debilidad solo acertaba las fuerzas con que contaba para resistir, redoblando por consiguiente la fuerza de los ataques.

Una tarde Antonio notó la extenuacion de su hermano, y se conmovió profundamente.

Estaban solos los dos. Dolores se bañaba en una pieza cercana.

—Manuel, dijo Antonio, ¿qué tienes?..... Hace muchos días que te veo triste..... Hay en tu alma alguna pena que me quieres ocultar..... Eso no está bueno.....

al fin pronunció con voz breve y ahogada estas únicas palabras:

—¡Es preciso!.....

—¿Preciso dices?..... ¡Está bien, vete!..... Yo creía, ingrato, que me amabas como yo te amo!..... ¿Y qué podía costarte permanecer aún algunos días?..... ¿Cuántos podrán quedarme de vida?..... ¡Pero vete!..... personas extrañas cerrarán los párpados de tu hermano!.....

¿Cómo resistir á estas quejas tristísimas? ¿Cómo abandonar un hermano al borde de la tumba?

Manuel titubeó algunos momentos; mas al fin lo vencieron las palabras de Antonio.

¡Se quedó, pero levantó los ojos al cielo, porque solo Dios podía sostenerlo en aquella prueba terrible!.....

VII.

TRASCURRIERON algunos días. Durante ellos, Dolores y Manuel procuraban evitar todo contacto, toda mirada, sin sospechar ninguno el amor del otro; pero Antonio siempre se empeñaba en enlazar sus manos, en tenerlos juntos. ¡Qué horribles momentos eran esos en que cada uno temia sucumbir!

Manuel, extenuado por el combate que sostenia sin descanso en su pecho, se demudaba visiblemente.

Dolores tambien se desmejoraba cada dia; pero aquella debilidad solo acertaba las fuerzas con que contaba para resistir, redoblando por consiguiente la fuerza de los ataques.

Una tarde Antonio notó la extenuacion de su hermano, y se conmovió profundamente.

Estaban solos los dos. Dolores se bañaba en una pieza cercana.

—Manuel, dijo Antonio, ¿qué tienes?..... Hace muchos días que te veo triste..... Hay en tu alma alguna pena que me quieres ocultar..... Eso no está bueno.....

¿No soy yo tu hermano? Si padeces, ¿por qué no divides conmigo tus penas?..... ¿Por qué he desmerecido tu confianza?..... ¿Crees que no te puedo yo consolar?..... ¿Necesitas consejos?..... ¿Quién mejor que un moribundo puede dártelos?..... ¿Necesitas dinero?..... A tu edad se necesita siempre..... Pero ¿por qué no me lo pides?.....

Era tan cariñoso el acento de Antonio, que Manuel no podía responder ni una sola palabra; sin embargo, en su interior se avergonzaba de su proceder villano, como si tuviera él la culpa, y no pudiendo reprimirse, por un impulso repentino, se arrodilló junto á la cama gritando con una voz que brotaba del corazón:

—¡Perdóname..... perdóname!.....

Antonio no lo comprendió; iba acaso á preguntarle el sentido de aquellas palabras, cuando notó que los ojos de su hermano se abrían lentamente, como contra su voluntad; que sus labios temblaban y se enrojecían, y su rostro todo expresaba un sentimiento de angustia, como si hubiera una fuerza que lo atrajera hácia cierto punto.

El mismo Antonio volvió su rostro atraído por ese presentimiento vago, al que podría darse el nombre de atracción, y distinguió á su esposa que volvía del baño, mas bella, mas excitante que nunca: traía el cabello suelto, flotando sobre sus espaldas desnudas; su mirada parecía templada por la humedad de sus ojos; sus labios estaban entreabiertos por esa dulce fatiga que se experimenta despues del baño; su vestido finalmente, se hallaba en cierto abandono.....

¡Estaba tan bella, que su marido la contempló extasiado y la tendió los brazos!

Por un momento, Antonio, Dolores y Manuel no formaron mas que un grupo..... pero de pronto mil ideas, mil recuerdos, brotaron en el cerebro del primero, como una inspiración: un presentimiento se despertó en su pecho; tuvo celos de su hermano..... y lo rechazó.....

Manuel, espantado con aquel cambio repentino, lanzó un grito y cayó sobre la cama. Aquel grito, nervioso, apasionado, fué al mismo tiempo una terrible revelación y una acusación para Dolores.

No podremos explicar lo que pasó en aquel momento en el corazón de la mujer, porque hay cosas que jamas podrán escudriñarse; pero sí aseguramos que experimentó una mezcla de placer, de terror, de vergüenza, de arrepentimiento, y se cubrió el rostro con las manos.....

¡Antonio vió entonces á su alrededor claramente! celoso, lo habían engañado las personas de quienes nunca hubiera sospechado; ¡su hermano y su esposa!

No es mas terrible un volcan al estallar, que lo fué en el primer momento el corazón del celoso marido: hirvieron en su pecho todas las pasiones..... Lívido, brotando fuego por los ojos, se levantó Antonio como un espectro, y buscó con la vista una arma para asesinar á los miserables que bajaban ante él los ojos.....

No pronunció una sola palabra; pero aquel fué un momento solemne.

De pronto se dejó caer como herido por un rayo: la energía que había sostenido su cuerpo por un instante, lo abandonaba; á su vez se cubrió el rostro y lloró como una mujer..... ¡Pobre corazón!.....

—¿Ya lo vez, hermano? dijo en voz baja y triste Manuel; por eso queria huir.

En seguida este pobre jóven tomó la mano del enfermo, la oprimió en silencio contra su corazon; dirigió una mirada llena de profundo dolor á su cuñada; levantó la mano señalando al cielo, y salió sollozando de la casa.

Antonio lloraba tambien; miró alejarse á su hermano, pero no lo llamó..... Cuando hubo atravesado la puerta, el enfermo se arrodilló con trabajo sobre su lecho, y bendijo solemnemente á su hermano..... Luego se enjugó las lágrimas, besó con amor paternal la frente pálida de Dolores, y la dijo:

—¡Pobres mártires, perdonadme!.....

VIII.

DESDE aquel momento, como si Antonio hubiera sido herido de muerte, ya no volvió á levantar la cabeza. Recibió el Viático y aguardó con la dulzura de un justo la agonía.

Dolores experimentó tambien una trasformacion completa. Como si hubiera querido hacerse perdonar á fuerza de virtudes su falta involuntaria; como si su alma, despues de la prueba, participara algo de la fortaleza de los espíritus celestes, no fué ya una mujer al lado de su marido, sino un ángel de esperanza que endulzaba los últimos momentos de Antonio.

La postrer noche de su vida hizo este llamar á su hermano Manuel, que no habia tenido valor para alejarse.

A eso de las diez reunió á su hermano y á Dolores sobre su pecho como en otros dias, y les pidió que lo perdonaran.

¡Qué tristes y qué solemnes son esos momentos en que el hombre arregla todos sus asuntos para emprender ese viaje del cual jamas se vuelve!

—No tengo yo que perdonaros, dijo Antonio á su her-

—¿Ya lo vez, hermano? dijo en voz baja y triste Manuel; por eso queria huir.

En seguida este pobre jóven tomó la mano del enfermo, la oprimió en silencio contra su corazon; dirigió una mirada llena de profundo dolor á su cuñada; levantó la mano señalando al cielo, y salió sollozando de la casa.

Antonio lloraba tambien; miró alejarse á su hermano, pero no lo llamó..... Cuando hubo atravesado la puerta, el enfermo se arrodilló con trabajo sobre su lecho, y bendijo solemnemente á su hermano..... Luego se enjugó las lágrimas, besó con amor paternal la frente pálida de Dolores, y la dijo:

—¡Pobres mártires, perdonadme!.....

VIII.

DESDE aquel momento, como si Antonio hubiera sido herido de muerte, ya no volvió á levantar la cabeza. Recibió el Viático y aguardó con la dulzura de un justo la agonía.

Dolores experimentó tambien una trasformacion completa. Como si hubiera querido hacerse perdonar á fuerza de virtudes su falta involuntaria; como si su alma, despues de la prueba, participara algo de la fortaleza de los espíritus celestes, no fué ya una mujer al lado de su marido, sino un ángel de esperanza que endulzaba los últimos momentos de Antonio.

La postrer noche de su vida hizo este llamar á su hermano Manuel, que no habia tenido valor para alejarse.

A eso de las diez reunió á su hermano y á Dolores sobre su pecho como en otros dias, y les pidió que lo perdonaran.

¡Qué tristes y qué solemnes son esos momentos en que el hombre arregla todos sus asuntos para emprender ese viaje del cual jamas se vuelve!

—No tengo yo que perdonaros, dijo Antonio á su her-

mano y á su esposa al mirarlos llorar; no habeis sido culpables sino mártires. Habeis resistido la prueba..... y solo es culpable aquel que sucumbe, porque jamas nos envía Dios pruebas superiores á nuestras fuerzas..... No lloreis, porque hay otro sitio donde nos volveremos á reunir. *Los lazos de familia no se rompen en el cielo,* * y allí espero que serémos felices no formando todos mas que un solo cuerpo!

Luego añadió:

—Vais á quedar expuestos todavía á los ataques del mundo: aún está para vosotros distante el puerto..... mas si quereis llegar á él con bien, no dudeis nunca..... mirad que la fé es el principio de la esperanza..... Que sea la religion vuestra estrella polar..... ella os alumbrará el camino. Esos mismos tormentos que habeis sufrido son la prueba mas evidente de la existencia de un Dios, porque ¿qué sería el mundo sin un Dios justo y remunerador? ¿A dónde irían á parar los hombres y las sociedades el dia en que ya no se creyera en la inmortalidad del alma?.....

A las doce de la noche comenzó la agonía de Antonio.

Dos sacerdotes camilos rezaban junto á su cabecera, y Dolores y Manuel estaban arrodillados á ambos lados de la cama, calentando con sus lágrimas las manos del moribundo.

A las cuatro y media de la mañana, cuando ya se sentía el fresco de la aurora, Antonio levantó los ojos al cielo, estrechó las manos de su hermano y su esposa, y es-

* Sermones del P. Domingo Lacordaire.

piró dulcemente con la sonrisa en los labios, como un niño que se duerme en el regazo de su madre.

Dolores y Manuel permanecieron llorando en su mismo lugar, hasta que las manos de Antonio se pusieron heladas como el mármol de una tumba. Entónces se levantaron y se separaron como dos extraños, como dos enemigos, sin mirarse siquiera..... Es que instintivamente conocian que una vez encontradas sus miradas, ya no serian dueños de separarse.....

Tres dias despues Manuel daba un casto abrazo á Dolores, en la portería del convento de **** de esta capital.

Sonó el órgano, oyóse el canto lejano de las esposas de Cristo, que parecian llamar desde el cielo á su nueva hermana, y nuestros dos jóvenes, en el momento de separarse para siempre, levantaron los ojos y pronunciaron á un tiempo:

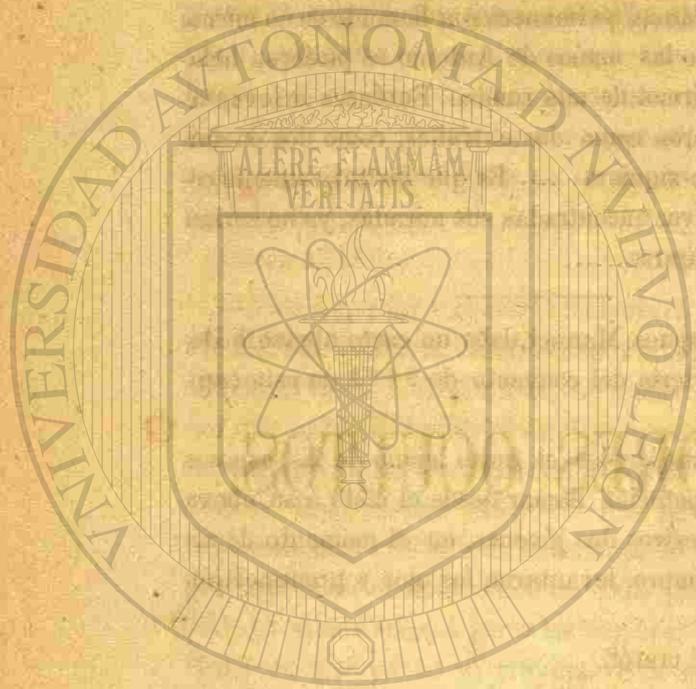
—¡HASTA EL CIELO!!

Adios tristísimo, pero lleno de esperanza!

Dolores tomó el hábito, y Manuel marchó á incorporarse con las tropas mexicanas, que debian conquistar una victoria inútil y sangrienta en la Angostura.

¿Qué fué la virtud para estos dos seres?—En la tierra, mansion transitoria, una dolorosa prueba: en el cielo, lugar de eternas delicias, una corona resplandeciente. El crisol donde se purifica el oro.

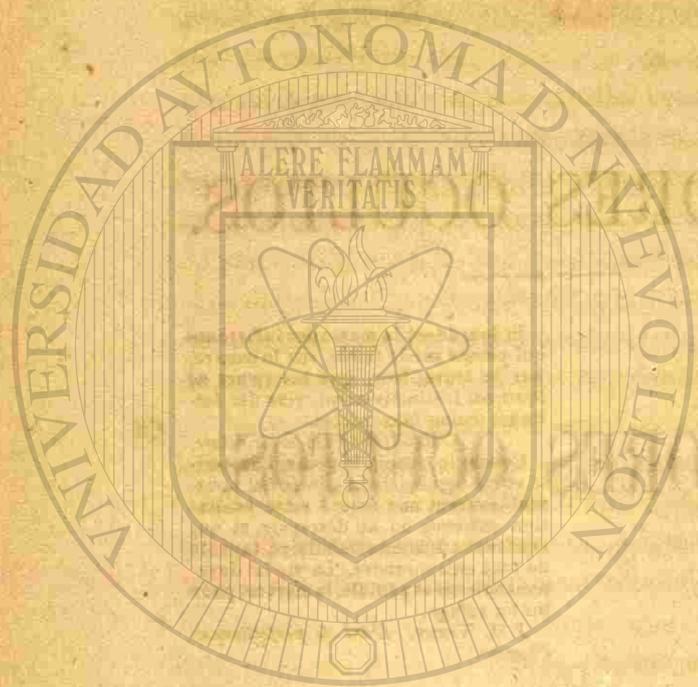
DICIEMBRE 25 DE 1849.



DOLORES OCULTOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

DOLORES OCULTOS.

Si lourde est la masse des infortunés qui pèsent sur le faible, sur le pauvre, sur le travailleur, que les cœurs se tournent instinctivement, vers des destinées moins inexorables.

A. EsQUIROZ. *De la vie future.*

Ce sont le travail, la peine, l'austérité et les besoins de la misère qui poussent souvent une âme à cette exaltation extrême, ou au désespoir, et qui rendent un homme atrabilaire, capable de tout entreprendre. La vie lui devenant odieuse et pénible, la mort est pour lui un refuge.

J. J. VIREY. *L'art de perfectionner l'homme.*

AL entrar á algunas de esas casas de vecindad que abundan en México, ¿no se os ha comprimido el corazón, pensando cuántas lágrimas correrán en silencio, cuántos dolores, cuántas virtudes heroicas, se ocultarán tras de esas paredes, sucias, tristes, sombrías, donde la pobreza va á buscar un asilo?.....

Porque las llagas mas dolorosas, los sufrimientos mas amargos, y las virtudes mas sublimes, son siempre las que ménos buscan las miradas del público.

Es que la desgracia tiene su pudor, así como la belleza.

Y la miseria es la mas cruel de todas las desgracias que Dios suele enviar á sus escogidos para probar su valor y su constancia.

¿Jamás os habeis puesto á calcular la situacion de esas familias, á quienes, como vulgarmente se dice, *¿la suerte ha perseguido?* ¿Esas familias, tal vez ricas en otro tiempo, acostumbradas á la comodidad, y que hoy no tienen un pan que llevar á la boca..... esas familias que luchan entre la vergüenza y la miseria; que tienen que huir de sus relaciones, de sus conocidos..... porque para el mundo es un crimen y una infamia la pobreza?

Por lo que á mí toca, os aseguro que jamás he podido contemplar sin que mis ojos se humedezcan, esos dolores tan crueles! Jamás he podido entrar á una casa de vecindad sin entristecerme, pensando, cuántas de las familias que viven allí, esconderán en su seno los sufrimientos de la miseria; cuántas de esas frentes que buscan el sol del día, como las flores del campo, se inclinarán en el silencio de la noche, nubladas, meditabundas.....

Os voy á contar la historia de una de esas familias; una historia que se parece á la de otras muchas, porque en todas generalmente hay la misma abnegacion, la misma virtud, el mismo heroísmo; porque solo en los corazones perversos y viciados produce la miseria el odio y la maldad.

No es una invencion de mi pobre fantasía la que os voy á referir; es una historia muy triste, pero verdadera;

sin lances que os sorprendan, pero que os hará llorar tal vez como me ha hecho llorar á mí.....

Nada hay mas sagrado que ese velo de misterio con que procuran envolverse la miseria y la virtud; sin embargo, como me he propuesto el doble fin, de dar á conocer esos DOLORES OCULTOS tan nobles y tan terribles, que el mundo desprecia porque no los conoce bien, y escribir algunas líneas que sirvan de consuelo y reanimen la esperanza de los que padecen, me atreveré por un momento á descender ese velo, y á presentar á los ojos del público el corazón desnudo, por decirlo así, de una familia entera.



INTRODUCCION.

DOS HORAS EN EL HOSPITAL DE SAN ANDRES.

IMPRESIONES.

I.

Algunos fisiólogos creen que cuando el cerebro se engrandece, así el corazón debe estrecharse.

Balzac.—LOS CÉLIBES

ERA el 13 de Octubre de 1847: aun no se orea la sangre de los mexicanos derramada en la capital durante los dias infaustos de Setiembre, y los primeros excesos de un ejército vencedor habian sembrado en todos los ánimos un terror profundo y un desaliento sin límites.

México no era en esos dias la sombra de lo que ántes fuera: multitud de familias habian emigrado; y aquellas cuyas circunstancias no les permitian trasladarse léjos, guardaban en su corazón y en sus costumbres un duelo completo. Los balcones de las casas permanecian cerrados; las señoras no embellecian ni animaban con su presencia

las calles; pocos hombres salían; faltaba aquel aire de fiesta y de confianza que hacía tan hermosas las calles de la ciudad, ántes reina y señora, entónces pobre cautiva; se notaba un no sé qué de temor y de tristeza en todas las fisonomías, que daba un aire despavorido aun á la misma naturaleza; no era raro tropezar con personas cubiertas de luto, enflaquecido el rostro, por un esposo, por un padre, por un hijo, muertos en las malhadadas campañas del Valle..... Los soldados americanos invadían todas las calles, y el pueblo todavía no podía acostumbrarse á su vista. ¡Ay! México guardará por mucho tiempo el doloroso recuerdo de estos días llenos de duelo y de pruebas!.....

La noche era triste, sombría, tempestuosa..... Las calles estaban desiertas, como si hubiese pasado por ellas el soplo desolador de la muerte: reinaba un profundo silencio, y se hubiera podido decir que las casas estaban también vacías y desiertas..... solo los relojes elevaban tristemente su voz, y tenía algo de lúgubre y de siniestro ese acento melancólico de la campana, que se elevaba sobre el dolor general, para marcar lento, impasible, invariable, las horas, granos de arena que van cayendo del edificio!.....

—¡Es la plegaria!..... ¡son las ocho! ¡Con qué tristeza se oyen esos acentos de oración y de muerte en medio de este siniestro lugar!

Rafael se interrumpió en su monólogo.

Reinaba una profunda soledad en los sombríos corredores del hospital de San Andrés, y el practicante, que

acababa de entrar en la larga galería que media entre *las habitaciones* y el corredor cerrado de donde sube la escalera que da á las salas de cirugía y gálico, se detuvo, poseído de un sentimiento natural de terror.

Esta especie de salón sin luz, sin ventilación, porque las ventanas por donde debería recibirla están muy altas, muy estrechas y muy mal colocadas, es en extremo largo, muy elevado y sobremanera lóbrego, aun de día, en que á pesar del ruido y animación que á esas horas se nota siempre, causa una impresión triste é imponente el eco de las pisadas, repetido por aquellas paredes desnudas...

De noche se halla iluminado apenas por una delgada bujía de sebo, metida dentro de un farol sucio, colocado en el ángulo mas retirado de la pieza, lo que hace que los rayos de luz se pierdan ántes de llegar á la extremidad del aposento, y solo se retrata en las paredes y en el techo esa pavorosa claridad, esa especie de penumbra que hace dudar si el objeto que se ve es una creación de las sombras ó un objeto positivo; si está tan cerca que se le puede tomar con las manos, ó tan léjos que apenas le divisa la vista..... No es difícil ver al rededor de la vela, merced á la suciedad del farol, formarse una especie de atmósfera de luz opaca, azulosa, como cubierta por un velo, encerrada entre el estrecho espacio que forman los cristales, y mas allá del cual, los rayos de luz no sirven sino para hacer mas visibles las sombras, como el rayo de la luna moribunda, que se pierde ántes de retratarse en las profundidades del cielo..... O bien cuando el pábilo de la bujía ha crecido de tal manera, que la luz toma un color opaco y rojizo, que se retrata en la espesa

atmósfera de este lugar como un fúnebre resplandor; al agitarse convulsivamente la flama, á crecer violentamente para agonizar en seguida, como sucede cuando el pábilo pasa mas allá del punto donde se está verificando la combustion, parece que se agitan y se mueven, que se alejan y se acercan, y crecen y se pierden las sombras al moverse irregularmente los rayos de la luz..... y entónces cuán fácil es que la imaginacion se alucine con estos cambios fantásticos, y le parezca que las sombras toman cuerpo!..... ¡Cómo se recuerdan entónces los cuentos con que nos arrullaban de chicos, y el profundo terror que se apoderaba de nosotros al grabar en nuestro tierno corazon esas fúnebres historias de espantos y de muertos, que volvian como sombras, al dudoso reflejo de la vela pave-seando, para confundir con su presencia á algun malvado, ó para girar tristemente en torno de la persona que mas amaron: precoces impresiones que dejan para siempre en nuestra imaginacion un gérmen de miedo, de terror invencible, que es muy fácil de excitarse cuando nos encontramos en circunstancias semejantes!.....

Añádase á esto, que hay ocasiones en que el ánimo está medroso, débil y abatido, acaso como consecuencia de una impresion fuerte, ó como presintiendo algo de funesto, y en que sin saber por qué, un mueble que cayera, los pasos de un gato, nos hielan de terror, nos quitan las fuerzas en nuestro sillón.....

Y sobre todo, la impresion que causan en nuestra imaginacion ciertas horas, á las que la costumbre ha revestido de no sé qué atavío ó propiedad lúgubre, funesta..... Dicen que á las ocho de la noche, en medio del tristísi-

mo clamoreo de las campanas, vienen las sombras de los que murieron á vagar tristemente á nuestro rededor, como si los pensamientos religiosos que en esa hora nos ocupan, formasen un lazo de union entre ellos y nosotros.....

Rafael era un muchacho franco, valiente, despreocupado; pero todas las circunstancias que hemos mencionado, habian venido á agolparse por un instante, y como tambien poseía un carácter dulce y en extremo simpático y sensible, una imaginacion ardiente é impresionable, y su constitucion era linfática y nerviosa, no era extraño que produjesen en él ese sentimiento de terror que habia helado su lengua y sus pasos en aquel lugar.....

Ha dicho un escritor frances que las almas mas fuertes son las que mas pronto sucumben, y esto se verificaba en él. Sea porque aquella noche el practicante estaba triste, sea porque aún tenia impresos en la mente algunos dolorosos pormenores de varias historias que habia oido referir en su aposento á sus compañeros ántes de salir, lo cierto es que de repente sintió esa impresion de terror vehemente y profunda.....

En efecto, su imaginacion se debia comprimir al verse rodeado por aquella media luz, al hallarse solo, en un lugar tan triste, tan funesto como un hospital..... y luego un hospital tan lóbrego como el de San Andres.

Aquella impresion de terror, al difundirse por su cerebro, despertó toda su sensibilidad..... Impotentes sus facultades físicas, como para contrapesar la extraordinaria viveza de su imaginacion, apenas pudo tender á su derredor la vista, y entónces conoció que tenia miedo..... y le pareció que aquel hijo de las sombras era un sér ma-

terial, extraño y grotesco.....

.....
 ¿Habeis visto por dentro el hospital de San Andres, tan triste, tan lúgubre por fuera?

Figuraos un patio estrecho, sucio, con poca luz, en donde todo á vuestro derredor tiene impreso el sello de esta terrible realidad que parece tener allí su mansion.—¡la muerte!..... ¡la miseria!.....

Si volveis la vista á la izquierda, veréis una larga galería de arcos, que á cada paso va siendo mas oscura, mas lúgubre, y que va á terminar en una puerta negra, la botica, ese mezquino arsenal de donde el hombre saca sus armas para combatir contra la voluntad de Dios.

¡Oh! apartad la vista y el pensamiento de este segundo patio, á donde acabamos de entrar, mas oscuro, mas estrecho, mas negro que el primero, y en cuya fuente corre un chorro de agua, que con su murmurio lento, triste, invariable, marca los instantes de vida ó de agonía que van corriendo para los infelices moribundos que lo escuchan; porque esas estrechas ventanas que veis ahí, en el piso alto, cerradas, cubiertas de polvo y telarañas, son las de las salas en donde la civilizacion ha relegado á los que padecen.....

—Estais muy triste, ¿es verdad? Es imposible que en el hospital, en un lugar tan estrecho y tan negro, pueda existir un pensamiento de alegría..... ¡Oh! creédmelo, yo he visto una flor marchitarse luego que la introdujeron en esos lugares, en donde el aliento que se respira es veneno..... fiebre..... ¡podredumbre de hospital!!.....

—Para distraeros, porque la distraccion no es mas que la variedad, os voy á conducir á otro lugar..... ¡Venid!

Hemos atravesado este patio, y entramos en un callejon muy estrecho, muy largo, muy oscuro..... ¿Se os comprime el corazon? ¡Y si supiéseis que así es la vida!.....—Vamos á terminarlo..... El piso está húmedo.

—¡Ah!—¿Respirais? Pues ved que mas horrible es este último patio á donde hemos llegado; mas largo que ancho, fangoso, cubierto de matorrales secos, amarillos, que resuenan tristemente con el viento, cuando puede bajar hasta aquí!.....

—¿Qué estais mirando?..... Eso es una mata de cabellos..... ¡Vamos! todo el suelo está sembrado de eso. Hay toda clase de despojos humanos..... —¿Qué tristes ideas inspira este patio..... Tambien aquellas ventanas que veis arriba, son de los enfermos..... Pero venid conmigo.

—¿Veis esas toscas rejas de madera que están á nuestra izquierda? ¡Entrad!—Es el *anfiteatro!*..... ¡Qué horrible humedad!..... El aire está frio, condensado; parece la tumba, ¿verdad?..... El suelo está verde, resbaloso como el pavimento de una bóveda abandonada, y las paredes tambien..... El agua fria, helada, mana y se filtra por todas partes gota á gota..... —¿Por qué está tan horrible este lugar? ¿Por qué se acongoja el corazon, con solo alentar en este recinto?..... La humedad ha descascarado las paredes, y el techo se halla cubierto de telas de araña, como un calabozo deshabitado.....

¡Oh! ya os lo he dicho..... una tumba no puede ser bonita..... y esto es mas que una tumba, porque aquí

sorprenderéis las escenas de la destrucción en su mas profundo misterio!!.....

Parece que la luz no quiere penetrar aquí..... —¡La muerte es tan oscura!.....—Los vidrios que cubren esas ventanas estrechas, enrejadas como las de una prision, son verdes y opacos..... todo respira tristeza!

—¿Teneis frio?..... ¿Os parece que esa humedad penetra hasta la médula de vuestros huesos, como si la muerte os tocara con su dedo?.....—¡Seguidme!

¡Oh! esos que veis allí, ¿son esqueletos pintados?..... ¿Ibais á tomarlos por los testigos mudos de una escena terrible?..... En efecto, son los diputados de la muerte que presiden el exámen que los vivos, que los sabios orgullosos hacen para curar las dolencias..... de un hombre que ya murió!!!.....

—Porque, aquí para nosotros, eso que estos médicos, en cuyo gabinete nos hallamos, llaman *ciencia*..... ¡es mentira!..... ¡sombras!..... ¡equivocacion siempre!!!...

—¿Llorais?.....—¡Ay! ¡pobre cabeza humana! Si ni aun la ciencia es verdad, ¿en qué podrá creer?.....

—No tengais miedo: los esqueletos no bajarán la mano que tienen levantada, ni oiréis el crujido de sus huesos, al girar sus cráneos emblanquecidos sobre su espina dorsal, para fijar en vos sus ojos vacíos, ni percibiréis el silbido de la sonrisa sin labios que anima sus huecas facciones..... Porque ¿no os parece, como á mí, que hay en las calaveras no se qué expresion indefinible, como si fuese una sonrisa sarcástica, el reflejo de un pensamiento maligno que se hubiera fijado ahí?..... ¡Oh! por un momento hubiera yo llegado á creer que era la realidad que

se mofaba y se compadecia de los sueños que llamamos juventud, amor, felicidad, y del empeño que tenemos por conservar una vida toda de miseria!.....

—Acercaos: esto es la *¡plancha!*..... ¡Ay! es un cadáver..... Os dejaré meditar, porque en este instante solo la meditacion será capaz de quitar de vuestro corazon el peso que lo agobia.....

—¡Ved aquí lo que es el hombre!..... ¡¡Hé ahí el último grado de miseria y degradacion á que puede llegar!!..... Ya no es compasion, sino asco el que inspira aquí!.....—La tierra, la madre comun, no cubrirá sus formas, ni recibirá en su seno los despojos del hijo desgraciado.....

—¡Si quedase en el cuerpo algun resto de sensibilidad! ¡Si huida el alma, si extinguida la facultad pensadora, quedasen aún las propiedades de la materia!.....—¡Oh! no tener ni un lecho en donde dormir ni el último sueño!..... ¿Que no haya ni un velo que oculte la postrer disolucion de la materia..... esa transicion que Dios ha querido ocultar de todos los ojos profanos?..... ¡Qué miseria! ¡qué desventura!

Si este cadáver aun dejase en el mundo una madre, una hija que lloraran su muerte..... ¿á dónde irian á buscar su tumba? ¿no tendrían ni el triste consuelo de ir á visitar el lugar de la sepultura!..... ¡Y si fuese cierto que los muertos necesitan de un lugar donde reposar para no vagar errantes y sin consuelo!.....

—¡Ay!.....—¿Llorais?..... No; debeis reiros:—¡reid!... Porque la desgracia de ese consistió..... ¡en no tener dinero!..... ¡Miserable humanidad!.....—No tener dinero, te-

ner que implorar la caridad de sus semejantes; hé aquí lo que despues de muerto lo ha traído á esta plancha á servir tal vez de irrisión á una turba ignorante y orgullosa.....—¿Sería que los hombres quisieran pagarse su caridad?—¡Oh! eso sería un horrible sarcasmo.....

—¿Os llaman mas la atención las ideas que os inspira este cadáver, como hombre muerto?.....

Hélo aquí inmóvil, insensible, inanimado, el que ha un momento estaba lleno de vida y de razón..... ¡Qué cambio fatal se ha operado en él! ¿Qué se hizo la vida?..... ¿Dónde está el corazón? ¿dónde el cerebro?.....

¡Hélos ahí!..... El corazón era ese bulto asqueroso de carne.—¡Ay! en vano le palpáis.—¿Os parece imposible, ahora, que él haya sido el centro de tan diversas y tan poderosas sensaciones?.....—Y el cerebro, ¿qué encontráis de la divina razón en él?.....

¡Oh! qué ideas tan terribles se tienen de la vida y del alma, al lado de un cadáver!

Este cuerpo, destrozado por una mano torpe, por un aprendiz, ¿sería tal vez el de un hombre que tenía sueños de grandeza?

Nada hay mas repugnante, nada que nos muestre mejor la miseria de la humanidad, que el estudio de la anatomía.

¿Esa masa tan asquerosa, tan débil, que basta un ligero soplo para destruirla, era la que creía regir los destinos de un pueblo, arrancarle á Dios sus secretos, hacer frente á todos los obstáculos?.....

¡Pobre vanidad humana!!..... ¡Grandes de la tierra, tiranos insensatos para quienes el globo es estrecho, venid

conmigo: yo os enseñaré un cadáver mutilado!.....—El término de vuestra elevación.

Es verdad, esa masa ya nada vale..... ¿pero cuáles eran los resortes que hacían mover la máquina? ¿Dónde están los efectos y las causas de eso que llamais—sentir y pensar? El espíritu y la materia..... ¿qué es lo que le ha destruido aquí?

—¡Ay! sacadme de aquí, porque me espanta pensar en esto.....

—¡Vámonos!—¿Quereis que os conduzca ahora á las salas de los enfermos, á los oscuros y mefíticos corredores.....?—¿No? Teneis razón: es horrible una visita semejante, á unos lugares adonde hasta el aire tiene un no sé qué de frialdad y de pesadez que comprime el pecho.

Y sin embargo, ya que visteis la muerte, yo quería conducirlos á que observáseis uno de los grandes principios de la vida,—sentir.....

El viento silbaba con furor por de fuera; la lluvia se azotaba tristemente en los sucios cristales de las ventanas, y el eco lejano y moribundo de las campanadas de la plegaria venía por intervalos á morir en las lóbregas cavidades del hospital.....

Rafael tenía razón.

¿Qué triste es oír en el hospital la *plegaria*, esa periódica oración que los vivos hacen por todos los que ya murieron; ahí, donde á cada instante hay que entonar lúgubremente el *credo* por los moribundos..... donde la muerte parece mecerse siempre, como el milano sobre el gallinero!.....

¡La muerte! ¿Por qué hasta la oracion que revela la esperanza detras de la tumba, nos causa una sensacion tan imponente?..... ¿Por qué al escuchar esos acentos de fé y de religion, se viene á nuestra mente como una idea tristísima y terrible, el último *¡adios!* de un moribundo?..... ¿Por qué nos hiela de pavor esa idea?..... ¿No va á emprender un viaje tan solo..... el mismo que nosotros tenemos que hacer, mañana tal vez?.....

¡Ay!..... es que detras de ese *¡adios!* detras del velo que la muerte extiende sobre nuestras facciones, hay una idea terrible, imponente, majestuosa.....

¡¡La eternidad!!.....

¡La eternidad!..... El corazon se hiela de terror, y la mente se pierde ante esa inmensidad de tiempo sin fin!

¡Oh! sí, es muy triste oír la plegaria, y mas cuando débil y acongojado el cerebro, solo nos presenta ideas de dolor y de muerte.....

¿Qué pensarán los enfermos al oír el triste y débil sonido de las campanas, que parecen llorar y pedir piedad á Dios? ¿Qué ideas cruzarán por su mente al oír esa plegaria que les revela la muerte, y que les hace palpar la inseguridad del porvenir? Porque, ¿mañana oirán acaso la misma súplica?.....

¿Mañana! cuando sepan ya lo que es esa pavorosa eternidad, esas campanas pedirán á Dios por ellos.....

¿Y si el enfermo adormecido por la calentura, excitada con los sufrimientos su imaginacion, habia cerrado los ojos, y soñaba tal vez con su niñez, acaso con su primer amor, con su madre, ó en las esmaltadas campiñas de su país, en la vida, en la salud, en el aire dulce que se respira ba-

jo ese cielo azul, calentándose con los rayos del sol, aspirando el perfume de las flores que llena su pecho de calma y de placer..... y de repente vienen á despertarlo esos acentos de oracion y de muerte, que tal vez en su delirio tomara por el alegre vuelo de la esquila de su pueblo?.....

¡Oh! ¡qué horrible transicion! pasar de esos sueños de ventura, tan dulces, tan engañosos, á la realidad inevitable, fúnebre, que murmura lentamente al oído del enfermo.

—Reza; reza; reza por los muertos, para que otros recen por tí mañana.....

Rafael se habia quedado inmóvil..... La indiferencia es propia solo de los hombres comunes y sin talento..... y el practicante pecaba tal vez por muy sensible. Todas las ideas que hemos estampado en el papel habian cruzado rápidas y fascinadoras por su imaginacion, revestidas con la solemnidad del lugar..... porque hay ciertas ideas que solo en ciertos lugares pueden aparecer con toda su pompa y valor.

No era miedo, simplemente miedo, lo que habia detenido á Rafael; era un terror indefinible, porque él no era cobarde. ¡Cuántas veces, solo, en el lóbrego anfiteatro, en las primeras horas de la noche, se habia entregado al estudio, rodeado de cadáveres!.....

Pero ahora, su espíritu abatido, ha dado cabida á la primera idea de terror al poner el pié en el umbral del salon, y nadie ignora que á las ideas de terror no hay mas que darles cabida, para que luego ofusquen y avasallen nuestra razon.

Y el resultado es que el practicante se halla bajo el poder de una alucinación que imprime en su corazón mil penosísimas sensaciones. La moribunda claridad del aposento le da miedo, porque su imaginación da cuerpo y animación á las sombras; y ya le parece oír detrás de él un paso lento, leve, compasado, ó un quejido triste y suave que parece exhalado en su oído mismo..... tan suave, que sus oídos no lo han percibido, pero cuyo aliento ha rozado su mejilla..... ¿O quién sabe si la voz tristísima y sepulcral, que algunos sacerdotes han oído pidiendo *una confesion?*

Rafael había perdido el uso de sus movimientos; le parecía tener embotados los miembros, y solo su imaginación cobraba fuerza y vigor á medida que se entorpecían sus sensaciones. Un sudor frío humedecía lentamente la raíz de sus cabellos; experimentaba en el pecho no sé qué extraña impresión de frío que comprimía su corazón; tenía seca la garganta, y el terror contraía sus facciones.

El practicante comprendía perfectamente este estado; pero le parecía estar bajo la fuerza de un encanto: quería hablar para disiparlo; pero se hallaba en el mismo estado que si estuviera bajo la mirada de una serpiente.

Estaba fascinado..... y solo la idea de oír detrás de sí el eco lento y lúgubre que repitiera sus pasos, le tenía fijo é inmóvil, como si su sangre se hubiese helado.....

Estaba fascinado..... y nada hay mas horrible que esa fascinación ejercida por el miedo en nuestros sentidos. ¡Especie de fatal encanto que embota todas nuestras sensaciones, y solo nos deja en cambio una imaginación delirante en un cuerpo muerto!.....

El viento seguía siempre silbando, ora con furor é imponente, como un toro herido, al arrastrarse por las azoteas y al cortarse en las torres, ora gimiendo con tristura al variar de dirección y al colarse por los agujeros y los cristales rotos, como una mujer que llora.

De pronto el sonido metálico, agudo, de una campana, vino á vibrar en los oídos de Rafael.

El practicante se estremeció, como si lo hubieran despertado violentamente de un sueño, porque el encanto se había roto de improviso, al sonido que distraía la atención de Rafael, como huyen las tinieblas ante el resplandor del relámpago.

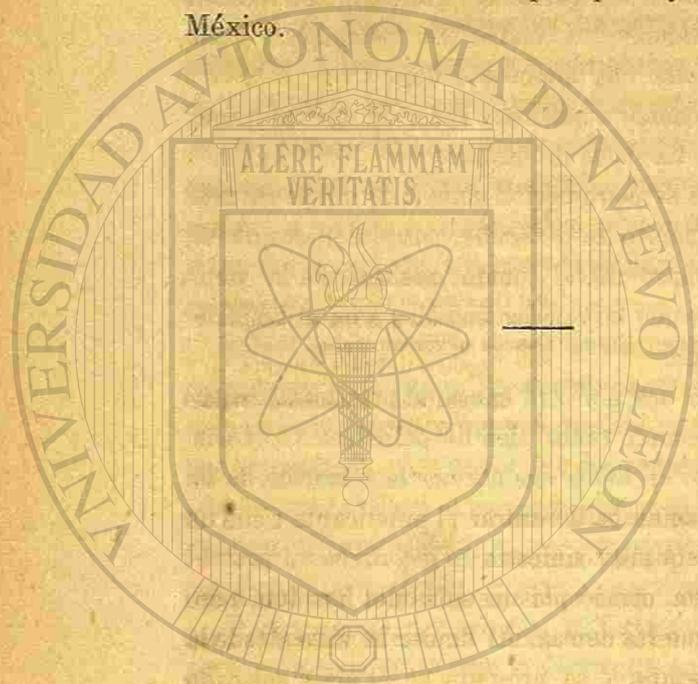
Y sea por esto, sea por otra causa, al practicante le pareció que aquel sonido tenía algo de palpable..... Diría que había sentido en todos sus nervios la vibración de lo que los físicos llaman *onda sonora*.

El sonido de aquella campana le recordaba al practicante sus deberes: olvidó por un momento sus temores, y se dirigió á la puerta con ánimo de recibir al herido que la campana anunciaba.

Los primeros pasos los dió sin temor..... Después, cuando en la mitad de la sala el eco lúgubre y mesurado hizo renacer sus terrores, no pudo contenerse: sintió que la sangre, como plomo hirviendo, se agolpaba á su cerebro..... luego no sintió mas..... y hubiera creído que sus piés no hollaban el pavimento.

Un momento después el viento frío y húmedo que penetraba por las ventanas del corredor, le volvió la calma; y riéndose de sus temores, comenzó á subir la escalera que en ese instante tenía á su izquierda, y que iba á dar

á la sala que entónces llevaba el nombre de *cirujía provisional*, á causa de haber sido colocados allí algunos de los soldados heridos en Chapultepec * y en las garitas de México.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

* Debe tenerse presente que este capítulo y el que sigue fueron escritos en Octubre de 1847. Posteriormente el hospital de San Andrés ha recibido muchas é importantes reformas; sin embargo, no nos ha parecido conveniente alterar la anterior descripción, pues que algunas de las escenas de esta novela debieron pasar en dicho hospital el año que hemos mencionado.

II.

¡Último confidente
Del alma que se va! ven, y á la misa
Habla y dile lo que ella te decía
Cuando su voz muriente
Solo llegaba á tí, Padre elemento.....

El CRUCIFIXO. Lamartine. Traducción de Berriobabal.

LA sala en que acaba de entrar el practicante tiene un golpe de vista muy siniestro.

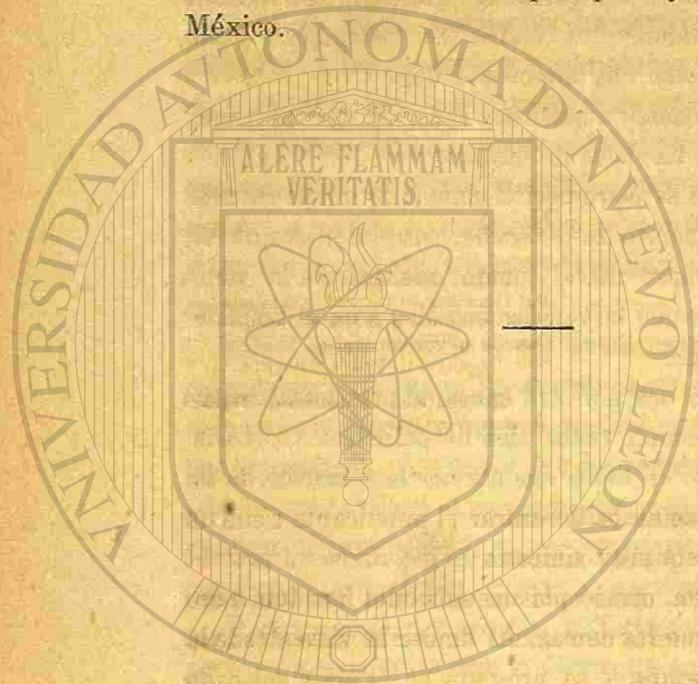
Es angosta, como todas las salas del hospital, pero no tan larga como las demas. Al tender la vista desde la entrada, lo primero que se presenta es el altar colocado en el fondo detras de una tosca reja de madera pintada de verde, y sobre un piso elevado por tres ó cuatro escalones de cantera.

Nada hay que comprima mas el alma que el espectáculo de una de estas salas, y mas de noche.

Figuraos en aquel recinto lóbrego, sucio, asqueroso, en donde la atmósfera está pesada, calenturienta, infecta, una hilera de camas, casi la una junto á la otra, á cada lado de la pared.....

Haced de cuenta que os hallais en medio de esta sala,

á la sala que entónces llevaba el nombre de *cirujía provisional*, á causa de haber sido colocados allí algunos de los soldados heridos en Chapultepec * y en las garitas de México.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

* Debe tenerse presente que este capítulo y el que sigue fueron escritos en Octubre de 1847. Posteriormente el hospital de San Andrés ha recibido muchas é importantes reformas; sin embargo, no nos ha parecido conveniente alterar la anterior descripción, pues que algunas de las escenas de esta novela debieron pasar en dicho hospital el año que hemos mencionado.

II.

¡Ultimo confidente
Del alma que se va! ven, y á la misa
Habla y dile lo que ella te decia
Cuando su voz muriente
Solo llegaba á tí, Padre elemente.....

El CRUCIFIXO. Lamartine. Traducción de Berriobabal.

LA sala en que acaba de entrar el practicante tiene un golpe de vista muy siniestro.

Es angosta, como todas las salas del hospital, pero no tan larga como las demas. Al tender la vista desde la entrada, lo primero que se presenta es el altar colocado en el fondo detras de una tosca reja de madera pintada de verde, y sobre un piso elevado por tres ó cuatro escalones de cantera.

Nada hay que comprima mas el alma que el espectáculo de una de estas salas, y mas de noche.

Figuraos en aquel recinto lóbrego, sucio, asqueroso, en donde la atmósfera está pesada, calenturienta, infecta, una hilera de camas, casi la una junto á la otra, á cada lado de la pared.....

Haced de cuenta que os hallais en medio de esta sala,

y os veréis rodeado por todos lados de enfermos tristes, abatidos, en un silencio penoso, el silencio de la enfermedad, interrumpido por algun quejido, que parece extenderse por toda la estancia, como una ondulacion en el agua tranquila, ó por la voz mesurada y confusa de uno que reza, ó por el acento extraño y doloroso y las palabras incoherentes de otro que delira..... y luego reina un silencio tan profundo, que oiríais los latidos de vuestro corazon y el zumbido de una mosca..... Pero de pronto el quejido se vuelve á oír..... tal vez la campana de un reloj que trae su vibracion hasta aquí, para marcar las horas de sufrimiento, ora viva y distinta, ora ahogada por el murmullo del que reza.

Todas estas escenas iluminadas por un farol cubierto de una funda, colgado en medio de la sala, pero tan opaco, que la luz que arroja al traves del lienzo no puede llegar hasta las paredes, que os parecerán por esto demasiado léjos, como si la distancia fuese quien les diera esa sombra, é impidiera percibir todos sus accesorios. Solo los cristales del altar retratan, como una lejana estrella entre nubes, el resplandor del farol, y prestan á la imágen una claridad sombría, que da pena al corazon; porque contrastando las sombras del rostro del Cristo con la luz que reflejan los cristales, parece que su faz tiene una expresion dura é implacable, como si en aquel lugar, mas que eleme- ncia, severidad respirase la fisonomía del Salvador.

Figuraos, pues, en medio del silencio de la noche todo este conjunto, y decidme si se podrán cerrar tranquilamente los ojos, y si el enfermo, ó dormido ó desvelado, podrá encontrar la calma y el reposo que necesita para

curar sus males..... Porque el primer remedio, acaso el único seguro que hay, es la tranquilidad de espíritu, la dulzura, la esperanza; porque parece seguro que debilitadas las fuentes de la sensacion, es la imaginacion, es el cerebro quien guía al cuerpo y sus funciones. ¿Y podrá tener el enfermo esa esperanza, esa calma, cuando todo á su rededor respira muerte, descuido, inhumanidad, y cuando se tiene por verdadera desgracia el demandar un lugar en aquellas salas?

Rafael se habia detenido á pocos pasos de la puerta.....

Entrar de noche en las salas le daba siempre pena, porque parece que de noche se agravan todos los males, y se anonada el espíritu de los enfermos.....

El ruido de muchos hombres que en este instante subian la escalera, y la claridad que penetraba le hicieron volverse para recibir al herido que la campana habia anunciado.

Varios mozos conducian una camilla: Rafael se acercó. —Un hombre, cubierto el pecho de sangre, venia en ella como aletargado.

Uno de los conductores, que parecia servir de guía, sacó un papelito, y pronunció señalando una cama vacía:

—Al número 10, donde murió el amputado.

Los de la camilla se detuvieron, porque el herido, al oír hablar, se habia levantado, como quien vuelve de un sueño profundo, y murmuraba delirante y aterrado:— No! no!.....no!no!!!.....

Un momento despues, Rafael, acompañado de un mozo que tenia en una mano una vela, hacia *la primera curacion* al herido.

Reinaba un profundo silencio, porque los demas enfermos, que miraban con estúpida curiosidad la curacion, se habian distraido; y la respiracion agitada y el lúgubre estertor del herido eran muy roncós para interrumpirlo.

Tendido sobre la cama, harto corta para su huésped, se veía un hombre alto, al parecer muy bien formado, porque el cobertor le cubria desde la cintura abajo.

Su fisonomía era noble y expresiva, pero pálida, mortalmente pálida, como si toda la sangre hubiera huido de bajo su piel: su frente era ancha, despejada, prominente, y los cabellos que la coronaban parecian levantarse orgullosos, para caer en rizos castaños, blondos y lucientes, por los lados; pero empañados ahora y tiesos por el sudor que brotaba de su cráneo. Sus cejas eran negras; un poco espesas, pero muy delgadas, como si fueran una sola línea curva que coronaba las órbitas de sus ojos hundidos, é iba á unirse sobre el nacimiento de la nariz, donde habia una notable depresion, que muchas veces revela talento y energía.

Sus ojos estaban cerrados con la languidez de un moribundo; pero bajo sus párpados transparentes, rodeados de larguísimas pestañas rectas, se señalaba el globo del ojo, grande, pero notablemente hundido, como si el individuo hubiera padecido moralmente mucho.

La nariz era afilada, atrevida y un tanto aguda, como si revelara un carácter perspicaz y firme. Las mejillas estaban hundidas, cruzadas de arrugas, y haciendo resal-

tar mucho la prominencia de los pómulos, lo que dicen que indica fuerza: la boca era pequeña y delgada, bajo unos bigotes espesos; y la barba aguda y saliente.

A primera vista se conocia en la fisonomía del herido, uno de esos hombres duros, gastados empero por el sufrimiento; un fuerte gladiador, que ha luchado, sin abatirse, contra un enemigo invencible..... pero en la actualidad se creeria estar viendo un cadáver, porque una palidez blanca, trasparente, se ha extendido sobre él: tiene la frente húmeda, las mejillas y los párpados desfallecidos, la boca entreabierta y los labios horriblemente secos, bajo los cuales se mira el extremo de unos dientes finos y blancos, pero deslustrados por el aliento abrasado.....

Su cuello redondo, corto y bien hecho, demostraba pujanza, y una constitucion sanguínea y biliosa. Los hombros anchos, y el pecho alto, abovedado, perfectamente formado, aunque cubierto enteramente de sangre. Los brazos musculosos, blancos, y redondos, aunque ahora desfallecidos.....

—Este era el herido;—hombre, al parecer, como de cuarenta años, aunque mas acabado de lo que debiera.

—Rafael estaba de pié á su lado, y pálido tambien, porque á un hombre nervioso le es imposible mirar sufrir sin conmoverse, y porque la sangre tiene un olor nauseabundo y fuerte, que pocas veces deja de afectar la cabeza.

—La herida era horrible; una de esas heridas que no se pueden mirar sin que involuntariamente se encoja y estremezca el corazon.....

Una bala, que ántes de penetrar en la cavidad del pecho habia rasgado la piel y roto la quinta costilla del lado derecho, sobre la que habia corrido cerca de dos pulgadas, cambiando luego de direccion y penetrando en el pecho, sin alterar notablemente al parecer los pulmones, era lo que habia producido la herida, y seguramente la muerte del individuo. La sangre que habia salido al principio con mucho exceso, habia manchado todos sus vestidos, habia formado grumos sobre el pecho, al borde mismo de la herida, y habia tomado, al secarse, ese color oscuro propio.

La pérdida de la sangre habia sido mucha, y el herido habia tenido parasismos frecuentes y prolongados á causa de esto; pero los grumos formados al borde y en parte de lo interior de la herida, habian contenido la hemorragia que, otra vez desarrollada, debia ser mortal.

¡Horrible es el espectáculo de una herida! el corazon palpita; y se necesita mas valor para ser cirujano, que para ser soldado.

Rafael, el practicante, estaba en apuros: aquel herido le habia simpatizado, y él no era uno de esos troneras que curan sin temor y cuidado.....

Bien sabia que el herido no tenia remedio; pero curarlo era su deber; curarlo era darle alguna esperanza, era darle tiempo de salvar su alma, y estaba decidido.

Rafael se resolvió: lo mas interesante era extraer la bala que debia sofocarlo: el herido parecia desmayado.....

Tomó el practicante las pinzas, y se inclinó..... ¡Oh! cómo palpitaba su corazon, cómo detenia el aliento al ir

introduciendo el instrumento poco á poco, segun la direccion de la herida hasta tocar con la bala.

Merecen elogios sinceros los jóvenes practicantes, porque solos, sin mas ayuda que su experiencia, su estudio y su buen corazon, se dedican á curar á los infelices heridos, por un sueldo tan mezquino como mal pagado.

No hay duda que este es el medio mas seguro de que aprendan, y un dia sean buenos médicos y cirujanos; pero debia ayudárseles.

El hospital, si estuviera en manos de personas inteligentes y dedicadas, deberia procurar que hubiera siempre un médico que asistiera á esta difícilísima *primera curacion*, pues aunque, como he dicho ántes, todos los jóvenes practicantes desempeñan honrosamente su empleo, no siempre se presentan casos comunes: los hay raros, en que se hallan notablemente apurados; ademas, aprovecharian mucho mejor, siguiendo los consejos de un maestro, y el herido, por último, ni temblaria al verse en manos de un joven imberbe, ni se expondria á caer, tal vez en las manos de un practicante novicio y totalmente ignorante, ó de otro abandonado, porque no siempre el hospital estará servido como hoy.....

—Se hubieran podido contar los minutos por las palpitaciones del corazon del practicante: se le hubiera creido de piedra al verlo sin respirar casi, sobre el pecho del herido..... En cuanto á este, el mas inexperto hubiera presagiado su muerte, porque visiblemente se iban demudando sus facciones, y el ligero sonrosado que aparecia sobre sus mejillas era el ardor de la fiebre. La parte de sus ojos que se distinguia bajo sus párpados, tenia un

brillo vidrioso y seco, y al rededor de la *órbita* se distinguía una sombra morada; la nariz se le había afilado, y sus labios, que se habían tornado morados, aparecían terrosos y como bañados de humedad glutinosa.....

Rafael, que había sentido al principio su piel helada y rígida, se estremecía ahora al notar su ardor, su reseque-
dad y su blandura, porque veía con dolor lo pronto que había entrado la fiebre.....

Pero no se detenía en su operación, y un ligero grito que lanzó estremeciéndose el herido, fué del mejor éxito. Rafael se dió interiormente los parabienes, porque acababa de sacar, sin necesidad de mas, una bala de fusil, acaso demasiado grande.....

Pero la sangre volvía á correr, y era preciso detenerla.....

El practicante había logrado dominarse, y con una velocidad y una seguridad admirables, procedía á quitar los grumos y contener la hemorragia.....

Pero de pronto una idea lo detuvo.....

Su experiencia le demostraba que aquel hombre no tenía dos horas de vida, y era necesario, inútiles ya los esfuerzos de la ciencia, pensar en la salvacion de su alma.....

¡No había esperanza sobre la tierra! solo el cielo podía darla.—Rafael se apresuró á contener por el momento la hemorragia, á costa de infinitos esfuerzos, porque era lo único que se podía hacer ya.....

La agonía iba á comenzar.

¡Instantes terribles, en que la naturaleza parece luchar con la muerte!..... ¡Nada hay mas imponente, na-

da mas terrible, nada mas sombrío que estos últimos instantes de vida que se llaman *agonía*.....—Yo quisiera tener la firmeza de ánimo necesaria para estudiar ese último período de la existencia, esos momentos de padecimientos, ese postrer combate entre el hombre y la destruccion; porque creo que se pueden sacar lecciones útiles; horribles tal vez y tremendas, pero seguras, porque ahí desaparece toda ficcion; y la vida, el alma, el hombre todo, se muestra natural, descarnado, sin careta!.....

El confesor vino.....

¿Qué cosa hay mas solemne y mas consoladora que la religion, que nos ayuda, nos guía y nos da esperanzas en esa hora terrible, en que el alma va á dejar la duda en que ha vivido hasta entónces, para presentarse ante el Juez inexorable?.....—Yo me he sentido profundamente religioso, cuando de rodillas, en oscura alcoba iluminada por la vela de cera amarilla, he oido las palabras del sacerdote y he acompañado sus rezos, arrojados sobre la cabecera del moribundo, como las instrucciones con que se debe presentar ante Dios!.....—Me ha parecido que mis rodillas no huellan la tierra, y mi mente me ha trasportado á otra region, desde donde he creído ver dos escenas distintas; la una terrible, sombría, como es terrible y sombrío morir..... la otra dulce, consoladora, espiritual, como lo es el pensamiento de la religion y la esperanza.....

¡Morir! ¡morir!..... ¿Qué piensa el hombre en esa hora?..... ¿En qué nuevos mundos va á entrar?..... ¡Oh! ¿la muerte nos lleva al cielo, ó nada hay mas allá?..... ¡Y de cualquiera manera, la muerte debe ser muy oscu-

ra!..... ¡Oh! nos confundimos; pero por eso está ahí, dulce y santa, la religion, como una mujer que calma, con sus caricias y su amor, la fiebre de nuestra frente....

Si al agonizante se le ocurre alguna de estas ideas, ahí está el sacerdote que lo instruirá, que lo consolará..... ¡Oh! por eso los sacerdotes en la tierra son la figura é imagen de Jesucristo.....

¡Pobre moribundo, el sacerdote es tu único consuelo!....

El sacerdote entró, y Rafael se retiró..... Aún estaba el herido desmayado; pero restañada la sangre, y á impulsos de la fiebre iba volviendo lentamente en sí.....

No es una sátira contra ciertas personas lo que escribimos: es la verdad, la verdad desnuda, aunque sea monstruosa. No nos deleitamos tampoco en pinturas horribles; si escribimos esto, si descendemos á ciertos pormenores, es porque en ellos hay abusos, y abusos que pueden y se deben corregir.....

El confesor, que era un clérigo pequeño, gordo y colorado, de aspecto estúpido, de esos que á mil leguas se conoce que se han ordenado *de idioma*, se sentó impasible en la cabecera del moribundo, y se puso tranquilamente á aguardar.....

El confesor al lado del moribundo es la expresion mas sublime de la religion cristiana..... Por eso es necesario que el sacerdote, nada terrenal en este instante, inspire confianza el enfermo, y tenga el talento y el tino necesarios para desempeñar esa postrer obligacion..... ¿Y podrá inspirar confianza un clérigo adusto, que cree cumplir con su deber sentándose en la cabecera del lecho á oír una relacion de faltas, y á llenar de terror el último

instante del moribundo con el indefinible murmullo de —*Jesus te ayude?*.....

Muy lentamente cobraba la razon el herido, y el sacerdote, que lo habia movido ya dos veces, se desesperaba.....

Apenas habia movido aquel la cabeza, cuando este, sin tino ni compasion, le empezó á amonestar bruscamente á que confesase sus culpas.....

El herido se estremeció, como si saliera de un sueño, clavó en el sacerdote sus ojos calenturientos, y lanzó un gemido, pasándose la mano por la frente, como para desechiar una idea penosa.....

¡Morir! ¡La terrible verdad habia penetrado, aguda como un dardo y fria como la hoja de un puñal, hasta el fondo de su corazon!.....

La vida..... ¿ya no habia esperanzas?

El alma se le comprimó dentro del pecho, y la mente se le turbó, porque pasaron por su cerebro vivas, palpitantes y rápidas, las escenas de su vida, y luego tinieblas: ¡la muerte!..... ¡La muerte!—Sentia calofríos.....

Habia corrido tan presto la vida, para encontrarse de pronto en frente de la muerte..... como el caballo que ufano ha salvado la vega, y de pronto tiene que detenerse despavorido, tembloroso ante la profundidad....

¡La vida! ¡Cuarenta años de vivir, y no habia vivido!.....

¡Oh! morir! morir!..... Esa idea es horrible, porque no se puede evitar.....

¡Oh! él, cuya frente jamas nubló el temor, tenia ganas de llorar; llorar como una mujer, como un niño, porque no queria morir.....—Aún podia vivir, aún lo esperaba.

Pero no había esperanzas ya, había llegado el término de su carrera; porque ese dolor, esas esperanzas eran.....
¡la agonía!

¡La agonía! palabra terrible que hiela en nuestras venas la sangre, porque cuando ella sobreviene, solo Dios podrá salvarnos.....

Y para el herido había comenzado ya; era la primera parte, la parte animal, por decirlo así..... lucha larga, penosa, porque la agonía en los hombres fuertes y enérgicos es mas larga y mas angustiosa que en los hombres débiles, que mueren dulcemente y sin transición, como un enemigo inerte que se rinde sin combatir.

Y entretanto el sacerdote, en la cabecera, miraba impasible retratarse sobre la frente del herido las angustias de esa lucha terrible y silenciosa entre la muerte y la vida. ¡Dejaba llenos de amargura, de terror y de duda, esos instantes que debía endulzar con su voz santa y evangélica!..... Pero, lo repito, este sacerdote no era digno, porque para ser sacerdote no se necesita solo saber latin, moral y *otomí*, no, no; para serlo se necesita tener mucho talento, mucho corazón, y haber sido destinado á ello por Dios; porque el sacerdocio es una misión y no un oficio.....
¡Pero la *ilustración* nos ha hecho adelantar tanto!.....

Y él, que había asistido á la agonía de muchos hombres; él, que los había visto, fuertes, irse debilitando por grados hasta morir, jamás habría hecho reflexión alguna, y creería que el silencio que el herido guardaba era porque estaba examinando su conciencia, como se lo había mandado;—¡como si en esos instantes pudiera el hombre entregarse á un examen!.....

Pero se cansó de esperar, y pronunció, con aire duro y seco, acercando su cabeza á la del herido:

—Confiesa tus pecados!.....

Y esas palabras, arrojadas sobre el oído mismo de un moribundo, fueron á resonar hasta el fondo de su pecho, como el grito de un juez airado, del cual no hay que esperar clemencia..... —Sí, la religión, por tan poco tino, perdió su unción y su consuelo para el herido, y solo se figuró á Dios como un juez severo, que infunde terror y no esperanza. Y lo que resultó fué hacer mas terrible la agonía, porque al terror animal de morir se añadió el terror de la eternidad.....

Y esos últimos momentos que, guiados por la mano hábil y delicada de un digno sacerdote, deben ser tan dulces, tan llenos de consuelo y de esperanza; porque ante esa voz, voz del mismo Dios, deben desaparecer los terrores y el dolor, solo fueron para el herido los momentos mas angustiosos, mas horribles; porque á medida que pasaban iba teniendo ménos esperanzas, y se le dejaba entregado á él solo, á él, que no quería morir; ó cuando mas, oía, por el bulto negro que tenía á su lado, porque sus ojos empañados ya no veían, palabras terribles, espantosas pinturas de la eternidad, del infierno, del enojo de Dios, para obligarlo á arrepentirse.....

—¿Cómo te llamas?.....

—¡Francisco!..... Se oyó su voz débil, como si su aliento se hubiera perdido en las concavidades de su pecho ántes de llegar á su garganta.

—¿Eres casado?.....

Francisco lanzó un grito pequeño, pero agudo, nervio-

so..... se le vió cerrar los ojos, estremecerse y palidecer..... se oyó el rechinar de sus dientes y los gemidos que se formaban en su pecho y morían en su garganta anudada..... Después, dos lágrimas llenas de tristeza y amargura, porque hay lágrimas tan tristes que las revelan en su aspecto, corrieron lentamente por sus mejillas.....

El sacerdote dejó pasar un instante en silencio..... y luego reiteró su pregunta.

Esta vez recibió una contestación..... pero ya no la pudo oír, porque aunque los labios otra vez blancos del herido se movían, solo podían arrojar un débil soplo..... La herida se había vuelto á abrir..... la sangre corría, y el aliento se le escapaba por ahí.....

El sacerdote no halló palabras de consuelo: de buena fé creyó que su misión solo se extendía á oír, á hacer arrepentirse por el terror, y á perdonar.....

—Oyó con grande trabajo la confesión del herido, confesión incompleta, porque faltaba la reflexión y la calma; confesión hecha por el terror, y luego murmuró la absolución..... En seguida sacó de su relicario la Hostia sagrada y la dió al herido.....

Después marchóse indiferente.....

¡Esto se ve en el hospital!—Nada añadido, nada exagero, y por el contrario, suprimo muchas cosas!!!.....

¡Cuántas reflexiones amargas, terribles, desconsoladoras, nacen de este relato!

¿Y en un establecimiento dedicado á la caridad, en un país tan moralizado, tan religioso como el nuestro, se ve esto, cuando es tan fácil el remedio?

Esto que hemos visto en el hospital, sucede mas monstruoso, mas horrible en los pueblos.

Para nadie es misterio la conducta, la dureza, la ignorancia de ciertos curas!

¿Y no se pone remedio?

Suprimanse de una vez esas órdenes de *idioma*, ó cuando ménos, háganse con mas tino. ¿Se sabe lo que es? ¿Se sabe qué personas las pretenden siempre?—El hijo de un rancho, muchacho que se le ha criado hasta la pubertad en la mas crasa ignorancia; que se ha embrutecido con ciertas ocupaciones, con el trato de sus compañeros; que ha contraído tal vez muy malas costumbres, y que cuando mas ha servido en su pueblo de *acólito* ó sacristán, aprende á esa edad á leer mal, y es enviado á un colegio de esta capital ó de otra ciudad. Allí pierde dos años en mal aprender latin, y se ordena de menores; entónces, con la corona ya abierta, estudia *moral*: á los seis meses se ordena para asegurar *la torta*, como dicen ellos mismos en su lenguaje burdo..... después acaba de recibir las sagradas Ordenes, y es enviado, solamente porque sabe *otomí* ó *mexicano*, sin mas exámen de la ciencia, de su conducta, de sus costumbres, á su pueblo de cura.....

Y ahí la religion se vuelve idolatría; ahí Dios, ó es un padre consentidor, ó un tirano..... ahí el cura es el Dios, la religion su oficio, los feligreses sus súbditos.....

¡Harto se ha dicho sobre esto!.....

Y no solo en los pueblos, en el hospital mayor de la capital se ven estos abusos. ¿No tiene bastantes fondos el establecimiento para dotar mas de dos capellanes, sacerdotes escogidos, que endulzaran los últimos momen-

tos del moribundo? ¿No sería esta mayor caridad, que otras cosas que se hacen de preferencia? ¿Se cree sin consecuencia la ignorancia y la dureza de un sacerdote en esos últimos momentos?— ¡Ay! ¡entonces siquiera la muerte no sería tan penosa en ese hospital, donde todo revela miseria, descuido; donde es una desgracia ir! Sin embargo, no he dicho la verdad; nada he dicho del *tecolote!* de esa horrible irrisión..... ¡La pluma se cae de la mano!

Volvió á reinar el silencio.....

Francisco, el herido, lloraba é iba acabando por grados, pero rápidamente, como la luz de una lámpara sin aceite, cuya mecha se va carbonizando.

Rafael estaba de pié al lado de la cama, mudo, espantado, pensativo.....

La sangre había sido detenida..... ya solo se trataba de hacer ménos penosa la muerte. ¡Triste compasión!

La luz, como he dicho, apenas llegaba hasta su rostro, y sus ojos ora vagaban con indefinible ansiedad por todos los objetos que lo rodeaban, como si á cada uno quisiera pedirle auxilio; ora se fijaban llenos de terror y dolorosa esperanza en el farol velado, como si la luz fuera el símbolo de la vida; ora se cerraban desfallecidos y moribundos y se volvían á abrir llenos de lágrimas.....

Rafael seguía todos sus movimientos: sin saber por qué aquel hombre le había causado simpatía; y él, que sentía siempre el ver padecer á sus semejantes, sentía doblemente ver morir á aquel hombre tan fuerte; tan fuerte, que su agonía era prolongada, como si le costara trabajo á la muerte vencer esa naturaleza tan completa, por-

que á cualquiera otro hombre una herida semejante, no le hubiera dejado media hora de vida.....

¡Morir en un hospital y morir aislado de todo el mundo; sin uno que recoja la última mirada y el último suspiro, que tantos misterios, tanta ternura, tantos dolores encierran, es muy triste; y por eso Rafael permanecía ahí, para procurarle este último consuelo á lo ménos!

Los momentos corrían con pausada solemnidad, como cuando atravesamos la pieza donde murió nuestro padre.....

Tal vez Rafael creería sorprender alguno de los misterios de la muerte; esos terribles misterios, que mas de una vez han desvelado su imaginación.....

¡Oh! ¡si la muerte se pudiera estudiar á la cabecera del moribundo!!.....

Pero se acaba de convencer que es imposible; ¿qué otra cosa puede estudiar sino la fisonomía del moribundo? cuando mas, cómo poco á poco se va extinguiendo la vida, como un sonido que se aleja: algo es, pero para lo que él desea, nada. Dios cubrió de eterno é impenetrable misterio la muerte, ¡porque si el hombre lo adivinara!!.....

La verdadera muerte está en el cerebro: ¿qué ideas se tienen, qué se siente?..... ¡Oh! ahí está el misterio!

¡Morir! si no fuese mas que doblar la cabeza, no volver á sentir y deshacerse en polvo, sería indiferente..... pero morir, en realidad es algo mas.....

¡Ah! hé aquí lo que el hombre quisiera saber.....

¿En esos últimos instantes de vida, vuelve el hombre su vista atras, y contempla su existencia tal cual ha sido?—¿Ve todas sus acciones con un solo golpe de

vista? ¿recuerda todo lo que ha amado?—¡Oh! qué triste debe ser entónces!

¿O todo lo olvida, y su alma se estremece al temor animal de morir..... de no volver á ver la luz..... de no volver á saber lo que sucede en el mundo?.....

¿Sus ojos penetran algo ya de la eternidad, que se abre silenciosa ante su vista?.....

¿Cobran mas vida y energía las ideas en su cerebro, por lo mismo que va á romperse la vida, ó van muriendo una por una hasta quedar un solo pensamiento, que se rebulle un instante en el cráneo vacío para extinguirse en seguida? ¿Cuál será ese pensamiento?..... ¡Morir! ¿También el alma muere? ¿Qué es la otra vida? ¿Queda algun resto de sensibilidad en nuestros cuerpos? ¡Tinieblas, misterio, eterno misterio!.....

—¡Oid, oid! la respiracion del herido no es ya tranquila y débil; ahora es trabajosa, y parece que resuena en su pecho como en una bóveda vacía..... ¡es el estertor de la muerte!

—¡Qué momentos tan penosos!—Rafael con un ojo hábil y experimentado va mirando uno por uno todos los síntomas que preceden á la muerte, y cada uno que sobreviene contrista mas su alma.

Ya el herido ha perdido el tacto; sus manos vagan inciertas sobre las ropas; como un ciego que busca algo: en el lenguaje de agonía eso se llama *coger moscas!*..... su cuerpo está inmóvil y solo su cabeza desfigurada, cada-
vérica, como si esa hora y media que ha trasecurrido para él hubiera sido mas que un siglo de afliccion, se mue-

ve de vez en cuando como la de un niño á quien no gusta la almohada.

¿Por qué á medida que se acerca mas y mas la muerte, parece que se oprime el pecho, y la respiracion es ronca y difícil, como si la garganta estuviera escabrosa?

Aquella agonía, en aquella hora y en aquella sala tenia algo de solemne y terrible: aquel herido que moria silencioso, sin despegar los labios, y Rafael á su lado, pálido, triste, inmóvil, como si fuera mas que un hombre, rodeados ambos de aquellos moribundos tambien, de los que unos dormian indiferentes, porque esa es la vida; otros fijaban sus ojos, brillantes por la fiebre en medio de la sombra, en el herido, sin comprender el drama que tocaba á su fin..... otros, compasivos, con la triste esperanza de que mañana otro lo hiciera por ellos, rezaban en voz baja y compungida; otros, por fin, se llenaban de miedo y de terror, y tal vez prorumpian involuntariamente de vez en cuando en la lúgubre exclamacion: *¡Jesus te ayude!*..... ¡Y luego reinaba el silencio!..... y el miedo embargaba sus voces, hasta que volvian á exclamar con la voz seca y nerviosa del terror, que parece formarse en lo hondo del pecho estremecido: *¡Jesus tenga piedad de tí!*.....

¿No es en efecto horrible esa agonía, á la vista de tantos á quienes la idea de morir mata tal vez mas que la enfermedad? De pronto el herido abrió los ojos, que brillaron con todo su fuego, como en medio de su juventud, alzó la cabeza y se dirigió á Rafael.....

—Dadme, buen jóven, un vaso de agua—dijo con voz

honda pero firme.—Rafael se estremeció como si hubiera recibido un golpe eléctrico.

Aquella energía de vida le afligió, porque era el último chisporroteo de la lámpara ántes de morir, la última vivísima vibración de la cuerda que se revienta..... era el último esfuerzo del gladiador herido, que se levanta para caer despues, como muerto por un rayo. Era el espíritu al romper los lazos que lo ligan al cuerpo....

Se apresuró á cumplir su último deseo; pero cuando llegó con el agua, el herido ya no la pudo tomar: habia vuelto á caer su cabeza, pero débil, muy débil ya, tanto, que su respiración no llegaba á los labios, sino que parecia apagarse hirviendo en su garganta.....

Rafael se quedó con el vaso de agua en la mano: las lágrimas se le venian á los ojos, y su corazón se comprimía de pesar.....

—El herido lo miró.....

—No lloreis.—Le dijo con voz fatigosa y apagada, y al mismo tiempo dulce.....—Las lágrimas..... son inútiles.....—Se detuvo fatigado, porque el aliento le faltaba.

—Una oración..... —continuó:—eso sí..... os lo pido..... una oración por mi alma..... porque tengo miedo. ¡Ay!.....

Y temblaba.

—¿Tendrá piedad de mí el Señor?.....

Rafael quiso responderle, porque el acento del herido era indefinible, y probaba el vacío que habia dejado el confesor..... pero no pudo mover los labios: tanto dolor lo tenia mudo é inmóvil.

Varios de los enfermos cercanos, habian conocido que ya estaba *acabando* el herido, y se habian puesto á rezar en voz baja y monótona, que formaba como un murmullo lúgubre.

El herido puso atención un momento y se estremeció.

—¡Oh!—murmuró:—Dios se los pague..... pero me llena de terror ese coro.....

Su voz no era ya sino un soplo imperceptible.....

Los enfermos cercanos, tal vez muy experimentados en los síntomas de la agonía, porque habian visto morir tantos á su lado, empezaron entónces el patético ejercicio que se llama *ayudar á bien morir*.

A la primera de las fúnebres exclamaciones que, pronunciadas por varias voces enfermas, resonaban de un modo extraño y siniestro en medio del silencio, el herido lanzó un grito débil y se puso á temblar de espanto.

El aparato de la muerte le daba miedo.

En cuanto á Rafael, no sentia nada: estaba saturado de dolor, insensible: le parecia todo un sueño, y los sonidos llegaban á sus oídos sin comprenderlos, y se encontraba inerte, impotente, como presa de una pesadilla.

—¡Oh!..... —murmuraba cada vez mas débil el herido:—¡Señor!..... ¡Señor!..... á todos..... los perdono..... perdó..... name..... perdóname.....

—¡Ora por él!..... —murmuraban lentamente los agonizantes desde sus camas.....

—Y ampara..... ampárala..... Dios mio..... ¡pobre de ella!..... pobre..... po..... bre!.....

Las lágrimas ahogaron su voz..... y se le oyó gemir un instante.

—¡Misericordia, Señor!!

Rafael sentía una convulsión interior, como si estuviera suspendido en un precipicio.....

—En tus manos..... la pongo..... Virgen Madre de los..... afligidos..... sálvala..... sálvala..... Ten..... piedad..... de mí..... —añadió, clavando los ojos en el cielo con indecible angustia y esperanza.....

Era una voz salida de un cadáver, porque en aquel hombre solo vivía el pensamiento ya.....

Rafael lloraba..... el coro seguía.....

Después nada se oyó.

Todos creyeron que había acabado, y los enfermos reclinaron la cabeza tristemente..... y suspendieron *su agonía*.... para llorar tal vez.....

La luz misma parecía participar del duelo.

Pero de pronto el herido se estremeció, y Rafael formuló un grito de terror, desde el fondo de su corazón, que se ahogó antes de salir por sus dientes, nerviosamente apretados.....

—Los demás enfermos, ocupados en tristes y particulares pensamientos, nada notaron.

Abrió los ojos el moribundo, y pronunció lenta, muy lentamente, con acento solemne, pero sordo y apagado:

—¿Qué horas son?

Rafael quiso contestarle; pero no pudo abrir los labios, y la respuesta que había formado fué á resonar al fondo de su corazón y á hacer cosquillas en su pecho, como una serpiente que se desliza por una bóveda vacía.

—¿Qué horas..... son?..... —repitió con la misma solemnidad y con la voz suplicante de uno que va á mo-

rir, pero con el acento mas confuso, como si fuese la respiración de un asmático.

Aun hubo un instante de silencio, y luego, como si Dios se encargase de darle la respuesta que los hombres no podían, se oyó el martillo de un reloj cercano.....

El herido, aunque le faltaba el aliento, lo suspendió con infinitas angustias, para contar las campanadas, que llegaban distintas á sus oídos, aunque tristes como una cosa que se oye por última vez.....

—¡Las diez!—pronunció muy bajo Rafael.

Una palidez verde se extendió instantáneamente por la fisonomía del herido: los ojos le brillaron fosfóricamente un momento y se le hundieron: gotas de sudor brotaron de su frente, los cabellos se le erizaron, alzó las manos extendidas.....

—¡Las diez!—repitió convulsivamente, con un acento tan sordo y tan terroroso, que hacía huir al alma de su asiento.

Un velo corrió por los ojos de Rafael.....

Cuando los volvió á abrir, retrocedió ante la expresión de helado terror que tenía el rostro del herido.

Luego se acercó, lo tocó: estaba frío y rígido; lo miró; tenía los labios abiertos y blancos, la nariz afilada y transparente, los párpados alzados, y el globo del ojo fijo, vidrioso, espantado..... el color del rostro amarillo.....

Había muerto.....

Rafael se retiró silencioso y grave, á largos pasos, y el eco de la sala, y la mirada de los enfermos le dieron miedo.

Ya al salir de la sala tropezó con un *enfermero*, y se detuvo, porque sintió ese misterioso aviso del corazón, que anuncia algo.

Dos mozos desnudaron brutalmente al cadáver, dejándolo enteramente descubierto y á la vista de todos sobre su cama.

Luego, riendo, chanceando brutalmente, sin conciencia, sin piedad, empezaron á ensayar su *ciencia*, dando palmadas sobre el estómago, sobre el pecho y otras partes del cadáver, que resonaba de un modo frio, particular, indefinible..... y á hablar de lo bueno que estaba el cadáver para la *preparacion* de la cátedra de anatomía.

Y por último salieron á traer las *parihuelas*.

Rafael pensó en la tristísima y funesta impresion que esta escena brutal debia producir en los enfermos..... ¿Ni aun se les ocultaba el triste y desgraciado fin de sus cadáveres?

Entonces, lleno de melancolía, fué á donde el último estaba, para darle el postrer adios.

¿Quién podrá mirar indiferente un cadáver?

Rafael cruzó los brazos, y su mirada se perdió sobre el rostro del cadáver.

Repentinamente sintió que le tomaban una mano..... si hubiera podido, hubiera gritado.

Era uno de los mozos, á quien no habia visto, que le daba una cartera sucia y abultada, que tomó maquinalmente, porque despues de un susto permanecemos estúpidos por un momento, como si las fibras, hondamente conmovidas, no pudieran recibir por el pronto nueva impresion. La filantropía del siglo llegaba hasta ahí. Los

mozos, para evitar que las prendas que el muerto poseía fueran á engordar los arcones de los superiores, con notable escándalo de la civilizacion, se las repartian entre sí, excepto la cartera, que, como de ninguna utilidad la consideraban, la daban al *leido* practicante.....

No eran muy lerdos, pues este último miró en el dedo de uno de ellos un anillo delgado de oro, con un rubí.... y en las manos de otro un relicario dorado, que contenia un rizo de cabellos de mujer, negros, suaves y perfumados, que fueron arrojados al suelo.....

Rafael no movió los labios, pero alzó con tristeza el rizo despreciado.....

Algunos momentos despues, el cadáver estaba en el anfiteatro, los mozos solazándose, y Rafael en su cuarto repasando en su mente las diversas escenas del lúgubre drama de que habia sido testigo.....

Despues de haber visto al sol, nos queda en la retina una sombra; despues de haber sido testigos ó actores de una escena fuerte, el recuerdo que por el pronto nos queda de ella, nos parece el de un sueño.

Rafael se encontraba en este estado, y á pesar de ser una cosa comun y que sucede cada día la que habia visto, no hubiera dado crédito á su memoria, á no tener entre sus manos la vieja cartera y el negro rizo de pelo.

Pero estos objetos le llenaban de curiosidad: la cartera era grande y contenia una multitud de papeles y algunos objetos sólidos; el rizo de cabellos era de una extraordi-

naria finura, y el olor que despedía era ese olor vago, indeterminado, pero suave y agradable, que despide el cabello de toda mujer hermosa y bien educada.....

Luego, la fisonomía del herido no correspondía á su traje, que era humilde.

Entonces recordó Rafael otras circunstancias, que ántes habia pasado por alto.

¿Quién trajo al herido? ¿De dónde lo habian recogido?

Nada dijeron los conductores, y á lo que parece, ni aun el nombre sabian. En el hospital lo recibieron porque traían una orden del regidor del cuartel; pero este nada decia tampoco, ni lo encargaba como preso.....

Todas estas circunstancias despertaron la curiosidad de Rafael..... Pero en seguida pensó con tristeza, que tal vez este herido lo habia sido en alguna calle, en alguna de las frecuentes riñas que día á día habia con los americanos, y el regidor lo habia mandado al hospital por pronta providencia, no sabiendo su morada ni su nombre.....

Pero, volvió á reflexionar el practicante: si así hubiera sido, algo habria dicho ántes de morir, y por el contrario, sus palabras habian sido tristes y misteriosas.....

Nada hay mas fuerte que la curiosidad. Rafael resistia apenas al deseo de abrir la cartera que tenia entre las manos, y que probablemente le haria conocer á un hombre que, sin saber por qué, tanto le habia interesado.

Pero la cartera es el objeto mas sagrado del hombre, porque es el santuario donde deposita sus secretos, acaso su honor..... y abrirla, aunque fuera la de un ca-

dáver, era cometer una violacion, un crimen, un sacrilegio.....

Rafael daba vueltas á la que tenia en la mano, desesperado porque el rizo nada cierto le revelaba, cuando notó cosa de ocho líneas, escritas muy mal y con lápiz, en uno de los lados donde la badana estaba lisa y limpia.

Leer aquellas líneas, pensó él, no era gran indiscrecion, porque estaban, por decirlo así, públicas; se acercó, pues, á la delgada vela que habia, y leyó:

«Indudablemente voy á morir: el corazon jamas engaña..... ¡Morir! Dios mio..... ¡cuando mi presencia es tan necesaria! A aquel que recoja mi cadáver, por el amor que su madre le tuvo, le ruego lea todo lo que hay escrito en esta abultada cartera. Tal vez Dios hará que caiga en manos de uno para quien salvar á los oprimidos no sea un vano pensamiento.....

«Pero si teme comprometerse acaso por intereses ajenos..... ¡Oh! justiciero Señor..... hágase tu voluntad..... Entonces, que no lean estos papeles; que no conozcan al ménos secretos y debilidades, que Dios sabrá por qué oculta.

«Octubre 13 de 1847.—A las diez de la mañana.

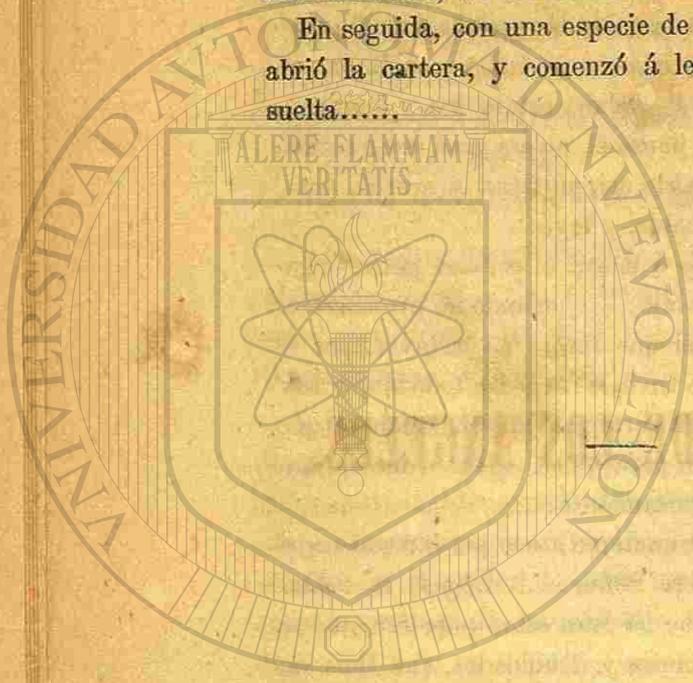
«¡Siempre las diez.»

Rafael quedó inmóvil: aun cuando se le hubiera prohibido la lectura, no habria podido resistir mas, porque aquellos renglones envolvian una historia de muerte..... ¡Luego, esa especie de venganza legada contra la sociedad entera, acaso inflamó su sangre de jóven..... y no pudo resistir hasta el dia siguiente!

¡Algo de solemne habia en esa lectura hecha en medio

del silencio de la noche!..... El practicante se recogió un momento, porque el corazon le palpitaba de un modo extraordinario, tal vez como si fuese un presentimiento.

En seguida, con una especie de respeto supersticioso, abrió la cartera, y comenzó á leer la primera página suelta.....



HERMANA DE LOS ANGELES.

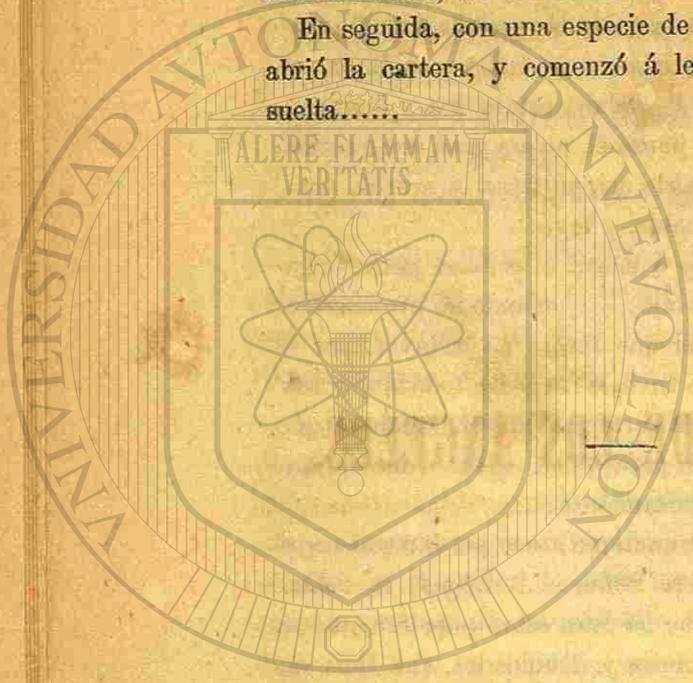
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



del silencio de la noche!..... El practicante se recogió un momento, porque el corazon le palpitaba de un modo extraordinario, tal vez como si fuese un presentimiento.

En seguida, con una especie de respeto supersticioso, abrió la cartera, y comenzó á leer la primera página suelta.....

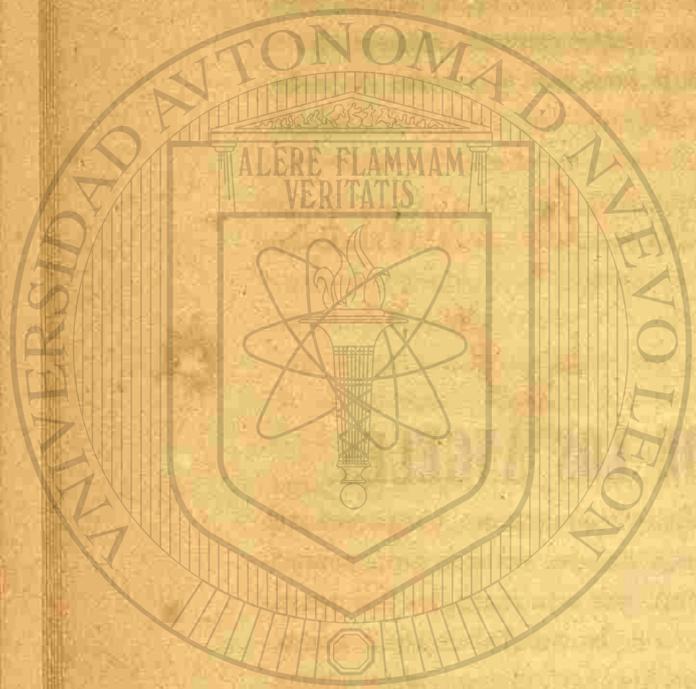


HERMANA DE LOS ANGELES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HERMANA DE LOS ANGELES.

I.

LA naturaleza, ha dicho Zimmermann, nos parece triste y desolada cuando nuestro corazón está comprimido por algún pesar: por esta razón, los últimos rayos del sol del martes 13 de Noviembre de 1849, que tenían de oro las torres de México y daban vida y animación al campo, parecían pálidos, opacos y fúnebres á las personas que en aquel momento se hallaban reunidas en la recámara de una de las casas de la calle de San Juan, cuya ventana tenía vista hácia el Occidente.

Eran una jóven y dos hombres, quienes, desde luego se conocía, formaban una sola familia.

La primera se hallaba reclinada en un sillón cerca de la ventana: era una muchacha de diez y ocho ó diez y nueve años, pero descolorida y lánguida como las flores del invierno. Estaba vestida de muselina blanca, y tenía

la cabeza caída sobre el pecho. Todo en ella revelaba una pena profunda, uno de esos dolores latentes que devoran el alma.

En cuanto á los demas personajes, el uno yacía tendido en una cama que estaba en el fondo de la pieza, y el otro parecía velar á sus piés. Aquel, medio cubierto por las sábanas, dormía con un sueño agitado y febril; el último, sumergido en uno de esos éxtasis que elevan á las almas hasta la uncion, tenia clavada la vista, con una especie de arrobamiento y beatitud, en la jóven que estaba junto á la ventana.

Reinaba un silencio profundo, y el tiempo se deslizaba sin hacer sentir sus horas.

El postrer rayo del sol al ocultarse ya tras los montes, iluminaba la recámara con una tinta rosada como el reflejo lejano de un incendio. La jóven, cuya cabeza se encontró de pronto bañada con aquella atmósfera de oro y grana, hizo entónces un movimiento volviendo en sí; fijó su vista en los cristales de la ventana, y al cabo de un momento murmuró, como hablando consigo misma, con esa voz que mas bien parece exhalarse cual un perfume, del corazon, que salir de los labios:

—¡Qué tarde tan triste, Dios mio!

Estas palabras, dejadas caer casi involuntariamente en medio del silencio, produjeron un efecto inesperado.

El hombre que estaba sentado en los piés de la cama se estremeció, y repitió suspirando:

—¡Muy triste.....!

El que dormía se enderezó repentinamente; tendió há-

cia adelante las manos, cual si buscase con angustia alguna cosa, y gritó con un acento breve, seco y nervioso:

—¡En dónde estoy?

La muchacha se levantó como movida por un resorte; y el jóven, que la miraba cual se contempla á una imagen, tuvo que hacer un esfuerzo para arrancar de ella su vista y tornarla hácia el enfermo, que habia vuelto á dejarse caer sobre la cama.

La muchacha vestida de blanco vino á arrodillarse junto al lecho; tomó entre sus manos las del enfermo, ardientes y reseca, y acercando su rostro al de este, le decía con una voz llena de amor y de ternura:

—¡Manuel! ¡Manuel mio! ¿dónde has de estar, sino al lado de los que te aman?

Conmovidó por aquel acento de armoniosa dulzura, volvió á enderezarse el enfermo. En seguida oprimió las manos de la jóven sobre su corazon, que latía como si quisiera hacer pedazos el pecho que lo encerraba; y cual si tratase de convencerse á sí propio con el acento de su misma voz, exclamó:

—¿No es verdad, Rafaelita, que todo ha sido un sueño.....? ¡Oh! sí, ¡un sueño horrible.....!

Rafaelita nada respondió; y el jóven, que no habia podido ver al enfermo sin que sus ojos se llenaran de lágrimas, se levantó del lugar donde estaba sentado.

Al oír el enfermo el ruido de los pasos, volvió la cabeza y dijo:

—¿Eres tú, Lorenzo?

Lorenzo se detuvo, y solamente contestó con voz apagada este monosílabo:

—Sí.

—¡Cuánto he sufrido! prosiguió Manuel. Si supieras, hermano mio, lo que siento aquí; parece que el corazón se me hace pedazos y me ahoga.....

Y volvió á caer fatigado sobre sus almohadas.

El sol, en esto, se había ocultado enteramente; ya no quedaba en el horizonte mas que una zona amarillenta y sin brillo, y en la pieza no había otra luz que esa débil y moribunda claridad del crepúsculo, que parece confundir los objetos, borrando suavemente sus contornos.

—¡Pobre hermano mio! murmuró Lorenzo acercándose al enfermo y dejando caer sobre él una de esas miradas en las cuales la compasión infunde no sé qué claridad benéfica. ¡Pobre hermano mio! quiera Dios volver á tu corazón la calma, y borrar esas ideas fatales que tanto mal nos hacen á todos.....

Y luego, volviéndose á Rafaelita, que había quedado arrodillada junto á la cama, añadió, no sin alguna alteración en su voz:

—No esté vd. triste, ni pierda la esperanza. ¿Cree vd. posible, Rafaelita, que pueda tener fin el amor verdadero y espiritual? ¡Ay, no! para las almas que han probado esa fruición anticipada de la beatitud celeste, amar es vivir..... Por un momento puede enturbiarse su dicha, como se nubla la luz del sol, porque estamos en el mundo; pero despues es preciso, es indispensable que el corazón extraviado venga á implorar su perdón..... Las almas que Dios ha criado la una para la otra, cuando por ventura se han reunido en esta tierra, no se divoreian nunca: sufren, padecen, lloran, porque el Señor quiere

que se perfeccionen, y el dolor es una escuela de purificación; mas no se olvidan, porque esto sería degenerar, sería apartarse de Dios, * sería hasta perder la noción instintiva que tenemos de él, porque ¿qué es el amor, sino la inquietud indefinible que compele á las almas á aspirar á Dios, y cuyo principio es una vaga reminiscencia, una imágen lejana de su belleza impresa en nuestros corazones? ** ¡Oh! no; ¿qué sería de la humanidad, qué sería del alma, si también ese amor purísimo, ese amor santo y celeste fuera perecedero como los necesidades y las pasiones de la tierra?..... ¿qué significaba entonces esa facultad, ese anhelo de amar del espíritu, que no encontraría sino objetos imperfectos y limitados?..... Amar es elevarse á la perfección; es sacudir los lazos de esta cárcel que sujeta nuestro espíritu; es hacer ofrenda de esta vida, para elevarse por medio de la contemplación hasta la unión estática: las almas mas privilegiadas del Señor han sido las que han amado mas; son aquellas que Dios reverbera, como en un espejo purísimo; aquellas que primero reciben la luz, como las montañas encumbradas que dominan un valle..... Sin este amor perfecto, sería imposible comprender el destino del hombre en el mundo; sin este amor, que exalta nuestras facultades, que purifica nuestras ideas, que absorbe nuestra alma en Dios, que la atrae, como dice la mártir del amor divino, «á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y sube la nube al cielo, y llévalos consigo;» *** sin este amor, Rafaelita, sería imposible la inmortalidad del alma,

* San Juan, Epíst. 5, Cap. IV, v. 8 y 16.

** Mr. Jules Simon. Etude sur Spinoza.

*** San.a Teresa de Jesus, libro de su vida, cap. XX. 2.

y la religion un absurdo; porque la misma fé, la poderosa fé, ¿qué otra cosa es sino un acto, un éxtasis, una creencia por amor? * No, no, hermana mia, el Señor no separa lo que ha unido..... Entre vd. y Manuel puede elevarse por un instante una sombra, pero no desvanecerse el amor casto y radiante que une sus almas.....

—Gracias, hermano, gracias, respondió Rafaelita enjugando las lágrimas que corrian de sus ojos: esas palabras me consuelan y me dan valor..... Es cierto; yo no tendré términos para explicarme; pero mi corazón siente lo que vd. dice: ¡amar al escogido de mi alma, es como hacer oración á Dios!..... Y perder su amor seria morir. ¡Sí! ¡sí! ¿cómo podría vivir mi alma, huérfana y hecha pedazos.....?

—¡Morir! repitió tristemente Lorenzo. No, Rafaelita, no piense vd. en eso, cuando ha hallado el alma compañera de la suya..... Los que deben anhelar la muerte, pedirla al cielo como un bien, son esos seres solitarios que Dios echa al mundo para que conquisten una corona de martirio..... esos seres que sin una hermana entre todas las almas, no pueden otra cosa que turbar á los que se aman..... y consumir en el silencio y la soledad los tesoros de amor con que habia sido dotado su corazón.

Estas últimas palabras quedaron ahogadas entre los sollozos.

Después Lorenzo se apresuró á decir, como para dar un giro nuevo á sus ideas:

—¡Rafaelita, Rafaelita, Manuel padece demasiado..... está enfermo del corazón, y sola vd. puede consolarlo.....

* Joseph du Maistre, du Pape, lib. I, cap. I.

ámelo vd. mucho, muchísimo.....! ¡Está en un peligro mortal, en que el amor tan solo con sus fuerzas sublimes puede salvarlo!.....

La muchacha se volvió hácia el enfermo, que permanecía aletargado: acercó su rostro al suyo, clavó sus ojos grandes y expresivos en la frente de este, como si quisiera adormecer sus dolores por medio de ese encanto magnético que posee la mujer amada, y se confundió la respiración de ambos por algún tiempo. Manuel fué despertando, como la naturaleza cuando viene la luz del día..... Fué aquel un momento de felicidad silenciosa, indescriptible, de esa beatitud sin crisis ni convulsiones, que anega el corazón en un mar de delicias. El aliento, la vida íntima, por decirlo así, del uno, se infiltraba en el pecho del otro, como ese ambiente de la mañana que infunde la salud: era la comunión de dos almas que se exhalan y se reflejan la una en la otra, confundiéndose en un arrobamiento de amor, que gozan mas bien con la dicha que dan, que con la que reciben.....

Por una especie de fascinación se detuvo Lorenzo á contemplar aquella escena, pero no pudo resistir por mucho tiempo á cierto malestar extraño é inusitado, y se retiró hasta la ventana, murmurando con una voz llena de sentimiento:

—¡Oh! ¡mas vale morir!.....

Manuel y Rafaelita, envueltos en ese fluido amoroso que aísla á los amantes del universo entero, oyeron aquella triste exclamación, pero sin comprender casi su sentido.

Ambos aspiraban con delicia ese beleño que laxa las

fuerzas; y sin embargo, cuando mas arrobado parecia Manuel, un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo, y su frente se ponía alternativamente pálida y encendida.

Rafaelita decia entónces, acariciándole los cabellos con las manos, como se hace con un niño:

—Desecha, amor mio, desecha esa pena..... ¿no ves que te hace tanto mal.....? ¡ay! y á mí tambien. ¡Si supieras cuánto he llorado de anoche acá.....! Pero ¿no es cierto que soy una loca? Cuando yo te amo tanto, ¿querrias tú dejar de amarme?.....

Estas palabras, que repetidas parecen frias y secas, tenian en aquel momento, animadas por la vibracion del alma de Rafaelita, perfumadas con el aliento de sus labios, una dulzura infinita, una ternura, una seduccion irresistibles.

Manuel las escuchó como se oye una armonía celestial, é iba á responder, cuando repentinamente, como quien se estrella en un obstáculo imprevisto, retrocedió prorumpiendo en un juramento.

Rafaelita, que habia presentido otra respuesta mas en consonancia con su corazon, se quedó inmóvil de sorpresa, sin voz ni aliento: al fin brotaron de sus ojos dos lágrimas, y se dejó caer gritando con profunda desesperacion, con esa voz que rasga las fibras del pecho:

—¡Oh, Dios Santo, es verdad! ¡ya no me ama.....! ¡ya no me ama.....!

Por una impulsión tan rápida cuanto involuntaria, se precipitó Lorenzo hácia la muchacha; pero ántes de llegar á ella vaciló un momento, como si hubiera un combate entre sus sentimientos; alzó los ojos al cielo cual si

buscase una inspiracion, y al último, haciendo un esfuerzo sobrehumano para dominarse, salió lentamente de la pieza. Hay momentos en que el hombre mejor dotado se siente al borde de un precipicio, y conoce que un paso, un solo movimiento le harian perder el imperio de sí mismo y precipitarse.

Manuel sintió que el corazon se le desgarraba con aquel grito de dolor. Echóse en cara su crueldad con toda la exaltacion de su carácter, y pasando en un instante de un extremo á otro, decia llorando á Rafaelita:

—¡Que no te amo.....! ¡Oh! no digas eso, por Dios. ¡Si tú eres la luz de mi alma.....! Y, ¿cómo no he de amarte, si eres el único sér que tiene compasion de mí.....? ¡si tú sola no te ries de mis dolores, pobre ciego.....! ¿Amarte? es poco. Te adoro..... quisiera poderte colocar sobre mi corazon y guardarte en mi pecho como en un santuario.....! Pero, ¡Dios mio! añadió, ¿cómo puedo ser yo digno del amor de ese ángel, cuando mi corazon es tan imperfecto y le falta la luz, como falta á mis ojos.....?

Calló Manuel, y durante algunos segundos se restregó convulsivamente con ambas manos sus ojos, muertos é insensibles á la luz.

—¡Ciego! ¡ciego! murmuraba sordamente con esa voz que anuncia el delirio: ¿qué seria de mí, en este estado, sin tu amor.....? ¿No sabes que ser ciego es ser esclavo; es no poder dar un paso sin auxilio extraño; caer si la mano que nos sostiene se retira un punto.....? ¡Ámame! ¡ámame.....! ¡Cuando pienso que podrias dejar de amarme, me parece que se retira esa misteriosa claridad que alumbrá mi alma.....! Pero, ¿por qué está mi corazon

turbado? ¿por qué pierde ahora su ciega confianza.....?
¿será que me amas ménos que ántes.....?

—¡Amarte ménos! repitió la jóven; y pensó en lo mas íntimo de su mente: ¡El sí ha dejado de amarme, ó su corazon degenera! El amor es un acto de fé..... y la fé ya no existe desde que la duda empieza á asomar..... Pero yo tambien, ¿qué tengo hoy que dudo? ¿Es posible que tan pronto caiga el corazon en sus errores y su debilidad, desde que el amor que lo exaltaba se turba.....?

Manuel apartó de sí las manos suaves y delicadas de Rafaelita, y se levantó. Su figura elevada y robusta tenia un no sé qué de terrible y lúgubre en medio de las sombras. La sangre se habia agolpado á su cabeza, y el delirio hacia cruzar y sucederse sin ilacion los pensamientos en su cerebro, como los relámpagos en un cielo sombrío y tempestuoso.

—¡Qué noche la de ayer! continuó el ciego despues de un rato de silencio: hasta los mas leves sucesos han quedado grabados en mi memoria.....! ¡Cómo aborrezco á esa multitud bulliciosa que pasa junto á mí burlándose de que no puedo verla.....! ¡Cómo quisiera hundirlos en la hiel que rebosa mi alma cuando me exigen que coope-re con mi violin á sus placeres, que encienda en sus corazoncillos frios y muertos el amor, con la armonía de mis composiciones.....! ¡Oh! ¡cuán injustamente está repartida la dicha.....! ¡qué felices son ellos! pueden contemplar el rostro de la mujer que aman, mientras que yo..... yo jamás podré mirarlo.....!

Rafaelita contempló admirada al ciego al escuchar un lenguaje tan nuevo y extraño en sus labios. Manuel se

detuvo un momento llorando: luego prosiguió hilvanando, con la incoherencia del delirio, sus pensamientos, que parecian tan diversos los unos de los otros, como lo parecen los picos de las montañas cuando los ilumina el relámpago y no se percibe la cadena que los liga.

—¡Qué encanto desconocido tiene su voz ... la oigo todavía.....! ¡Silencio! silencio: los latidos de mi corazon no me dejarán oirla.

Y despues de un nuevo instante de recogimiento, durante el cual parecia haber prestado profunda atencion á la voz que se repercutia, por decirlo así, en su mente, exclamó con uno de esos arranques que hacen vibrar el corazon:

—¡Señor! ¡Señor! ¡un rayo de tu luz.....! quiero ver á esa mujer, cuyo acento es tan poderoso que embriaga el alma.....

El ciego dió un paso, y tropezó entónces con Rafaelita, que habia lanzado un grito y no tenia fuerzas para moverse, muerta de dolor al escuchar en las palabras de Manuel la confirmacion de lo que mas temia.

—¿Quién eres tú? preguntó él sacudiéndola violentamente con esa accion convulsiva de la fiebre.

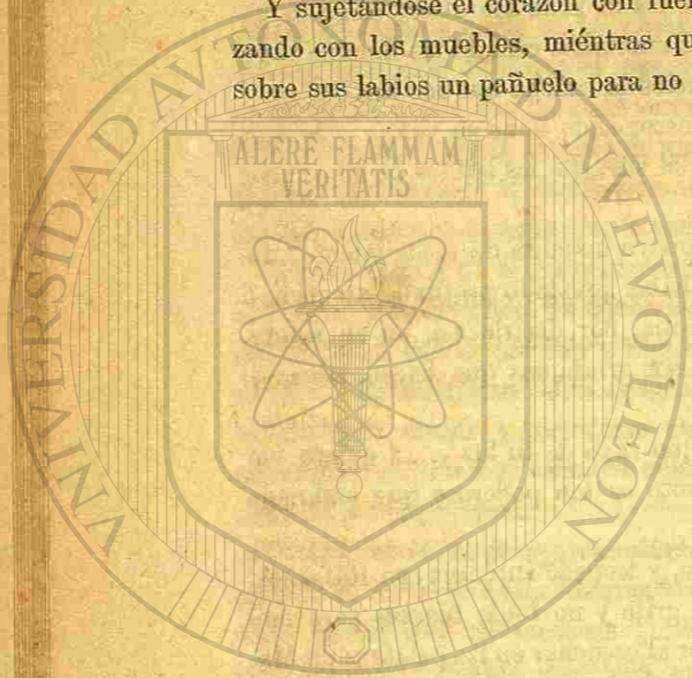
La pobre muchacha no pudo contestar: tenia la garganta anudada con los sollozos.

Manuel la empujó con una especie de espanto: despues, todo en un momento, se adelantó hácia ella como atraído, y volvió luego á retroceder.....

Al fin se detuvo, exclamando con angustia, como si implorase á las dos fuerzas contrarias que lo agitaban y lo atraian:

—Dolores.....! Rafaelita.....! Pero esto es estar loco, Dios mio.....! añadió con desaliento.

Y sujetándose el corazon con fuerza, se retiró tropezando con los muebles, mientras que Rafaelita oprimía sobre sus labios un pañuelo para no llorar á gritos.



II.

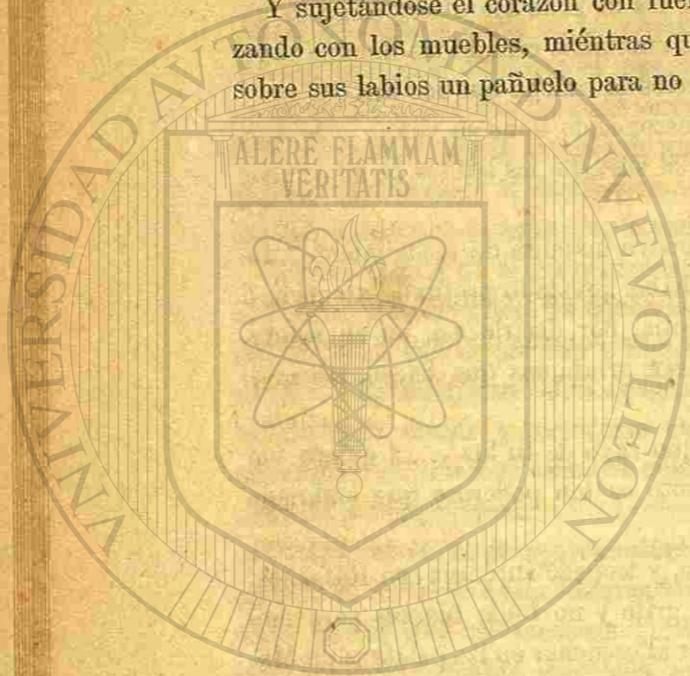
RAFAELITA, la muchacha á quien acabamos de conocer, era una de esas mujeres de las que el mundo dice, al verlas de léjos: ¡es lindísima! pero los que la trataban de cerca, los que podían apreciar las cualidades de que estaba dotada, exclamaban: ¡es un ángel!

Era de cuerpo mediano, pero bastante delgado; de una de esas constituciones nerviosas y excitables, que parecen muy débiles, y que, sin embargo, tienen una fuerza asombrosa para sufrir; séres semejantes á la caña, que un leve soplo doblega y que no troncha el huracan: criaturas delicadas, naturalezas de ángel, *angelificata caro*; ¡mujeres, en fin, á quienes es imposible ver sin adorarlas!

Su rostro, perfectamente ovalado, tenía cierta expresion enfermiza de melancolía y sufrimiento que lo hacían en extremo simpático é interesante, y le daban ese aire de espiritualismo que se nota en las vírgenes mártires de los templos heróicos del cristianismo. Su frente ancha, serena, bien formada, revelaba esa inteligencia tranquila en que Dios se refleja, como se refleja el firmamento en un lago terso y puro. Sus ojos modestos, grandes y medita-

—Dolores.....! Rafaelita.....! Pero esto es estar loco, Dios mio.....! añadió con desaliento.

Y sujetándose el corazon con fuerza, se retiró tropezando con los muebles, miéntras que Rafaelita oprimia sobre sus labios un pañuelo para no llorar á gritos.



II.

RAFAELITA, la muchacha á quien acabamos de conocer, era una de esas mujeres de las que el mundo dice, al verlas de léjos: ¡es lindísima! pero los que la trataban de cerca, los que podian apreciar las cualidades de que estaba dotada, exclamaban: ¡es un ángel!

Era de cuerpo mediano, pero bastante delgado; de una de esas constituciones nerviosas y excitables, que parecen muy débiles, y que, sin embargo, tienen una fuerza asombrosa para sufrir; séres semejantes á la caña, que un leve soplo doblega y que no troncha el huracan: criaturas delicadas, naturalezas de ángel, *angelificata caro*; ¡mujeres, en fin, á quienes es imposible ver sin adorarlas!

Su rostro, perfectamente ovalado, tenia cierta expresion enfermiza de melancolía y sufrimiento que lo hacian en extremo simpático é interesante, y le daban ese aire de espiritualismo que se nota en las vírgenes mártires de los templos heróicos del cristianismo. Su frente ancha, serena, bien formada, revelaba esa inteligencia tranquila en que Dios se refleja, como se refleja el firmamento en un lago terso y puro. Sus ojos modestos, grandes y medita-

bundos, tenían el color y la transparencia de una gota de café, y se adormecían bajo la sombra de una pestaña larga y sedosa, derramando un tinte de recogimiento y de meditación sobre todas las demas facciones.

Parecía hallarse todavía en esa edad en que la mujer conserva el perfume y la sensibilidad virginal de los primeros días de la adolescencia: al verla bajar tímida sus lindos ojos, y colorearse levemente sus pálidas mejillas, cualquiera la habría tomado por una niña que salía del convento. Sin embargo, contemplando su rostro, se percibían en él esa benevolencia maternal y grave, esa dulzura celeste, esa paciencia incansable que iluminan las facciones de las Hermanas de la Caridad, y que son la aureola de la buena esposa: ángel custodio que Dios, en una hora de bondad, concedió al hombre para que lo consolara en sus horas de sufrimiento, para que lo sostenga cuando vacila, y para que por medio del amor lo rescate para el cielo!

Su actitud era muelle y lánguida y su paso grave, cadencioso y leve, como si sus piés diminutos y torneados apenas tocaran el suelo; todos sus movimientos tenían impreso un carácter de gracia y de reflexión particulares.....

La historia de Rafaelita está de tal manera enlazada con la de Manuel, que sería imposible separarlas. La amistad, la simpatía y el amor forman lazos tan estrechos entre dos almas, que las confunden, y logran que desde este mundo la una viva de la otra.

Manuel fué el hijo único de uno de aquellos hombres del campo, toscos y rudos, que aparecieron cuando la in-

surrección; hombres que, bajo un exterior áspero, ocultaban un corazón noble y caballeresco, un carácter leal y firme, un valor incontrastable y una fé profunda. Este hombre tenía un amigo de la infancia, que fué el padre de Rafaelita. Vivían unidos como hermanos, con esa amistad que llega á convertirse en un lazo de sangre: y se querían de tal modo, que cuando el primero se casó, el segundo formó la resolución de hacer lo mismo para que entre sus hijos sobreviviera y continuase su fraternidad.

Manuel nació el año de 1823, cuando su padre, después de la consumación de la independencia y en los días de la abdicación de Iturbide, no aspirando á empleos ni recompensas, se había retirado á una hacienda del interior á reparar los descalabros de su fortuna.

Siete años después, el de 1830, vino al mundo Rafaelita, pero heredando una de esas enfermedades orgánicas del corazón, que si bien aceleran y duplican la sensibilidad, son el gérmen de una muerte prematura. Su nacimiento costó la vida á su madre, que sucumbió como esas plantas á las cuales solo es dado producir una flor.

Los dos niños crecieron como hermanos, arrullados por el amor de la madre de Manuel, que no hacía distinción entre ellos. Desde entónces se confundieron sus destinos como dos riachuelos que mezclan sus aguas y no forman mas que uno solo. Desde entónces también sus padres le pidieron á Dios que no los separase nunca.

El año de 1836 murió el padre de Rafaelita en los brazos de su amigo, y desde este momento, puede decirse con exactitud, comenzó á declinar para aquella familia el sol de la felicidad.

Al año siguiente cayó enfermo Manuel de una erisipela en la cabeza, que durante muchos días hizo desesperar de su vida. ¡Hubiérais visto entónces á aquel rudo campesino dar pruebas de sensibilidad tan exquisita! ¡no separarse por un momento, ni de día ni de noche, de la cabecera de su hijo.....! Al fin salió Manuel del peligro; pero por un error fatal en la curacion, quedó completamente ciego!

Este último golpe fué terrible para el padre. Esas naturalezas fuertes, que no tienen flexibilidad para doblegarse al sufrimiento, reciben de lleno los golpes en el corazon, y sucumben hechas pedazos, como el acero. ¡A principios de 1838 Manuel quedó huérfano!

Cuando al referir en breves líneas la historia de una existencia, hay que amontonar desgracia sobre desgracia, la mente se resiste á creer que pueda haber suerte tan cruda; pero que cada cual apele á sus propios recuerdos, y no creo haya quien dude despues de este exámen. ¡Quién no tiene en su pasado días negros que se suceden y se relacionan; larga cadena de dolor que arrastramos en la vida? Por el contrario, ¡cuánto distan frecuentemente de la realidad las mas exageradas novelas! ¡Cuántas historias hay ocultas en el interior de las familias, que se pierden entre Dios y el alma, que sobrepasarían á todo lo que se ha escrito si llegaran á revelarse algun día!

Durante los primeros meses de su viudedad, la madre, en cuyo corazon habia ido atesorándose todo el amor que ántes estaba repartido entre los miembros de la familia, empleó cuantos recursos eran posibles para volverle la vista á su hijo. Arrastrada al último por una de esas es-

peranzas imposibles, como solo puede alimentarlas ya una madre, se vino á México para apelar á todos los recursos de la ciencia. Pero la ciencia no hizo mas que decir á Manuel con su voz fria, inflexible y severa: ¡Adios ilusiones! ¡ya no hay luz para tí en el mundo.....!

¡Horrible sentencia! Hay dolores contusos que no tienen siquiera el alivio de las lágrimas; dolores silenciosos y sombríos que se concentran en el corazon y lo sofocan.....

Manuel, que á los quince años se veía de esta manera condenado á perpetua oscuridad, perdió hasta el último resto de energía y cayó en el mas completo desaliento, esa enfermedad mortal del alma que destruye hasta los deseos, que nos deja impotentes y sin voluntad de detenernos en la pendiente de nuestra ruina.....!

¡Todo parecia concluido para el pobre ciego, todo! Pero ahí donde terminaba el esfuerzo humano, Dios, que no abandona á los que sufren, ponía el amor; ¡el amor, esa luz, emanacion de la Divina Esencia, que señala á las almas el camino de la vida.....!

Como si Rafaelita hubiera comprendido desde luego la mision á que estaba destinada, desde que Manuel perdió la vista fué su apoyo, la *luz de sus ojos*, para servirnos de una de las expresiones de este. Puede decirse que solo para él vivía, solo para él respiraba; y nunca, aun en las horas de mas negra melancolía, lanzó el ciego un suspiro que no lo recogiera su hermana.

Rafaelita era una de esas criaturas que el infortunio hace desarrollar muy temprano: para ella no hubo infancia, esa edad de risa y juegos en que todo es de oro y

grana para los niños. Desde el momento casi de formarse su razon, tuvo que olvidarse de sí propia para consagrarse á consolar y aliviar al que veía sufrir á su lado: era un ángel alimentado con lágrimas y creado para el amor.

Educada bajo la amorosa é incesante vigilancia de la madre, su corazon se conservó casto y purísimo, sin que se albergara en él ninguno de esos sentimientos que mas tarde encienden una lucha fatal entre las pasiones. Cuando el alma permanece de esta manera vírgen, no se empañan ni se borran esas ideas primitivas, esa imagen de la belleza esencial, grabadas en ella durante el tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, contemplando, participando y reflejando su perfeccion, * y que son como un presentimiento de su futuro destino, como una fuerza que la atrae hácia el Criador, y que la obliga á concentrarse en sí misma y elevarse mas allá del mundo de los sentidos para gozar anticipadamente de la dicha que la espera. Tal era, en resúmen, el fondo ó el carácter de Rafaelita: una mujer sencilla, criada en la soledad, cuya alma, ideas, sentimientos é instintos, tendian á elevarse al cielo, como la parte espiritual de las flores, el perfume. La religion para ella no era obra de la razon, era un sentimiento de amor natural, irreflexivo, espontáneo: amaba á Dios, no porque era Dios y le habia dado la vida y todos los beneficios que gozaba, sino porque habia en su corazon una especie de apego, de aficion, de tendencia, de parentesco—no sé cómo expresarme—hácia ese Sér infinito, del cual provenia y hácia el cual se sentia atraida

* Platon, in Phædr. Ciceron, I de Leg.

como por una vorágine. Era la religion de uno de esos corazones ignorantes y amorosos, para los cuales, como dice San Agustin, orar es espirar; * corazones llenos de fé, que se ignoran á sí mismos, y que Dios debe acaso preferir, porque son como unos diamantes purísimos que absorben y concentran en sí, como en un foco, los rayos del amor divino y lo esparcen en torno suyo sin mezcla, ni sombras, como una irradiacion luminosa.

Si no hubiera sido por Rafaelita, fuerza es repetirlo para que se comprendan los tesoros de amor que encerraba su alma; tal vez habria sucumbido Manuel al peso de su dolor. Pero la niña, sin comprender todavía la santidad de su papel, instintivamente, por solo el presentimiento, la tendencia de su corazon de mujer, se consagró con toda su alma al pobre ciego, hallando palabras de consuelo, atenciones delicadas para reanimar su valor, é infundirle la resignacion, ese heroismo del sufrimiento.

Absorta en tan piadoso ejercicio creció Rafaelita. ¿No os parece que esta excitacion perpetua de su alma, debia influir poderosamente en su organizacion física y moral? ¿No creéis que la concentracion de sus facultades debia disipar mas temprano las sombras de la infancia en que yacia adormecido su corazon? Y este, ¿no era natural que se ensanchara, como la retina del ojo cuando la hiere de lleno la luz?..... ¡Así fué; y desde muy tierna habia en su fisonomía, siempre pálida, cierto aire de gravedad y de meditacion que la distinguia entre las demas niñas; es que las otras desparramaban en torno suyo, pródiga é inútilmente la vida, miéntras que ella la concentraba en

* Orare spirare. San Agustin. De Civit. Dei.

su corazón para elaborar los tesoros de amor de que se alimentaba su alma! es que las otras se extendían sobre la tierra, como esas plantas muy frondosas que gozan de la naturaleza; mientras que ella, erguida y solitaria, se elevaba buscando la luz y el aire puro!

De esta manera había llegado á adquirir un aire de ascetismo que parecía desprenderla de la tierra. Esas criaturas que concentran sus facultades morales en un solo punto, logran al fin aislarse de cuanto las rodea, é imprimen en su naturaleza el sello de su pensamiento. Al verlas se diría que son seres cuya carne tiene algo de etéreo, que se sostiene en el aire *sicut virgula fumi*, que solo aguardan el momento de elevarse hácia donde el alma se siente atraída, como un perfume visible, como un rayo de luz encarnado!.....

Concentradas de semejante manera las facultades del alma en un solo punto, adquieren, es cierto, mayor potencia y claridad, como los rayos de la luz reunidos en un foco, pero aceleran la vida animal, hacen *vivir mucho en poco tiempo*, y consumen el cuerpo como una lámpara que arde toda á la vez. * Esta es la causa de esa madurez precoz que se advierte en las personas consagradas al culto interno del alma.

Yo creo, y la ciencia lo confirma, que el cuerpo sigue hasta cierto punto las leyes de perfección á que está sometida el alma. ¿No habeis reflexionado alguna vez en que hay una escala ascendente en la organización animal? ¿No convenís en que entre los mismos hombres se nota

* J. J. Virey, De la physiologie dans ses rapports avec la philosophie.

cierta diferencia: linfáticos, sanguíneos, nerviosos: * los unos torpes, pesados, lentos; los otros ardorosos, impresionables y delicados, como si su carne hubiera ido depurándose de todas las partículas pesadas, acuosas y corruptibles que contiene la de esos hombres que vemos crecer y vegetar inclinados hácia la tierra como una planta: aquellos necesitando alimentarse mucho para mantener su economía animal; estos aspirando, con el rostro levantado al cielo, no sé qué fluido luminoso, impalpable, como si este fuera el alimento principal de esas naturalezas espiritualizadas: *vescitur aura aetheria?*

Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrestres, ** ha dicho San Pablo.

Rafaelita había llegado al último grado de perfección; á aquel en que el mismo cuerpo se purifica y se eleva, por decirlo así, arrastrado por el alma.

Yo creo, repito, que así el alma como el cuerpo están sometidos á una serie de progresos y desarrollos que van elevando al hombre de esfera en esfera á medida que se perfecciona. ¿No es este en realidad el efecto de lo que él llama ensancharse el círculo de las ideas?

La religión y la filosofía no pueden ménos que estar de acuerdo en este pensamiento: ¿qué otra cosa es el mundo sino la escuela del alma, el lugar de la prueba, el extenso palenque en que aquella conquista su corona de gloria ó sucumbe vencida?.....

* Prescindiendo de la diferencia que existe entre las diversas razas que forman la especie humana, yo creo, y las ciencias fisiológicas lo confirman, que hay entre los individuos de cada una de ellas cierta escala ascendente. Ragesiau.

** Sanct. Paul, Epist. I ad Corinth, cap. XV, v. 40.

Rafaelita habia llegado á adquirir una verdadera superioridad sobre Manuel: el ciego era fuerte, tenia una inteligencia clara, viva y creadora; y sin embargo, al ver juntos á los dos jóvenes, se adivinaba que el alma de Rafaelita estaba mas elevada que la de Manuel. Habia entre ellas no sé qué luz, y aquella la comunicaba á este. ¿No es esa siempre la mision de la mujer?..... El cielo, ha dicho madama de Krudner, para indemnizar á las mujeres de las injusticias de los hombres, les dió la facilidad de amar mejor.....

Yo creo que el alma de la mujer, así como su cuerpo, es mas delicada, mas fina, mas bella, mas espiritual que la del hombre.

Un escritor místico moderno * piensa que los ángeles y las mujeres se parecen en el rostro. ¿No habria mas razon para decir que las mujeres son ángeles encarnados? Tertuliano, Orígenes, San Clemente y otros Santos Padres creen que los ángeles son séres corpóreos, bien que revestidos de una carne tan hermosa como sutil: San Hilario, Teodoro y otros, creen que los ángeles ocupan un lugar intermedio entre la tierra y el cielo.

¡La mujer! criada dentro del paraiso en un momento de ternura y de bondad, ¿no será un ángel á quien Dios llamó del cielo para encargarle la proteccion del hombre?... ¿No es esta idea la que ha hecho pensar á los doctores de la Iglesia de la manera que hemos apuntado?.....

Manuel y Rafaelita sabian vagamente, mejor dicho,

* Mr. Blanc Saint-Bonet. L'Unité spirituelle.

presentian que estaban destinados el uno para el otro; pero nunca habian fijado en ello su atencion. ¿Ni cómo era posible que un pensamiento de amor, tal como comunmente se imagina, hubiera descendido al alma de aquel, casi sofocada por el pesar y la inaccion? Y sin embargo, la hora en que á la voz poderosa de la naturaleza, todo corazon despierta, no tardaba en llegar.

El ciego se habia desarrollado completamente: era un joven alto, robusto y muy bien formado, cuyo pecho revelaba la fuerza y la energía. Su rostro era franco, movable y expresivo, sin que se le notara al primer momento la falta de la vista, porque tenia los ojos claros, aunque sin brillo ni transparencia. Su frente ancha y cruzada por gruesas venas que indicaban una complexion sanguínea, estaba coronada de abundantes cabellos negros, que armonizaban con una barba fina, pero espesa.

Manuel era fuerte como un atleta y candoroso como una doncella: tal era el resultado de la manera como habia vivido. Protegido por el amor maternal, pero aislado de todo comercio exterior, sus sentidos y su imaginacion se habian conservado enteramente vírgenes, sin despararramar su sensibilidad ni malgastar el calor de su sangre. Era un niño con el corazon de un hombre.

Seria ciertamente un estudio curioso examinar uno á uno los padecimientos de aquel corazon enérgico, pero infantil, en el cual todo se grababa profundamente; analizar el entorpecimiento y atonía en que estuvo hundida su alma; y luego contemplar, cómo sin recobrar la esperanza ni el consuelo, esa misma alma arrastrada por la fuerza que llamariamos vital, comenzó poco á poco á existir

para los sentimientos, aunque conservando siempre un resto de su inveterada melancolía, como el fondo oscuro de su carácter; pero esto nos conduciría mas léjos de lo que nos proponemos.

Manuel habia nacido con una organizacion eminentemente musical, que se reveló desde muy temprano con tanta franqueza y espontaneidad, que sus maestros quedaron asombrados de sus rápidos adelantos: es que ellos no hacian mas que metodizar, dirigir, desarrollar lo que era un instinto, una necesidad para aquella naturaleza poética y fogosa. Pero desde que perdió la vista, no habia vuelto á tomar en sus manos el violin, instrumento al cual profesaba una aficion verdadera.

Tan completo abandono, porque la música era el alma de Manuel, tan profundo abatimiento inquietaban á la madre.

El ciego se resistió por mucho tiempo á sus ruegos, porque temia los efectos de la armonía, porque él solo, que lo presentia, era capaz de apreciar la poderosa influencia que en toda su organizacion ejercia ese arte divino, al cual el cisne de Eisleben llamaba la primera ciencia despues de la teología; mas como no hay alma, por fuerte que sea, que no se rinda al fin á la accion lenta pero eficaz de la súplica, Manuel volvió á tomar el instrumento favorito, y entónces descubrió que su alma no habia muerto, que tenia un corazon dentro del pecho.

Este hallazgo produjo en él una revolucion. Durante muchos dias estuvo mas silencioso y distraido que nunca; pero no era ya el marasmo del sufrimiento, sino la abstraccion del genio que concentra sus fuerzas.

Una tarde, cuando la familia contemplaba la caída del sol, Manuel, que habia permanecido largo tiempo apoyado sobre el hombro de Rafaelita, se retiró de pronto sin decir una sola palabra ni solicitar el apoyo de costumbre.

Pocos instantes despues, las dos mujeres oyeron una cosa extraña cual nunca habia llegado á sus oidos. Era una armonía sentida que parecia formada de gemidos y lágrimas; era esa música que se siente en el alma, como dice el Petrarca: *che nell' anima si sente!* era una cosa sobrenatural que pasaba con infinita suavidad y dulzura de acentos aéreos y vagos como los suspiros de la brisa nocturna, á ciertas notas voluptuosas y convulsivas como las confesiones de una vírgen enamorada.....

Sin decirse una palabra, sin comunicarse su pensamiento, la madre y Rafaelita se levantaron como fascinadas, y palpando, por decirlo así, el aire, para guiarse por los sonidos, llegaron á la pieza vecina.

Era Manuel, que con la frente apoyada sobre su violin como para infundirle su propia alma, no las sintió venir; Manuel, que al escuchar la voz de su madre que lo elogiaba llorando, se estremeció cual un sonámbulo á quien arrancan de su sueño.

Desde aquella tarde, el placer del ciego consistió en encerrarse en un cuarto para llorar con su violin. Semejante desahogo era para él una verdadera necesidad; y sin embargo, la música, perfeccionando, educando la sensibilidad de su sistema nervioso, hacia mayores sus dolores; pero el corazon es de esta manera: ¡á medida que siente mejor, quiere sentir mas!

La música para Manuel no era ese arte que simple-

mente combina y arregla los sonidos; era la voz espontánea de sus sentimientos, una verdadera inspiración. Era algo más todavía; una especie de poder mágico que lo elevaba y lo purificaba; que ensanchaba el círculo de sus ideas y de sus sensaciones, y lo hacía aspirar y presentir el supremo amor. *Finis musicae pulchri amor.* *

Manuel se sentía poeta, y la música era su idioma; idioma fácil, flexible y expresivo cual nunca lo será la palabra. El ciego se había olvidado de las lecciones del arte; pero esto no servía sino para hacer más original su estilo, más vehemente, más natural: el violín en sus manos era su corazón que vibraba.....!

La madre tuvo una enfermedad de riesgo, y Manuel y Rafaelita velaron juntos á su cabecera durante muchas noches.

Nada acerca más los corazones como una desgracia común: los jóvenes, á quienes la enfermedad de la anciana tenía consternados, se comunicaron sus temores y sus esperanzas: y á pesar de haber vivido juntos, de necesitarse el uno al otro, de ser hermanos por el alma, puede decirse que hasta entonces fué cuando se conocieron realmente.

La madre sanó; y la amistad tan nueva como tierna que se había formado entre sus hijos subsistió. Rafaelita, que había llegado ya á esa edad en que las mujeres comienzan á percibir su misión, sentía un verdadero placer en consolar á Manuel; y este, por su parte, gustaba de

* Aristid. pág. 130, edit. Meibom, cit. por el P. André, IV disc.

conversar con ella, no por lo que le decía, sino por oír el acento de su voz que tenía una armonía, un encanto indefinible para su alma..... Era la aurora del amor.....!

Dios ha puesto en el corazón de sus criaturas leyes y necesidades que es preciso satisfacer; y la más dulce y santa, la más vehemente y pura de ellas, es EL AMOR.

¡El amor, luz que ilumina, dice San Juan, á todo hombre que viene al mundo!

El amor, ley de progreso, ley de unión que liga á la creación entera y la atrae hácia el centro común que está en el cielo; ley de vida, porque el que no ama está en la muerte. *

¡El amor, sublime inquietud del alma, que se siente destinada á una felicidad desconocida, y de la cual tiene una idea indecisa como un recuerdo de otra época, como una promesa de inmortalidad, porque el amor no puede concebirse sin la eternidad!

¡El amor, germen divino que existe en las almas y las ayuda á salir del estado de embrión, atracción celeste, sol que ilumina la vida, anhelo, simpatía irresistible, que impele á las almas hermanas á buscarse para volar unidas á gozar de la beatitud eterna, misterio sacrosanto que se siente y no se explica.....!

Más temprano ó más tarde, llega siempre un momento en que el corazón siente el influjo de esta ley.

¿Cómo podía ser que aquellos dos niños, criados el uno para el otro, no llegaran á amarse algún día? ¿Era creíble que cuando viniera para ellos la estación del amor, fueran á buscar lejos lo que tenían junto de sí? Y luego, ¿cómo

* San Juan, epíst. I, cap. I.

habian de ir á buscar ese bien si no le conocian; si se amaban ántes de saber que existía el amor.....?

¡Manuel y Rafaelita se amaban: no me pidais que os analice el principio de este amor; buscadlo segun vuestras opiniones en la necesidad de amar del corazon humano; atribuidlo á la soledad en que los jóvenes vivian, á la desgracia que con tan estrechos lazos los unia, al parentesco ó *cohesion* de las almas entre sí, ó tal vez á la simpatía de la sangre que corria por sus venas; lo cierto es que se amaban y que ese amor que existía desde el corazon de sus padres, desde el seno de Dios, comenzaba á desarrollarse como el árbol que ya existía en la semilla!

¡Entonces fué cuando empezó á despuntar entre ellos esa amistad que abre nuevos horizontes al pensamiento, que lo baña de una luz clarísima, que hace animarse todo en torno suyo, y que sacando á la mente del limitado espacio en que ántes vegetara, la eleva de esfera en esfera, porque todo progreso es ascensional; esa amistad que regenera y fecunda nuestro sér, y que nos hace gozar de una especie de vida nueva.....!

«La división del amor profano y el amor divino, ha dicho una mujer notable, * es en cierto modo una división falsa de la metafísica.» En efecto, el amor, el verdadero amor no es ni puede ser mas que de una sola especie.

El hombre ha sido criado para el cielo. *Nostra conversatio in caelis est.* ** De ahí viene y allá vuelve despues

* Carolina Coronado. Los Genios Gemelos; paralelo entre Safo y Santa Teresa de Jesus.

** Sanct. Paul, Epist. ad Philipp., cap. III, v. 20.

que ha cumplido la revolucion á que las almas como los planetas, están sometidas.

El alma es soplo, emanacion del mismo Dios, * que contiene en sí el germen de su perfeccionamiento futuro, y que como un recuerdo del tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, como una promesa y un distintivo de familia, trae en el fondo de sí misma, como un espejo purísimo, una imágen, tipo de belleza ideal que siempre encontramos en nuestro corazon cuando la razon despierta.

Pero al alejarse de Dios, cual se debilitan los rayos de la luz, cuanto mas se separan del cuerpo luminoso, las almas descienden y se debilitan. Es que el Señor en su justicia y misericordia infinitas ha querido que cada alma se labre por sí misma su dicha para que sea capaz de apreciarla.

El verdadero amor no es ese sentimiento á que el mundo da ese nombre, porque las almas no tienen sexo.

El alma es una unidad, pero en el mundo no está completa.

¿No os ha parecido siempre que no vivíais mas que á medias, y que debíais de buscar fuera de vos alguna cosa que completase vuestra existencia?

¿No será formada *el alma* por el cruzamiento de dos rayos, como se produce la luz con el choque de dos corrientes eléctricas, emanados el uno del corazon, el otro de la mente de Dios; rayo de amor, rayo de inteligencia?

Y al descender al mundo, ¿no se separan los dos elementos? ¿no se dividirá el alma como una gota de agua en el espacio, conservando cada mitad sus cualidades? ¿no

* Génesis, cap. II, v. 7.

irá a buscar cada una de ellas la cubierta correspondiente? Yo creo que Dios lo ha permitido así para que exista en el mundo entre las almas esa fuerza poderosa de atracción, de cohesión diríamos, porque dos almas hermanas no hacen más que un todo.

¿Y no pensáis ahora que la mujer puede ser superior en corazón al hombre? ¿No es ella la que ha recibido el don del alma de amor, mientras que al hombre tocó el don del alma de inteligencia?

Ahora bien: ese tipo de belleza celeste y vago que hallamos en nuestro corazón, ¿no será por ventura la imagen de la otra mitad de nuestra alma, grabada en ese momento en que ambas estuvieron reunidas antes de venir al mundo? ¿no creéis que sea el signo, por medio del cual se deben reconocer algún día.....? ¿no sucede á los que han hallado su compañera, que les parece como que han visto ya otra vez á aquella mujer antes de conocerla, aunque no sea más que en sueños.....?

El amor, en tanto que humano, es la fuerza, la necesidad de las almas para completarse. Realizada esta divina comunión, el alma iluminada por su trasfiguración no obedece ya más que á la atracción de Dios, en el cual va á absorberse, no amándose entonces á sí misma, sino por Dios; último grado de perfección, al cual no sé, dice San Bernardo, si alguna persona llega en este mundo. *

Las almas acá en la tierra necesitan de este misterio de amor para desarrollarse; el ingenio sin amor es infecundo, ha dicho un célebre filósofo. Podría decirse que una alma sola en el mundo es un ser incompleto, un ru-

* San Bernardo, Epist. XI ad Guig. Prior, Carth.

dimento detenido en su desarrollo.....

Manuel y Rafaelita habían llegado á confundir sus almas en una sola, de tal manera que la una necesitaba de la otra como de una parte propia para existir: eran como dos rayos de luz que se mezclan, como dos vibraciones unísonas de una arpa que se confunden..... Hasta en sus fisonomías había llegado á existir esa semejanza que se forma entre las personas que viven largo tiempo unidas, y que suelen tener los mismos sentimientos, los mismos goces y á veces hasta las mismas ideas, fenómeno psicológico que la fisiología se encarga de demostrar: tan unidas así están en el fondo estas dos ciencias, que parecen las más opuestas. Semejanza que revela hasta dónde puede ir el amor, y que hace pensar á veces que el matrimonio de los corazones en este mundo no es más que el ensayo, el principio de una unión más perfecta, más absoluta en el otro, en esa celestial Jerusalén donde la Iglesia nos ofrece la «comunión de los santos y la vida perdurable.»

Naturalmente, sin esfuerzos, sin percibirlo casi, los dos jóvenes habían llegado á confesarse su amor: y ¿qué necesidad tenían de decirse lo que ya sabían? ¿para qué habían de emplear las palabras, lenguaje de los sentidos, cuando sus almas se entendían por medio de un idioma etéreo y espiritual?

Quédense enhorabuena los juramentos y las convulsiones de la pasión para ese otro amor bastardo, cuyo elemento está en la sangre y que vive de los sentidos.

El amor verdadero, el amor del alma, vive de sí propio

y pasa á través de la carne como la luz entre el cristal; no tiene palabras que lo expliquen, y su fruicion no por puramente espiritual, es ménos activa que la del otro amor.

Ese amor puro se comunica por emanaciones palpables tan solo para aquellos que se aman; especie de magnetismo misterioso, es una luz que solo para ellos brilla, de manera que dos séres pueden comprenderse á través del espacio y de la multitud, sin temor de que un tercero se mezcle entre ellos, ni su idioma vaya á despertar la imaginacion de otro, que para aquel á quien va dirigido. ¡Preciosa facultad! porque ¡cuántas ocasiones las almas hermanas no vienen ni á un mismo punto ni en una misma época.....? ¡Idioma indefinible que hace entenderse á veces á una alma por medio de divagaciones con la otra alma, que vive léjos, y con la cual debe reunirse en el cielo! ¿Qué otra cosa son esas simpatías que ligan á ciertas almas con séres que ya pasaron, que viven bajo otro cielo, ó tal vez con ese fantasma ideal sin nombre que viene á animar sus sueños.....?

Ese amor puro es un sentimiento que tiene mucho de religion y que participa de la eternidad, de la cual es un reflejo; es una amistad «casta y trasluminosa, por medio de la cual los espíritus se aman entre sí espiritualmente,» como dice San Agustin: * es una operacion del alma, semejante á la que los místicos llaman oracion de quietud, en la cual el espíritu está absorto y el corazon recibe los rayos de amor, devolviéndolos como un espejo de aumento, hasta que el alma se pierde en un profundo deliquio! es un amor que se alimenta de miradas, que vive de la ad-

* San Agustin, Confes., cap. II.

miracion; un amor que purifica el alma, que exalta la inteligencia, que regenera el cuerpo, que lo sublima hasta hacerlo digno de la resurreccion. Hay en la continencia algo de celeste que eleva al hombre, que hace mas claras y brillantes sus facultades y que comunica cierta transparencia á su cuerpo: * es que este, al contrario del otro amor, recoge dentro de sí, como en un foco, y no desparrama la suma de vitalidad que le há sido concedida!

Este es el mayor grado de perfeccion á que puede llegarse en la tierra. Entónces comienza el progreso ascendente sin mas prueba ni obstáculo, porque está terminada la revolucion mundana.

¡Amor sacrosanto que mira en la mujer no el cuerpo, sino el alma; el alma rayo de amor!

—¡Cuántas veces las almas hermanas al dividirse no van á animar los cuerpos que las tocan! ¡Cuántas veces al obedecer los cuerpos las leyes de atraccion á que tambien ellos están sometidos, hay repulsion en las almas! ¿No creéis que entónces pueda suceder que cuerpos distintos tengan almas de un mismo nombre?.....

Manuel definia de una manera admirable el amor que lo unía á Rafaelita, llamándola *la luz de su alma*. En las largas horas que pasaban juntos sin hablar, gozando tan solo con su presencia, el ciego casi veía con ella y por ella.

Él estaba humilde, atento, casi adorándola, porque sentía en su pecho que la mujer es un sér superior; y Rafaelita, con los ojos elevados al cielo, parecia aspirar esa luz que comunicaba al ciego!

* Joseph de Maistre.—Pascal.—J. J. Virey.—Esquiros, San Cyrilo, &c.

Así, Rafaelita se elevaba hácia Dios, llevando tras sí á Manuel.

El cuerpo de aquella era mas delicado; el de este mas terrenal: el de la primera era nervioso; el de Manuel sanguíneo.

¿No os parece que hay algunos cuerpos opacos, terrosos; así como hay otros, segun dice un estatuario moderno, David, que relucen con un brillo particular, como si su carne estuviera compuesta con átomos de mármol ó de diamante? * ¿No habeis encontrado alguna vez una de esas mujeres que parece que dejan un rastro de luz á su paso?..... ¿No creéis que esos sean ya séres perfectos, que solo aguardan el momento de ir á confundirse entre los ángeles sus hermanos?.....

Yo creo que esos cuerpos opacos son los que no se han purificado todavía; aquellos cuya alma apenas comienza á salir del limbo, retardada porque no ha hallado aún á su hermana, ó porque se ha dejado extraviar por el amor de los sentidos.

Porque así como el amor casto espiritualiza, el amor de los sentidos rebaja, animaliza, disminuye la personalidad y enturbia la esencia del alma.

Dios ha dado fuerzas terribles, halagos seductores á este amor, para que del combate resultara la virtud.

Pero ha querido que á medida que el alma se perfeccionara, robusteciéndose con el embate, los ataques fueran mas y mas impotentes hasta que llega el momento en que el alma contempla de léjos, sin que pueda llegar á ella, la borrasca.

* A. Esquiros. De la vie future.

Por el contrario, las almas que no combaten sucumben y degeneran. No vuelan al cielo, sino que están condenadas á volver á la tierra á comenzar su peregrinacion, hasta que triunfen del peligro, y hallen como un premio, el alma hermana que gime solitaria.

Los cuerpos transparentes son los que han salido ya fuertes con el combate, y cuya alma recoge dentro de sí la facultad de amar. Aquellos que experimentan ya esa sed de amor, esa necesidad de buscar una compañera que atrae á dos almas hasta que se confunden sus destinos.

¿Cuán raros son en el mundo los séres que se han visto exentos del combate!

Y ¿cuán inmensa es la bondad del Señor, que ha hecho necesaria esa lucha, que vigoriza é instruye el alma, porque sin ella, ¿no creéis que muchas almas que han comenzado ya su ascenso, sucumbieran á una prueba como un niño ignorante?.....

Los cuerpos radiantes son los que están animados por una alma que ha hallado su hermana, su mitad, su complemento; por una alma que ama, que se ha encendido, que se ha embebido en la luz del cielo y brilla como un fanal, para las almas que siguen su camino!

Ahora bien, ¿no os parece que hay una idea filosófica en pintar el amor como una llama?.....

Para las almas que siguen su camino, he dicho, porque las que no aman no pueden comprender lo que pasa en un mundo al cual aun no han llegado. Cuando la fé no alumbra los corazones, en vano se afana la razon por comprender.

El hombre animal no puede hacerse capaz de estas co-

sas, que son del espíritu, pues para él todas son una necesidad, y no puede entenderlas puesto que se han de discernir como una luz espiritual *que no tiene!* *

«Las almas puras, dice Mr. de Gerando, ** tienen entre sí un comercio íntimo y un idioma peculiar que el vulgo difícilmente comprende; algunos hombres salidos del vulgo no lo entienden, y por esto se creen con derecho para dudar de su sentido y de su valor.»

El año de 1846, Manuel y Rafaelita recibieron la bendición nupcial; poética y santa ceremonia que purifica los afectos humanos, que santifica las caricias, que liga desde este mundo á dos criaturas de tal manera, que no son ya dos, sino una sola carne, segun dice el Evangelio! Sublime alianza humana y divina: *Divini et humani juris communicatio.*

Entónces la madre, como el jornalero que ha cumplido su día, volvió sus miradas al cielo, y el Señor compadecido la llamó á su seno para reunir la allí con la otra mitad de su alma.

* Sanct. Paul. Epist. I, ad corinth. Cap. II, v. 14, version del padre Amat.

** Du perfectionnement moral, lib. II, sec. III, cap. II.

III.

¿QUÉ nombre le darémos en nuestro lenguaje á esa atraccion invencible y misteriosa, á esa simpatía que reúne en este mundo á seres homogéneos, si nos es permitido emplear esta voz de la ciencia?

«Este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar á los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algun modo, y podrá ser las ménos veces, acierte á que venga bien la comparacion.» *

En una de las pocas veces que Manuel ántes de su matrimonio entró en sociedad, se encontró con un jóven, casi un niño, melancólico y meditabundo, hácia quien se sintió singularmente atraído. ¿La causa?—No sabré decirlo, porque las leyes de la simpatía son oscuras y desconocidas.

¿Será que, como dice ese hombre admirable, Swedemborg, las almas exhalan en torno suyo una atmósfera par-

* Santa Teresa de Jesus, libro de su vida, cap. XI, 3.

sas, que son del espíritu, pues para él todas son una necesidad, y no puede entenderlas puesto que se han de discernir como una luz espiritual *que no tiene!* *

«Las almas puras, dice Mr. de Gerando, ** tienen entre sí un comercio íntimo y un idioma peculiar que el vulgo difícilmente comprende; algunos hombres salidos del vulgo no lo entienden, y por esto se creen con derecho para dudar de su sentido y de su valor.»

El año de 1846, Manuel y Rafaelita recibieron la bendición nupcial; poética y santa ceremonia que purifica los afectos humanos, que santifica las caricias, que liga desde este mundo á dos criaturas de tal manera, que no son ya dos, sino una sola carne, segun dice el Evangelio! Sublime alianza humana y divina: *Divini et humani juris communicatio.*

Entónces la madre, como el jornalero que ha cumplido su día, volvió sus miradas al cielo, y el Señor compadecido la llamó á su seno para reunir la allí con la otra mitad de su alma.

* Sanct. Paul. Epist. I, ad corinth. Cap. II, v. 14, version del padre Amat.

** Du perfectionnement moral, lib. II, sec. III, cap. II.

III.

¿QUÉ nombre le darémos en nuestro lenguaje á esa atraccion invencible y misteriosa, á esa simpatía que reúne en este mundo á seres homogéneos, si nos es permitido emplear esta voz de la ciencia?

«Este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar á los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algun modo, y podrá ser las ménos veces, acierte á que venga bien la comparacion.» *

En una de las pocas veces que Manuel ántes de su matrimonio entró en sociedad, se encontró con un jóven, casi un niño, melancólico y meditabundo, hácia quien se sintió singularmente atraído. ¿La causa?—No sabré decirlo, porque las leyes de la simpatía son oscuras y desconocidas.

¿Será que, como dice ese hombre admirable, Swedemborg, las almas exhalan en torno suyo una atmósfera par-

* Santa Teresa de Jesus, libro de su vida, cap. XI, 3.

ticular de amor ú odio, de atraccion ó repulsion? ¿Será que en la escala ascendente de los séres, los que pertenecen á una misma esfera, tengan un aire de familia que los haga reconocerse?

Entre Manuel y Lorenzo no tardó mucho en desarrollarse una amistad verdaderamente fraternal.

Lorenzo era un jóven alto, pálido, nervioso, en cuya frente se dibujaba esa sombra misteriosa que parece ser el presagio de una muerte prematura. Huérfano desde el momento en que vió la luz primera, y criado por personas extrañas, habia vagado por el mundo como un sér extraño y solitario. Era tímido como una doncella, melancólico como un ángel desterrado del cielo, delicado como esas flores de otro clima á las cuales hasta la luz ofende.

Manuel habia sido su primera afeccion; él fué quien vino á despertar su alma. En el comercio de aquellos dos corazones habia, pues, algo del amor que enlaza á la madre y al hijo.

Este cariño llegó á tal grado, el alma de Lorenzo se puso hasta tal punto acorde con la de Manuel, que así como la vibracion de una cuerda conmueve la que está unísona con ella, así el amor que el alma del ciego profesaba á Rafaelita, fué á reflejarse en el alma de Lorenzo. ¿No es así como se forman nuestras primeras afecciones de niños? ¿No es por una repercusion semejante, como se imprimen en nuestro corazon las simpatías ó antipatías de nuestros padres, de la madre especialmente.....?

Temo que los que no tienen mas universo que el de los sentidos, me tachen de oscuro ó visionario si les digo que

Lorenzo amaba de esta manera, á traves de Manuel, á Rafaelita, sin conocerla de vista; ¿pero no creéis que la esfera de accion del alma es mucho mas extensa que la de los sentidos.....?

Lorenzo no miró á Rafaelita sino hasta el dia en que asistió al casamiento de Manuel; hasta el momento en que vió sus almas lanzarse radiantes, transparentes, la una hácia la otra en las alas de la mística armonía del órgano, y luego volver mezcladas, confundidas como una lluvia de rocío celeste, á animar sus cuerpos que adquirian cierta diafanidad indescriptible á medida que el sacerdote deramaba sobre ellas su bendicion, como un rayo de luz del cielo!

Pero entónces Lorenzo sintió una cosa extraordinaria: le pareció como que su alma abandonaba por un momento el cuerpo é iba á mezclarse con las de Rafaelita y Manuel, á contraer con ellas un matrimonio espiritual. Y las almas de Lorenzo, de Rafaelita y de Manuel no formaban mas que un todo completo, armónico, homogéneo..... ¿No habeis tenido alguna vez un éxtasis semejante, al ser testigos de la dicha de un sér querido?

Rafaelita fué desde entónces una hermana para Lorenzo.

¿Será que á veces por un fenómeno se formen tres almas en una sola emanacion de Dios, y experimenten esta necesidad de unirse? ¿O será que de tiempo en tiempo el Señor permite esta clase de amores á ciertas almas solitarias, para que no desfallezcan en su larga peregrinacion, como dispone ciertas visiones ópticas para alentar al cansado viajero.....?

Era en verdad apacible la reunion de aquellas tres criaturas, que se entendian y gozaban muchas veces sin hablarse, porque no tenian necesidad de la palabra para comprender sus pensamientos, para participarse sus afecciones.

El amor que Lorenzo profesaba á Rafaelita era tan santo y tan puro, que no podia ofender á Manuel ni manchar á la jóven; un amor tan místico que hubiera podido existir en el alma de un sacerdote, sin tener que arrepentirse de él al acercarse á la mesa de los ángeles; un amor tan casto, que no conocia los celos.....

Para marcar mas aún la posicion relativa de cada uno de nuestros principales personajes, dirémos: que Manuel amaba á Rafaelita como á su apoyo en el mundo; Rafaelita amaba á Manuel como el ángel que descende del cielo para conducir allá á una alma; y Lorenzo amaba á Rafaelita como el sér solitario, sin compañía en el mundo, que levanta sus miradas al Señor y ve allí una imágen, y al bajarlos encuentra acá otra semejante, y ama á aquella en esta. Los dos primeros se amaban entre sí; el tercero los amaba en Dios, con ese amor que es el lazo de cohesion del cielo, donde todas las almas completas, sin perder, por un misterio sublime, su atraccion particular, se funden en una sola alma que al propio tiempo se absorbe en Dios y es su reflejo, su resplandor..... El amor es la mas grande recompensa del amor, dice San Leon el Magno. *

Empero cuando los tres jóvenes se reunian, se acorda-

* San Leon papa, serm. XC.

ban perfectamente sus almas; habia concierto entre ellas. La que estaba mas inferior se elevaba; la que poseía mayor suma de luz la repartía entre las otras, para que resultara la armonía, ¡origen del verdadero goce!

.....

.....



IV.

MANUEL se había adormecido tranquilo, confiado en la protección de Rafaelita.

Los años corrieron para él como una hora de amor; pero la felicidad acá en la tierra es de poca duración. La ventura constante y uniforme embotaría las facultades del alma, y la detendría en su ascenso. ¡Dios ha dispuesto el dolor como un revulsivo enérgico, como un gimnasio moral!

Los bienes de la familia, entregados por su venida á México á manos mercenarias, se desmembraron de una manera tan rápida y tan notable, que ántes de mucho tiempo la madre se vió obligada á realizarlos. Esto sin embargo, no mejoró la situación: la buena mujer, que veía á lo léjos levantarse el espectro amenazador de la miseria, quiso hacer productivos los restos de la fortuna; pero repetidas veces fué víctima de su candor y falta de experiencia.

Quando Rafaelita, por su muerte, le sucedió en la dirección de la casa, ya casi nada existía; no obstante, á fuerza de vigilancia y de esos esfuerzos inmensos en los cuales se conoce toda la energía de la mujer, logró hacer

frente á las necesidades por mucho tiempo. Pero llegó al fin la hora en que fué indispensable instruir á Manuel.

Era á principios de 1849.

El golpe que recibió el ciego fué cruel. ¡Despertar de un sueño de amor y de paz, para encontrarse frente á frente con la miseria, es en efecto cosa horrible!

¿Qué iba á hacer? Como todos los hombres de imaginación ardiente, Manuel se ponía en los extremos; no sabía reflexionar, solo sentía: se espantaba y gemía de desesperación al contemplarse ciego, impotente, sin conocimientos, sin modo alguno de evitar la desgracia que lo amenazaba. ¿Cómo podría ver padecer á Rafaelita? ¿Cómo la miraría careciendo de todas las comodidades de que el amor quisiera rodearla?

Entonces se acordó que era músico, y ébrio de gozo, cual si hubiera hecho un descubrimiento, corrió hácia su violín y lo estrechó contra su pecho como á un salvador.....

Rafaelita lo miró y lloró también de gozo, porque allí donde el ciego veía un recurso contra la necesidad, ella contemplaba un elemento de gloria; una aureola para la frente del hombre á quien en su amor quería ver sobre todos los hombres, aplaudido como un genio, reverenciado como una divinidad.

Entonces apareció Manuel ante el público como una notabilidad, y su estilo nuevo y original causó una sensación profunda, cosa harto rara en México, donde el mérito y el talento de los hijos del país es mirado con la mas cruel indiferencia.

El ciego llegó á convertirse en el ídolo de la moda. Su violín era un instrumento encantado que avasallaba los corazones, que iniciaba aun á los mas frios en los placeres del cielo, anegándolos, por decirlo así, en las melodías mas tiernas, mas sentidas, mas llenas de unción: eran notas aprendidas del murmurio de las brisas; eran pensamientos de amor traducidos en el idioma de los ángeles.

Semejante música abría un horizonte nuevo de sensaciones é ideas á los que la escuchaban; pero por desgracia era muy delicada para los oídos sensuales de la multitud. Pagaron con aplausos el mérito del artista; pero exigieron que descendiera hasta su nivel. He aquí cómo el ciego fué arrancado de la esfera en que vivía, para venir á respirar la pesada y deletérea atmósfera en que se agitaban sus oyentes.

El corazón del pobre músico, tranquilo y feliz hasta entonces, resintió aquel nuevo género de vida y se encogió; empezó á perder su antigua confianza, y fué adquiriendo poco á poco una sensibilidad enfermiza.

A los pocos meses, una alma delicada hubiera podido percibir cierta degeneración en la música del ciego: ¡se había humanizado!

Yo creo que en la música puede hacerse una división entre esa parte noble y elevada del arte, que conmueve dulcemente el alma y la hace gozar olvidándose de sí misma, y esa otra puramente material, que tiene influencia tan solo sobre los nervios; entre aquella que traduce las impresiones de un sér que se aísla, que se desprende de la tierra, y entre la que agita y pone en movimiento á la multitud frívola de un baile; entre la que se eleva

como una mística y santa oracion, y la que se arrastra por la tierra como una vibracion de placer.

Cuando Manuel hubo llegado á este punto, entónces fué cuando la sociedad lo comprendió. Pero esa música, que ántes era un bálsamo divino para sus dolores, una luz misteriosa que iluminaba su corazon, un idioma claro y simpático de sus sentimientos, en medio de la multitud se convirtió en un excitante extraño que lo llenaba de confusion, en un eco de pasiones y placeres que no comprendia.....!

¡Pobre Manuel! ¡Por todas partes era solicitado; no habia fiesta completa sin él; pero los aplausos que alcanzaba no lo satisfacian, y cuando volvía á su casa se dejaba caer fatigado, lloroso, con fiebre! ¡Al despertar en medio de la multitud, al descender de su esfera, se halló verdaderamente ciego, mas ciego que ántes; y su corazon se golpeaba dentro de las paredes que lo encerraban y comprimian, buscando en vano un rayo de su antigua luz, algo de su pasada atmósfera.....! Y cuando gemía de esta manera, el mundo aplaudia en su derredor, y la juventud lasciva y ébria le demandaba canciones de amor y placer..... ¡y el hombre desgraciado, venciendo el pudor del alma que sufre, tenía que convertir los gemidos de su angustia en notas suaves y voluptuosas, hasta que sus lágrimas laxaban las cuerdas del violin!

¡Horrible posicion! ¿No habeis pensado nunca en que ese hombre á quien convertís en instrumento de vuestros placeres, tiene tambien un corazon dentro del pecho y sangre en sus venas? ¿No creéis que el ruido y la em-

briaguez de la fiesta han de turbar la calma de sus sentidos.....?

Yo creo que el músico hubiera podido muy bien conservar su antigua posicion, adquirir en aquel combate nuevas fuerzas para elevarse mas y mas; pero se dejó resbalar al principio, y luego no pudo detenerse en el plano inclinado. No meditó lo que iba á hacer, ni supo comprender despues su posicion. Dios ha hecho á la naturaleza débil; mas le ha dado la razon para dominarla, fortalecerla y guiarla: miéntras el hombre no abdica su razon, los dolores y los peligros no sirven sino para purificarlo, para fortalecerlo, para elevarlo; pero cuando se deja abatir por las pasiones *depresivas*, entónces se debilita y cae.

El dolor es una escuela de perfeccion, pero cuando se le sabe comprender, cuando se sabe apreciar la mision que el Criador le ha impuesto. El sufrimiento sin la razon seria un exceso inútil de crueldad: la razon sin el sufrimiento, seria un poder inerte é inútil. Aquella sin este, ó este sin aquella, quitarian á la humanidad su gran resorte, y la dejarian sometida á la ciega fatalidad ó la predestinacion.

.....
Rafaelita conoció con terror, que léjos de haber hallado Manuel una distraccion en aquel género de vida, se habia lanzado en un abismo. Quiso retirarlo; mas ya era tarde. El ciego, entregado á excitaciones contrarias, experimentaba la necesidad fatal de la embriaguez; caido de su antigua elevacion, sentia un vacío en sus sensaciones, y buscaba aquellos sacudimientos que podian aturdirlo.

Pero un estado tan violento no podia durar mucho sin

dañarle profundamente. El ciego comenzó á debilitarse á grande prisa: habia ocasiones en que de una especie de delirio caía en un sueño letárgico; otras, de un estado completo de atonía pasaba á una inquietud enfermiza, y el resultado de esto era que cada vez se le hacia mas difícil recobrar el imperio de sí mismo y verificar una reaccion intelectual.

Entónces la inteligencia entre las tres almas comenzó á enturbiarse. No habia aún ningun elemento extraño entre ellas; pero la turbacion de la de Manuel se reflejaba de tal manera en las otras, que todas se hallaban agitadas como una agua cristalina, que sin perder nada de su transparencia, quiebra y confunde los rayos de la luz.

Rafaelita, cuyo tierno y amante corazon no podia ménos de conmoverse con los dolores del ciego, lo acompañaba á todas partes sirviéndole de sosten, de guía, de consuelo. Como una madre que vigila á su hijo enfermo, lo atendia en todo y se desvelaba por prevenir hasta sus mas leves deseos; á veces era tanta su preocupacion, que ni aun percibia las palabras que la dirigian.

Manuel no habia dejado de amar á aquel ángel; su pasion no habia sufrido el mas leve menoscabo; el ciego no deseaba nada, ni aun pensaba qué mas podria desear; y sin embargo, habia momentos en que su corazon anhelaba algo desconocido y vago para él..... Era la reaccion de su naturaleza dominada por tanto tiempo y suelta en estos últimos meses; era la fiebre oscura y torpe de la sangre: *anima carnis*.

«El que es débil todavía en la vida espiritual—dice el autor del libro divino de la *Imitacion de Jesucristo*;—el que en cierta manera no se ha desprendido aún de los lazos carnales, ni ha logrado que el hombre espiritual domine al hombre terrestre, tiene mucho trabajo en desprenderse enteramente de los deseos y las influencias del cuerpo.»

Manuel se sentia agitado, inquieto, pero no conocia el remedio de su mal; sufría un malestar, y no hallaba el sitio del dolor..... ¡Era la aurora del sensualismo.....!

Este amor de los sentidos, pues que á falta de otro nombre tenemos que darle este, tiene tambien sus leyes y sus atracciones. En el universo todo tiene relacion, como los círculos que se forman y se ensanchan sobre el agua. Pero sucede que así como el uno concentra el alma en un punto para elevarla, así el otro la esparce, la abate, por decirlo así, para hacerla ir á animar los sentidos inferiores, teniendo por agente de su vitalidad á la sangre. ¡Por esta razon, la aurora que en el uno es dulce, suave, apacible como los primeros albores de la mañana que empiezan á disipar las sombras, en el otro es agitada, indefinible, sofocante, como los anuncios de la tempestad, como el principio de la fiebre!

Manuel era casto é ignorante como una vírgen. ¡El amor de Rafaelita, todo del alma, no habia despertado sus sentidos; pero esta misma calma le era al presente funesta, porque habia condensado en aquellos tal suma de vitalidad, que el momento de despertar iba á ser terrible!

Yo creo que este es el gran peligro que trae consigo la profunda ignorancia en que algunas personas quieren man-

tener á los jóvenes sobre ciertos puntos, creyendo sea este el medio mejor de conservar pura su alma.

Enhorabuena que se observe una casta reserva con las mujeres; su naturaleza, en las condiciones comunes, es mas débil, al paso que su alma es mas espiritual, mas propia para elevarse; pero en cuanto á los hombres, pienso que es necesario darle alguna luz á su entendimiento para prepararlos al combate. De otra manera, en la hora terrible sucumben indefensos.

La elevacion del espíritu es una obra de esfuerzos; la pureza es un premio concedido al luchador infatigable!..

.....
¿Qué se habian hecho aquellas horas en que una muda contemplacion reunia las almas de Rafaelita, de Lorenzo y de Manuel; en que el ciego se sentia alumbrado, como si la presencia de la jóven fuera un rayo de sol que penetraba hasta el fondo oscuro de su corazon.....?

Ahora el malestar se iba haciendo general y cada dia mayor: el alma de Manuel, como un instrumento destemplado, no vibraba acorde con las demas; Rafaelita estaba triste; Lorenzo sentia la influencia de aquella falta de armonía, y empezaba á sentir ese vacío, ese anhelo indefinible que llaman celos; pero celos no por él, sino por los otros.

La penetracion de una alma iluminada por el amor es asombrosa. Rafaelita fué la primera que leyó en el corazon de Manuel. El ciego amaba á otra mujer; y sin embargo, conocia que el amor que á ella le profesaba era siempre el mismo. ¡Cosa extraña! Eran dos sentimientos

que existian al mismo tiempo, sin destruirse el uno al otro!.....

Un descubrimiento semejante hizo una impresion viva y profunda en la pobre muchacha, que amaba al ciego con todas sus potencias; lloró muchísimo, y la enfermedad de corazon que habia heredado al nacer como un presente de muerte, empezó á desarrollarse.

Era para Rafaelita tan cruel la idea de perder el amor de Manuel, que no podia convencerse de la realidad. El ciego la amaba como siempre; estaba triste, inquieto cuando ella estaba léjos: la jóven no podia desconocer esto; sentia igualmente reflejarse su imágen en el bienestar de Manuel; pero ¿cómo no conocer tambien la influencia extraña de un nuevo sentimiento en el corazon de su marido? A veces creía equivocarse, y entónces se echaba en cara como un crimen dudar de su amor. ¿Quién podia venir á disputarle el corazon de Manuel? ¿Qué imágen podría grabarse allí, si el infeliz era ciego, si no podia conocer otra mujer?.....

Entretanto, como el sol cuando se envuelve en nubes, se oscurecia cada momento mas y mas la inteligencia de aquellas almas. Ese amor de los sentidos debe ser una cosa bien impura, cuando así podia trastornar aun á almas que estaban libres de sus vapores.

Rafaelita seguia con toda la solicitud de una amante, todos los movimientos reflejos del alma de Manuel; pero nada descubria. ¿No sentimos así á veces pasar en torno de nosotros una corriente eléctrica, sin que esté en nuestras facultades palparla?.....

Una noche, era por el mes de Agosto, en que ambos se

hallaban en una casa que visitaban con frecuencia, la de D. Diego de Mirafuentes, rico solteron que habia venido á pasar una temporada en México. Rafaelita notó que de tiempo en tiempo Manuel se ponía encendido. Esta circunstancia era insignificante, pero á ella le llamó por instinto la atencion.

Don Diego tenia una hermana, Dolores. ¿Esta era la que ocupaba una parte del corazon del ciego? ¿Pero cómo, si Dolores era muy orgullosa y apenas habia hablado unas cuantas ocasiones al músico?..... Y luego, Rafaelita la miraba con cuanta atencion é imparcialidad le eran posibles; hacia un esfuerzo para dominar su sentimiento, y no acertaba á descubrir en ella una belleza que fuera capaz de conmovier un corazon como el de su marido. La jóven era de una naturaleza muy casta, muy escogida, para poder comprender esa otra hermosura magnética, embriagadora, que influye sobre la sangre.....

Rafaelita quedó de nuevo hundida en sus dudas: solo que ahora su pensamiento tenia un punto á donde dirigirse.....

Mas no tardó mucho en llegar uno de esos acontecimientos que hacen vibrar ante la razon la luz de la evidencia.

El lúnes 12 de Noviembre era el cumpleaños de D. Diego, y este acontecimiento se solemnizaba en su casa con una de esas fiestas á que son tan afectos los hombres de fuera de México.

D. Diego era un hombre bastante pequeño de cuerpo, que representaba cincuenta años, cuando no habia cumplido aún los cuarenta. Era uno de esos séres degenera-

dos, que viven en medio del mal, como ciertos insectos que vemos agitarse en el fango: era uno de esos solterones perversos, frios, supersticiosos, que no tienen idea alguna de la virtud, porque ya no tienen alma, y que con solo su aliento manchan á una mujer..... Pero D. Diego tenia dinero y ocupaba uno de los mejores puestos en la sociedad.

El salon estaba adornado con lujo, y la concurrencia era numerosa y brillante.

La llegada del músico y de Rafaelita fué acogida con un murmullo de aprobacion, y todas las miradas se clavaron en la jóven, que estaba hermosísima con un sencillo vestido de muselina blanca y sin mas adorno que una rosa té entre sus cabellos castaños, finos y brillantes como la seda.

D. Diego corrió hácia ella y quiso conducirla á una silla; pero Rafaelita le dió las gracias con aquella dulce amabilidad que formaba la base de su carácter, y continuó guiando á su marido, cuyo brazo estrechaba con angustia porque Manuel empezaba á sentirse muy agitado por aquellas corrientes misteriosas que ella no comprendia.

Durante la primera parte de la noche nada hubo de particular. El baile y la música habian conmovido todos aquellos corazones gastados, y reinaba entre la concurrencia esa animacion facticia que es el encanto de los bailes.

Todos los ojos estaban brillantes, todos los pechos fatigados, todos los labios entreabiertos; tan solo Rafaelita permanecia tranquila é indiferente á lo que la rodeaba,

porque concentradas sus facultades en Manuel, seguía con atención absoluta todos los movimientos de su corazón.

Y sin embargo, Rafaelita á su turno era el objeto de la atención interesada de varios de los concurrentes, D. Diego el primero, que había concebido por ella un deseo vehemente, y que como las demás creía su conquista fácil.

La indiferencia de la jóven, esa indiferencia desdeñosa que ni siquiera percibe el peligro, había excitado el amor propio del solteron; así es que mientras aquella trataba de leer en el corazón de su marido, D. Diego buscaba en su mente un proyecto para separarla por un momento del músico. ¡La trama del drama silencioso, pero terrible, que iba á comenzar, empezaba pues á enredarse!

Rafaelita experimentaba un disgusto y un malestar profundos al hallarse en medio de aquella reunión; su arco delicado percibía la discordancia de sus voces, como su alma conocía la falta de unión de aquellos seres. Esto es lo que el vulgo llama misantropía en las almas elevadas que no pueden hallar placer en el concierto destemplado de mil voces, mil deseos diferentes, egoistas y fríos; y que saben percibir la trama grosera que une á esa reunión, como el ojo del artista percibe los trazos del dibujo mal acabado. Rafaelita pensaba que á veces es tan desagradable el comercio de los hombres, que si no fuera por esa facultad preciosa que poseemos de aislarnos por dentro de nosotros mismos, bien pronto la vida sería insostenible; y esta idea la hacía afirmarse mas y mas en la creencia de que hay un mundo superior, espiritual, con el cual está en comunicación el alma, aun desde este mundo.

En esto Dolores se dispuso para cantar, y D. Diego, poco fecundo en planes, aprovechó inmediatamente la ocasión, invitando á Manuel á que acompañara á su hermana.

¡Era la hora de la lucha! ¡esa hora que siempre llega, y que hace concebir la idea de la fatalidad!

Rafaelita sintió un dolor agudo y frío; y Manuel, con el corazón agitado, se levantó tomando un violín que le ofrecieron.

Dolores era una mujer de treinta y dos años, blanca, fresca y robusta. Fué casada, y con el matrimonio adquirieron todas sus formas, pero con especialidad el pecho y el cuello, cierta morbidez que daba mucha seducción á su persona. No era bella en el sentido que los filósofos, los poetas y los hombres de gusto elevado dan á esta palabra; pero era hermosa, agradable, atractiva: era, en fin, una de esas mujeres que parecen criadas para inspirar pensamientos voluptuosos; tenía esa magia que fascina los sentidos, que excita los instintos obtusos de la sangre.

Era uno de esos cuerpos mates, opacos, que revelan una alma que se ha *viciado*, si se nos permite emplear aquí ese término vulgar aplicado á las plantas que no han dado fruto, sino que por el contrario se extienden frondosas y robustas sobre la tierra.

—Pero Manuel no conoce el acompañamiento de esa canción, dijo Rafaelita, para quien en aquel incidente se jugaba nada ménos que su reposo.

—Es cierto, contestó con indiferencia Dolores, cuya alma vulgar estaba tan distante de la elevación y el per-

feccionamiento del espiritualismo, como de esa perversidad que se recrea en el mal.

Y se disponía á buscar otro músico que la acompañara, cuando Manuel, que se hallaba bajo su influencia, la detuvo balbuceando:

—No es un inconveniente.....

—¡Daria vd. una prueba de su habilidad, siguiendo la voz! exclamó D. Diego con objeto de excitarlo.

—¿Se atreveria vd? preguntó Dolores, clavando sus ojos negros y ardientes como una llama, sobre la frente del ciego, como para conocer toda la medida de su talento. Es una canción muy hermosa que me ha dedicado uno de los jóvenes poetas de México, añadió con coquetería.

Rafaelita estrechaba convulsivamente el brazo de su marido, y le pedia á Dios un milagro para arrancarlo del peligro; pero el ciego, completamente fascinado por la mirada, cuyo poder habia sentido hasta el fondo del pecho, apartó á Rafaelita y se adelantó hácia Dolores diciéndola con voz alterada:

—¡Oh! cante vd..... ¡cante vd.....!

Este altercado, la singular proposición del músico, y la influencia que la hermosura de Dolores ejercía sobre todos aquellos seres vulgares y carnales, fueron causa de que se interesara vivamente la curiosidad general.

Reinó un profundo silencio, y Dolores, sonriéndose, y paseando su vista por el salón como si buscara á alguno, comenzó así:

Breves son del placer los momentos,
Los del tédio larguísimos son..... *

Manuel, con la frente erguida y lleno de animación el rostro, escuchó por un momento aquella voz tibia y aterciopelada; y ántes de que concluyera el primer verso, ya su violín la seguía fielmente.

Cantos, flores, licor y placeres,
Ilusion, algazara y festin;
Lindos ojos de bellas mujeres,
Luz y amor, que gozar es vivir!

Era una canción extraordinariamente voluptuosa, que hacia palpar de placer los labios de la viuda.

De la música al eco sonoro,
Se confundan en giro veloz,
De las bellas el férvido coro
Y la voz del amante cantor.

El órgano de Dolores era de corta extensión, pero lleno, dulce y acariciador como un beso. No era una de esas voces blancas, cristalinas, que se elevan hasta la pasión, como la de Rafaelita, y que penetran hasta el alma como un dardo de acero; era por el contrario una voz mate, amarillenta, llena, como el sonido del bronce, que no expresaba mas que la voluptuosidad, y que de los oídos

* Estos versos son tomados de una canción compuesta por nuestro amigo el joven poeta don Luis G. Ortiz.

se difundía por los nervios, como un baño de placer y sensualidad.....

La voz de la viuda temblaba cada vez mas de emocion.

Manuel hacia prodigios en su violin. Era una lucha de habilidad, en que el artista derramaba á torrentes la armonía, haciendo resaltar á la cantatriz.

En los brevísimos instantes en que la una y el otro callaban, no se oía en toda la sala mas que la respiracion agitada y ardiente de los oyentes.

Manuel sentia dentro de sí convulsiones extrañas y sensaciones desconocidas.....

Rafaelita, que tenia clavada la vista en el ciego, vió encenderse su rostro, abrirse sus labios para aspirar aire que refrescara su pecho, y miró en su frente, tan tranquila siempre, tal agitacion, que no pudo contener sus lágrimas. Entónces D. Diego, á fuer de hombre galante, pasó su brazo por entre el suyo y la arrastró suavemente. La pobre jóven, enervada por el dolor, se dejó conducir como una masa inerte.

De la hermosa, en los labios de grana,
Sacie el hombre lascivo su sed,
Y que lo halle al lucir la mañana,
Desmayado de amor y placer.....!

¿Habrà pluma que pueda pintar esas sensaciones vagas, y sin embargo poderosas, de un sér vírgen que por primera vez comienza á aspirar el perfume deleitoso de la copa del placer.....? Manuel sentia dentro de sí el ruido sordo de su sangre, que corria como un torrente que ha

roto sus diques. Su razon se iba oscureciendo, y le parecia como que la atmósfera tomaba cuerpo y pesaba sobre el suyo.

¿No creéis que hay momentos en que el aire que se respira, lleno de luz y de aromas, húmedo con el aliento de tantas personas reunidas, cargado de diferentes emanaciones sensuales, obra directamente sobre los nervios y embriaga y fascina.....?

Y embebida en las dulces caricias
Del amante que causa su afan,
Ella pague con dulces delicias
Los halagos que tierno le da.....

¿No creéis que la carne tiene su alma, la sangre sus necesidades, sus instintos, sus simpatías.....?

Y arrancando la bella guirnalda
Que aprisiona su cándida sien,
Deje libre flotar por su espalda
Su cabello bañado en clavel;
Y rasgando la gasa, que el pecho
Palpitante de amor ocultó,
Brinde al jóven feliz, blando lecho
Do mitigue su férvido ardor.....

Manuel, lanzando un grito agudo, nervioso, cayó de rodillas ante aquella mujer, Eva tentadora que lo arrancaba de su esfera, para lanzarlo en un mundo nuevo. Tendió los brazos buscando á Dolores, pero no encontró

mas que el vacío, el horrible vacío; luego llevó con desesperación las manos á los ojos, como para arrancarse la venda fatal; y al último, obra todo de un instante, estrellándose contra la inexorable realidad que lo encadenaba, cayó sin sentido.

En aquel momento postrero en que su razón sucumbía, oyó un grito de Rafaelita, y al mismo tiempo, casi diríamos miró, porque la intuición es á veces demasiado poderosa, á Dolores que se dirigía rápidamente y radiante de gozo, á un joven que estaba en el salón: era Lorenzo.....!

Cuando Manuel, al día siguiente, volvió en sí, se encontró con Rafaelita y Lorenzo que vigilaban su sueño al lado de la cama.

Débil y rendido como después de una lucha, el ciego no tenía fuerzas para moverse; ofuscada su razón por la violencia de las impresiones, parecía despertar de una pesadilla; y fluctuando entre la vigilia y ese sueño pesado y fatigoso que sucede á las crisis nerviosas, su imaginación solamente conservaba recuerdos truncos y terribles.

V.

LOS días que se sucedieron á la escena que hemos referido al principio de esta historia, fueron tristes, silenciosos, opacos, eternos para la familia del ciego.

Manuel permanecía encerrado en su aposento, Rafaelita, inquieta, enferma, vagaba por la casa con esa agitación de una persona que no halla consuelo en ninguna parte; Lorenzo, taciturno, sombrío, contemplaba el dolor de aquellos dos seres queridos, y tenía deseos de morir, porque se sentía huérfano y abandonado sin el amor de Manuel y de Rafaelita. En los breves instantes que el joven estuvo en el baile, había hecho descubrimientos terribles que más y más lo disgustaban de la vida. Como si su alma no hubiera podido salir inmaculada de aquel lugar, al ver que otro hombre se atrevía á querer á Rafaelita, á esa mujer á quien él adoraba de rodillas sin atreverse ni aun á ofenderla con el pensamiento, había sentido encenderse en su pecho la llama de los celos! ¡Él, tan puro, tan lleno, de abnegación; él, que veía con tanto regocijo el amor de Rafaelita y de Manuel, contentándose con vivir de los reflejos de aquella luz, tenía celos desde esa hora mil veces maldita.....!

mas que el vacío, el horrible vacío; luego llevó con desesperación las manos á los ojos, como para arrancarse la venda fatal; y al último, obra todo de un instante, estrellándose contra la inexorable realidad que lo encadenaba, cayó sin sentido.

En aquel momento postrero en que su razón sucumbía, oyó un grito de Rafaelita, y al mismo tiempo, casi diríamos miró, porque la intuición es á veces demasiado poderosa, á Dolores que se dirigía rápidamente y radiante de gozo, á un joven que estaba en el salón: era Lorenzo.....!

Cuando Manuel, al día siguiente, volvió en sí, se encontró con Rafaelita y Lorenzo que vigilaban su sueño al lado de la cama.

Débil y rendido como después de una lucha, el ciego no tenía fuerzas para moverse; ofuscada su razón por la violencia de las impresiones, parecía despertar de una pesadilla; y fluctuando entre la vigilia y ese sueño pesado y fatigoso que sucede á las crisis nerviosas, su imaginación solamente conservaba recuerdos truncos y terribles.

V.

LOS días que se sucedieron á la escena que hemos referido al principio de esta historia, fueron tristes, silenciosos, opacos, eternos para la familia del ciego.

Manuel permanecía encerrado en su aposento, Rafaelita, inquieta, enferma, vagaba por la casa con esa agitación de una persona que no halla consuelo en ninguna parte; Lorenzo, taciturno, sombrío, contemplaba el dolor de aquellos dos seres queridos, y tenía deseos de morir, porque se sentía huérfano y abandonado sin el amor de Manuel y de Rafaelita. En los breves instantes que el joven estuvo en el baile, había hecho descubrimientos terribles que más y más lo disgustaban de la vida. Como si su alma no hubiera podido salir inmaculada de aquel lugar, al ver que otro hombre se atrevía á querer á Rafaelita, á esa mujer á quien él adoraba de rodillas sin atreverse ni aun á ofenderla con el pensamiento, había sentido encenderse en su pecho la llama de los celos! ¡Él, tan puro, tan lleno, de abnegación; él, que veía con tanto regocijo el amor de Rafaelita y de Manuel, contentándose con vivir de los reflejos de aquella luz, tenía celos desde esa hora mil veces maldita.....!

Manuel pasaba noches enteras llorando con su violín, único amigo á quien se atrevía á revelar sus dolores, sus dudas, sus deseos; pero siempre concluía, frecuentemente sin quererlo, por repetir la cancion de Dolores; esa cancion fatal, que con su armonía voluptuosa renovaba sus angustias..... ¡Entónces, agitado, tembloroso, inyectados en sangre los labios, perdía la razon, arrojaba el instrumento y corria como frenético de un extremo á otro de la pieza, cual si quisiera huir de sí mismo!

La voz suave, aterciopelada de la viuda, zumbaba incessantemente en sus oidos, y el ciego la sentia como un soplo tibio y perfumado que lo hacia estremecerse de placer.....!

¡Amaba, sí! Habia llegado, al fin, á convencerse de esta horrible verdad; pero era aquel un amor extraño y delirante que en nada se parecia al que profesaba á Rafaelita, el cual crecia en medio de estos mismos combates.

¡Hubo momento en que Manuel tuvo una aprension verdaderamente espantosa, y se llevó las manos al pecho para saber si tenia dos corazones, que acordes hasta entónces, acababan de separarse por un fenómeno; porque se le figuraba imposible que en uno solo pudieran caber aquellos dos amores tan distintos, tan contradictorios, sin dañarse el uno al otro!

¡Amaba á Dolores! ¡Extraño misterio del corazon! La amaba, y ni siquiera la conocia; mas hubiera adivinado su presencia entre mil.....—La sintió pasar á su lado y se estremeció, porque este amor es un verdadero fenómeno fisiológico; experimentó una vez el contacto de su piel sedosa, eléctrica, y su sangre se inflamó; oyó su voz, y

su corazon presintió placeres nuevos; despertaron entónces sus sentidos, y la amó, la amó.....! ¿No creéis que hay momentos en que se separan así el alma y el corazon.....?

¡Y en medio de esta angustia, cuando trataba de negarse á sí propio que pudiera amar á aquella mujer, recordaba su última impresion al caer desmayado, y tenia celos de Lorenzo! ¡celos terribles, brutales de todo el mundo, porque todos tenian ojos para ver, para devorar á Dolores, y él no podia ni aun mirarla.....! ¡Oh! cómo aborrecia entónces á los hombres; cómo hubiera querido anadar á Lorenzo, aunque hubiese muerto con el mismo golpe, porque amaba entrañablemente al jóven.....!

Semejantes inquietudes no daban otro resultado que aumentar su mal de una manera extraordinaria; pero el corazon es como los niños: decidles cuando sufren que la tranquilidad los salvará!—Mientras mayores esfuerzos hacia por olvidar aquellas impresiones, mas profunda era la huella que en su imaginacion cavaban.

Era cosa indudable: el ciego amaba con la sangre á Dolores, así como amaba con el alma á Rafaelita; pero hé aquí que como el asiento de todos los sentimientos se encuentra en el corazon; el de Manuel, vírgen y enérgico, era el teatro de dos amores opuestos.....

Cruels y terribles eran las horas de delirio que el músico sufría, fluctuando entre aquellos dos sentimientos, atraído por ambos, repeliendo sucesivamente al uno y al otro sin saber á punto fijo á cuál, y padeciendo mucho mas, porque excitado su corazon en tan singular lucha, cada amor parecia crecer con las fuerzas de su anta-

gonista, y hacerse á su turno, mas grande, mas seductor, mas impetuoso.....!

«Cada vez que el hombre concibe un deseo desordenado, inmediatamente cae en la inquietud.

«No hay paz en el corazon del hombre carnal; no la puede haber en el hombre consagrado á las cosas exteriores; este divino bien no se encuentra sino en el hombre ferviente y espiritual.» *

En efecto, tanto como es tranquilo, apacible, estático el amor verdadero, espiritual, así es convulso, tempestuoso este delirio de la sangre. ¿No son estos caracteres la prueba que revela mejor sus diversos destinos.....?

El ciego huía de todas las miradas, porque creía que quien lo viese, luego leería en su rostro su culpable pasión. No salía de su aposento, y el silencio y la soledad exacerbaban sus dolores. Sufria respirando léjos de Rafaelita, y no quería tenerla á su lado por temor de ofenderla; la adoraba como nunca, y presentía que si la tuviera cerca la rechazaría.....!

Rafaelita por su parte interpretaba aquel inusitado alejamiento, y lloraba desconsolada creyendo haber perdido el amor de Manuel, ese amor que era una necesidad vital de su existencia.

Separada del lado de su marido, ella, que hallaba en su alma una fuerza sobrenatural para sostener, para consolar á aquel hombre, se encontraba entónces viuda, débil, sin apoyo, y todo la espantaba. La declaracion de amor de D. Diego, á la cual ni siquiera dió oído la noche del baile, porque su imaginacion estaba pendiente del

* Imitacion de Jesucristo, lib. I, cap. VI.

canto de Dolores, poco á poco se fué fijando en su mente como esos caracteres escritos con tinta simpática, que aparecen en un momento fatal; y la desgraciada muchacha, al considerar en las intenciones de este sér maligno, á quien habia desdeñado porque se sentia fuerte con el amor de Manuel, se llenaba entónces de un terror profundo y nervioso. El primer efecto de estos grandes pesares es acobardar y comprimir el ánimo.

Todo lo sentia Rafaelita vacío y muerto á su alrededor, como si su corazon hubiera cesado de latir al mismo tiempo: y sin embargo, ¡cuánto sufría en medio de aquel aniquilamiento!

«Si mi alma no está contigo, pensaba la jóven recordando las palabras elocuentes de una mujer célebre por su amor; si mi alma no está contigo, no puede estar en ninguna parte, porque es imposible que exista sin tí.» *

Velando al pié de la cama del ciego, Rafaelita oyó todo el delirio; y aquellas palabras inconexas, pero ardientes, acabaron de revelarla toda la verdad funesta.

La soledad y el aislamiento fueron tambien terribles para ella. Comparóse le desgraciada con Dolores para adivinar qué podia haber en ella que cautivase á Manuel, y su dolor engrandeció á la viuda. ¡Hay siempre en la vida de las mujeres un momento solemne, decisivo, en que acuden á su espejo!

Entónces Rafaelita se creyó un obstáculo para la felicidad del músico, y con el alma llena de amargura le pidió á Dios la muerte. Amaba tanto á su marido, que quería hacerle el sacrificio de su vida para verlo dichoso.

* Carta de Heloisa á Abelardo.

¡Era lo último que podía darle, ella que le había dado su juventud, sus placeres de niña, su alma entera!

Pero notó entonces, á medida que la reaccion se operaba, que no por tanto sufrir se llegaba á morir, sino que por el contrario, las facultades del entendimiento, las potencias del alma se engrandecian en medio del dolor; y entonces comprendió que la muerte es un beneficio, y que ese desarrollo de sus facultades hace mas sensible á la criatura los dolores.

En este estado de agitacion moral pasaron algunos dias.

VI.

LA repentina retirada de Manuel de las reuniones en donde era el primer elemento de placer, causó una profunda y general sensacion. Durante los primeros dias, todos los que alguna vez habian aplaudido al simpático artista tuvieron á punto de honor informarse de su salud; pero la terquedad con que el ciego se rehusaba á recibir las visitas que se le hacian, y mas que todo, los dias que fueron trascurriendo, hicieron que cayera en el mas completo olvido. El mundo no es tan pronto en elevar un ídolo, cuanto en olvidarlo; y la indiferencia que sucede á esas popularidades de un dia, es impasible y terrible como la muerte.

Esto era precisamente lo que aguardaba D. Diego, personaje secundario y nulo en nuestra historia, pero que sirve en ella como uno de tantos resortes involuntarios que vemos figurar en el mundo, y cuya accion no se conoce sino cuando ya han dado el impulso que la suerte les encomendara; cuando el hombre dice gimiendo entre sí: ¡si no hubiera existido!.....

Hombre sin corazon, frio egoista, D. Diego sabia cal-

¡Era lo último que podía darle, ella que le había dado su juventud, sus placeres de niña, su alma entera!

Pero notó entonces, á medida que la reaccion se operaba, que no por tanto sufrir se llegaba á morir, sino que por el contrario, las facultades del entendimiento, las potencias del alma se engrandecian en medio del dolor; y entonces comprendió que la muerte es un beneficio, y que ese desarrollo de sus facultades hace mas sensible á la criatura los dolores.

En este estado de agitacion moral pasaron algunos dias.

VI.

LA repentina retirada de Manuel de las reuniones en donde era el primer elemento de placer, causó una profunda y general sensacion. Durante los primeros dias, todos los que alguna vez habian aplaudido al simpático artista tuvieron á punto de honor informarse de su salud; pero la terquedad con que el ciego se rehusaba á recibir las visitas que se le hacian, y mas que todo, los dias que fueron trascurriendo, hicieron que cayera en el mas completo olvido. El mundo no es tan pronto en elevar un ídolo, cuanto en olvidarlo; y la indiferencia que sucede á esas popularidades de un dia, es impasible y terrible como la muerte.

Esto era precisamente lo que aguardaba D. Diego, personaje secundario y nulo en nuestra historia, pero que sirve en ella como uno de tantos resortes involuntarios que vemos figurar en el mundo, y cuya accion no se conoce sino cuando ya han dado el impulso que la suerte les encomendara; cuando el hombre dice gimiendo entre sí: ¡si no hubiera existido!.....

Hombre sin corazon, frio egoista, D. Diego sabia cal-

cular y aguardaba los acontecimientos que pudieran coadyuvar á sus planes. Jamas se precipitaba; dejaba siempre que la suerte lo hiciera todo, y su talento consistia en no desperdiciar la ocasion. Era el reptil que asecha días enteros su presa, sin moverse; pero que una vez que esta se ha puesto á su alcance, no la abandona nunca.

Los deseos que en aquel corazon corrompido hizo nacer la hermosura de Rafaelita, léjos de amortiguarse con la ausencia de la jóven, habian crecido hasta convertirse en esa monomanía erótica que en los hombres gastados como él, suple á la pasión. Acostumbrado á triunfos fáciles, á amores venales, que son á los que los calaveras de cierta edad dan el nombre de buenas fortunas, no podia comprender una resistencia firme y obstinada; y Rafaelita era para él un objeto de deseo y una cuestion de amor propio.

Empero, en vez de desalentarse con las repulsas que habia sufrido, creía firmemente que llegaria una hora, un instante en que la jóven vendria á echarse en sus brazos: para esto contaba con el tiempo, que gasta todas las afecciones; con la uniformidad y monotonía de la vida solitaria, que desencanta del amor; con la miseria, esa consejera terrible que rinde y humilla las almas mas fuertes. —D. Diego era un hombre hábil que habia estudiado con fruto el corazon de sus semejantes.

Vió, pues, con siniestro placer la retirada de Manuel; y astutamente, sin comprometerse, porque era hombre de sobrada prudencia, coadyuvó á que el mundo le olvidara mas pronto, esparciendo algunas de esas voces vagas que hieren la reputacion y manchan el crédito de un hombre.

Entónces sucedió punto por punto lo que esperaba. El ciego, que no tenia para vivir mas recursos que su talento, que gastaba cuanto recogia, porque para los artistas como él, el dinero nada vale, comenzó á decaer desde la hora en que no vendió su ciencia.

Habia pasado apenas un mes, y ya ese abismo sin fondo que cada dia abre mas y mas su boca, habia tragado los objetos de que el hombre se desprende primeramente llamándolos superfluos para engañarse á sí mismo.

Al ver realizarse así una parte de sus cálculos, D. Diego tuvo un arranque de amor propio y creyó que lo demás era acaso mas fácil. Presentóse en consecuencia en la casa del músico, con quien recordarán nuestros lectores llevaba, si no estrechas, á lo ménos buenas relaciones.

No era necesaria mucha penetracion para comprender el estado en que Manuel y Rafaelita se hallaban mutuamente: bastaba mirar la frente arrugada y envejecida del uno, los ojos rodeados de un círculo morado y sombrío de la otra.

El hombre del mal se sonrió con esa sonrisa que solo tiene de ella el nombre; y si en su pecho pudiese haber habido otra cosa que hielo, diríamos que su corazon palpité de gozo.

—¡Hé aquí el momento oportuno, se dijo á sí mismo; ahora un golpe hábil y certero, y ya veremos lo que son esas virtudes invulnerables!

Y D. Diego llevó entónces á casa del músico, olvidado de todos, á su hermana Dolores.

El solteron era demasiado impasible para que pudiera

escapársele algo de lo que pasaba en torno suyo. Desde el primer día conoció el amor que su voluptuosa hermana inspiraba á Manuel; y este amor, que le importaba poco fuera ó no correspondido, entró en sus cálculos como un agente poderoso.—¡Si el señor de Mirafuentes hubiera echado mano de un puñal para alcanzar su objeto, la sociedad hubiera gritado: ¡infamia! ¡escándalo! pero en vez de un arranque que revelara un corazón apasionado, se servía de la intriga, sin reparar en los medios: ¿cómo había, pues, de censurarlo el mundo, que solo quiere el oropel?.....

El día en que D. Diego, acompañado de la señora su hermana, se presentó en la casa del músico, Manuel y Rafaelita se hallaban accidentalmente reunidos en la sala; pero entre sus almas existía siempre ese vano obstáculo, creado por la debilidad del uno y la imaginación de ambos; obstáculo que acaso iba á separarlos para siempre, y que, sin embargo, una sola palabra, un apretón de manos, hubiera podido hacer desaparecer. ¡Es tan poderosa la influencia de la mujer cuando tiene fé en su valor!.....

Rafaelita miraba con dolorosa atención á su marido, contemplando los estragos que en aquel rostro hermoso y varonil causara la lucha interior, y pensaba tristemente en una próxima muerte que le devolviera á aquel su libertad, cuando de pronto sintió en el corazón un choque, como si toda la sangre que corría por sus venas hubiera retrocedido de golpe.

Volvióse violentamente, y recibió un estrecho y afectuoso abrazo de Dolores y un saludo de D. Diego, lleno del mas profundo y galante respeto.

¿No habeis experimentado algunas veces este fenómeno misterioso, especie de adivinación, que llamamos co-razonada, y que jamas engaña?..... ¿No os parece que estos presentimientos son una prueba irrefragable de las sobrenaturales influencias á que nuestro sér está sometido?.....

¡Dolores en casa de Rafaelita! La casta esposa tuvo un momento de indignación; mas se contuvo, y con santa y divina humildad recibió á la que le robaba el corazón de su marido. Aquello era la abnegación llevada hasta el heroísmo!.....

Manuel balbuceó las primeras palabras de un saludo, como un niño tímido, y no pudo recobrar su calma y espíritu habituales.

La visita fué corta; y Dolores, que entrara animada, alegre, expansiva, salió triste y violenta como si se la hubiese desvanecido alguna esperanza.

La conversación no pasó de lugares comunes, de frases de estampilla sobre el tiempo, los vestidos, el teatro; y sin embargo, D. Diego salió satisfecho; Rafaelita se retiró á un extremo de la casa á llorar libremente, y Manuel quedó confuso, agitado.....

¡Amor! apenas habrá otra palabra en el lenguaje de los hombres de que mas se abuse. ¡Amor! con ella se expresa la unión perfecta, casta y pura de dos almas; con ella tambien una necesidad torpe y grosera, un capricho, un crimen, una enfermedad! ¡Amor! la pasión de una hora, y el sentimiento que sobrevive á la muerte y va á ser el lazo de unión de dos

séres en el cielo.....!—Los idiomas son aún demasiado imperfectos y necesitan purificarse muchísimo para llegar á ser siquiera el alfabeto del alma!

Acaso por la misma razon que D. Diego amaba á Rafaelita, Dolores amaba á Lorenzo. La naturaleza está llena de estas singulares contradicciones; así como el amor espiritual tiende á la armonía, pues que es el principio de ella, así esas naturalezas terrenales buscan en los contrastes lo que puede excitarlas.

La viuda que en la flor de sus años, tan ardiente y hermosa como era coqueta y egoista, se habia divertido en encender pasiones de que nunca participaba; que se habia casado sin amor, porque para ella no habia en el mundo mas que el placer, y que despues de haber enviudado no buscaba sino lo que pudiera satisfacer su naturaleza robusta y voluptusa, habia llegado á amar á Lorenzo. Tan cierto así es que para todas las naturalezas luce aunque sea un destello de esa emanacion divina, y solo las muy depravadas se agitan en su perpetua é infecunda oscuridad!..... ¡Era este un amor extraño que tenia rasgos de la pureza de una pasion perfecta; pero que no era en realidad sino la expresion del carácter de aquella mujer, ángel caido! ¡Era ese amor violento, impetuoso, que quiere avasallar al propio tiempo el alma y el cuerpo; que no se contenta con miradas y luz, sino que anhela caricias, besos, placeres; amor, que si llega acaso á formarse idea de la fusion de las almas, no cree pueda efectuarse de otra manera que en un embriagador abrazo!.....

Pero este cariño no era correspondido: Lorenzo, meditando, concentrado dentro de sí mismo, no comprendia

los ojos de Dolores, ardientes y húmedos de voluptuosidad, que se clavaban en él; elevada su alma á las mas altas regiones del sentimiento, no percibia tampoco la dulzura fascinadora de la voz de la viuda, que se derretia en cada una de sus palabras.....

Tal era poco mas ó ménos la situacion respectiva de los ánimos, en el momento en que arrastrados por sus sentimientos nuestros personajes, iban al fin á estrellarse los unos contra los otros.

La historia que hemos tomado á nuestro cargo referir, es uno de esos dramas complicados, pero silenciosos, sin testigos, sin acontecimientos casi, que se forman, crecen y se desarrollan dentro de la conciencia, á semejanza de los volcanes que nacen lentamente en las entrañas de la tierra y no se hacen sentir sino en el momento de una súbita erupcion. ¡Historia difícil por cierto de narrarse, donde una mirada es una peripecia, una palabra una crisis!



VII.

DOLORES, que ninguna idea tenía del drama que se urdía lentamente, y ni aun había sospechado el amor del ciego, se sentía atraída hácia Rafaelita por ese encanto de la virtud modesta, y la visitaba con frecuencia. Era muy poco observadora, y estaba demasiado ocupada con la imagen de Lorenzo, para advertir los profundos estragos que causaba su presencia.

Nada había mas terrible que la perpetua excitacion que sufría Manuel con la presencia de aquella mujer; eso era un tormento atroz, sin nombre, de todas horas, de todo momento; un martirio que agitaba y conmovía profundamente su sistema nervioso, y que estaba á punto de desarrollar en él una de esas enfermedades funestas, que la ciencia describe y bautiza friamente, sin investigar las causas que las han producido.

Rafaelita, resignada como una víctima, ocultaba sus lágrimas, por pudor, á su rival, y se sonreía pensando en la muerte.

El domingo 10 de Febrero de 1850, Dolores excitaba con interes á Rafaelita á que sacudiera aquella melancolía

profunda que hacia algunos meses se extendia como un velo fúnebre sobre sus lindas facciones. La tenia abrazada por el talle, y con la mano derecha le alisaba los cabellos.

Rafaelita la dejaba obrar y la miraba con atencion, como para descubrir hasta dónde llegaba la perfidia de sus palabras; mas el acento de la viuda era tan sincero, tan franco, tan natural, que no sabia si rechazarla como á un monstruo de hipocresía, ó pedirla perdon por sus injustas sospechas.

Pero Dolores no la dejaba hablar. Estaba en uno de esos períodos, en que las naturalezas como la suya sienten una fuerza expansiva que las impele á interrumpir á los demas para poder dar curso á las ideas que se amontonan en su cerebro.

—Vamos, la decia riéndose para enseñar su hermosa dentadura; vamos; en este mundo para ser amada se necesita ser coqueta; donde no hay inquietud, bien pronto se extingue el cariño..... Mira, si tu marido está seguro de tu amor, y no imagina que alguno pueda arrebatárselo, bien pronto de la confianza pasará á la costumbre..... y de esta al fastidio no hay mas que un solo paso..... Anda, yo quiero verte linda, muy linda, lo exijo..... aunque tú no quieras, es mi voluntad, y yo soy impetiosa.....

La inocente jóven se rehusaba á desechar su aire de duelo, y Dolores insistía.

En estas circunstancias se abrió la puerta de la sala donde estaban las dos mujeres solas, y entró lentamente Lorenzo con aquel aire enfermizo y lánguido que había

adquirido desde que se interrumpió la calma y la armonía que reinaba entre las tres almas.

Rafaelita lo recibió con una sonrisa y lo llamó á su lado, porque sabia que aquello era lo único que disipaba las nubes de su frente. Dolores le dirigió, aun ántes que el jóven la percibiese, un saludo con palabras tan armoniosas, que la esposa del ciego volvió rápidamente la vista hácia su amiga.

La entrada de Lorenzo interrumpió la conversacion, y le dió un giro nuevo cuando llegó á reanudarse.

La encantadora viuda dirigió á Lorenzo una de las chanzas tan comunes sobre su palidez y su melancolía, y el jóven se ruborizó y balbuceó algunas palabras sin sentido. Este incidente dió lugar á una de esas discusiones sobre el amor, que se repiten todos los dias; pero en la cual Dolores empleó mucha elocuencia y pasion, como si hubiera pretendido conmovier al objeto de sus suspiros.

Verdaderamente estaba hermosa aquella mujer en semejante momento; tenia el pecho agitado, y levantaba el rostro con un ademan tan noble, que era casi imposible resistir á su mirada de águila.

—¡Amor! decia: ¿y es posible existir sin amor? ¿es posible vivir sin luz, ni calor, sin que el corazon palpite, ni la sangre circule.....? No, Lorenzo, no diga vd. que tiene algun afecto á ciertas personas..... eso es difícil; el amor no puede ser sino exclusivo, absoluto y completo. Si yo amara; y envolvía al jóven con la llama de sus miradas; si yo amara, seria con todo mi sér, pero tambien exigiria un amor semejante..... daria mi sangre toda por el escogido de mi corazon; pero querria que él sufriese ó goza-

se lo mismo que yo..... la muerte misma, pero juntos, ha de ser así un éxtasis de placer.....

—Y ¿qué mas podría desear quien obtuviera ese amor? Tronó detras de ella, de improviso, una voz agitada y temblorosa.

Ambas mujeres volvieron la cabeza á un tiempo, y Rafaelita tuvo que detenerse de la silla para no caer á tierra; miéntras que Dolores hacia un gesto de disgusto clavando la vista en Lorenzo, como si maldijera al importuno que venia á interrumpirla en el momento decisivo.

Era Manuel; mejor dicho, su sombra; tan pálido, tan extenuado así estaba con aquel combate de cuatro meses, que hacia huir el sueño de sus párpados, que se renovaba cada hora, cada minuto, calcinando su cerebro, rasgando su corazon, lastimando sus fibras, enloqueciéndolo, enfermándolo, matándolo.....!

—¡Hermano! le dijo Lorenzo tomándole una mano con ternura.

El ciego no sintió aquella caricia, y dió un paso hácia la viuda.

—Dormitaba fatigado, le dijo, pero oí la voz de vd. hasta mi cuarto. Hace tanto tiempo que no respiraba el aire, que no he podido resistir al deseo de salir..... ¿Sabe vd. que aquellas paredes me sofocan.....? ¿Está muy hermosa la tarde, verdad? siento un consuelo infinito..... Cuando el sol calienta de esta manera mi frente, me parece como que rejuvenezco..... ¡Qué dichosos deben ser los que á estas horas, á la luz de la tarde, léjos de aquí, entre las flores, suspiren juntos y calmen su fiebre de amor con dulces caricias... ..

Un silencio profundo sucedió á las palabras del ciego. Rafaelita lloraba; Dolores miraba con fijeza á Lorenzo, y este por primera vez adivinaba algo de las pasiones que se agitaban en torno suyo.

Manuel se puso la mano sobre su corazon para moderar sus latidos, y comenzó á sentir que habia llegado para él una de esas horas que deciden de la vida entera.

Rafaelita, á quien aquel silencio sofocaba, se levantó y quiso huir. La infeliz se creía loca. Estaba en aquellos momentos en que la violencia del dolor quita el uso de la razon y el imperio de sí mismo. Lorenzo, que vió la profunda alteracion de sus facciones, se levantó tras ella, la tomó por la mano y la llevó á respirar al balcon el aire libre.

Todo fué obra de un momento; la luz de un relámpago hubiera podido alumbrar aquel cambio; verificóse tan rápidamente, que Dolores no pudo tomar parte en él, y se quedó contra toda su voluntad al lado del ciego, quien permanecia de pié.

—Pero la vida retirada que lleva vd. puede perjudicarle, le dijo Dolores por decirle algo, porque nada hay tan molesto como el silencio entre dos personas.

Manuel se estremeció como si por primera vez oyera el acento de la viuda.

—¡Me muero! murmuró. Hace tiempo que me consumo, que siento cosas extrañas.....

Y despues de una pausa, añadió haciendo un esfuerzo:

—¡Qué horrible tormento, Dolores, es amar, amar, amar con todo el corazon, con la sangre, con los pensamientos, y no ser amado.....!

—Pero es que Rafaelita..... balbuceó sorprendida la viuda.

Manuel se retiró convulsivamente, como si aquel nombre fuese un hierro ardiendo, y repitió con esa voz sofocada por los latidos del corazón:

—¡Rafaelita.....! ¡Oh! ¡no! no pronuncie vd. su nombre!

Y se arrancaba los cabellos, lleno de angustia y desesperación.

—¡Manuel, cálmese vd. por Dios.....!

El ciego cayó de rodillas, y exclamó con esa voz que es el último estallido de un corazón que se hace pedazos:

—Mujer, ¿qué encanto hay en tí, que me mata tu presencia.....?

Aquel grito hizo correr á Rafaelita y á Lorenzo; pero cuál fué la sorpresa de ambos al ver á Manuel que permanecía de rodillas, y á Dolores delante de él, que lo miraba con curiosidad.

Hay momentos en que la sorpresa quita la voz, de tal manera que la imaginación hace inútiles esfuerzos para desatar la lengua.

La paciencia de la esposa habia llegado á su colmo. Rafaelita buscaba en su mente la injuria mas amarga que lanzar á aquella mujer hipócrita; y en el entretanto no atinaba á socorrer al ciego, que al sentirla venir cayó de espaldas convulso:

Al fin halló lo que buscaba, y se adelantaba hácia Dolores para tomarla del brazo, cuando la detuvo una voz melosa detras de sí:

—¡Pero Manuel se muere!

Era D. Diego.

Rafaelita lo miró y retrocedió aterrada, olvidando su venganza, al apercibir la siniestra alegría que iluminaba las facciones de aquel hombre.....

Manuel habia caido herido por un ataque de epilepsia, súbito, violento como un rayo.

Era indispensable: el choque de aquellos dos amores en su corazón se habia prolongado por todos sus nervios lastimándolos. La excesiva tensión habia concluido al fin por reventar las cuerdas; y el joven músico, á falta de poder desahogar sus penas, sucumbió á su enorme peso.

La noche fué agitada para Manuel: dos veces se repitieron las horribles convulsiones, y los médicos creyeron que si sobrevenia una tercera, moriria sofocado el ciego.

Rafaelita y Manuel no se despegaron un momento de su lado.

La joven en la hora del dolor olvidó todas sus penas y solo pensó en el que sufría: su corazón era todo de amor y de abnegación. Hasta hubo momentos en que se creyó ella la culpable, y entónces á fuerza de atenciones, de cuidados y de delicadeza, queria hacerse perdonar su arrebato. Hay sentimientos que solo las almas muy nobles pueden apreciar.

Durante tres dias la vida del músico estuvo en inminente riesgo. En este tiempo, Rafaelita no permitió á nadie que entrara á verlo; y con esa resistencia, con esa fuerza, con esa infatigable paciencia que solo las mujeres de su clase saben sacar de la conciencia de su deber y su

amor, no se separó del lado del enfermo ni un solo minuto.

El juéves le hizo una visita D. Diego, y Rafaelita, aterrada por la frialdad de bronce de aquel hombre, no tuvo valor para decirle una palabra.

El sábado volvió el señor de Mirafuentes y trajo á su hermana.

Manuel estuvo peor aquel día, y D. Diego exigió que Dolores se quedara á ayudar y acompañar á Rafaelita. El solteron conocia la fascinacion que producía en la jóven, y se aprovechaba de aquel poder. Era el terror que inspira un animal venenoso.

En la noche, cuando Manuel despues de algunas convulsiones quedó sumergido en el sueño letárgico que sucede á los ataques de esa naturaleza, Rafaelita, haciendo un esfuerzo, se separó del lado de su marido y fué á velar con Dolores en la sala, para evitar que esa mujer estuviera cerca del ciego.

Lorenzo quedó con Manuel.

Las dos mujeres estuvieron mucho tiempo en silencio, porque se sentían inquietas despues de la escena pasada.

Poco despues de las doce, Dolores, que á pesar de su robustez sucumbía muy fácilmente al cansancio, se durmió.

Rafaelita se levantó entónces y no pudo ménos de quedarse delante de su rival con los brazos cruzados mirándola fijamente, recordando en su mente todo lo que habia pasado desde que la encontró en su camino, y meditando en la funesta y misteriosa influencia de algunas criaturas.

¡Cuánto habia variado su suerte, su vida, su porvenir entero, desde que Dolores proyectó su sombra sobre su camino!

¿Por qué habia venido esa mujer á desvanecer su dicha? ¿Qué funesto placer hallaba en turbar la armonía de dos almas?

¿Con qué objeto habia Dios permitido que el mal triunfase así sobre dos corazones que se elevaban hácia el cielo?

Rafaelita no hallaba solución á estas preguntas; y sin embargo, se sentía muy superior para aborrecer á la viuda.—Hay almas tan puras que no conocen el odio; se retiran del sér que las lastima, pero al mismo tiempo le piden su perdon y su enmienda á Dios, que no arroja nunca inútilmente las gotas de hiel y de absinto!

Quién sabe cuánto tiempo pasó de esta manera Rafaelita. Cuando se volvió, halló á su lado á D. Diego, que á su turno la contemplaba también; pero la mirada de la jóven sobre Dolores era la del ángel sobre el pecador; la de D. Diego era la mirada fría, penetrante, embriagadora de la serpiente.

El señor de Mirafuentes se apresuró á saludar á la esposa de Manuel y la dijo que venía á ponerse á sus órdenes, para servirle en aquellos momentos.

Dicho esto, tomó un asiento distante, pero con el ademán de un hombre resuelto.

El uso y la sociedad autorizan y exigen esta clase de servicios prestados entre las personas ligadas por los lazos de la amistad; sin embargo, cuán raras veces son verdaderamente útiles y apreciables.

Rafaelita quiso retirarse, pero la idea de que esta falta de atención social podría dar á entender á D. Diego que lo temía, la hizo permanecer. Luego pensó en despertar á Dolores con cualquier pretexto; pero solo se convenció de que el sueño de la viuda era pesado, como el de todas las personas sanguíneas.

Entonces levantó los ojos y vió sonreírse al viejo.

Pasó una hora, eterna como las de una velada, y Rafaelita comenzó á tranquilizarse.

Pasó otra hora, y sonaron las tres de la mañana en los diversos relojes públicos de México. Se oía roncar levemente á Manuel, y todo lo demás estaba en silencio.....

D. Diego se levantó, como para desentumecer sus miembros, y comenzó á pasearse; pero cada vez sus paseos eran ménos largos.

El viejo sabía los malos efectos de una sorpresa, y quería acercarse insensiblemente, como el gavilán que encierra á su presa en los círculos espirales de su vuelo.

Rafaelita tenía frío: aquel hombre le parecía uno de esos personajes que solo cria la fiebre.

Al fin D. Diego se detuvo con la mayor naturalidad junto al sofá en que estaba la jóven, y con un acento lleno de interés la dijo:

—¿Por qué no va vd. á descansar? despues de siete noches en vela, ha de estar vd. fatigada. Nosotros velaremos, despertaré á Dolores.

Esta última parte de la proposición hizo exclamar prontamente á Rafaelita:

—¡Oh, no! no hay necesidad de molestarla.

El corazón humano es incomprendible: la jóven, que un

momento ántes hubiera dado algo por despertar á la viuda, se opuso tenazmente entonces á que D. Diego lo hiciera porque se complacía en contemplar su debilidad, y no quería deberla el mas leve auxilio.

Al cabo de un momento volvió á decir D. Diego:

—Por mas que he hecho, no he logrado comprender la causa de la enfermedad de Manuel: ¿fué alguna impresión violenta?

Rafaelita no contestó, y al verla ponerse mas pálida que de costumbre, el viejo se sonrió comprendiendo que su golpe la había herido en el corazón directamente.

—Pero Manuel es muy feliz; no conoce cuidados, ama á vd. con el cariño mas completo y exclusivo, de manera que no atino.....

La jóven lanzó uno de esos suspiros que se escapan involuntariamente del pecho; pero nada contestó tampoco.

D. Diego, picado con aquel obstinado silencio que le impedía ganar terreno y le obligaba á desempeñar la difícil posición de asaltante, volvió á continuar sus paseos. Era muy cauto para aventurar una escena violenta, que solo tiene probabilidades en su favor cuando la anima el fuego de la pasión, y era muy frío, demasiado egoísta para lograr fingirla; pero hé aquí que por otra parte estaba harto encaprichado para abandonar la empresa. ¿Cómo lograr, pues, un buen resultado?

En esto las horas corrían, y la oportunidad iba á desaparecer acaso para siempre. En vano buscaba un medio que pudiera hacerle triunfar. La vista de Rafaelita avivaba sus deseos; la dificultad, el silencio y la soledad los exaltaban hasta el frenesí.—Si los hombres se llegaran á con-

vencer al fin de los tormentos que se experimentan al llevar á cabo una mala accion, tal vez abandonarían ese camino extraviado que los conduce tan léjos del objeto de su destino.

Volvió á acercarse D. Diego á Rafaelita, y clavó en ella sus dos ojos rodondos, pequeños, vidriosos, relucientes, con un brillo sanguíneo.

Cuando calculó que el frío de su mirada habia llegado hasta el corazon de su víctima, paralizando sus movimientos, dijo lentamente:

—¡Desgraciada de vd., Rafaelita! ¡cuánto la compadezco, porque tan santa, tan bella, no es vd. digna de esa suerte!

La jóven se agitó como para sacudir el peso de la mirada que caía á plomo sobre ella, y levantó su rostro resplandeciente de orgullo.

El viejo continuó:

—¡Es una infamia, ¡oh! una infamia, engañar así á una criatura! pagar de esa manera su amor, sus sacrificios....

D. Diego creyó despertar esa pasion de los celos, que ciega y embriaga el alma de las mujeres, el gran resorte de los seductores; pero con harta sorpresa vió levantarse á Rafaelita y rechazarlo con un ademan imperioso que no admitia réplica.

Entónces el amante comprendió la imposibilidad de satisfacer sus deseos, y le acometió un vértigo; le sucedió lo que á los mas diestros jugadores, que despues de una noche de pérdidas, de desgracia, tienen un instante de perder la cabeza, y en que el amor propio, la rabia, el

deseo, todas las malas pasiones reunidas les hacen aventurar, sin probabilidades ya, su fortuna entera.

Así hizo D. Diego: vió á Rafaelita que iba á partir, conoció que aquel era el último momento oportuno que tendria en toda la vida, y el despecho, el acaloramiento de la lujuria le hicieron dar un paso que nunca habia pensado.

Se apoderó de las manos de la muchacha, y cayó de rodillas delante de ella.

—¡Pero no ve vd. que la amo mas que á nadie?..... ¡Oh! no huya vd. de mí..... la decia en voz baja y cortada.

Y sujetaba con fuerza por las manos á Rafaelita, que queria retirarse.

—¡Yo la amo.....! ¡Yo la amo.....!!

Y ébrio, sin razon, ni sangre fria ya, cubria de besos los brazos de la jóven, con sus labios inchados y amoratados.

Luego se levantó, y tembloroso, frenético, horrible como un monstruo, sujetó por la cintura á Rafaelita, que se sentia próxima á desmayarse, y que se agitaba en silencio, ahogando en su garganta sus gritos de afliccion, por no despertar á Manuel, á quien una conmocion de estas, mataria como un rayo.....

Dolores dormia profundamente. Reinaba un silencio horrible; no se oía mas que la respiracion desigual y fatigada de D. Diego.

Hay ocasiones en que al contemplar uno de estos crímenes ejecutados en medio de la noche sin un brazo, ni

una mirada que socorran al que sucumbe, no podemos ménos de exclamar: ¿pero duerme también Dios?

El viejo levantó en seguida á la jóven, que ya no se defendía, porque sus nervios estaban laxos; y en el delirio de su triunfo, estampó sus labios sobre la boca pálida é inanimada de la víctima.....

En aquel tiempo resonó un grito que nada tenía de humano; y el viejo, erizados los cabellos, cayó de rodillas bajo la presión de una mano de hierro, abriendo los brazos y soltando á Rafaelita, que se escurrió sin sentido, como un cadáver, hasta el suelo donde rebotó su cabeza.

D. Diego levantó la vista, y vió encima de él á Lorenzo, altivo, grandioso, irritado, queriendo anonadarlo con el fuego de sus miradas.

Dolores despertó sobresaltada.

El viejo, pálido de rabia, se levantó lentamente.

Pasado el primer momento de la sorpresa, meditaba en su cabeza la venganza. Había encontrado un obstáculo invencible en el momento de su triunfo: necesitaba destruirlo; había sido humillado ante aquella mujer: necesitaba hacerse pagar tamaña injuria; había encontrado con una fuerza superior, y estaba descubierto su secreto: era indispensable que muriese Lorenzo.

Tomó al jóven por la mano, y llevándolo al balcón le dijo en voz baja y concentrada:

—También vd. la ama..... es necesario, pues, que uno de los dos deje el lugar al otro.

—¡Miserable! ¿y se atreve vd. á decir.....?

—Mañana á las cinco de la tarde en el Pedregal de Coyoacan..... Sin testigos, porque no quiero que esto sea una farsa.....

—¡Está bien!

¡Lorenzo condujo al viejo hasta la puerta de la escalera, arregló las condiciones del combate, y lo echó!

Cuando volvió adentro, Dolores trataba de hacer recobrar el sentido á Rafaelita, frotándola las sienes. La contempló un instante, y corrió á ver á Manuel, que se agitaba entre las convulsiones de la epilepsia.

En el momento en que el beso de D. Diego hizo vibrar el alma de Rafaelita, como un cristal que se hace pedazos, Lorenzo, que hacia una hora experimentaba cierto malestar, cierta obsesion indefinible sintió un dolor tan agudo en el corazón, que se levantó como movido por un resorte..... sin aquella misteriosa simpatía, Rafaelita hubiera sucumbido.

¿No os ha acontecido muchas veces sufrir así cuando alguno de los seres con quienes está ligada nuestra existencia padece, aunque entre ambos medie una distancia inmensa? ¿No es este fenómeno el que ha dado origen á esa frase vulgar, pero enérgica y exacta: el corazón avisa...?

Manuel, en ese estado de somnolencia que no es ni sueño ni vigilia, sintió también una opresión de pecho, y como un presentimiento, como una creación de la fiebre y el delirio, se presentó en su mente la idea del amor de D. Diego á Rafaelita.

La frente del ciego estaba empapada en un sudor hela-

do y viscoso; su respiracion se agitaba, y su lengua inerte se negaba á dar salida á los gritos que hervian en su pecho.

Era una verdadera pesadilla.

Pues todavía en aquel mismo instante, Manuel bregaba entre los dos abismos de su corazon.

¡Rafaelita y Dolores! ¡Siempre lo mismo, siempre la misma tension que desgarraba sus nervios! Hubo instante en que el músico se sintió cobarde y pensó en no reclamar á D. Diego su crimen, para no perder á Dolores, idea que lo aterraba. ¿Pero dejaría ofender á Rafaelita? La alternativa era verdaderamente cruel.

La angustia, la opresion, la duda le produjeron entónces el nuevo ataque de epilepsia.

¡Ay! los lazos que ligaban aquellas tres almas no se habian roto, y el dolor las hacia reunirse por un momento como en otro tiempo la contemplacion. ¿Por qué era para gemir, y no para amarse, para lo que se encontraban.....?

Cuando esto pasó, cada uno de los tres personajes guardó silencio, y todos creyeron ser los únicos que sabian el secreto.

Cerca de las siete de la mañana, el ciego, cuya alma habia quedado enternecida con la pesadilla, llamó á Rafaelita y la estrechó las manos con toda la pasion que en los dias mas felices de su amor. La jóven, que esperaba poco aquel instante, sintió tal torrente de ternura, que cayó llorando junto á la cama de su marido.

Era el momento de la reconciliacion de aquellas dos criaturas, que tanto padecian léjos la una de la otra; pero en

ese mismo instante entró Dolores á despedirse; y las manos de Manuel y Rafaelita se desanudaron, y cayeron inertes y frias.....

¡Fatalidad!

Los sucesos se habian seguido con una rapidez tan extraordinaria, que no daban lugar á reflexionar. La crisis, tan largamente preparada por medio de pasiones, sentimientos y circunstancias difíciles de describirse, habia estallado al fin. ¡El choque entre pasiones encontradas y antagonistas se prolongaba.....!

«No hay lucha que no purifique, ni desórden alguno que el Amor eterno no torne contra el principio del mal.» *

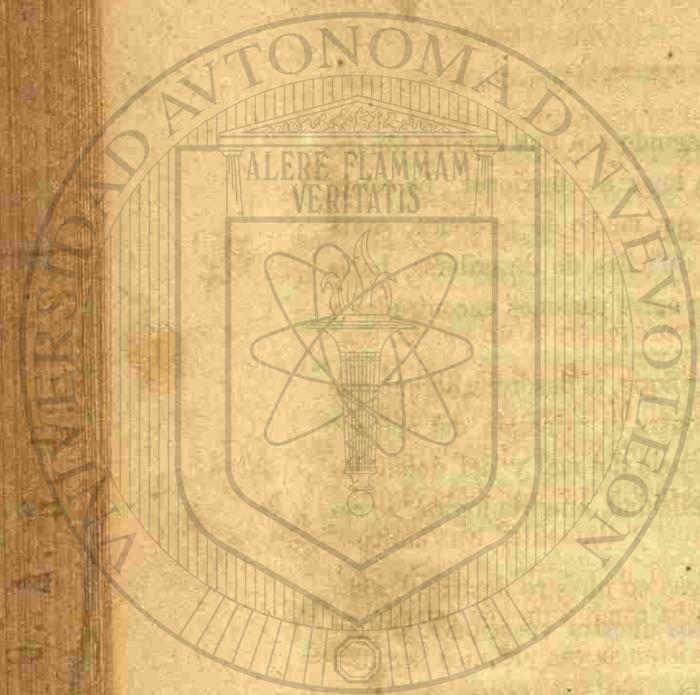
De otra manera la existencia del mal y del dolor, los antagonistas del bien y la felicidad, no seria lógica, no seria cristiana.

«El sello del dolor, impreso en nuestro destino, anuncia con caracteres manifiestos nuestra vocacion á la perfeccion.» **

No seria posible destruir las pasiones, pero sí es fácil dirigir las. Dios ha querido que el dolor sea consecuencia del extravío, á fin de que el egoismo, ese principio de la personalidad, sea el primer elemento de la reforma.

* Joseph de Maistre. *Considérations sur la France.*

** De Gerando. *Du perfectionnement moral.*



VIII.

Los instantes que preceden siempre á un peligro son graves y solemnes. Lorenzo, despues de que el silencio de la noche apaciguó la cólera de su corazon, pensó en el dia siguiente, y no pudo ménos de enternecerse al pensar que tal vez iba á morir, que aquel era el último dia que pasaba con Manuel y Rafaelita. Sin embargo, le consoló la idea de que al ménos iba á morir por aquella mujer, á quien adoraba como á un sér celeste y á quien el sacrificio de su existencia era el único sacrificio digno que podia hacer. Los que no comprenden las delicadezas del alma, no pueden ni aun figurarse la melancólica voluptuosidad que en corazones como el de Lorenzo inspiran estos pensamientos.

Empleó una parte de la mañana en rasgar algunos papeles, ensayos de esa poesía melancólica y sentida de los corazones de veinte años, gemidos de su alma, aspiraciones á la libertad, ese ídolo de los seres puros y generosos.

Despues paseó su mirada empañada por las lágrimas, en el modesto cuarto donde habia pasado los dias mas bellos de su existencia, y lloró..... le parecia que aquellos

muebles, testigos mudos de sus momentos de entusiasmo, de sus horas de melancolía, eran una parte de su sér.

Salió á la calle: el dia se le hizo eterno, y el ruido del público le causó hastío.

Al medio dia se reunió con Rafaelita, y al verla sintió que le faltaba el valor.

En seguida entró á ver á Manuel, y le estrechó la mano en silencio.

Manuel dormitaba; pero despertó sobresaltado y le dijo:

—Estoy muy triste, Lorenzo..... ¡Si vieras! este apretón de manos me ha parecido una despedida..... Hermano, si yo muero, no abandones nunca á Rafaelita..... Júramelo por lo que ames tú mas en la tierra.....

El jóven no pudo responder, y aquellos dos hombres lloraban juntos.

¡Dieron las tres!

Lorenzo se estremeció, pensando cómo habia corrido tan rápido el tiempo, y cuán poco era lo que le restaba.

Volvió entónces á su cuarto, y examinó minuciosamente un par de hermosas pistolas; jugó los muelles, midió las balas. Todo estaba exacto.

Los hombres mas valientes tiemblan al mirar de esta manera friamente la muerte; porque el valor no es la estupidez, ni la ignorancia, sino la resolucion que se sobreponé á todo.

¡Eran las cuatro, la hora de partir!

Lorenzo tenia muchos deseos de despedirse de Rafaelita; mas no se atrevió. Lo habia sofocado el llanto, y hubiera causado un dolor terrible á la pobre muchacha.

Sin embargo, se detuvo en la sala y se arrodilló levantando en silencio los ojos al cielo.

Partió al fin, y desde el momento en que los caballos de la carretela lo arrancaron de aquel sitio, como si se hubiese roto el encanto, su corazon recobró el valor y su alma la energía.

Llegó á Coyoacan. El sol, ya muy inclinado hácia el Occidente, iba enrojeciendo sus rayos. El cielo estaba azul y limpio; el aire era tibio y perfumado, y el polvo que se levantaba al paso de los caballos parecia una lluvia de oro.....

Lorenzo dejó su carretela en la plaza, y siguió á pié la calle estrecha que conduce hasta la capilla de los Reyes.

Cuando llegó, los alrededores de la humilde iglesia estaban solitarios: sentóse sobre uno de los peñascos negros que forman el pavimento, al pié de un hermoso pino, y tendió su vista por el horizonte, contemplando á México desde léjos, reclinada sobre su alfombra de césped al borde de sus lagos.....

Pocos momentos despues llegó tambien á pié D. Diego. El viejo venia notablemente pálido; pero la sonrisa de sus labios era mas fria, mas irónica que nunca.

El jóven, sin abrir siquiera la boca, se levantó y echó á andar: su adversario le siguió inmediatamente.

Dieron la vuelta á la iglesia, por cuya puerta se escapaba un apacible aroma de mirra, como convidándolos con su tranquilidad, y comenzaron á bajar por una vereda sembrada á uno y otro lado de espinos y nopales.

El camino es quebrado y da varias vueltas, presentando algunos puntos de vista agrestes y pintorescos; por al-

gunos lados entre las rocas se eleva una cabaña de trabajadores; por otros aparecen unas cuantas ovejas; en un recodo de tierra hay flores. Pero á medida que Lorenzo y su compañero se internaban, la soledad se hacia mas completa; el paisaje mas difícil y agreste.

Al fin llegaron á un punto de tal manera aislado, que hubiera podido creerse que jamas planta humana le pisara.

Lorenzo se detuvo en una especie de plazuela pequeña sembrada de abrojos y de una grama seca y amarillenta, única vegetacion de aquel sitio. Las rocas volcánicas formaban una barrera que impedía la vista á todo extraño.

Depositó en tierra sus armas Lorenzo, y las enseñó á su contrario.

D. Diego las examinó friamente y las volvió á su lugar. El jóven cargó concienzudamente una y otra pistola, y presentó ambas á D. Diego para que escogiera.

Este tomó una y dijo:

—¿Habiamos convenido diez pasos?

—Los que vd. guste.

D. Diego y Lorenzo se pusieron de espaldas, y cada uno avanzó cinco pasos; pero el primero anduvo de prisa; y ántes que el otro ejecutara el movimiento, dió media vuelta, tendió el brazo hácia su contrario, y resonó un tiro.....

Cuando el humo se disipó, Lorenzo, que acababa de recibir una rozadura encima de la clavícula del lado derecho, miró á D. Diego.

El jóven levantó lentamente su brazo armado con la pistola sin descargar, y la fijó á la altura del corazon del

viejo, quien cerró los ojos fascinado, como un niño que no quiere ver el peligro.

—Podria matar á vd., le dijo con voz sonora, y tengo derècho de hacerlo por su traicion; pero no lo haré si me jura el no volver á levantar la vista, ni pensar en esa mujer que jamas corresponderá á los deseos de vd.....

—¿Porque prefiere á vd.....? preguntó sardónicamente D. Diego, á quien las palabras de su enemigo infundieran alguna esperanza.

—¡Silencio! gritó Lorenzo. No mancille vd. con sus palabras á quien es pura y santa como un ángel!

D. Diego se rió un instante, y Lorenzo sintió un impulso vehemente de matar á aquel miserable.

—Es dura la condicion..... esa mujer es muy linda, dijo al fin; pero bien mirado, la vida vale mas..... Está bueno, caballero; juro por mi honor, añadió, urgido por la fascinacion que ejercia sobre él la boca oscura de la pistola de Lorenzo, que no habia variado ni una sola línea de su terrible direccion; juro por mi honor olvidar toda pretension..... no volver á mirar á Rafaelita..... no pensar.....

—¡Basta! exclamó secamente Lorenzo.

Levantó el jóven la mano, y la bala de su arma fué á estrellarse contra una roca.

Guardó cuidadosamente las pistolas en su caja, tomó su sombrero, y pasó delante de D. Diego sin saludarle.

El viejo lo miró con sus ojos de serpiente, frios y brillantes, y tornó á reirse.

Lorenzo trepaba por una de las peñas con el corazon lleno de gozo. ¡Volvia á México! ¡volvía á reunirse con

los seres queridos de su corazón, de quienes se creyó separado.

El viejo metió entonces lentamente la mano en la faltriquera de su levita, sin apartar la vista del joven..... y un segundo después se oyó una detonación.

Lorenzo abrió los brazos, se soltó de la peña, y rodó hasta cerca de su contrario, gritando:

—¡Miserable.....!

El viejo arrojó lejos la pistola que acababa de cometer el crimen, y se inclinó hacia el herido. Le miró: estaba inmóvil: le palpó; había ya muerto! La bala había pasado de parte á parte el corazón.

—¡No siempre he de caer yo de rodillas! exclamó D. Diego, recordando la noche de su humillación.

Emprendió en seguida su camino, y en el momento de montar en su coche para volver á México, el lacayo le oyó murmurar:

—¡Pobre joven! era muy inocente con sus ideas caballerescas.....! El amor trastorna esas cabezas de veinte años.....

Aquel mismo día, domingo 17, Rafaelita, cerca del balcón, á eso de las cinco de la tarde, leía *La Imitación de Nuestro Señor Jesucristo*, libro divino que contiene consuelos para todos los dolores, porque se sentía agitada, triste, displicente.

Hay horas de una tristeza tan profunda en la vida, que no pueden explicarse sino por medio de una influencia sobrenatural.

Rafaelita había hojeado el libro, y se había detenido en aquella página que estaba en consonancia con el estado del ánimo.

«Si tuviérais la conciencia pura, no temeríais tanto la muerte.

«Mas valdría huir del pecado que evitar la muerte.

«Si no estais dispuesto hoy, ¿cómo podréis estarlo mañana?

«Mañana es un día incierto; ¿sabeis por ventura si viviréis mañana?

«¡Dichoso aquel que tiene constantemente la idea de la muerte ante su vista, y se dispone todos los días para morir.....!»*

De pronto se abrió la puerta, y Dolores, con la mirada extraviada, suelto el cabello, se precipitó en brazos de la joven, sollozando:

—¡Se van á matar.....! decía sofocada. ¡Dios mio! ¡Dios mio.....! y ya han partido.....

—¿Pero quiénes, Dolores?.....¡habla pronto! exclamó Rafaelita, por cuyo cerebro acababa de cruzar, como un relámpago, una idea.

—¡Lorenzo..... Diego!

—¡Lorenzo! balbuceó la esposa del músico, estremeciéndose y adivinando la verdad toda.

—¡Lorenzo! ¡Diego! continuaba llorando la viuda con ese dolor estrepitoso que se exhala en gritos: ¡Dios santo.....! Voy á volverme loca..... porque ¿no sabes que yo lo amo.....?

* Imitación de Jesucristo.—Lib. I, cap. XXIII.

—¡Silencio! la interrumpió Rafaelita; Manuel no está dormido, y puede oírnos.....

En efecto, el ciego acababa de toser.

Después de la primera explosión del dolor, aquellas dos mujeres quedaron abismadas, mirando maquinalmente, la una el suelo, la otra las páginas del libro.

Pocos minutos después de las seis, repentinamente, se llevó Rafaelita la mano al corazón y prorumpió en un grito:

—¿Qué es? preguntó Dolores.

—¡Lorenzo ha muerto! contestó en voz baja la joven, con ese acento confidencial que se toma en las grandes crisis de la vida.

Y oprimiéndose el pecho con ambas manos, como para sofocar los latidos de su corazón, añadió:

—¡Le han herido aquí.....! aquí.....! yo también he recibido el golpe.....

Dolores, loca de pesar, lloraba á gritos.

Manuel lo había oído todo, y el grito de su esposa le hizo estremecerse hasta la médula de los huesos.

—¡Lorenzo! murmuró entre sí.

Y su primer pensamiento fué:—¡Cómo lo ama esa mujer.....!

Pero inmediatamente se arrepintió de aquel arranque de celos, que casi le había hecho regocijarse de semejante catástrofe y lloró también.....

¡Pobre Manuel! su alma y su corazón eran buenos, pero débiles y fáciles en sucumbir á ciertas instigaciones de mal.

D. Diego de Mirafuentes volvió á su casa, é hizo entender á la señora su hermana, que hablar de lo que había pasado era perderse, sin esperanza de lograr nada, pues todos los gemidos del mundo no lograrían volver la vida á Lorenzo.

Rafaelita no tuvo noticias de este malogrado joven sino hasta el martes siguiente, en que se pudo obtener su cadáver, después de las primeras diligencias judiciales, que no dieron la menor luz sobre quién pudiese ser el agresor.

¡Solo Dios sabe por qué las primeras flores que caen son las más bellas, las más puras, las más lozanas.....! ¡La vida está llena de enigmas, de enigmas cuyo secreto se encierra en la tumba.....!

¡Hay lazos que no se sienten bien sino hasta el momento en que un suceso viene á romperlos; amores de tal manera encadenados con nuestra existencia, que no se adivina toda su extensión sino hasta que la muerte ó la ausencia dejan en nuestra alma un vacío profundo!

Rafaelita y Manuel, solo cuando contemplaron el cadáver de Lorenzo, pálido, trasparente como la cera, comprendieron cuánto amaban á aquel joven. ¡Entonces fué cuando se convencieron de que realmente no existía ya aquel sér lleno de vida y de sentimiento! Hasta ese momento habían alimentado una de esas esperanzas insensatas é involuntarias de que el corazón gusta hacerse víctima. Parecíales que Lorenzo estaba lejos, pero que de una hora

á otra vendria á reunirse con ellos, á calmar esa vaga inquietud que los atormentaba.

Mas ante aquel cadáver, sobre cuya frente se reflejaba la luz amarillenta y fria de los cirios, ¿qué esperanza podia subsistir.....?

¡Realmente Lorenzo habia muerto!

Los médicos prohibieron al ciego permaneciese junto al cadáver: ¡solamente Rafaelita le hizo compañía desde las once de la mañana que entró, hasta la tarde en que se lo llevaron para siempre!

El aspecto de la muerte infunde respeto, veneracion y esperanza; únicamente á los seres materiales é imperfectos produce miedo; porque estos no conciben idea de la inmortalidad, ni sienten la necesidad de esa existencia superior y perfecta. El miedo es la repulsion del alma á la destruccion, al vacío, á la nada.....

Ardian frente al cadáver de Lorenzo dos grandes cirios, y su chisporroteo peculiar era lo único que interrumpia el religioso silencio que reinaba en aquella pieza. Algunas flores, que como una ofrenda funeraria habia derramado Rafaelita sobre el túmulo, mezclaban su aroma al olor de la cera.

¡Rafaelita permanecia de rodillas junto al cadáver, con la vista levantada al cielo; porque así como las estrellas dejan á su paso un rastro de luz sobre la bóveda celeste, así las almas de los escogidos dejan para sus hermanas una huella resplandeciente; y la jóven contemplaba á Lorenzo como el prisionero desde su calabozo mira las huellas del que ya alcanzó la libertad.....!

En medio de aquel aparato fúnebre, envuelta en un si-

lencio solemne, halagada por el perfume tibio y suave de las flores, Rafaelita reflexionó seriamente.

Lorenzo no habia sido una de esas criaturas que Dios cria para el mundo; fué un ángel, cuya peregrinacion sobre la tierra debia ser corta.

Era una de esas almas solitarias destinadas á no hallar compañera, para que no se derrame el tesoro de amor que encierran dentro de sí; era como una de esas estrellas de primera magnitud, que brillan sin rival en el firmamento. Puntos brillantes hácia donde todas las miradas se fijan, corazones escogidos que todos aman, pero á los cuales Dios guarda para que sean los diamantes de su diadema.

En la tarde llegó la hora de conducir el cadáver á su postrer morada.

¡Entónces Manuel y Rafaelita sintieron que se les arancaba un pedazo del corazon, y les pareció que era una práctica bárbara privar así á los que aman, de los despojos de un sér querido!

¡El ciego y la jóven, arrodillados, en místico silencio, despues de haber dado á Lorenzo el beso de despedida, oyeron el ruido de las pisadas que se iba extinguiendo; luego, á lo léjos, el clamoreo de las campanas que elevaban su voz á Dios.....!

¿Qué influencia misteriosa tiene ese toque funeral, que infunde en nuestras almas la melancolía, la tristeza, cuando le oímos por un extraño; y nos llena de consuelo y de esperanza cuando se eleva al cielo por una persona á quien amamos.....?

¡Al fin el silencio pesó sobre el pecho de los esposos como la losa que oprimia el cadáver!

Rafaelita no derramó una lágrima: los grandes dolores son silenciosos y sombríos. Durante los primeros días estuvo agitada; pero á medida que el malestar físico que causa la ausencia fué extinguiéndose, su alma recobró la tranquilidad de la melancolía. ¿Cómo dar cabida á la desesperación, si para el alma cristiana, tras del sepulcro brilla la mas dulce y consoladora esperanza?

Por otra parte, la jóven sentía que las almas hermanas están unidas por un lazo misterioso que no se rompe con la muerte. Tenía una creencia poética y sentimental, nacida de ese íntimo instinto de verdad y de justicia que existe dentro de nosotros: creía que el alma que se va, no deja huérfana al alma que se queda, sino que libre de los lazos que la aprisionaban, es un intermediario entre Dios y esta. Rafaelita tenía fé en que había entónces una union mas íntima, union consustancial, por decirlo así, entre las dos almas. La que vuelve á su centro se confunde por medio del amor con la nuestra; nos deja la mitad de su sér, y lleva consigo la mitad del nuestro. Y de esta manera ella vive con nosotros acá, y nosotros vivimos con ella en el cielo.....

Esta era la explicacion que la jóven se daba de ese sentimiento vago, dulce, doloroso y celeste al propio tiempo, que llamamos *recuerdo* á falta de otra palabra mas exacta, memoria del corazon; esa sensacion del alma que se siente dividida; esa tension que la trae al cielo.....!

¿No creéis que el mundo participa hasta cierto punto de esta creencia consoladora? ¿No habeis visto, cuando niños, á vuestra madre arrodillarse á cierta hora para re-

zar por el alma de vuestro padre, como si en aquel momento hubiera comunicacion entre ambos.....?

Si las almas perdieran su personalidad al desprenderse de la tierra, ¿qué atractivo podia tener entónces la eternidad? Si perdieran su personalidad, ¿qué efecto resultaria de las recompensas ó los castigos de la otra vida.....? ¡Ay! da idea de las recompensas ó castigos en el otro mundo trae consigo la de la inmortalidad de los recuerdos de este.» *

«Si los vínculos de familia hubieran de romperse en el sepulcro, entónces seria la esperanza un engaño, el amor una pena, la vida un tormento, y la muerte un verdadero suplicio.» **

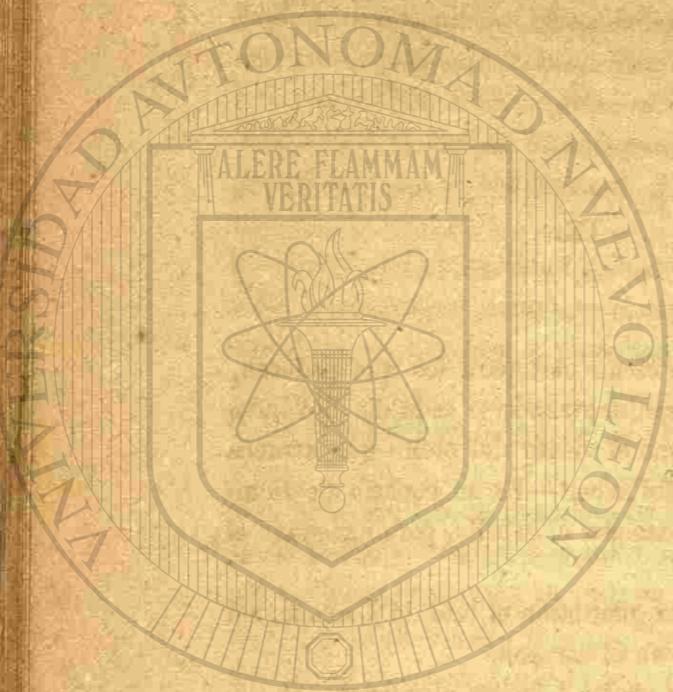
¡No, no! «el amor de la familia no se desvanece en el cielo.» ***

El amor de este mundo, el amor puro y espiritual que existe en ciertas almas, como el perfume en algunas flores, es principio del amor eterno que vive en el cielo!

* Mme. Krudner—Valerie.

** José Joaquin Pesado.—Prólogo á sus poesías.

*** R. P. Fray Domingo Lacordaire.—Conferencias de Nuestra Señora de Paris.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IX.

Pasó un mes.

¿Sabeis lo que es un mes para los que padecen, para los que miran desvanecerse cada día llevándose una esperanza, como el viento del otoño que arranca una á una las hojas del árbol?—Es un espacio de tiempo suficiente para encanecer el cabello, para extenuar el rostro.

Manuel y Rafaelita guardaron el luto de Lorenzo, así en los vestidos como en el corazón.

D. Diego no había vuelto á visitar al músico.

Dolores, que quiso morir durante los primeros días, consagrarse luego en un convento á la memoria del malogrado objeto de su amor y que pensaba vestir un eterno luto, poco á poco fué consolándose, y el 22 de Marzo, treinta y tres días después de la muerte de Lorenzo, ya lo había olvidado todo, y embriagada por el baile con que se celebraba el día de su cumpleaños, pensaba tan solo en nuevos triunfos.

¡Ay! solo á los corazones escogidos es dado sentir dolores eternos.

La capacidad de amar de un corazón, ha dicho un elocuente escritor, se conoce por su sensibilidad y su constancia en sufrir. ¿Qué idea podrán formarse del amor esos seres á quienes el espacio de una noche consuela.....?

Aquel mismo día, Manuel, á quien la ausencia de la viuda atormentaba aun mas que su presencia, se presentó de nuevo en casa de D. Diego. Era una debilidad que él mismo se echaba en cara; era un crimen por el cual se aborrecía; pero ¿qué otra cosa hacer, si se sentía arrebatado?.....

El ciego estaba resuelto, como se resuelven al fin los débiles, obstinadamente; y para acallar la voz de sus remordimientos que lo atormentaban, para huir del amor inextinguible y casto que profesaba á Rafaelita y que le llenaba de vergüenza y de confusion, se hundia mas y mas de lo que su pasión á Dolores lo exigia, y queria aturdirse, embriagarse, olvidarse de sí mismo. ¡Era la debilidad del que se deja subyugar por el mal!.....

¡Se presentó solo! hacia algunos dias que la resignacion, el silencio y la humildad angélica de Rafaelita lo abrumaban. Habria querido mil veces mas, reconvenciones y quejas para exaltarse: esto le hubiera consolado. Nada hay mas terrible como la magestad del silencio en ciertos casos.

¡Se presentó solo! pero á medida que iba alejándose de Rafaelita y se acercaba al lugar del baile, sentia como que se retiraba de una esfera de luz, para entrar en un caos profundo. Experimentaba algo semejante á lo que se siente cuando se baja á un oscuro subterráneo: solo que la laridad de que él se alejaba, era una luz etérea y sutil

que penetraba hasta el fondo de su corazón, de donde se iba retirando, dejándolo mas y mas ciego.

Encontró á Dolores en una de sus horas de ardiente voluptuosidad, de amor sediento, y el pobre ciego, ignorante y débil con la lucha que habia sostenido en su pecho, sucumbió.....

La caída del músico era un hecho preciso.

Antes de sentirse arrastrado á la casa de la viuda, cuando rechazaba todavía con horror su imágen, en las largas horas de silencio que pasaba solitario, habia dejado vagar su imaginacion libre y sin diques.

Entonces el amor material derramó sobre su frente esos ensueños seductores y terribles que producen fiebre. Hasta entonces, Manuel habia luchado entre el amor espiritual que le ofrecia goces delicados y purísimos; pero para cuya apreciacion se necesita tener el alma limpia y tranquila, y el amor de la sangre, que no se le revelaba aún sino con sensaciones incomprensibles, con un anhelo casi doloroso. Pero hé aquí que á medida que la lucha se prolongaba con la presencia constante de Dolores en un principio, y despues con su ausencia, que dejaba un vacío, la agitacion y la fiebre hacian cada vez ménos propio á Manuel para comprender los deliquios, la beatitud, la fruicion íntima del amor puro, al paso que estas mismas circunstancias le iban revelando mas claramente las promesas del otro amor: lucha fatal que gasta los corazones, que engendra la mas terrible de las prostituciones, la de la imaginacion!

Al fin llegó un momento en que el anhelo indefinible del amor de la sangre se tradujo para Manuel en imáge-

nes materiales, en ensueños voluptuosos, en verdaderos delirios!

Desde entónces se anunció su caída, porque la soledad y la ausencia de Dolores irritaban sus nervios, y la sed de placer tomaba para él proporciones imaginarias.....

Estas horas de lascivia mental son terribles; ellas son las que hacen caer al hombre mejor dotado; * ellas son las que revisten el placer de un encanto que no tiene, mágico, seductor, irresistible; ellas las que debilitan el alma, hundiendo el cuerpo en un mar de delicias.....

Y sin embargo, Manuel no realizaba esos propósitos formados en medio de la fiebre; á pesar de su debilidad, habia cierta timidez en su alma, que es en nuestro concepto esa repulsion natural á todo aquello que puede degradarla.

Pero ¿cómo resistir á ese combate incesante, á esa fiebre de todo momento, á esas promesas de placer, cada vez mas excitantes, cada vez mas expresivas.....?

¡Cuán cierto es que desde el momento en que el hombre vacila en su propósito constante de ascender y de perfeccionarse para gozar mejor con el espíritu, comienza á decaer.....!

Al fin Manuel, aturdido, maldiciéndose y despreciándose á sí propio, y haciendo sin embargo al mismo tiempo un esfuerzo para obligarse: tan extraña así es la naturaleza humana, se encaminó á la casa de Dolores.....!

* San Benito, patriarca de los monges de Occidente, San Bernardo, primer abad de Claraval, Santo Tomás de Aquino, y los doctores todos de la Iglesia, han sufrido tentaciones tan terribles, que el primero de los mencionados tenia á veces que arrojarse sobre espinas que le destrozaban el cuerpo; el segundo se hundió una vez entre el hielo, y así los demas. Si la lucha contra el espíritu impuro no fuese tan terrible, la recompensa no seria grande; y lo es, y mucho.....!

¡Con qué ansia fué saboreado, analizado, descrito de antemano aquel momento de placer! ¡cómo paladeó las menores circunstancias, los mas leves accidentes!..... ¡cómo temió el ciego morir desfallecido, anegado en aquel mar de delicias que le hacia presentir su imaginacion desenfrenada!

Manuel tuvo entre sus brazos á aquella mujer, blanca y bien formada. Los ojos de Dolores estaban húmedos, pero destilaban fuego; sus lábios entreabiertos demandaban esos besos que desmayan; sus carnes se estremecian al tacto, y producian esa sensacion eléctrica que enciende la sangre.....!

Eran todos los ensueños de Manuel, que tomaban cuerpo por un momento, y ¿sabeis lo que es la imaginacion de un ciego.....?

El amor de aquella mujer lo embriagó; pero no hallando en él el placer magnético, súbito, extraordinario que sus nervios exaltados en la soledad le prometian, creyó no haber sabido gozar; creyó no haber puesto de su parte cuanto era necesario, y le acometió un deseo mas vehemente, mas irresistible.....

¡El placer es una decepcion constante; su encanto fascinador es tan solo una promesa; sus fantasmas son humo que se desvanece ántes de tocarlo!..... ¡Oh! ¡los goces de la materia no pueden ser completos; pero por una cualidad funesta, miétras mas desencantan, mas y mas se empeña en correr tras ellos el que una vez cayó, como si á todo trance quisiera hallar la realizacion de su anhelo!

¡Fascinacion del mal!

¡Cuando Manuel volvió á su casa, Rafaelita lo contempló con sus ojos grandes y meditabundos, y comprendió que el ciego habia caído en un abismo profundo, porque halló su alma insensible, desacorde, opaca!

Desde la noche de aquel viérnes de Dolores, el músico se sintió arrastrado por el vértigo. El recogimiento lo espantaba, y buscó la prolongacion de los placeres en una serie vertiginosa de fiestas y orgías. Hay circunstancias en que el deseo de gozar se convierte en una fiebre, en un furor, en una verdadera enfermedad.....!

Rafaelita quedaba entretanto abandonada y solitaria en la casa, meditando en la profundidad del abismo en que se hundia el escogido de su corazon, y pidiendo á Dios un medio para salvar al hombre á quien se habia consagrado!

¿Quién podrá revelar jamas el misterio de aquellas horas de dolor? ¿qué pluma humana seria capaz de traducir una parte siquiera de las confidencias de aquella alma á Dios?..... ¡Ay! ¡solo los que amen con un amor puro y completo podrán tener idea de lo que sufría aquella mujer!.....

Entonces su rostro acabó de adquirir ese aire de espiritualismo que vemos en algunos cuadros; sus ojos ercieron á causa de la extenuacion y hundimiento de las mejillas. Desde entonces comenzaron á romperse los lazos que la ataban á la tierra, y el horizonte del mundo espiritual se extendió ante su vista.....

¿Cómo pensó Rafaelita, en aquellas eternas noches de

soledad, en Lorenzo! ¡cómo le pidió á él que intercediese con Dios, por Manuel!.....

A veces pensaba en que si el jóven hubiera vivido, acaso tambien se habria visto arrastrado como el ciego; y entónces, ¡cuánto se alegraba de que hubiese muerto!

Otras, pensando en la brutal indiferencia de Dolores, en el culpable olvido de Manuel, casi creía un favor de Dios haberse llevado de este mundo á Lorenzo.

—Así, pensaba ella, los otros le olvidarán del todo, y yo, solo yo conservaré su recuerdo en mi corazon; solo mi pensamiento será el que vaya á buscarle al cielo, y su memoria será mia, únicamente mia.....

Pero pensar en Lorenzo, ¿no era pensar tambien en Manuel? ¿Cómo podrian separarse aquellas tres almas, que no formaban sino una sola? ¿Cómo seria posible que se reuniesen en el cielo si faltaba alguna de ellas.....?

D. Diego renovó en aquellas circunstancias sus pretensiones, porque si hay algo que se parezca en su duracion al verdadero amor, son esos caprichos tardíos de los viejos.

Pero Rafaelita era inflexible, y habia llegado ya á aquel grado de perfeccionamiento en que la naturaleza es superior á la tentacion.

El viejo, que siempre fundaba sus juicios sobre la experiencia que tenia de los hombres, calculó que la esperanza del amor de Manuel era lo que sostenia á Rafaelita, y resolvió fria y cruelmente romper aquel lazo postero.

Conocía el carácter violento del ciego, y preparó con tanto cálculo una intriga, que en una misma noche oyó Manuel en una reunion conversaciones algo libres sobre la frialdad de su mujer, y al llegar á su casa se encontró con una carta en la que se le daban pormenores y noticias terribles.

En otro tiempo, Manuel habria entregado aquel papel infame á Rafaelita, y hubiera creído sus palabras como las de un sacerdote; pero esa noche quedó abismado; luego se sintió con vehementes deseos de matar á aquella mujer, porque no podia sofocar un dolor terrible que lo atormentaba.....

Al fin su funesta y bastarda pasion á Dolores vino á verificar la reaccion, cegándolo; y desesperado fué á buscar un refugio en aquel amor letal para olvidar á Rafaelita..... á Rafaelita, en cuya culpa queria creer por disculparse á sí mismo.

¡Cómo se ensancha el círculo de errores y aberraciones del corazon, desde que ha perdido su verdadero centro!

Don Diego fué entónces á consolar á la infeliz mujer abandonada, que estuvo á punto de volverse loca al percibir aquel tejido de horrores; y la excitó á la venganza.....

Pero los ángeles sufren y lloran; y no saben mas que amar y perdonar.....!

X

RAFAELITA esperó en vano por muchos dias la vuelta del prófugo; creia en su arrepentimiento, y se hacia ilusiones, pensando en que le veria volver á rescatar con su amor tantas lágrimas como la hacia derramar; pero cada aurora no traia sino noticias de nuevas locuras, de verdaderos escándalos.

¡Entónces, sin esperanza, queriendo huir de aquella tortura lenta, cruel, incesante, buscó un refugio de paz en un convento; pero en los conventos de México no reciben á las que sufren cuando son casadas.....!

Por un arranque de noble orgullo, no queriendo ya desde aquel momento estar á cargo de Manuel, recibiendo las limosnas que la enviaba, ella, que le habia dado, no tesoros porque nunca los tuvo, sino sus cuidados, su desvelo, su vida entera, y que todavía en esta situacion le daria su sangre, abandonó la casa del ciego y fué á habitar un cuarto humilde en un arrabal, manteniéndose, como tantas mujeres en México pobres, santas y desgraciadas como ella, con el producto de su costura.

El instante de salir de aquella casa, donde se habia

Conocía el carácter violento del ciego, y preparó con tanto cálculo una intriga, que en una misma noche oyó Manuel en una reunion conversaciones algo libres sobre la frialdad de su mujer, y al llegar á su casa se encontró con una carta en la que se le daban pormenores y noticias terribles.

En otro tiempo, Manuel habria entregado aquel papel infame á Rafaelita, y hubiera creído sus palabras como las de un sacerdote; pero esa noche quedó abismado; luego se sintió con vehementes deseos de matar á aquella mujer, porque no podia sofocar un dolor terrible que lo atormentaba.....

Al fin su funesta y bastarda pasion á Dolores vino á verificar la reaccion, cegándolo; y desesperado fué á buscar un refugio en aquel amor letal para olvidar á Rafaelita..... á Rafaelita, en cuya culpa queria creer por disculparse á sí mismo.

¡Cómo se ensancha el círculo de errores y aberraciones del corazon, desde que ha perdido su verdadero centro!

Don Diego fué entónces á consolar á la infeliz mujer abandonada, que estuvo á punto de volverse loca al percibir aquel tejido de horrores; y la excitó á la venganza.....

Pero los ángeles sufren y lloran; y no saben mas que amar y perdonar.....!

X

RAFAELITA esperó en vano por muchos dias la vuelta del prófugo; creia en su arrepentimiento, y se hacia ilusiones, pensando en que le veria volver á rescatar con su amor tantas lágrimas como la hacia derramar; pero cada aurora no traia sino noticias de nuevas locuras, de verdaderos escándalos.

¡Entónces, sin esperanza, queriendo huir de aquella tortura lenta, cruel, incesante, buscó un refugio de paz en un convento; pero en los conventos de México no reciben á las que sufren cuando son casadas.....!

Por un arranque de noble orgullo, no queriendo ya desde aquel momento estar á cargo de Manuel, recibiendo las limosnas que la enviaba, ella, que le habia dado, no tesoros porque nunca los tuvo, sino sus cuidados, su desvelo, su vida entera, y que todavía en esta situacion le daria su sangre, abandonó la casa del ciego y fué á habitar un cuarto humilde en un arrabal, manteniéndose, como tantas mujeres en México pobres, santas y desgraciadas como ella, con el producto de su costura.

El instante de salir de aquella casa, donde se habia

criado, donde se habia casado, donde cada pieza la traia un recuerdo; en que cada lugar guardaba una memoria, en la cual todo hablaba á su corazon, fué terrible, amargo, mas cruel que la muerte misma..... pero hizo un esfuerzo, y se venció.

Esas criaturas débiles á quienes el dolor de un dedo, ó una gota de sangre hacen perder la razon, desplegan á veces una energía sobrehumana.

¡Manuel recibió la noticia de esta partida en uno de sus malos momentos, y sin que ninguna voz se elevase en su corazon; sin que su alma se conmoviese, aplaudió, y fué á vivir con Dolores á aquella misma casa que conservaba aún el perfume de la presencia de Rafaelita!

La sed de placer, que atormentaria una existencia toda la eternidad, desde el momento en que se ve satisfecha, degenera, y gasta, y encallece los sentidos.

El delirio, miéntras mas terrible, es mas pasajero; la fiebre laxa los nervios; la lujuria destruye el cuerpo, y despues de la esperanza engañada vienen el hastío, la insensibilidad, la impotencia.....

Manuel creyó hallar en Dolores todas las promesas de su imaginacion; ¿pero creéis que el amor carnal, ese ministro de la muerte, sea capaz de cumplir la milésima parte de los goces que promete.....?

El ciego comenzó á sentir un vacío horroroso en su corazon, y espantado, despues de haber agotado todos los excitantes del amor, recurrió á los de los licores..... ¡Su vida era una orgía desenfrenada.....!

¡Por una hora, una miserable hora de fiebre comprada de esta manera, le sobrevenian largas noches de tedio, de insomnio, de cansancio, que lo hacian llorar de rabia...!

El mal es lógico y terrible en sus consecuencias.....

El amor de Dolores no era de los que sufren las lágrimas. Las mujeres de esa clase no viven sino con las risas, los cantos, el vino; ¿cómo han de comprender el llanto, si las lágrimas son la poesía del sufrimiento y la esperanza.....?

Los restos de la fortuna del ciego se consumieron bien pronto con aquel género de vida.

Una mañana, cuando ménos lo pensaba, la mano de la justicia, severa, implacable, se apoderó de todos sus bienes para pagar á los acreedores del músico.

¡El amor de Dolores no era de los que sufren la miseria; y la bella y voluptuosa viuda, golondrina que busca siempre la bella estación, voló abandonando al ciego, como él habia abandonado á Rafaelita!.....

¡Justicia!

¡Aquello era la perpetua historia que se repite siempre! ¿Cómo quereis que haya variedad en esos seres que no son sino instrumento de placer?.....

Este golpe hundió á Manuel en tan negra desesperacion, que sería y friamente pensó en el suicidio.....

¡Abyssus abyssum!

Cada mañana, ántes de dirigirse á correr á una tienda de modas donde era la mas cumplida, la mas infatigable, Rafaelita entraba á la iglesia de Belem, cerca de la cual

habitaba, y pedia incesantemente á Dios la felicidad para Manuel, á quien amaba mas al verlo desgraciado!

¡Orar por Manuel! hé aquí el único consuelo de aquel ángel, venido al mundo para amar y padecer! Orar, hé aquí su única distraccion, porque no pudiendo vencer ese pudor innato de los que han descendido de una buena posicion, vivia retirada, sin hablar con nadie, despues de las horas de su trabajo, y no asistia á otro lugar público que la iglesia.....

Nadie habia puesto los piés en su nueva habitacion, y solo así pudo evitar las persecuciones de Don Diego, que iban tomando un carácter alarmante.

Habia querido olvidar su pasada existencia; pero la memoria es tenaz cuando se la quiere ahogar, y luego, ¿cómo es posible que se separen dos corazones íntimamente unidos, sin que alguno de ellos, por lo ménos, no conserve una herida profunda y sangrienta? Rafaelita lloraba incesantemente, y habia dias en que la enfermedad orgánica del corazon de que sufría, progresaba de un modo visible. Entónces pasaba largas horas contemplando ese cielo azul é inmensurable que se extiende sobre nuestras cabezas, y no se atrevia á pedir á Dios la muerte, porque la consideraba un favor tan especial, tan digno de ambicionarle, que el Señor le concede solo á aquellos á quienes prefiere.

En efecto, ¿cómo pedir al supremo Amor que aparte la copa de hiel de nuestros labios, cuando nos la envia para probar el alma y fortalecerla? ¿cómo demandarle que nos aproxime el dia de su luz, cuando no prolonga nuestra

mansion en estas tinieblas, sino para que nuestro espíritu se forme y desarrolle.....?

La muerte es un bien inmenso; es la hora de la libertad y la vida; pero es un beneficio, un premio, una señal de ternura y predilección que Dios solo se apresura á conceder voluntariamente á aquellos á quienes por su amor y pureza prefiere. *Aquel á quien la divinidad ama, muere joven,* * como se corta muy temprano la flor mas bella....

El alma encendida en amor no debe tener voluntad propia para pedir. No anhela, pues, la muerte; goza, y solo sabe que goza.....! Rafaelita no la pedia, pero tambien, ¿cómo no contemplar con cierta satisfaccion, con cierta complacencia esos síntomas de una próxima partida?

Esa tristeza vaga que empieza á sombrear nuestro corazon, como un crepúsculo vespertino, ¿no os parece un anuncio de que se acerca la hora en que debemos irnos separando de las cosas de acá abajo.....?

Otras veces, Rafaelita, arrodillada, en ciertos momentos de vacilacion y ansiedad, entonaba este himno del alma que espera, del corazon que ama:

—Dios mio, ¿es posible que alimente en el fondo de mi sér una insaciable necesidad de amor eterno é infinito, y esté condenada á buscarlo siempre sin alcanzarlo jamas...?

Pero si hubiese de ser mentira el ensueño constante de mi alma, ¿qué significaria entónces este presentimiento, esta necesidad de amor que hay dentro de mí.....?

¡Oh! yo he buscado por el mundo la realizacion de esa

* Menandre.

promesa, y las gotas de rocío que han humedecido mis labios no han hecho mas que aumentar mi sed.....

¿Se secarán, Dios Santo, los tesoros de amor que encierra mi alma? ¿Será esto tan solo un anhelo de la criatura por tu presencia? ¿Será la atracción del cielo?.....

Pero no, ¿cómo habia de ser el amor, esta necesidad tan dulce y tan grande, un vano fantasma del mundo!

Si las relaciones de un día fundadas en intereses tan limitados, bastan para crear afectos vivísimos, ¿cuáles serán esos vínculos eternos que abrazan cuanto hay de mas profundo y mas real en la existencia.....?

Si aprisionada el alma en este cuerpo siente con tanta delicadeza, ¿cuáles serán los goces de la realización de su anhelo cuando se vea libre.....?

¡Señor! ¡Señor! ¿no es verdad que tu cielo es el Amor, y que esta necesidad de nuestras almas es el reflejo, la promesa de esa dicha eterna, incalculable.....?

Pero ¡ay! Si aun desde esta cárcel oscura; si desde este cruel destierro, el amor compartido puede ser un signo de predestinación, ¿por qué no me concedes que me encuentre con el alma que me está destinada.....?

—¡Ay! yo soy débil, y cuántas veces temo sucumbir.

¡Alma del alma mía, vida de mi propia vida, aquí me tienes esperándote ansiosa, como el prisionero el día de la luz y la libertad..... !

¿Vendrás tú á mi? ¿iré yo á tí? ¿pero con qué signo habré de reconocerte cuando te dignes apiadarte de mí?....

¡Si supieras cuán largos se me hacen los días, y cómo pasan mis noches sin sueño!.....

¡Ven! ¡ven! ¡ven! no sea que muera esperándote.....!

Manuel, en medio de su inmensa soledad, pensaba en lo vano de sus placeres, y recordaba con remordimientos su antigua ventura, de la que tan léjos se hallaba. Ese tedio, ese vacío que sucede á las pasiones carnales, verdadero agotamiento que revela lo perecedero é imperfecto del cuerpo, lo atormentaba.

Nada hay mas terrible que este estado de impotencia, remedo de la nada, principio del caos. El es el resultado inmediato del mal, y nos hace comprender la idea de algunos santos, que han creído el infierno como un lugar donde el mayor castigo es la ausencia de Dios!.....

El ciego hubiera dado toda su vida por borrar lo que habia pasado desde el día funesto en que conoció á Dolores, y gozar una hora, una hora tan solo, de aquella fusión de almas con Lorenzo y Rafaelita! ¿Entonces comprendia la enormidad de sus errores, y lloraba lágrimas de sangre contemplando el bien perdido!.....

Y lo que hacia mas punzadores sus dolores, es que le faltaba la esperanza. ¿Cómo volver á experimentar en su alma mancillada, aquellas fruiciones de la pureza? ¿Cómo volver al corazón de Rafaelita la primitiva confianza?.....

Y sin embargo, ¿cómo podria vivir solitario, abandonado, él, que necesitaba de todos los auxilios?.....

Entonces ya no pensaba en el suicidio, que se le ocurrió en el primer momento del dolor, porque comprendió que tenia que llorar mucho para lavar sus faltas.....

Y luego, si hubiera muerto voluntariamente, ¿no se habria visto entonces separado de Rafaelita por toda la eternidad?.....

¡Ay! ¿qué eran cinco, diez años, toda una vida entera

de tormentos, si con ellos compraba la seguridad de reunirse de nuevo con el ángel de su amor en el cielo?.....

El arrepentimiento purifica los corazones: las lágrimas no son patrimonio sino de un sér perfectible, que puede rescatar sus faltas!.....

¡De esta manera sintió el ciego poco á poco que su alma se desprendía de los lazos de la carne, y comenzaba de nuevo á sentir aquel goce que inunda al desterrado al aspirar de léjos el ambiente de la patria!.....

«A medida que un hombre muere mas completamente para sí, dice Juan Gerson, mas comienza á vivir para Dios.»

¡Cuántas veces se encontraron de esta manera á los piés del Señor los suspiros de aquellas dos criaturas abrasadas de amor!

¡Cuántas ocasiones desde léjos, materialmente separados, se reunieron sus almas en un estrecho y prolongado ósculo de paz y de perdon!... ..

¡Bellos y apacibles son los dias de convalecencia despues de una gran enfermedad! pero son mas bellos los instantes en que despues de una caída, el alma recobra su pureza y su serenidad.

El Señor quiere la lucha como un medio de perfeccionamiento, y á aquel que triunfe será al que dé á comer del árbol de la vida. *

¡Bienaventurados los que nunca han caido! ¡Bienaventurados mil veces los que han sabido levantarse!.....

* Apocalipsis. Cap. II. v. 7.

XI.

Era el mes de Junio.

El cólera morbus, soplo de la muerte, á semejanza del cierzo del invierno que arrastra las hojas, hacia desaparecer las generaciones enteras.

El terror se pintaba en todos los semblantes; el silencio oprimia todos los corazones; y el aire que se respiraba era de muerte.

En vano el cielo ostentaba su magnífico y límpido azul; las flores, sus matices y su perfume; el campo sus galas; la naturaleza nos parecia envuelta en un manto funerario.—Hay momentos en que todo á nuestro alrededor toma un tinte de muerte, y es que nosotres la llevamos en el corazon.

El dia 24, Manuel, que permanecia encerrado, pero tranquilo en medio de aquel conflicto genral, recibió un recado urgente. Un moribundo deseaba hablarle, y un sacerdote venia á implorar de él fuera á llevar la tranquilidad y el perdon á una alma próxima á partir.

Manuel acudió. Era Don Diego quien lo llamaba desde su lecho de agonía.

de tormentos, si con ellos compraba la seguridad de reunirse de nuevo con el ángel de su amor en el cielo?.....

El arrepentimiento purifica los corazones: las lágrimas no son patrimonio sino de un sér perfectible, que puede rescatar sus faltas!.....

¡De esta manera sintió el ciego poco á poco que su alma se desprendía de los lazos de la carne, y comenzaba de nuevo á sentir aquel goce que inunda al desterrado al aspirar de léjos el ambiente de la patria!.....

«A medida que un hombre muere mas completamente para sí, dice Juan Gerson, mas comienza á vivir para Dios.»

¡Cuántas veces se encontraron de esta manera á los piés del Señor los suspiros de aquellas dos criaturas abrasadas de amor!

¡Cuántas ocasiones desde léjos, materialmente separados, se reunieron sus almas en un estrecho y prolongado ósculo de paz y de perdon!... ..

¡Bellos y apacibles son los dias de convalecencia despues de una gran enfermedad! pero son mas bellos los instantes en que despues de una caida, el alma recobra su pureza y su serenidad.

El Señor quiere la lucha como un medio de perfeccionamiento, y á aquel que triunfe será al que dé á comer del árbol de la vida. *

¡Bienaventurados los que nunca han caido! ¡Bienaventurados mil veces los que han sabido levantarse!.....

* Apocalipsis. Cap. II. v. 7.

XI.

Era el mes de Junio.

El cólera morbus, soplo de la muerte, á semejanza del cierzo del invierno que arrastra las hojas, hacia desaparecer las generaciones enteras.

El terror se pintaba en todos los semblantes; el silencio oprimia todos los corazones; y el aire que se respiraba era de muerte.

En vano el cielo ostentaba su magnífico y límpido azul; las flores, sus matices y su perfume; el campo sus galas; la naturaleza nos parecia envuelta en un manto funerario.—Hay momentos en que todo á nuestro alrededor toma un tinte de muerte, y es que nosotres la llevamos en el corazon.

El dia 24, Manuel, que permanecia encerrado, pero tranquilo en medio de aquel conflicto genral, recibió un recado urgente. Un moribundo deseaba hablarle, y un sacerdote venia á implorar de él fuera á llevar la tranquilidad y el perdon á una alma próxima á partir.

Manuel acudió. Era Don Diego quien lo llamaba desde su lecho de agonía.

El señor de Mirafuentes, en esa hora suprema en que el alma siente ya ante sí la eternidad; hora de terror y espanto para los que mas se han burlado de ella, quería reparar el mal inmenso é infructuoso que habia hecho, quería pedir perdon de rodillas á aquellos á quienes tanto habia ofendido; pero no atreviéndose á mirar á Rafaelita, llamaba á Manuel para llorar en su seno y rogarle fuera su intercesor para con aquella criatura cuyo perdon le daría aliento y confianza para comparecer ante el Señor.

El ciego oyó la confesion completa, minuciosa del moribundo, y á medida que este hablaba, le parecía que su alma se dilataba y revivia.

Jamas creyó, y ménos en estos últimos días, en la falta de Rafaelita; pero ¡es tan dulce oír la justificación de un sér querido, de los mismos labios que intentaron mancillarlo.....!

Cuando D. Diego concluyó de hablar, Manuel cayó de rodillas levantando las manos al cielo, y se escapó de su pecho un grito de reconocimiento.....

El enfermo murió; y el ciego, sin apoyarse en nadie, iluminado por un instinto misterioso, corrió anhelante á echarse á los piés de Rafaelita para pedirla perdon de su horrible é injusta sospecha, para implorar de ella le volviese su amor.....

Rafaelita se acercaba rápidamente á su fin: estrella, se inclinaba al Occidente; lámpara, elevaba su llama; flor, exhalaba su postrer perfume; ángel, levantaba la vista hácia el Señor, y tendía sus alas..... ver padecer á los de-

mas, la habia afectado infinito, y la terrible enfermedad de su corazon llegaba á su último período.

Ya era de noche cuando Mannel llegó.

Rafaelita, vestida de blanco, y suelto el cabello, estaba recostada en su cama, con esa languidez que sucede á un baño, oprimiéndose con ambas manos el pecho, para contener sus dolores, que la desgarraban el corazon.....

Una vela delgada alumbraba el cuarto y envolvía á nuestra heroína en una penumbra dulce y misteriosa.

Mannel se precipitó á los piés de la jóven, que se enderezaba no queriendo dar crédito á sus sentidos; y el ciego, no hallando palabras con que expresar todo lo que tenia en el corazon, estrechaba las rodillas de Rafaelita y balbuceaba:

—¡Perdon! ¡perdon!

¡Aquel fué un momento sublime! uno de esos instantes que se concibe, pero que no se puede describir.

Rafaelita no pudo articular tampoco una palabra.

La emocion rompió las últimas fibras de su corazon. «Toda exaltacion de amor contiene una ofrenda de la vida de aquel que la experimenta.»*

Así lo sintió ella, é inundado de luz su rostro, coronada su frente con la aureola de la felicidad, se puso la mano izquierda sobre el corazon, que latía con las últimas convulsiones de la vida, y levantó la derecha hácia el cielo!.....

Manuel lo comprendió todo, y gritaba desolado arran-

* C. Chardel.—Essai de phsycolegie physiologique.

cándose los pocos cabellos que habian quedado sobre su frente:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! no me lo quites ahora, porque ¿qué va á ser de mí?

Rafaelita cayó sin fuerzas sobre su cama, y el ciego ébrio de dolor, se arrodilló junto á la jóven contemplando su dulce y apacible agonía.....

XII.

AL cabo de un momento se enderezó Rafaelita, tomó entre las suyas, frias y transparentes ya como el alabastro, las manos de Manuel; y como en los días mas felices de su vida, clavó en el ciego sus dos ojos grandes y expresivos, animados en aquel momento con ese brillo que precede á la muerte.

Manuel sintió entónces que un rayo de luz bajaba hasta el fondo de su corazon, llevando la dicha y el bienestar á todo su cuerpo. Durante algunos minutos pareció aspirar aquella claridad benéfica, que era para su corazon lo que es el rocío para la naturaleza, despues de un día ardiente y abrasador. Luego, cuando su cuerpo quedó saturado, por decirlo así, su alma se ensanchó, y brotando á su turno luz, la comunicó á Rafaelita, que la recibió, cambiando la suya, hasta que aquella doble irradiacion se convirtió en una llama que reunió á las dos almas.

¿No es así como se comunican los afectos entre dos corazones, hasta que en ambos reina ese amoroso acuerdo que los identifica absolutamente? Y si es cierto, como lo es, que los sentimientos puros y afectivos tienen algo de

cándose los pocos cabellos que habian quedado sobre su frente:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! no me lo quites ahora, porque ¿qué va á ser de mí?

Rafaelita cayó sin fuerzas sobre su cama, y el ciego ébrio de dolor, se arrodilló junto á la jóven contemplando su dulce y apacible agonía.....

XII.

AL cabo de un momento se enderezó Rafaelita, tomó entre las suyas, frias y transparentes ya como el alabastro, las manos de Manuel; y como en los días mas felices de su vida, clavó en el ciego sus dos ojos grandes y expresivos, animados en aquel momento con ese brillo que precede á la muerte.

Manuel sintió entónces que un rayo de luz bajaba hasta el fondo de su corazon, llevando la dicha y el bienestar á todo su cuerpo. Durante algunos minutos pareció aspirar aquella claridad benéfica, que era para su corazon lo que es el rocío para la naturaleza, despues de un día ardiente y abrasador. Luego, cuando su cuerpo quedó saturado, por decirlo así, su alma se ensanchó, y brotando á su turno luz, la comunicó á Rafaelita, que la recibió, cambiando la suya, hasta que aquella doble irradiacion se convirtió en una llama que reunió á las dos almas.

¿No es así como se comunican los afectos entre dos corazones, hasta que en ambos reina ese amoroso acuerdo que los identifica absolutamente? Y si es cierto, como lo es, que los sentimientos puros y afectivos tienen algo de

etéreo, de luminoso, de celeste, ¿no creáis que haya mucha verdad en esa teoría de los cuerpos radiantes, apoyada en ideas y observaciones de los apóstoles, de los doctores de la Iglesia, de los sabios y artistas de todas clases?

Manuel se elevó de esta manera desde el abismo de sus faltas, hasta Rafaelita, cuya alma, emblema del perdón, derramó sobre la del ciego sus rayos fecundos como una bendición.

Realizábase así la misteriosa y santa misión de la mujer sobre la tierra.

Reinaba un profundo silencio: el ciego y la joven no se hablaban; ¿pero qué necesidad tenían de comunicarse sensaciones que juntos experimentaban; fenómenos que se verifican el uno por el otro; si ambos leían en el alma del otro como en la suya propia; si aquel acto era una verdadera comunión.....?

El ciego permanecía de rodillas, porque así era cómo, en su concepto, debía recibir la absolución de todos sus errores.

Rafaelita, sin fuerzas, estaba recostada sobre su hombro, y en aquella postura parecía derramar su alma sobre la del ciego.....

¡Qué sublimes, qué solemnes, qué misteriosos eran aquellos momentos.... !

Verificábase acá en el mundo ese misterio que solo se realiza en el cielo ante la presencia del Señor. ¿No permite así Dios de tiempo en tiempo alguna revelación de su incalculable grandeza, con el objeto de reanimar el valor de los hombres de poca fé.....?

El alma de Rafaelita, rayo de amor, se reunía con el alma de Manuel, rayo de inteligencia; y completada de esta manera la *unidad*, se sentía atraída hácia el centro de donde partió.

¡Manuel iba por momentos perdiéndose entre las inmensidades del misticismo; esa vorágine cuya cima es Dios! su alma se ensanchaba como ninguna alma se ha ensanchado acá abajo en esta atmósfera del mundo; y su inteligencia, fecundada por el amor, sobrepasaba los límites del espacio y del tiempo.....

Rafaelita se extinguía como el lucero de la mañana, cuando va acercándose el día.

Manuel la contemplaba arrobado, como á una visión que va á desvanecerse. El ciego sabía que el hombre, hecho de polvo, se convierte en polvo; pero al sentir junto á sí á la joven, no podía ménos de decirse que la mujer no muere, sino que se transforma.

Si hay resurrección de la carne, reunidas las almas hermanas, ¿no será en el cuerpo de la mujer donde vayan á habitar, como en el vaso mas puro y mas bello, el único digno de contener esencia tan preciosa?..... ¿No será la mujer *cuya carne á su espíritu léjos de ser entónces rebelde, sería en lo de adelante pura y espiritual*, * la criatura privilegiada en el cielo, como lo ha sido acá en la tierra? Acaso su amor, sus sacrificios, su abnegación, ¿no la harán digna de tamaño premio?.....

* San Agustín.—Meditaciones, cap. XXVI.

—Manuel, dijo al fin Rafaelita con una voz melodiosa como era la suya, en los momentos solemnes; Dios, para purificarte aun mas, no permite que mueras conmigo, como era mi mas dulce esperanza.

Vas á quedar solo en el mundo; pero yo iré á pedirle al Señor que te dé fuerzas para esperar. No vaciles, hermano mio: un deseo constante es una promesa del porvenir.

Dios nos separa momentáneamente; ¿pero qué es el tiempo, al lado de la eternidad?.....

Levanta la vista al cielo y no la apartes de allí, que aquel es el puerto de la vida.

El ciego se apoderó de las manos de Rafaelita, y besándolas, murmuraba:

—¡Sí! ¡sí! Hermana de los ángeles del cielo, criatura de quien la tierra no ha sido digna, ve á rogarle al Señor por mí, que mucho lo he menester.....

Ve, yo esperaré la hora de la felicidad; porque ¿qué es el tiempo y la distancia cuando brilla en nuestro cielo la estrella de la esperanza?.....

Ve á reunirte con nuestro hermano Lorenzo, esa parte de nuestras almas, y juntos entonad ante el Señor el coro al himno de mi anhelo.....

¿Habeis visto alguna vez cómo se marchita una flor, cómo plega sus alas una mariposa, cómo muere una mujer.....?

El Señor volvió sus ojos á aquellas criaturas, y Rafaelita

cerró los ojos para el mundo. ¡Cuán dulce y apacible es el tránsito de los que mueren en el Señor!.....

Hay en la vida de todos los hombres, aun los mas frios, una hora de dolor supremo, un instante en que todas las fibras de su corazon estallan, lanzando una vibracion elocuente, sentida.....

Manuel cayó de rodillas ante el cadáver, y abriendo los brazos, gritó con profunda conviccion, con esperanza infinita:

—Yo te veré mujer, ángel en el cielo: y allá, tú, hermana para mí mas amada que la luz, Lorenzo, pedazo de mi corazon, y yo, no formaremos mas que una sola alma, reflejo de la alta Trinidad, amor supremo que es el centro, el Autor, el fin de todas las cosas.....

El músico permaneció en estática oracion junto al cadáver, y no se levantó sino hasta que vino á sorprenderle la luz del dia.

Entonces sintió tal consuelo en su corazon, tal fuerza en su voluntad, que su alma aspiró sin obstáculo hácia el cielo.

El ciego depositó un beso sobre la frente alabastrina del cadáver, y enderezándose prorumpió en este grito:

—A vivir por tí, para tí y contigo.

En efecto, ¿no debia sentirse consolado en su soledad, fuerte en su debilidad si las almas de Rafaelita y de Lorenzo habian venido á completar la suya, como permite Dios que suceda entre los que mucho se aman, para que desde entonces no piensen mas que en Él, Luz indeficiente de donde parten todos los rayos, y adonde todos convergen despues que han concluido su revolucion mundanal?.....

¡Manuel experimentaba tal bienestar, que no pudo menos de recordar los días de sus errores, y confesar que por grande, por excitante y rico que fuese el placer de los sentidos y la carne, jamás podía ser completo, ni exento de turbación, como ese goce tranquilo que inunda el alma cuando por su pureza ó arrepentimiento se hace digna del cielo.....!

«¡Oh! ¡qué abundancia de delicias secretas habéis reservado, Señor, para los que os aman.» *

¿Quién podrá negar que el hombre ha sido creado para el cielo, y que el amor le ha sido dado como una luz que lo guía, como una fuerza que lo atraiga? ¿Quién no siente que cada vez que el hombre se aparta de su destino y su carrera de progreso ascensional, inmediatamente cae en el trastorno, el dolor, el tedio, consecuencias del extravío...?

¡Oh! el Señor es muy bondadoso, pues que así ha sembrado nuestro camino de precipicios que nos adviertan la desarmonía.....!

¡Bendito sea el Eterno, fuente de todo amor, origen de toda vida, centro de todo lo creado.....!

El ciego siguió, tranquilo y grave, hacia su última morada, el cadáver de Rafaelita. Cuando todos los que lo acompañaban se retiraron; cuando el ruido de los pasos se perdió á lo lejos, tomó un ramo de flores; lo deshojó sobre la tierra recién removida, y se arrodilló á orar.

Después se levantó y empezó para él la vida nueva!

Mayo de 1862.

* Psalm. XXX, v. 20.

EXPIACION.



¡Manuel experimentaba tal bienestar, que no pudo menos de recordar los días de sus errores, y confesar que por grande, por excitante y rico que fuese el placer de los sentidos y la carne, jamás podía ser completo, ni exento de turbación, como ese goce tranquilo que inunda el alma cuando por su pureza ó arrepentimiento se hace digna del cielo.....!

«¡Oh! ¡qué abundancia de delicias secretas habéis reservado, Señor, para los que os aman.» *

¿Quién podrá negar que el hombre ha sido creado para el cielo, y que el amor le ha sido dado como una luz que lo guía, como una fuerza que lo atraiga? ¿Quién no siente que cada vez que el hombre se aparta de su destino y su carrera de progreso ascensional, inmediatamente cae en el trastorno, el dolor, el tedio, consecuencias del extravío...?

¡Oh! el Señor es muy bondadoso, pues que así ha sembrado nuestro camino de precipicios que nos adviertan la desarmonía.....!

¡Bendito sea el Eterno, fuente de todo amor, origen de toda vida, centro de todo lo creado.....!

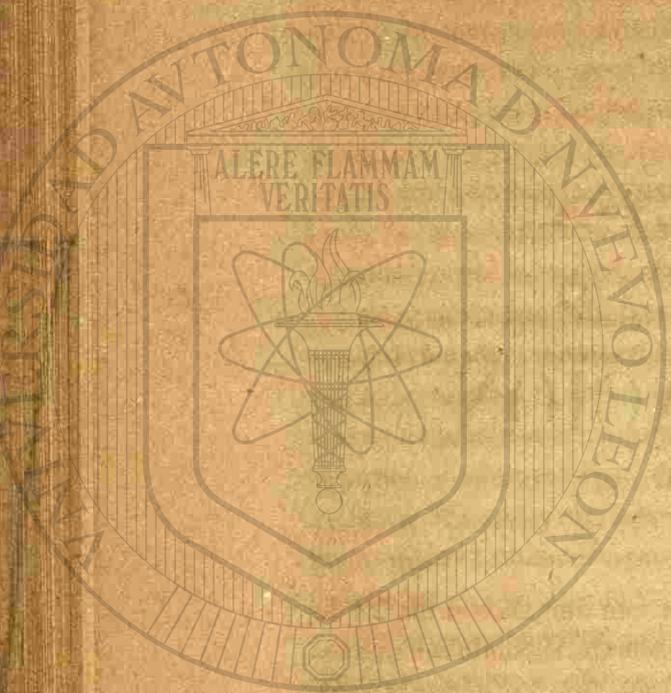
El ciego siguió, tranquilo y grave, hacia su última morada, el cadáver de Rafaelita. Cuando todos los que lo acompañaban se retiraron; cuando el ruido de los pasos se perdió á lo lejos, tomó un ramo de flores; lo deshojó sobre la tierra recién removida, y se arrodilló á orar.

Después se levantó y empezó para él la vida nueva!

Mayo de 1862.

* Psalm. XXX, v. 20.

EXPIACION.



CULPA.

Te, tan formosam non pudet esse leuem?

PROPERICIO. *Eleg. XIII.*

I.

MAGDALENA cumplía veintiun años el día 22 de Julio de 1844, y se celebraba su santo con una comida y un baile campestre bajo los ancianos sabinos del bosque de Chapultepec.

Era uno de esos hermosos días de estío en que el cielo, despues de una noche tempestuosa, se ostenta puro y azul, y la naturaleza recobra frescura y lozanía como una vírgen que sale del baño.

El sol de la mañana no habia secado aún la yerba del bosque y los árboles seculares aparecian verdes y risueños, en medio de las vegetaciones parásitas que penden de sus ramas, verdaderas canas que infunden veneracion y respeto.

El aire estaba fresco y venia perfumado con ese aroma de los campos que se levanta, despues que ha pasado la tempestad, como una oracion al cielo.

Todo convidaba á gozar, todo contribuia á hacer de aquel dia uno de esos que quedan en la memoria como un punto luciente en medio del abismo sombrío donde van á perderse nuestros años; hasta el mismo sol, inclinándose hácia el horizonte, tendia sobre las copas de los árboles como un cortinaje de luz; y solo de vez en cuando, al agitar el viento las ramas, se deslizaba un rayo á iluminar como una aureola la frente de Magdalena, ó á jugar con los rizos de su rubia cabellera.

Hace muchos años que pasó este dia; los sucesos han ido amontonándose; la muerte misma ha venido á mezclarse en este drama sencillo pero profundamente triste, y sin embargo, el recuerdo de aquel dia permanece indeleble; parece que tuvo lugar ayer; han quedado impresas en nuestra imaginacion hasta las mas leves circunstancias.

¡Pobre Magdalena! En el rápido espacio de ocho años, que para muchos séres son apenas una hora de luz del gran dia de la existencia, ¡cuántos sucesos, cuántos pesares, cuántas amarguras se sucedieron para ella!

Fué como una flor que una mano funesta arranca de su tallo, y luego es arrojada al polvo, donde muere sucia, hollada.

Ayer hemos ido á visitar su tumba humilde y solitaria: fué una triste y piadosa peregrinacion que quisimos hacer ántes de comenzar esta historia.

La conocimos pura como un ángel, bella como una mañana de primavera: hoy que su cuerpo duerme entre el

polvo de la tierra marchito y manchado, ¿creéis que su alma haya volado al cielo ménos limpia, ménos pura que en aquellos días de inocencia? ¿ó habrá atravesado el fango del mundo como atraviesa el cisne un pantano, sin ensuciar su blanco plumaje?

¡No! Magdalena fué débil y faltó; pero ¿no le serian perdonados sus pecados porque amó mucho?

La desgraciada niña lloró amargamente su falta, y las lágrimas lavan todas las manchas.

Pero el pecado es la intencion, y la pobre niña fué obligada primero por el amor, por el hambre luego.

Hay almas á quienes una fatalidad horrible arrastra hácia el vicio.

Y si no hay culpa de intencion en ellas, ¿no os parece que Dios despues de la prueba debe reservarlas en el cielo un lugar entre las mártires?

¡El dolor es un terrible crisol de purificacion!.....

¡Pobre Magdalena! aun nos parece verla meciéndose muellemente al compas voluptuoso de la música; el perfume de sus cabellos halaga nuestros sentidos: han pasado muchos años; pero hay recuerdos que no se borran nunca.

Serian cerca de las cuatro de la tarde; la comida tocaba á su fin y habia llegado la hora en que el espumoso Champagne despertaba la alegría y la confianza en todos los corazones.

La reunion era poco numerosa, apenas habia las personas necesarias. Magdalena y tres ó cuatro amigas suyas, jóvenes, alegres y bulliciosas como ella; la madre, pobre y sencilla anciana, que no vivia, no respiraba, no pensaba

en otra cosa mas que en su hija; cuatro jóvenes vivos y entusiastas y los músicos, hé aquí el personal de la fiesta.

La mesa habia sido tendida al pié de uno de los mas corpulentos sabinos, y como si el aire de los campos hubiera borrado la etiqueta y las ceremonias, todos gozaban con franqueza y expresaban sus sentimientos.

Al oír desde léjos aquel animado concierto de voces juveniles y sonoras, al escuchar la risa de las muchachas, no podia uno ménos de acercarse con esa confianza que inspiran las gentes dichosas; y sin embargo, quien hubiera tenido la triste facultad de leer en los corazones como en un libro, habria quedado silencioso y pensativo en medio del bullicio general.

¿Qué habia en el alma de aquel jóven, el mas simpático de todos, que de tiempo en tiempo su mirada se clavaba fija y ardiente sobre Magdalena, y entónces una nube de melancolía sombreaba su frente?

¿Qué pasaba en la de aquel otro, el de mayor edad entre los que le rodeaban, que á veces sus lábios se plegaban con una sonrisa irónica, fria, casi cruel?

Pero la alegría expansiva y loca de Magdalena no hubiera dejado á nadie consagrarse á este exámen. La reina de la fiesta, infatigable como todas las muchachas de su edad, dió muy pronto la señal del baile.

¿Habeis gozado de uno de estos dias de libertad y de contento? ¿habeis visto cómo se adquieren pronto relaciones, cómo se anudan luego luego amistades, y cómo, personas que en la mañana se trataban con ceremonia, en la tarde han adquirido confianza? Las horas que pasan des-

pues de la comida hasta la caído del sol, son los mas bellos instantes de un dia de campo.

Durante la mañana, habia bailado Magdalena; pero las cuadrillas y el wals tenian algo de la etiqueta de un salon. Despues fueron los jóvenes á recorrer el hermoso bosque y á cortar algunas flores; pero aquella excursion, desde luego se conocerá, no tenia otro objeto que matar el tiempo que comenzaba á hacerse largo. Al fin llegó la hora de la comida, y el vino y el Champagne rompieron las barreras de los corazones.

La tarde estaba hermosísima, y cuando la naturaleza ostentaba con tanto lujo todas sus galas, ¿cómo era posible no sentirse poseido, embriagado por una fiebre de gozar?

Oyéronse los primeros compases de un wals, y en un momento se formaron las parejas. El jóven, en cuya frente se dibujaba la sombra misteriosa de la melancolía se acercó á Magdalena, con visible turbacion, y no atreviéndose á hablarla se inclinó ante ella, para solicitar la honra de ser su compañero.

Magdalena lo comprendió, y le dijo:

—Lo tengo dado á D. Juan.

Las mujeres tienen la facultad de decir mucho con solo el acento de su voz.

El jóven se puso pálido de emocion; quiso contestar pero las palabras espiraron entre sus lábios secos.

D. Juan, el hombre de la sonrisa irónica, vino entónces á tomar á Magdalena de la mano, y el jóven fué á sentarse en uno de los bancos de piedra que circundan la glorieta en la cual tenia lugar esta escena.

Magdalena amaba apasionadamente al baile; la música encendía la fiebre en su sangre, y cuando se sentía arrastrada como por un torbellino en el wals, la parecía vivir en otro mundo de delicias desconocidas.

El wals es una especie de vértigo: al principio la música va infiltrándose en vuestros oídos como un suave narcótico; después llega un instante en que os sentís involuntariamente arrastrado cual las hojas secas por el viento; la tierra falta á vuestras plantas; los objetos desaparecen de la vista..... Este es el encanto, el placer supremo.

¿Qué os importan entónces los objetos de acá en la tierra? ¿qué los ojos que siguen todos vuestros movimientos?

Magdalena se apoyó en el brazo de su compañero y se dejó llevar como una pluma mecida por el viento.

Hay algo de voluptuoso en un baile así á la sombra de los árboles: los acentos de la música van á perderse entre los suspiros de la brisa; el perfume de las flores adormece los sentidos, y llega un momento en que para la imaginación excitada de los bailarines las mujeres parecen también flores que vagan por el viento.

La tarde fué concluyendo lentamente; el sol doraba apenas con sus rayos postreros el palacio de Chapultepec, y en el bosque, envuelto ya en las sombras misteriosas del crepúsculo, duraba aún el baile.

Magdalena no daba señales de cansancio; pero el carmin de sus mejillas, el brillo húmedo de sus hermosos ojos azules, y su cabellera un poco descompuesta, revelaban harto claramente su fatiga.

D. Juan, que había sido su compañero constante era

uno de esos hombres aguerridos que sea cual fuere su emoción jamás la demuestran: estaba al lado de nuestra heroína tan tranquilo, tan frío, como si no hubiera bailado en todo el día.

La madre estaba contenta porque veía á su hija feliz; era una de esas pobres viudas, que sin más parientes ni amistades en el mundo, concentran todo su amor, toda su ternura, toda su vida en un objeto, y no gozan sino por él.

El único, pues, que en aquel día había ido poniéndose cada vez más triste, era el joven á quien Magdalena negó el primer wals de en la tarde. Durante algún tiempo pudo permanecer en su asiento contemplando el baile, pero á poco la música lo fué conmoviendo hasta tal punto, que de pronto se alejó para no llorar delante de los que le rodeaban.

Luis era un muchacho sencillo que acababa de cumplir diez y nueve años; era uno de esos jóvenes generosamente dotados por la naturaleza, en los cuales una figura agradable, simpática y expresiva revelan una inteligencia despejada, una imaginación fogosa, un corazón apasionado y una alma noble y de buenos sentimientos. Pero Luis había conservado la virginidad de su corazón y no sabía ocultar sus sentimientos. Amaba, cualquiera lo habría conocido; amaba con toda su alma á Magdalena y no era dueño de dominar la melancolía que le causaban los desdenes de aquella mujer.

Durante mucho tiempo el joven vagó por el bosque huyendo de los acentos de la música, que le lastimaban el corazón, porque le traían la imagen de Magdalena en

los brazos de un rival; y sin embargo, cuando el murmurio de los árboles, cuando la distancia le hacia perder los suspiros de la flauta, los acentos del arpa, se acercaba hasta percibir por entre las hojas el traje de la jóven.

¡Cuántas lágrimas corrieron en aquellos momentos de sus ojos! ¡Qué agudos dolores tiene el amor para un corazon sencillo é ignorante!

Aun los que han probado trago á trago toda la hiel de la vida, los que han envejecido en el rudo combate de la existencia, recuerdan con ternura esos dolores juveniles que causa la primera mujer á quien se ama de veras. Tienen tanta voluptuosidad, son tan puras las lágrimas del amor.....

Al fin, llegó el momento de terminar el baile. Era ya casi de noche, y comenzaba á percibirse ese aroma resinoso que se exhala á esas horas en los bosques.

Luis tuvo por un instante deseos de marcharse sin despedirse; pero ¿cómo se iria sin ver á Magdalena?

Reunióse, pues, con el grupo, y entónces, por una de esas veleidades naturales en las mujeres, por uno de esos caprichos que dan á veces origen para pensar mal de su corazon, fué cuando pareció notar á Luis, como si fuera la primera vez que lo viera en el dia. Se separó de D. Juan que la llevaba del brazo y fué á tomar el de Luis, quien comenzó á temblar, y solo pudo contestar con monosílabos á las preguntas que la jóven le hacia.

—Ha estado vd. hoy muy melancólico, Luis; ni un momento le he visto á vd. en toda la tarde; ¿no le gusta á vd. el baile?

Y Magdalena olvidaba que el primer deseo de Luis habia sido bailar con ella.

—Yo estoy muy cansada,—prosiguió la jóven,—mire vd. hasta me he despeinado, y las flores que me prendí se están cayendo.

Magdalena recogió una rosa de castilla medio marchita, que se desprendia de sus cabellos, y la presentó á Luis indiferentemente, como hubiera tendido sus alfileres á una recamarera.

Luis tomó la rosa, y temió desmayarse de felicidad; tan grande fué la cantidad de sangre que refluyó hácia su corazon.

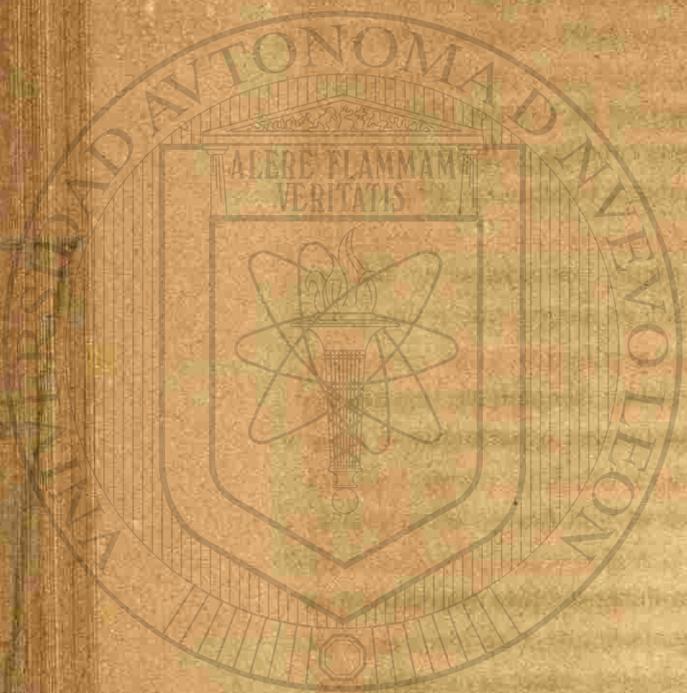
En esto se acercó D. Juan; Magdalena se separó de Luis y echó á correr levantándose ligeramente el vestido para no tropezar.

Luis tomó con ambas manos la rosa y la oprimió contra sus lábios.

D. Juan se detuvo para mirar los piés diminutos y preciosos de Magdalena, coquetamente calzados.

Magdalena se perdió riéndose, entre las sombras.

Aquellas tres actitudes, eran el prólogo del drama.



II.

COMO nosotros creemos que lo que se ha convenido en llamar carácter, esa ley que rige fatalmente las acciones y los sentimientos de un individuo no existe, ni puede existir de un modo absoluto, porque aquellas y estos tienen que obedecer el impulso de las pasiones, pensábamos apartarnos de la regla general, y no hacer de antemano un retrato de Magdalena. Esto no es decir que Magdalena sea un personaje para quien no haya más regla que el capricho. La verdad, y si nos es permitido expresarnos de esta manera, la unidad ideal se halla en el fondo de esos cambios, como se halla cierto tipo en las facciones de los hombres ó de un individuo, á pesar de todos los cambios que las imprimen el estado del ánimo ó la edad.

La unidad, el carácter de los hombres, es una cualidad que no se puede apreciar sino en lo pasado, cuando el alma fatigada vuelve su vista hácia atrás y contempla la cadena de los sucesos que han pasado.

Sin embargo, como nuestros lectores, acostumbrados á

ciertas rutinas establecidas, podrian exigirnos el retrato de la heroína de esta novela, los satisfaceremos lo mejor que nos sea posible, á reserva de hacer observar una por una las variaciones de su corazon y su carácter.

Magdalena era una muchacha voluble, caprichosa y ligera; pero mas linda que un ángel, mas seductora que una maga, mas fresca que una rosa ántes de salir el sol, y mas sensible que un poeta.

Acababa de cumplir veintiun años, y su cuerpo habia adquirido toda la pompa y lozanía de la media edad, sin perder la morbidez y frescura de la juventud. No era alta, pero tampoco baja: su cuerpo era torneado, suave, incitador, y todos sus movimientos respiraban tal voluptuosidad, que se la hubiera tomado por una mujer de mundo, si no se echara de ver la inocencia en sus miradas y el candor en sus palabras.

¡Qué hermosa era la muchacha! su andar era lento y gracioso; su cintura un poco llena, tan perfectamente hecha, tan elegante, que se hubiera dado la vida por estrecharla con los brazos un instante. Su pecho saliente, parecia tan suave como la seda, tan blando que se percibian los latidos de su corazon; su piel era tan fina que á traves de ella se veían azulear las venas. La espalda, bastante ancha, formaba una curva tan perfecta, tan deliciosa con la cadera, que se la hubiera podido tomar por modelo; pero sobre todo, lo que tenia la jóven admirablemente formado eran los brazos y las manos.

Magdalena tenia los piés mas chiquitos y mas lindos que hemos visto; tan monos que hubieran causado la envidia de una niña mimada; pero parecia tener particular

empeño en ocultar esta divina perfeccion de su cuerpo, y usaba los vestidos siempre extremadamente largos.

Magdalena era rubia, sus cabellos parecian de oro, y sus ojos tenian el color, la transparencia y la profundidad de un mar apacible.

Eran unos de esos ojos grandes, rasgados, circundados de larguísimas pestañas, que parecen absorber la luz, para devolverla en mil chispas y relámpagos cuando se animaban; unos de esos ojos expresivos, pero variables, como el carácter de su dueño, que tan pronto parecian tristes, meditabundos, melancólicos, como se animaban hasta derramar lágrimas de placer y alegría; tan pronto parecian llenos de candor é inocencia, como brillaban malignos y preguntones; unos de esos ojos que fascinan cuando miran fijamente, ó infunden el contento en una reunion entera, cuando el alma que los domina está gozosa; unos de esos ojos, en fin, que siempre son hermosos, pero que podrian convertirse en sublimes, si la pasion llegara á inspirarlos.

Tal era Magdalena; tesoro de hermosura que no podria apreciarse con una sola ojeada, sino que era necesario estudiarlo con delicia. Hay mujeres á las cuales la naturaleza se complace en hacerlas bellas, y reúne en su cuerpo todas las perfecciones.

¿Cómo sería posible describir una de esas criaturas? Y luego ¿no os parece que hay algo de triste, de indecoroso en ese exámen de una mujer de los piés á la cabeza, sin respetar el misterio de sus formas, ni las sombras de sus velos? ¿No creéis que se destruye completamente la ilusion, arrancando así, uno á uno, con la punta acerada de

la pluma, los girones de aquel cuerpo para decir al lector: hé aquí cabellos mas finos que el hilo de la seda; mirad qué cútis, tiene algo de la blanca y la transparencia de alabastro, y sin embargo es mas suave, mas amoroso al tacto, que el raso; ¡oh! ¡qué dientes! ¿no podría decirse que son menudas perlas engastadas en coral? Ved esta mano..... ¡Ay! ¿qué es lo que queda despues de este exámen? ¡Un verdadero cadáver!

Por el contrario, ¿no hay en la imaginación de cada uno cierta imágen vaga, flotante, hermosa mas que ninguna descripción, recuerdo de algun amor, promesa de una dicha, esperanza en el porvenir? y esta imágen no toma cuerpo y figura ante los ojos de nuestra alma, cuando por accidente nos formamos idea de lo bello?..... pues bien, ¿no creéis que esta imágen sea capaz de completar el retrato de una heroína? ¿no opináis como yo en este momento, que basta indicar las señales características y dejar que cada cual forme el retrato que mas conmueva su corazón?.....

Magdalena, ya lo hemos dicho, era la hija única de una viuda; y quedó huérfana desde el año de 1828, cuando apenas contaba cinco años. Su padre, honrado y valiente militar, murió en la revolución de la Acordada, dejando sola en el mundo á su familia, sin mas amparo ni recursos que un mezquino montepío de capitán.

La madre era en su juventud una mujer alta, varonil, de ojos negros y á quien no intimidaban jamas las privaciones y los trabajos á que estaba expuesta al lado de su marido. Cuando enviudó contaba veintiseis años, era aún hermosa y hubiera podido contraer un segundo matrimo-

nio ventajoso; pero tenia una hija y concentró en aquella criatura todo el amor, toda la ternura que habia en su corazón; parecióla que admitiendo un nuevo amor defraudaría lo que le pertenecía á aquella niña, y quiso mas bien imponerse trabajos excesivos para obtener la manutención, que asegurarle su porvenir con un padre extraño, que acaso no la hubiera amado. ¡Cuántos sacrificios heroicos de esta clase se ven diariamente!

Desde entónces aquella mujer, olvidándose completamente de sí misma, pasó los dias adorando á su hija, y las noches trabajando sin descanso para satisfacer todos sus gustos, para realizar sus deseos. La soledad en que la madre y la hija vivian hizo que aquel amor se aumentara hasta llegar á absorber las facultades todas de la primera, hasta convertirse en su vida. No es la primera vez que hemos observado esta clase de amores en las viudas; no parece sino que el cariño natural hácia un hijo reunen el amor que tuvieron al esposo; despues lo aumentan con la amistad que inspira el único ser que las acompaña en su aislamiento, y de esta manera de grado en grado, aquel amor llega á convertirse en una verdadera adoración, en idolatría, en fanatismo. ¡Que vengan á hablarnos de amores heroicos, de amantes que han desafiado la muerte por ver un instante á su amada! ¿dónde habrá heroismo semejante al de esas mujeres que pasan dias y noches enteras con la aguja en la mano, inclinadas sobre el lienzo, silenciosas, resignadas, sin tomar descanso, consumiendo lentamente su vida, para proporcionar á su hija adorada un vestido, un adorno, un placer cualquiera?

Fuerte, robusta, enérgica la madre no quiso nunca que Magdalena lastimase sus blancas y preciosas manos con una aguja; su único placer consistía en adornarla de niña como una muñeca, y hé aquí cómo desde tan temprano se desarrolló en la muchacha un instinto de coquetería y de lujo que no pudo ménos de ir creciendo con la edad. ¿Qué le importaban á la madre los eternos dias de trabajo, y el cansancio y el hastío de su vida laboriosa, si veía feliz á Magdalena, si recibía en pago de sus afanes una sonrisa?

Pero á medida que los años pasaban, crecían las necesidades y la madre se fatigaba mas y mas; y entonces en vez de procurarse algun descanso trabajaba con mayor empeño, con mas constancia; prolongaba sus veladas y quitaba de su sueño las horas que el cansancio de sus manos empleaba de mas en sus tareas.

Algunas veces Magdalena, que tenia instintos buenos, al ver consumirse á aquella mujer en el improductivo trabajo de la costura, queria renunciar á sus costumbres de lujo, á sus trajes elegantes, al hábito que habia contraído de calzar siempre zapatos de raso, ó por lo ménos hacia fuerzas por ayudarla en sus tareas; pero la madre se oponia con ese egoísmo de los que aman con pasion, que quieren que se les deba todo, y ademas idolatraba de tal manera á su hija que positivamente no habia trabajo, ni privacion que la arredrara con tal de ver á Magdalena contenta, con tal de verla brillar y atraerse los obsequios de cuantos la veían. ¿No era así como iba acostumbrando á aquella niña á que creyera que todos los homenajes le eran debidos? ¿No era así como la hacia insensible para

con los demas, como la enseñaba á exigir toda clase de sacrificios?..... Pero la madre no reflexionaba en esto; queria hacer á su hija feliz y no encontraba otro medio.

De esta manera creció Magdalena; mimada cuando niña, adulada desde que llegó á comprender que era hermosa. Su madre no sabia mas que repetírselo cien veces al dia; ¿cómo pues no habia de volverse un poco coqueta aquella muchacha?

Privada de una educacion grave y séria, cual debe ser en nuestro concepto la que se dé á las mujeres, todas las buenas facultades con que Dios habia dotado su espíritu y su corazon, quedaron atrofiadas, por decirlo así, por falta de cultivo, mientras que por el contrario se desarrollaban aquellas otras que tienen su origen en el amor propio, en el deseo immoderado de brillar y gozar y en la coquetería.

La educacion de Magdalena se reducía á saber bailar con admirable perfeccion, á tocar la guitarra, á pintar una letra hermosa, pero poco correcta, y á prodigar, sobre todo, esas sonrisas que prometen mucho y no dicen nada.

Su instruccion la habia adquirido con la lectura de multitud de novelas, que si bien perfeccionaron la sensibilidad de su corazon, en cambio la hicieron adquirir mil ideas extrañas sobre la vida.

Mientras Magdalena permaneció envuelta en los velos de la niñez, todas estas cualidades estuvieron como ocultas; pero á medida que fué avanzando en la vida se dieron á conocer. Desde el dia en que cumplió diez y seis años, la casa de la viuda fué perdiendo poco á poco aquel

aire de soledad y silencio que ántes la distinguían. A Magdalena le gustaban muchísimo las amigas, las visitas, las reuniones, y la madre que se sentía feliz cada vez que satisfacía un nuevo capricho de su hija, hizo esfuerzos inauditos, para procurarse un ajuar bonito y dar un aire de alegría y de decencia á la sala de la casita en que vivían en la calle de San Camilo.

Entónces comenzó una vida nueva para Magdalena, una de esas existencias de orgullo y miseria en las cuales un triunfo cuesta largas horas de meditacion y de dolores. Un par de guantes nuevos, querían decir una velada mas de la madre, unos zapatos de raso blanco costaban algunas privaciones en el alimento diario, un vestido nuevo de muselina era el fruto de contratos onerosos en extremo. La madre despues de su trabajo diario pasaba aún muchas horas componiendo, variando la forma de los vestidos de Magdalena, disfrazándolos con el objeto de que la muchacha pareciera con diferente traje y no tuviera que ruborizarse de su pobreza delante de sus amigas. ¡Vanidad! ¡miserable vanidad! porque ¡cuántas veces bajo un túnico de gro de aguas llevaba Magdalena una camisa hecha girones.....!

Y entretanto que la madre consumía de ese modo su vida la jóven dormía soñando con los bailes á que era muy aficionada, sonriéndose con sus triunfos, y repasando en su memoria las palabras de amor que le dirigían á todas horas, y sin las cuales no hubiera podido vivir.

De esta manera pasaron algunos años, hasta el día en que conocimos á Magdalena celebrando su cumpleaños en un día de campo en Chapultepec.

Entónces la muchacha había llegado al apogeo de su hermosura, miéntras que la madre estaba acabada y consumida por el contrario, como si tuviera veinte años mas de vida.

Faltábanle las fuerzas, estaba encorbada, iba perdiendo la vista, y si bien su afan, su empeño por trabajar eran cada vez mayores, iba conociendo que ya le era difícil, y preveía con terror el momento en que le sería del todo imposible. Entónces comenzó á pensar que era tiempo de que Magdalena buscara un marido: y por primera vez comprendió todo el mal que con su amor había causado á la jóven.

¡Terrible fué aquel momento de reflexion, aquel momento en que brilló la luz ante sus ojos y comprendió que Magdalena, su hija adorada, su tesoro, su único bien, estaba al borde de un abismo! ¡Y pensar que ella era quien lo había cavado; que ella era quien iba á hacer infeliz á aquella muchacha á la cual la naturaleza había dado tanta hermosura como para asegurarla un lugar privilegiado en el mundo! y esto cuando todos sus esfuerzos habían tendido á hacer feliz á Magdalena, cuando para lograrlo había consumido su existencia..... La pobre anciana, para quien la idea del deshonor era mas terrible aún que la de la muerte, lloró entónces lágrimas del corazon; pero en este momento vino Magdalena y ocultó su llanto por no affigirla.

Entónces la madre se puso á contemplar atentamente á su hija, y al ver aquel rostro tan alegre pero tan ingenuo, al notar el candor de sus miradas, la pureza de su frente, el abandono de la inocencia en toda su persona,

no pudo ménos de decirse que sus temores eran infundados. Busca con tanto afán el amor un pretexto para engañarse á sí propio. Hubiera sido tan desgraciada la anciana haciendo cambiar de vida á Magdalena, que apuró todas las razones que pudo hallar para no alterar el sistema que habian seguido.

Y la pobre viuda prosiguió trabajando de noche y de día.

Y Magdalena continuó siendo la reina de los bailes, el adorno de las fiestas, el objeto de los suspiros de todos los jóvenes.

III.

(FRAGMENTOS DE UN DIARIO).

DIOS MIO! ¡Cuánto amo á esa mujer! Imposible me es guardar por mas tiempo silencio, porque temeria morir sofocado por las lágrimas que se aglomeran sobre mi corazon, por la angustia que me mata; y sin embargo lucho con la duda, con la timidez, porque ¿qué méritos puedo yo tener para alcanzar tan celeste ventura? ¿Cómo podré alimentar la ilusion de ser amado algun dia, si me siento tan pequeño que creo moriria al llegar al cielo de esta dicha?

«¡Pero tengo tan profundamente grabada la imagen de esa mujer desde que la ví, que no podria arrancarla sin arrancarme el corazon!

«¡Cuántas noches de delirio!..... Yo creo que si esto no tiene un fin llegaré á volverme loco.

«¡Dios mio! Cómo quisiera yo tener á su lado los arrebatos y la energía que me consumen cuando estoy lejos de ella. ¡Oh! cómo caeria yo á sus piés y la diria:

no pudo ménos de decirse que sus temores eran infundados. Busca con tanto afán el amor un pretexto para engañarse á sí propio. Hubiera sido tan desgraciada la anciana haciendo cambiar de vida á Magdalena, que apuró todas las razones que pudo hallar para no alterar el sistema que habian seguido.

Y la pobre viuda prosiguió trabajando de noche y de día.

Y Magdalena continuó siendo la reina de los bailes, el adorno de las fiestas, el objeto de los suspiros de todos los jóvenes.

III.

(FRAGMENTOS DE UN DIARIO).

DIOS MIO! ¡Cuánto amo á esa mujer! Imposible me es guardar por mas tiempo silencio, porque temeria morir sofocado por las lágrimas que se aglomeran sobre mi corazon, por la angustia que me mata; y sin embargo lucho con la duda, con la timidez, porque ¿qué méritos puedo yo tener para alcanzar tan celeste ventura? ¿Cómo podré alimentar la ilusion de ser amado algun dia, si me siento tan pequeño que creo moriria al llegar al cielo de esta dicha?

«¡Pero tengo tan profundamente grabada la imagen de esa mujer desde que la ví, que no podria arrancarla sin arrancarme el corazon!

«¡Cuántas noches de delirio!..... Yo creo que si esto no tiene un fin llegaré á volverme loco.

«¡Dios mio! Cómo quisiera yo tener á su lado los arrebatos y la energía que me consumen cuando estoy lejos de ella. ¡Oh! cómo caeria yo á sus piés y la diria:

«Perdon, perdon por el atrevimiento involuntario de mis palabras. ¿Cree vd. que cuando nuestra sangre hierve al pensar en el objeto idolatrado, cuando nuestro corazón palpita á impulsos de esta fiebre devoradora que llaman amor, cuando la incertidumbre arranca las lágrimas de nuestros ojos pueden escogerse las palabras y moderarse los arrebatos del alma?

«¡No! En la situación en que yo me encuentro no se puede otra cosa que llegarse de rodillas al ángel que nos ha revelado la pura felicidad del cielo, y decirle como yo le digo á vd.: ¡Mujer, yo te amo! te amo con toda mi alma, ¡con todo mi sér! desde el instante en que te conocí, todo el universo, toda la vida se ha resumido para mí en tí!

«¡Hoy hace un año que la conocí!

«¡Era el Viérnes Santo de 1843, jamas olvidaré esta fecha!

«¡La iglesia de las Capuchinas estaba solitaria; serian poco mas de las dos de la tarde y el cielo se iba cubriendo de nubes tristes y cenicientas. Reinaba en la iglesia una luz opaca, azulina, y todo convidaba á meditar allí, el perfume del incienso, la soledad y las armonías del piano, que pulsado por una mano hábil, dejaba escapar de tiempo en tiempo, con cierta solemne lentitud, armonías tristes, sentidas, llenas de mística poesía!

«El Viérnes Santo, aniversario de la muerte de un Dios todo de amor, es un día que llena mi alma de tier-

nas emociones. Habia entrado á la iglesia y permanecía absorto, medio embriagado con la poesía melancólica que todo respiraba allí, cuando de pronto entró *ella!*

«¿No os parece que hay mujeres que lo iluminan todo con su mirada?

«¿Mujeres que vienen envueltas en una atmósfera de luz, como si fueran una estrella que desciende de los cielos?

«¡Venía vestida con un traje de merino negro, y traía la cabeza cubierta con un tápalo de seda igualmente negro; pero resaltaban tan bien sobre aquel fondo sombrío, su frente blanca y tersa, los rizos dorados de su cabellera! ¡Hubiérase dicho que era uno de los ángeles del cielo que se cubria de luto por la muerte del Redentor de los hombres!

«Yo la contemplé extasiado, y todavía mucho despues de que habia salido, me parecia como que quedaba en la atmósfera un rastro de perfumes y de luz.....

«¡Hoy he vuelto á la misma iglesia; habia el mismo silencio, las mismas armonías, la misma poesía, santa, misteriosa, sublime..... solo mi corazón habia cambiado, solo mi corazón estaba turbado en medio de aquella patética calma!.....

«¡Ay! ¡en vano la he aguardado, *ella* no ha venido!

«Pero ¿no la decia su corazón que yo estaba allí, que yo la esperaba?.....

«¡Oh! no, no, su corazón nada la dice de mí!

21 de Abril.

«He pasado toda la tarde contemplándola, y vuelvo á mi casa triste, desalentado, abatido.

«Cada día amo mas á esa mujer; y ella, ¿no me amará nunca?»

(INTERCALACION DEL AUTOR).

Los primeros años de Luis habian corrido en esa dulce calma, en esa casta ignorancia que son como un sueño preservador de las fuerzas físicas y las cualidades intelectuales.

La infancia no es un período determinado en la vida humana: hay hombres que jamas han sido niños; hay jóvenes afortunados que lo son todavía mas allá de la edad á que se ha acostumbrado dar aquel nombre.

La infancia para nosotros es el tiempo en que el cuerpo y el alma se forman lentamente, fortificándose y madurándose el uno por la otra; es como el período que la mariposa permanece encerrada en el capullo, ántes de que llegue el momento en que salga alada y brillante, á gozar de la luz del día.

Hay hombres que tardan mucho tiempo en desarrollarse, como una flor delicada; hay otros que desde muy temprano gastan sus fuerzas y debilitan sus facultades. Los primeros, preservados por esa larga infancia, sueño fecundo que comienza en el seno de Dios y se desvanece á medida que el sol de vida, el corazon, adquiere su predomi-

nio, se encuentran dotados de una sensibilidad exquisita, y son seres completos en el mundo; los segundos jamas llegan á formar una unidad moral; su alma es débil, como su cuerpo, y se marchitan como esas plantas cuya vegetacion se apresura por medios artificiales.

Luis creció abrigado por el cariño de una madre, y los años corrieron para él como las aguas de un riachuelo por lecho de flores.

A los quince años Luis era casto é inocente como una vírgen; su sangre estaba pura y su corazon limpio como un cielo de primavera. ¿No os parece que no hay dicha comparable á ese estado? ¿No creéis que las ideas entónces deben tener algo de la grandeza y poesía de Dios, y que este ha de reflejarse en la imaginacion de esos hombres como se refleja el firmamento en la superficie tersa y tranquila de un lago?

Los miembros de Luis eran ágiles y su salud inalterable. Un ligero bozo comenzaba á sombrear su labio superior y el muchacho se ruborizaba cuando alguno fijaba la vista en él. Sin embargo, no vayais á creer que era débil; mejor que muchos hombres dominaba un coreel, y en una ocasion libró á una pobre anciana de la agresion de dos bandidos.

Siempre nos ha parecido que la sangre de estos seres puros y castos, debe ser dulce como la miel de ciertas flores.

En esta época Luis tuvo la desgracia de perder á su madre.

Su dolor fué profundo, terrible, de esos que rompen fibra á fibra el corazon al separar dos seres que vivian

unidos; pero á través de sus lágrimas brillaba para él una esperanza, esa estrella que alumbra al hombre toda su vida, y que si se sepulta cuando muere, es para señalarle otro mundo!

El dolor de Luis se endulzó, sin embargo, poco á poco, y llegó á convertirse en esa tendencia á la melancolía que caracteriza á las imaginaciones delicadas y poéticas.

Solo ya sobre el mundo, porque el jóven jamas conoció un padre, volvió los ojos á sí propio y se examinó. Había llegado para él esa edad en que el corazon se abre y la mente se ilumina con los resplandores del sol que se levanta. Pero Luis, si bien se sentia con inusitadas fuerzas, si experimentaba sensaciones desconocidas, no podia comprender lo que significaban, y tímido, criado en el retiro, no se atrevia, ó mejor dicho, ni aun pensaba en demandar una explicación.

De esta manera corrieron aún dos años.

Luis, en los momentos en que volvía su mirada hácia dentro de sí, había hallado en su corazon, como en un espejo, retratada una figura vaga, lejana ó ideal. Fué una imágen que día á día se grababa hasta llegar á convertirse en el objeto de un culto místico.

Era ese tipo de belleza innato, natural, que se halla en todos los corazones nuevos; reflejo anticipado, por decirlo así, del amor que mas tarde los abrasará.

En esos momentos la sangre del jóven corria ardiente llevando la vida y la fuerza á todos sus miembros; su corazon palpitaba y su imaginacion se encendia derritiéndose en delicias desconocidas.

La obra estaba concluida; Luis tenia diez y ocho años

y había llegado para él la hora en que la sangre adquiere una voz, en que el alma descifra y comprende sus sensaciones, en que toda la naturaleza tiene un lenguaje; instantes que pudieran compararse con esas tardes de estío, cálidas y embalsamadas, en que el sol se adormece entre nubes de púrpura, en que el céfiro lascivo doblega las flores que se inclinan las unas hácia las otras, estremeciéndose sus pistilos y sus estambres, en que las aves entre la enramada gorjean convulsivas..... tardes en que la naturaleza desfallecida y temblorosa murmura con sus mil voces: ¡AMOR! ¡AMOR!.....

¡Hora terrible para la juventud! ¡hora de prueba ó perdicion! ¡Instante decisivo para la vida toda y tambien para la eternidad!

Luis lo comprendió al fin todo; había sido hasta entonces un niño delicado, y se despertó jóven, ardiente, robusto.

¡El peligro era terrible!

¡La lucha que tiene que sostener el hombre entonces es larga, penosa, desigual; es un combate de toda hora, de todo momento, en el cual no se ve venir al enemigo sino que cuando se le siente ya está encima, ya se ha apoderado de nosotros, ya nos ha embriagado!

¡Nosotros creemos que si es posible que haya un lugar privilegiado en el cielo, ese debe ser para los que han triunfado sin caer una sola vez en esta lucha oscura y terrible! Pero ¿cómo será posible no vacilar á lo ménos, cuando es nuestra propia sangre, la que vivifica nuestros miembros, la que mantiene la sensibilidad de nuestros nervios, nuestro enemigo entonces?

Y sin embargo, terrible y peligroso, este combate es necesario para el desarrollo conveniente del cuerpo y del alma. Aquellos que no lo han sufrido jamás, lejos de ser seres privilegiados, quedarán siempre incompletos; su alma, como una flor, para la cual no hay primavera, se marchitará antes de abrirse. ¡Cuántos seres se agostan de este modo! ¿No podrán considerarse estas almas como engendros inacabados en el orden moral? Porque, que hay una categoría en la serie de los espíritus, es cosa evidente, fuera de duda. ¿Quién podrá sostener que todas las almas son iguales? ¿Quién negará que la mente, esa expresión visible, por decirlo así, del alma, no es susceptible de perfeccionamiento ó de degeneración? ¿No es esto lo que nos indica la religión católica en sus promesas de premios ó de castigos futuros?.....

Esa fiebre de la sangre es un elemento vivificador, así como es también un elemento de muerte; en la naturaleza todo se encuentra contrabalanceado de esta manera. Es como la savia que regenera el árbol y hace brotar las flores; es el fuego que tiembla el alma, ó que la consume.

Los antiguos, que le habían dado una alma á la sangre, estudiaron sin duda este período, el más difícil de la vida; la expresión de la Biblia: *Anima carnis in sanguine est*, * es enérgica y clara; la observación incompleta del tiempo de la adolescencia es la que conduce al materialismo.

En efecto, en esos días hay instantes en que la sangre se sobrepone de tal manera sobre nuestras ideas, sobre

* Levitic. XVII, vers. 11 y 14.

nuestras resoluciones, que no puede ménos de creerse que se halla animada.

Uno de esos instantes fué el que reveló toda la verdad á Luis.

Figuraos á este jóven, fuerte, sano, robusto, ardiente, y comprenderéis sus horas de insomnio y de calentura. Esas noches en que el sueño no viene á calmar nuestra agitación.

¡Oh! en esas horas es cuando la imaginación se eleva cuando el alma se engrandece!.....

Pero ¡ay del hombre si se deja arrastrar débil por la corriente! Entónces la tensión de sus fibras degenerará en laxitud, y cada átomo de placer empobrecerá su alma!

¿No habeis visto esos hombres gastados por la lujuria? ¿creeis que sean seres completos?

Luis al ver una mujer sentía una turbación extraña; después, á medida que la verdad alumbró su mente, fueron deseos vivos, punzantes, deliciosos!

El placer tenía para él un atractivo mágico, seductor; era una esperanza que lo hundía en un mar de delicias; era un sueño que lo rodeaba de fantasmas.

Y sin embargo, Luis no realizaba esos propósitos formados en medio de la fiebre; había en su alma cierta invencible timidez, que el mundo llama vergüenza, pero que nosotros creemos es esa repulsión del alma á aquello que puede degradarla, es un sentimiento de pudor exquisito y santo.

Estas horas de voluptuosidad imaginaria, también nos parecen tan útiles como funestas. Ellas le prestan, si no

es permitido expresarnos así, elasticidad á la imaginación, pero acaso pueden pervertirla: ellas la dan color y vida, pero también arrastran al hombre.....

¡Tremenda lucha la de esas dos almas, la material y la espiritual! la de la sangre que arrebató, que embriagó, y la verdadera que, como todo espíritu, tiende al cielo! ¡Cuántos seres sucumben en ella! ¡cuántos ángeles que queman sus alas en las llamas y caen sin poder volver á elevarse mas!

La sangre ofrece la sensación deliciosa de una gota de agua sobre unos labios desecados, áridos. La alma, la de una tranquilidad perfecta, la de esa beatitud que tiene también su voluptuosidad.

Luis, después de muchas alternativas, tuvo su instante de debilidad, y cayó.

No le culpeis; es necesario que el alma reciba sus heridas para que pueda vestir en el cielo la túnica purpúrea que es la mas bella después de la túnica blanca de las vírgenes!

Un hombre enteramente casto sería un ser que no es posible exista en el mundo; esta virtud, mejor dicho, esta cualidad, porque la virtud es la de la debilidad que combate, es solo de los espíritus superiores al hombre; de los ángeles que han pasado ya por la serie de transformaciones sucesivas que forman la cadena de las almas.

La castidad es la serenidad, no la impotencia; es la perfección, no la debilidad; es el adelanto, no la degeneración.

El hombre, pues, debe tropezar alguna ocasión, y acaso este momento esté marcado en su existencia, como es-

tá señalado en la vida de la flor el instante en que ha de romperse su botón!.....

Y luego, una sola caída no es tal vez un crimen; una gota de agraz prepara la fermentación, muchas la descomponen.

¡Con qué ansia fué saboreado, analizado, paladeado de antemano aquel momento de placer! ¡Cómo temía Luis morir desfallecido, anegado en aquel mar de delicias!.....

Luis tuvo entre sus brazos una de esas criaturas sin nombre que hacen comercio con su cuerpo.

Era una mujer blanca, bien formada; uno de esos seres puramente corporales en los que toda la vitalidad, todas las fuerzas del alma se concentran en las formas exteriores.

Sus ojos destilaban voluptuosidad, ese beleño magnético; sus labios se entreabrían demandando besos de fuego; sus carnes desnudas se estremecían al tacto produciendo esa sensación eléctrica que enciende la sangre.

¡Era el sueño de Luis realizado; era una visión de su fiebre que tomaba formas, para sorbérsele!.....

Por primera vez el joven apuró la copa del placer.

Fué obra de un momento..... pero aquel beso que comenzó ardiente y voluptuoso, terminó frío, sucio, desagradable!.....

El delirio se disipó y Luis quedó con un vacío en el corazón; parecía que entre sus deseos y la realidad había una inmensa distancia; la una no satisfacía á los otros. ¡Es que en aquellos hay aún algo de espiritual y en esta nada!

Nos diréis que este desencanto del placer provenía de

que Luis había buscado la satisfacción de sus deseos en una prostituta.

¡Ay! es cierto que en esas mujeres hasta el placer es mentira; pero también es cierto que los placeres de la carne jamás satisfacen la esperanza. Los fisiólogos han observado este hecho, por decirlo así, del placer, y han sentado, como axioma, que al más grande placer físico, sucede un sentimiento de tristeza y desfallecimiento.

¿No será ese dolor el que el alma experimenta al ver destruida una parte de su ser?

¡Dichoso aquel á quien esta primera decepción salva! Pero pocos instantes después la sangre vuelve á encenderse y á levantar su voz. Y la imaginación turbada vuelve á soñar placeres más excitantes.....

El hombre cree no haber tenido en sus manos la copa de delicias, y sin dejar de hacer propósitos de reforma, se propone saborear á lo menos una ocasión, la embriaguez de la voluptuosidad.

¡Entonces es la hora del peligro!

En este mundo el placer no es más que una esperanza, como si Dios quisiera demostrarnos de un modo palpable, al alcance de todas las inteligencias, que la tierra no es nuestro final destino.

Esos placeres de la materia son una verdadera irrisión; mientras más los busca el hombre más huyen de él. ¡Cada vez que el hombre cae, cree levantarse para alcanzar su objeto, y vuelve á caer, y los propósitos se suceden, y siempre cae!

Luis se hubiera perdido tal vez como tantos otros, y

hoy no quedaria de él más que un poco de polvo inútil; pero una enfermedad lo salvó.

Después de la decepción de sus sentidos, su sangre volvió á encenderse y sobrevino una reacción tan violenta que le produjo la fiebre; y durante veintidós días Luis vaciló entre la vida y la muerte.

¿Habeis visto cuán puro y hermoso amanece el cielo después de una noche de tempestad? Pues así despertó el alma de nuestro joven al recobrar la salud.

Debilitado por los padecimientos, el impulso de su sangre fué menos poderoso. Entonces pudo verificarse el predominio del alma, y todas las fuerzas que antes fueron en su contra, desde que encontraron su centro propio se dirigieron á él.

Fuó una gran fortuna, porque esa lucha, por decirlo así, entre los placeres corporales y los placeres espirituales, es decisiva. Es un combate en el cual el cuerpo trata de sorberse el alma, empobrecerla, degenerarla, destruirla, y el alma por el contrario, trata de librarse de los lazos para proseguir su vía de progreso y de ascension.

De esta manera pasó otro año de la vida de Luis: acababa de cumplir los diez y nueve.

La convalecencia de una grave y larga enfermedad es un período no exento de placeres: el cuerpo aspira á grandes tragos la salud y halla placer en lo que el uso y la costumbre le hacian antes indiferente.

Luis comenzó á reponerse poco á poco de los estragos de la fiebre: al principio el placer le venia del bienestar y la adquisicion de fuerzas; después fué la tranquilidad interior.

En las largas horas que el joven permanecía encerrado en su cuarto, se encontró frente á frente con su alma, como con un amigo tierno é íntimo.

Los que desde muy temprano se entregan á una vida tumultuosa y agitada, no conocen uno de los mas puros goces de la existencia: esas horas de meditacion en que se contempla uno á sí mismo como en un espejo.

Hay algo de ideal y etéreo en esta fruicion, cuando el alma está tranquila.

Luis volvió á hallar en su corazon aquel tipo de belleza, que habia permanecido como empañado durante los últimos dias; pero era una belleza que no pertenecia á este mundo, por mas que la imaginacion al representárselo quisiera darle las formas de una mujer.

Aquella belleza era luz, era armonía, era sentimiento al mismo tiempo. ¿No creéis que las impresiones agradables de los sentidos son un presentimiento grosero y material de la *belleza única*?

Luis pensó en esto varias ocasiones.

Y esa belleza única y perfecta, ¿cuál es? Y ese tipo que se encuentra mas ó menos claro en todos los corazones, ¿de dónde proviene?

Dicen los fisiólogos que lo primero que se forma en el embrión del cuerpo humano es el corazon; lo último que cesa de palpar cuando la muerte llega es tambien el corazon.

¿Y la vida no es mas que la existencia del corazon, viene con él y con él se va?

¡No! porque ¿qué significarian entónces ciertas ideas innatas, ciertas tendencias, ciertas sensaciones que inevi-

tablemente existen en nuestro corazon, pues que, sean cuales fueren las circunstancias en que nos hallemos, llega siempre un momento en que se presentan y predominan, como si solo aguardaran que la edad las fecundase?

¿De dónde proviene ese tipo de belleza ideal que existe en el corazon de todos los jóvenes en el momento en que el sueño de la infancia se desvanece, como las sombras de la noche se disipan ante la aurora de un día brillante y caloroso?

Yo tengo para mí que el principio del sueño de la infancia es el seno de Dios. El hombre es una partícula, por decirlo así, del mismo Eterno, que se separa por un instante de su sér, gira por el mundo y vuelve luego al centro de donde partió. ¿No se indica esto claramente en el Génesis, donde se lee que Dios, despues de haber formado al hombre, para animarlo le infundió su propio aliento?

Por esto, el alma, pues que es necesario darle este nombre, lleva en sí el gérmen de esas ideas y sentimientos que mas tarde se desarrollarán.

Aquel tipo de belleza ideal, esos sentimientos son, por decirlo así, como un recuerdo que el alma conserva de su pureza primitiva; como una imágen que se ha grabado en ella durante el tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, en esa comunión que la Iglesia anuncia, contemplando su perfeccion, ántes de desprenderse de aquel Sér Eterno para descender á la tierra.

Semejantes pensamientos despertaron en Luis la primera idea del amor.

Y su amor, como toda llama, tendió hácia el cielo.

El primer sentimiento de esta *pasion* en un jóven tiene siempre algo de celeste y santo. La primera mujer á quien *se ama* en el mundo, aparece á nuestra vista rodeada de una luz purísima que se infiltra en nuestra alma. ¡Y cuántas veces este atractivo no existe, sino porque nuestra misma imaginacion se lo presta!

Luis sintió en su alma una aspiracion indefinible hácia cierta felicidad desconocida; era una sensacion que tenia algo de esa vaga inquietud que á veces nos domina sin saber por qué; era como la nostalgia que sufren algunas almas acá en el mundo, recordando, ó mejor dicho, presintiendo el cielo.

Era sed de amor.

Sed de amor espiritual, eterno, sublime.

Sed de amor puro, fuente de vida, manantial de creencias, estrella del cielo!

Pero como las primeras revelaciones de este amor son necesariamente vagas, impalpables, y huyen de todo análisis, y se evaporan ántes de poder ser sometidas á un exámen, Luis no podia darse cuenta á sí mismo de lo que experimentaba.

Agitado, meditabundo, medio enfermo de melancolía entónces, buscaba aquellas cosas que estaban en consonancia con el estado de su alma. Vagaba por las campiñas que rodean á México, á la hora misteriosa del crepúsculo de la tarde; gustaba de las noches de luna, de los dias nublados en que la luz es azulina y vaporosa; amaba la soledad, porque una alma enferma de amor sabe poblarla de bellos fantasmas; hallaba cierta voluptuosidad en las pompas religiosas del cristianismo; la música ha-

cia flotar su imaginacion en un océano de pensamientos medio desvanecidos, y pasaba muchas horas en ciertas iglesias sombrías y magestuosas por su silencio.

En uno de aquellos momentos de ansiedad amorosa fué cuando vió por la vez primera á Magdalena.

La belleza radiante de aquella mujer produjo una impresion sobre los sentidos de Luis.

La aparicion de Magdalena fué pasajera, y se alejó dejando un recuerdo que, el alma del jóven en sus horas de meditacion, de anhelo, de amor, fué adornando de perfecciones.

Durante mucho tiempo Luis solo pudo verla de léjos, de tarde en tarde y siempre en condiciones favorables para exaltarse su imaginacion; ya una noche de luna en el melancólico paseo de las Cadenas, ya en la iglesia, oyendo misa los domingos á las cinco de la mañana.....

¿No era fácil así que Luis no echase de ver la distancia que habia entre el ideal de su imaginacion y Magdalena?

Ademas, ¡cuántas decepciones de estas sufre una alma amorosa ántes de hallar á su compañera!

Es que á los principios, los jóvenes aman el *amor* en las primeras mujeres á quienes encuentran.

Luis llegó á convertir en su corazón á Magdalena en un sér superior, en un ángel de luz, en una divinidad á quien solo puede contemplarse con adoracion. Nada hay tan favorable, tan propio, tan poderoso para exaltar el amor como la distancia, la soledad y el entusiasmo.

Al fin logró Luis ser introducido en la casa de Magdalena y convertirse en uno de los mas asiduos amigos.

¡Pero ya fué tarde!

¡Algunos meses ántes el jóven habria conocido la diferencia entre su ilusion y la realidad, y se habria retirado temiendo profanar el sér ideal de su amor! pero entónces ya la ilusion habia tomado mucho cuerpo para ser notada, y en los momentos en que palpaba, por decirlo así, la pequeñez de Magdalena, no comprendia la heterogeneidad de sus almas, sino que por el contrario se culpaba á sí mismo y creía su corazon muy mezquino, muy impotente, muy grosero, y levantaba la voz al cielo gritando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio, dame un corazon para amar á esa mujer!

22 de Julio.

«¡Qué día! ¡vuelvo á mi casa con el corazon destrozado, con el alma anegada en hiel, y sin embargo, si me lo propusiesen, volveria á apurar la copa de mis dolores!

«¡Qué no sufriria yo por ver á esa mujer, por contemplar su belleza, por anegarme en la luz magnética de sus ojos?

«¡Oh! ¡si una dicha suprema debe comprarse con dolores supremos, cuán poco es lo que sufro!

«¡Poco es lo que sufro!..... y no obstante, el día de hoy ha sido de los mas crueles de toda mi vida.

«Me recojo dentro de mí mismo, y me parece aún oír los acentos melancólicos de la música; cierro los ojos, y creo ver su figura esbelta, balanceándose como una flor mecida por el viento.

«Cómo me llenan de tristeza esos pensamientos. Cuando estoy léjos de ella hago mil propósitos que se desvanecen en cuanto me acerco.

«¡Anoche mismo, pensando en el paseo de hoy, habia formado la resolucion de decidir, de una vez de mi porvenir, porque este estado de incertidumbre y ansiedad no puede durar!

«Y hoy..... hoy la ví, y ni aun me acordé de lo que habia pensado. Esa mujer absorbe mi imaginacion; cuando la veo, no pienso en nada: la veo y solo sé verla.

«¡En verdad que debo hacer una figura ridícula en medio de todas esas personas que saben reir, gozar y hacer gozar á los otros..... Los que me vean inmóvil, con la vista clavada, sin respiracion, arrobado, me creerán un imbécil que no sabe sentir!

«¡Oh! ¡lo habrá creído así ella?

«Pero ¿no tiene [esa mujer una alma superior á la de todos los que la rodean? ¿No tiene una alma capaz de comprender, de adivinar los tesoros inmensos, los tesoros inagotables de amor que encierra la mia?

«¡Ay! todos los hombres que la rodean no saben mas que galantear.....

«¡Yo solo sé amar; yo solo soy capaz de amar!

«¡Dios mio! Dios mio, revélame ese idioma misterioso de las almas para que la mia se haga comprender.

«¡Pero las mujeres serán siempre tan débiles que preferian esos hombres nulos, que solo saben decir palabras sonoras, mas bien que á uno, como yo, que ha conservado su alma entera, á uno, como yo, que seria capaz de morir por una sola mirada?

«¡Ay! héme aquí hoy mas léjos que nunca de mi objeto.

«Todos han bailado con ella, han sabido cooperar á sus placeres, miéntras que yo, lloroso y desesperado huí buscando la soledad.....

«Ella debe estarles agradecida á aquellos.....

«¡Oh! ¡miserable de mí!.....

«¡Perdóname! ¡no te habia visto, flor hermosa! y tú, llena de bondad y ternura has querido recordarme tu presencia halagando mi olfato con ese perfume suave y delicado.

«Flor, ¡cómo pude olvidarte un momento!

«¿Quieres decirme que no desespere? ¿Quieres alentar mi esperanza?

«Ella me dió esta rosa: ¿serás tú un pensamiento de amor?

«Dios ha dado un lenguaje á todo lo creado: ¡Rosa, rosa, revélame lo que esa mujer te dijo cuando apoyó sus labios sobre tus pétalos. ¿Se mezcló tu perfume con su alma? ¿ha quedado aquí una partícula de ella?.....

«¡Oh! ¡es preciso que esto acabe!

«¡Es preciso que yo sepa si me ama!

«¡Y si no me amase?..... ¡oh!

IV.

MADA hay mas monótono, nada mas cansado y tedioso como las horas que suceden á un baile; parece que el alma y el cuerpo quedan igualmente rendidos. A la armonía de la música sucede el zumbido de oídos; al placer de la vista un efecto semejante al deslumbramiento; á las sonrisas de alegría la sonrisa forzada del hastío.....

Magdalena se retiró á su alcoba á buscar en vano el sueño, y la madre se puso á trabajar.

La jóven pensando en fiestas que no cansasen, y la anciana en que tenia que duplicar su trabajo para cubrir los gastos del dia que acababa de pasar.

Magdalena recordando que una de sus amigas habia llevado un traje mas lindo que el suyo; y la madre meditando en que la vista se le iba acabando, en que á veces, cuando velaba mucho tiempo habia momentos en que ya no podia coser.

Ya lo hemos dicho, Magdalena no era esencialmente

«¡Ay! héme aquí hoy mas léjos que nunca de mi objeto.

«Todos han bailado con ella, han sabido cooperar á sus placeres, miéntras que yo, lloroso y desesperado huí buscando la soledad.....

«Ella debe estarles agradecida á aquellos.....

«¡Oh! ¡miserable de mí!.....

«¡Perdóname! ¡no te habia visto, flor hermosa! y tú, llena de bondad y ternura has querido recordarme tu presencia halagando mi olfato con ese perfume suave y delicado.

«Flor, ¡cómo pude olvidarte un momento!

«¿Quieres decirme que no desespere? ¿Quieres alentar mi esperanza?

«Ella me dió esta rosa: ¿serás tú un pensamiento de amor?

«Dios ha dado un lenguaje á todo lo creado: ¡Rosa, rosa, revélame lo que esa mujer te dijo cuando apoyó sus labios sobre tus pétalos. ¿Se mezcló tu perfume con su alma? ¿ha quedado aquí una partícula de ella?.....

«¡Oh! ¡es preciso que esto acabe!

«¡Es preciso que yo sepa si me ama!

«¡Y si no me amase?..... ¡oh!

IV.

MADA hay mas monótono, nada mas cansado y tedioso como las horas que suceden á un baile; parece que el alma y el cuerpo quedan igualmente rendidos. A la armonía de la música sucede el zumbido de oídos; al placer de la vista un efecto semejante al deslumbramiento; á las sonrisas de alegría la sonrisa forzada del hastío.....

Magdalena se retiró á su alcoba á buscar en vano el sueño, y la madre se puso á trabajar.

La jóven pensando en fiestas que no cansasen, y la anciana en que tenia que duplicar su trabajo para cubrir los gastos del dia que acababa de pasar.

Magdalena recordando que una de sus amigas habia llevado un traje mas lindo que el suyo; y la madre meditando en que la vista se le iba acabando, en que á veces, cuando velaba mucho tiempo habia momentos en que ya no podia coser.

Ya lo hemos dicho, Magdalena no era esencialmente

mala, pero la educacion que recibió no fué suficiente para formarle el alma y el corazon.

Nosotros creemos que, con raras excepciones, todos los seres están igualmente dotados; todos tienen en el corazon una semilla que con el cultivo será una flor, sin el cultivo un abrojo.

Todo depende de la educacion.

Esta gimnasia moral es la que apresura ó retarda, la que favorece ó impide el desarrollo de los espíritus; ella la que influye en la desigualdad de las almas; ella, por lo mismo, la que prepara el premio ó el castigo futuros.

Magdalena era, pues, una mujer, como todas, pero mal favorecida por la educacion moral.

¡Oh! por medio de esta educacion todas las mujeres pueden ser ángeles.

¡Dios formó su alma con la parte mas escogida de su espíritu, con el amor!

Pero quiso que el desarrollo y el perfeccionamiento del espíritu fuesen obra voluntaria de ellas mismas.

De otra manera la criatura no sería responsable de sus acciones.

¡Y no siendo responsable, el premio ó el castigo futuro, no serian mas que predestinacion, fatalismo!

Magdalena, pues, no comprendía el amor sino hasta donde lo permitía el desarrollo de su espíritu.

Le era por consiguiente imposible apreciar todos los tesoros del alma de Luis, y acaso comprendiéndolos la hubiera espantado su profundidad.

Mas simpatías necesariamente obtenian en su corazon

amores como el que era capaz de experimentar, por cierta ley de homogeneidad.

De aquí resultaba que en el orden de sus afecciones primero era D. Juan y luego Luis.

Nosotros no culpamos esto; porque del buen ó mal uso de las facultades del alma solo á Dios toca juzgar, solo él que lo comprende todo.

Lo que sí creemos una falta, un crimen, es que Magdalena, sabiendo que no amaba á Luis, lo mantuviera atado á su carro por medio de algunas coqueterías y favores calculados.

No amar será impotencia, será imperfeccion, pero no delito.

Engañar lo mas santo y mas respetable, un corazon ingenuo, fingir aquello que no se siente, eso sí es un crimen.

¡Cuántas mujeres, como Magdalena, hay que no titubean en cometerlo, solo por la vana satisfaccion de contar un adorador mas, de tener una flor que aumente el número de las que forman su guirnalda!

¡Pero esas mujeres no comprenden que su conducta es mas cruel que la de un verdugo? ¿No saben que para toda culpa hay un castigo; y que mientras mas grande ha sido la falta, mayor debe ser la expiacion?

¡Mas no nublemos sus frentes! ¡Son tan lindas cuando vierten en nuestro corazon gota á gota ese veneno, cuando halagan y luego destrozan nuestra alma!.....

Magdalena no pudo dormir, pero pasó la noche mecida por pensamientos agradables.

A la madre la halló la aurora del nuevo día clavada sobre su costura, haciendo esfuerzos para vencer el cansancio de su vista.

El único, pues, de todos nuestros personajes, que durmió fué D. Juan.

D. Juan, que al recordar la fiesta, á la hora de acostarse, recapituló de esta manera sus impresiones:

—¡Qué bonito pié tiene esa muchacha.....! ¡pero mas me gusta la cintura!

Al día siguiente Magdalena recibió dos visitas con muy pocas horas de intervalo.

El primero que se presentó fué D. Juan á eso de las doce del día. Luis llegó poco despues de las tres de la tarde.

D. Juan iba vestido con mucho esmero y elegancia; Luis fué mas desaliñado que de costumbre y sobremanera pálido. Sin embargo, debemos confesar que estaba mas hermoso con su palidez y sus cabellos en desórden, que D. Juan con su frac abotonado y sus guantes blancos.

Magdalena, á pesar de que toda la noche habia estado pensando con ambos jóvenes, sintió una especie de desagrado al verlos. ¿Era acaso porque la realidad venia á destruir esa especie de somnolencia que tanto agrada al alma?

El asunto de la conversacion al principio fué, naturalmente, el paseo del día anterior, y D. Juan se portó con tanto arte que logró poner en ridículo á Luis, y sin pro-

nunciar una sola palabra de amor, hizo creer á Magdalena que la amaba.

Ser amada por un jóven elegante, rico, calavera de tono, era una cosa que lisonjeaba mucho el amor propio de Magdalena; así es que, en el espacio de tiempo en que quedó sola, despues que D. Juan se despidió, apuró las razones que creía convenientes para probarse á sí misma que así era preciso que sucediese.

Cuando entró Luis, la jóven, hundida en sus meditaciones, acababa de llegar á descubrir que ella tambien estaba apasionada de D. Juan.

Por resultado de tales descubrimientos, Luis obtuvo un acogimiento bastante frio.

¡El se tenia la culpa! ¿Quién le mandaba no tener un frac nuevo y una cadena de oro? ¿para qué en vez de pensar en la poesía, no concentraba todo su talento, toda su atencion en su cuerpo, adornándolo con esmero?

¡Triste desengaño para Luis que habia soñado amor! ¡Cruel decepcion para el que habia creido á Magdalena un ángel!

Turbado por aquel acogimiento, Luis no pudo mas que balbucear algunas frases sin ilacion.

El predominio é influencia que ejerce una mujer amada sobre un corazon entusiasta, apasionado y poético como el de Luis, es incalculable. Ellas son las que harán al jóven tímido ó atrevido; ellas las que engrandecerán su imaginacion ó la atrofiarán.

Para esos hombres una mujer es una bendicion del cielo ó un sign de maldicion.

¡Cuántos séres así, mueren agostados, oscuros, que con

una mirada de amor hubieran llegado á ser lo que llamamos *poetas!*

Luis se despidió prontamente y fué á llorar de desesperacion.

(FRAGMENTOS DE UN DIARIO.)

11 de Diciembre de 1844.

«¡Qué noche.....! ¡creí que nunca acabara! ¡qué noche! ¡la eternidad habria pesado ménos sobre mi alma! Cada hora, cada instante al pasar ha dejado impresa una huella sobre mi frente..... de ayer á acá he envejecido diez años. ¡Cuán eternas, cuán angustiosas son esas horas que se pasan con el alma suspendida entre la vida y la muerte!

«Ayer estaba mi frente tersa y rosada; ahora paso la mano sobre ella y no la siento; está seca, rugosa, quemada.

«Y es en efecto un fuego horrible el que se enciende en la cabeza en estas noches de fiebre, en que el hombre medita, como en su último recurso, en el suicidio; ¡el suicidio, esa esperanza de los corazones heridos.....! La sangre se seca en las venas, el corazon se consume á sí propio, y si el hombre despierta de ese sueño, ya no es el mismo que ántes.

«Yo no me reconozco ya; me palpo, me examino..... hallo no sé qué de extraño; me parece que soy un cerebro vivo en un cuerpo muerto. ¡Si me estuviese volvien-

do loco.....! ¡oh! ¡algo de esto debe sentirse en tan horrible momento.....!

«¡Qué noche! ha puesto un abismo, la eternidad, entre mi vida de ántes y la de ahora....

«Lo recuerdo como un sueño; ayer era yo jóven, palpitaba mi corazon, tenia veinte años, creía en el amor, en la pureza, creía en la virtud, en el alma..... y ¿ahora?— ahora no soy jóven, no soy viejo, no tengo corazon, no tengo edad..... ahora no creo en el amor, no creo en el alma, no creo en nada.....

«Ayer..... ¡Qué extraña suena á mis oídos esta palabra! ¡Hay ocasiones en que *ayer* está mas remoto de nosotros que el *mañana* de los que tienen hambre!

«¡Ha sido una noche terrible, fatal! Varias veces me sucedió preguntarme á mí mismo, despues de uno de esos momentos de sueño ó de abatimientó que producen el delirio: ¿dónde estoy?

«¡Cuán desgraciado es el que tiene esa facultad de sentir que llamamos corazon; pero cuán árida es esta vida para el que ya la ha perdido!

«¡El corazon! ¡funesto presente, signo de dolor! Risa y llanto me causan los que le poseen. Parece que Dios cria séres sensibles y delicados y los arroja al mundo para que padezcan..... ¿Y así vienen á decirnos que la fatalidad no existe.....?

«¡La justicia! Si la justicia existiera, ¿sufriria así el inocente? ¿seria engañado el crédulo.....? ¿seria el mundo lo que es? Un mercado infame, una farsa ridícula, un torbellino en que es aplastado aquel que no tiene ojos para ver, aquel que no tiene uñas para agarrarse.....?

«¡Ay! ¡cuán dichoso hubiera sido muriendo anoche cuando estaban en flor todavía mis ilusiones, mis creencias y mis esperanzas! ¡Cuán dulce debe ser dormir el sueño de la tumba alumbrado por el reflejo de esas hermosas ficciones! Siempre había envidiado el destino de esas flores que mueren con el día, arrulladas por el canto de las aves, reflejando la púrpura de los celajes, ántes que vengan la oscuridad y el silencio y el frío de la noche. Nosotros los que vivimos del corazón, debíamos morir en el instante en que llega á nuestros oídos el *yo te amo* de una mujer amada.....»

«Pero, ¡necio, mil veces necio! ¿cómo pude creer en lo que tan solo existía en mi corazón? ¡Miserable! y ¿cómo pude pensar en morir cuando palpé la mentira de mis ilusiones?»

«¡Morir! hé aquí otra ilusión, la última que queda; triste como esas flores pálidas que el invierno se encarga de matar! La idea de la muerte es dulce para los que sienten, para los que creen, para los que aman, para los que esperan..... pero para los que ya no tienen corazón es insípida, es inútil, es cobardía.

«¡Ay! hace algunas horas lloraba como una mujer, como un niño; porque ¿no es verdad que es muy triste ver desvanecerse en un momento lo que creíamos iba á ser la ventura de toda la vida.....? Y luego ¿por qué es el hombre tan débil, tan impotente? ¿por qué no puede hacer nacer en otro corazón el amor que anima al suyo.....? ¿por qué cuando de dos corazones que estaban unidos, el uno se enfria y se separa, el otro ni aun á costa de su vida puede detenerlo.....?»

«¡Morir.....! pero poco á poco fueron secándose mis lágrimas y encendiéndose en mi mente el fuego que debía devorar mi corazón.....»

«Ahora no lloro ya; no puedo llorar; tengo los ojos secos.....! Ahora me río de mí mismo..... ¡Morir, porque me engañaron! morir, ¡porque burlándose de mi pobre corazón de poeta, me hicieron creer en un amor como el que buscaba, para arrancarme despues la venda de los ojos, cuando habia llegado la hora de la prueba.....! ¿Cómo se habria reido de mí el mundo.....? ¡Reirse.....! Esta espantosa idea me ha detenido: ¡La muerte arrullada por la risa fría y brutal del mundo.....!»

«Me desengañé del amor, y dudé luego de la virtud; quise morir, y sin fe ya que alentase mi valor, el miedo á la burla y los sarcasmos del mundo, que no comprende el suicidio, me detuvieron al borde del abismo. Y perdido ese instante, voló la última ilusión: entonces raciociné...!»

«Allí donde ántes vivía mi corazón, siento ahora una hoquedad..... el santuario de mi fe está solitario y destruido..... y sobre sus escombros, como un general enemigo sobre una ciudad arrasada, se ostenta triunfadora la razón.....»

«¿Sabeis lo que es una noche de insomnio y de meditación.....? ¿sabeis lo que es ir marchando de deducción en deducción.....? ¡La duda, esa enfermedad horrible, esa gangrena del alma, aparece entónces como un punto imperceptible..... y luego se extiende lenta, pero incesantemente, sin que puedan atajarse sus progresos, hasta que todo lo seca y lo mata.....! ¡La razón! ¡Cuánta lástima me dan esos que proclaman su poder y su claridad! ¡Gran

cosa debe ser la razón cuando tiene por base la duda y por límite la duda también.....!

«¡Oh! ¡hubo un momento que tuve la muerte en mis manos; la contemplé y me sonreí con ella; era una amiga cariñosa que me recogía en su seno; era un sueño que iba á devolverme todas mis ilusiones. ¡Pero al pensar que me habían engañado, reflexioné que nadie sentiría mi muerte; que nadie iría á llorar sobre mi tumba y á pedir perdón á Dios para el pobre amante; que ni una flor ni un nombre adornarían mi losa, que ningún corazón desvelado sentiría de noche mi espíritu..... y la muerte desnuda de estos prestigios tan poderosos, solo me ofreció la imagen del olvido, de la nada!

«¡El suicidio es una prueba de valor y de fe, es el último esfuerzo de un corazón vírgen que quiere conservar su religión y sus creencias. Y es mejor salir de este mundo con el alma anegada en lágrimas, que arrastrarla después por el cieno, juguete del mundo, y contribuir más tarde al martirio de los inocentes! Un suicida me ha infundido siempre respeto ¿sabremos nosotros lo que una alma encierra? ¿podemos juzgar de una historia de la cual no conocemos nada? ¿sabremos nunca el número ni el valor de esas lágrimas que ruedan dentro del pecho? ¿Tenemos idea lo que pasa en ese instante solemne, en que el afligido se resuelve á presentarse ante el Eterno? ¡Oh! ¡nunca debemos juzgar de esto, porque los dolores lo son tan solo para el que los padece.....!

«Pero el mundo llama cobardía y condena el suicidio..... es que el mundo no cree, no siente, no tiene corazón.

«Hubiera sido feliz muriendo, pero la razón me hizo ver al mundo riéndose del pobre loco que murió, porque llegó á convencerse de que sus juguetes eran solo juguetes. Entónces tuve miedo y me reí también con esa risa que mata la poesía.

«No morí; pero me he transformado. Ahora soy como una hoja seca que el viento arrastra; morosa, insensible, indiferente.....

«¡Ah! es preciso concluir: ¿de qué me servirían estos recuerdos si ni aun podré comprenderlos? Antes, cuando era feliz, cuando sentía, hallaba un verdadero placer en consignar en el papel mis pensamientos, mis sensaciones, mis esperanzas..... Pero hoy, ¿qué son para mí esas confesiones sino un sarcasmo?

«Todavía al principio de esta noche funesta, al pasar la vista por encima de esos papeles que miro diseminados ante mí, sentía renovarse mis penas y mis gozos..... Ahora, con la risa en los labios y el hastío en el alma, acabo de leerlos y no hallo en ellos más que frases vacías; son como flores secas que han perdido su aroma.....

«Pero es necesario enterrar al hombre de lo pasado; aprovechemos el último momento del crepúsculo matinal..... que cuando salga el sol ya no vea en mi rostro las huellas de la fiebre; que su luz alumbre lo que en el mundo se llama *un hombre!*

«¡Adios! ¡adios! recojamos y ocultemos todos esos papeles; enterremos con estos recuerdos al pobre poeta que ya murió.....

«Y ahora que nadie sepa que yo fui él..... se reirían de mí, como yo me río, porque ya soy hoy hombre, ya puedo llevar la cabeza levantada en el mundo.....

(INTERCALACION DEL AUTOR).

Entre los últimos sucesos que hemos referido y los que indican las anteriores páginas de Luis, escritas con mano temblorosa en una de esas noches peligrosas, como dice Balzac, durante las cuales pasan los jóvenes de la dicha al homicidio, y en que la mayor desgracia que puede sobrevenirles es hacerse filósofos, hay un intervalo que procuraremos llenar.

Muy corto es el tiempo que ha mediado entre el día de campo de Chapultepec y la noche de Diciembre: sin embargo, ¡cuántas veces basta una hora solo para hacer nacer y morir nuestras ilusiones!

V.

LA mujer! ¡Abismo insondable!—¡Cuánto se ha trabajado por arrojar una chispa que ilumine en su marcha al viajero, y cuán poco se ha adelantado! ¡Cómo se han estrellado los filósofos y los moralistas al querer investigar y sujetar á las heladas reglas de su razon, los sentimientos, las inclinaciones, y al querer estudiar, como el naturalista estudia, el corazon de la mujer!

Siempre hemos creído que no hay estudio ni ciencia mas difícil que la del corazon humano. ¿Qué es lo que se quiere estudiar en él? ¿Se quieren encontrar las reglas que observa? El Señor nos ha enseñado su magnífica creación, nos ha hecho dueños de ella; pero, ¿somos nosotros, ignorantes, los que seremos capaces de conocer las reglas y los medios que empleó para fabricarla?—¡El corazon! Si hubiese algun hombre que poseyera esa ciencia de que algunos hacen alarde, no tendria que envidiarle á nadie.....!

Pero por el contrario, hay tantos que aun sin saber lo que dicen, anuncian que están estudiando el corazon del

«Y ahora que nadie sepa que yo fui él..... se reirían de mí, como yo me río, porque ya soy hoy hombre, ya puedo llevar la cabeza levantada en el mundo.....

(INTERCALACION DEL AUTOR).

Entre los últimos sucesos que hemos referido y los que indican las anteriores páginas de Luis, escritas con mano temblorosa en una de esas noches peligrosas, como dice Balzac, durante las cuales pasan los jóvenes de la dicha al homicidio, y en que la mayor desgracia que puede sobrevenirles es hacerse filósofos, hay un intervalo que procuraremos llenar.

Muy corto es el tiempo que ha mediado entre el día de campo de Chapultepec y la noche de Diciembre: sin embargo, ¡cuántas veces basta una hora solo para hacer nacer y morir nuestras ilusiones!

V.

LA mujer! ¡Abismo insondable!—¡Cuánto se ha trabajado por arrojar una chispa que ilumine en su marcha al viajero, y cuán poco se ha adelantado! ¡Cómo se han estrellado los filósofos y los moralistas al querer investigar y sujetar á las heladas reglas de su razon, los sentimientos, las inclinaciones, y al querer estudiar, como el naturalista estudia, el corazon de la mujer!

Siempre hemos creído que no hay estudio ni ciencia mas difícil que la del corazon humano. ¿Qué es lo que se quiere estudiar en él? ¿Se quieren encontrar las reglas que observa? El Señor nos ha enseñado su magnífica creación, nos ha hecho dueños de ella; pero, ¿somos nosotros, ignorantes, los que serémos capaces de conocer las reglas y los medios que empleó para fabricarla?—¡El corazon! Si hubiese algun hombre que poseyera esa ciencia de que algunos hacen alarde, no tendria que envidiarle á nadie.....!

Pero por el contrario, hay tantos que aun sin saber lo que dicen, anuncian que están estudiando el corazon del

hombre, analizándolo, que han hecho creer á otros que es una ciencia al alcance de todos; de aquí tantos juicios extravagantes, tan ridículas pretensiones. Hay, si se quiere, algunos que han poseído en cierto grado esa facultad, pero estos la han obtenido, no por *estudio*, sino por don particular de Dios, y los hemos visto elevarse desde el ceno hasta los lugares mas elevados de la sociedad, que han dominado como han querido.

Y mas difícil en nuestro concepto, que obtener esa ciencia, es conocer el corazon de la mujer. Podrá conocerse el corazon, el carácter del hombre, porque á lo ménos tenemos un dato, el nuestro propio; pero conocer el corazon de la mujer, es querer conocer la esencia de Dios: inmensa é irrealizable empresa, porque ni para lo uno ni para lo otro tenemos el mas ligero apunte.

Los que han querido hacernos creer que han estudiado á la mujer, ¿cómo han hecho ese estudio?—Ademas, entre tantos escritos y pensamientos como tenemos sobre la materia, ¿todos los autores piensan de la misma manera?

Hoy nosotros decimos que las mujeres son ángeles, que su mision sobre la tierra es la mas santa, la mas bella: ¿estamos seguros de no decir mañana, segun el estado de nuestro corazon, que no tienen ninguna mision que cumplir? ¿No podremos decir, segun las circunstancias que nos hagan escribir, ya que su alma es tierna y sensible, ó ya que es frívola, inconstante y dura.....? No: todo cuanto se ha escrito, todo cuanto se diga sobre el corazon humano, sobre las mujeres especialmente, son opiniones, son pensamientos que las circunstancias han hecho nacer en la mente del autor.

Por eso nosotros al escribir estas líneas, nos abstene-
mos de pintar el carácter de la mujer cuya historia tenemos el encargo de escribir. Las circunstancias de su vida, sus palabras, sus acciones, harán conocer á los lectores lo que nosotros no podríamos hacerles entender con racionales. Nos abstendremos tambien de pintar *íntimamente*, por decirlo así, el carácter de todas las personas, que poco ó mucho, tengan que figurar en esta *novela*: sin embargo, como lo hemos hecho hasta aquí, emitiremos nuestra opinion ó las reflexiones y pensamientos que segun los hechos ó caracteres nos sugiera nuestra imaginacion.

Hacemos esta declaracion para que no se nos acuse de caer en el defecto mismo que acabamos de censurar, al leer nuestras reflexiones al lado de los sucesos ó personas.

Creemos tambien que la mision de los escritores no es hacer creer esto ó aquello á sus lectores, sino presentarles desnuda y sencillamente los hechos, apoyados, cuando mas, en reflexiones, para que ellos, pensando por sí solos, adopten la opinion que mejor les parezca.

Magdalena, por una de aquellas aberraciones del corazon de la mujer de que acabamos de hablar, que se admiran, pero no se explican jamas, en la noche del mismo dia en que acababa de desechar tan rudamente á Luis, se empeñó á toda costa en hacerlo sucumbir, y su capricho tomó hasta tal punto la forma del amor, que no solamente Luis, sino aun ella misma llegó á creer que amaba! Y Luis sucumbió como es dulce sucumbir á un ensueño anhelado.

Y Luis amó á Magdalena, como él era capaz de amar, con todas sus facultades.

Por algun tiempo Magdalena, deslumbrada por aquel amor tan grande, tan brillante, se consagró á Luis.

Pero bien pronto el encanto se desvaneció, y la muchacha comenzó á ver que un amante solo, era una cosa triste, insípida.

Y D. Juan, olvidado por un momento, volvió á ocupar su antiguo lugar.

D. Juan era uno de aquellos hombres que miran desde léjos un objeto y que no retroceden ante obstáculo alguno.

Luis, candoroso y enamorado, nada comprendia, y para él Magdalena fué siempre un ángel.

Pero D. Juan comenzó á marchar rectamente á su fin, y hubo de llegar un momento en que la venda cayó á los ojos del jóven.

¡Terrible cosa fué para Luis ver así caer, reducido á polvo el ídolo de su amor, desaparecer el encanto y palpar la realidad!

¡Y la realidad fué tan palpable, tan horrible, que Luis quiso morir!

Pero la reflexion vino á salvarle, y la reflexion hizo de Luis un hombre insensible, moroso, indiferente.

No volvió á ver á Magdalena, pero jamas amó á otra mujer alguna.

D. Juan entónces, comprendiendo la ligereza de la muchacha, la sedujo.

Y se abrieron para Magdalena las anchas puertas del mal y la desgracia.

Y tras de la primera falta, vinieron otras y otras.

Entónces la madre al ver á su hija adorada, á su ídolo, á su orgullo perdido, perdido para siempre, murió de tristeza, de pesar, de vergüenza.

Magdalena sola, recurrió á D. Juan.

Pero D. Juan la abandonó.

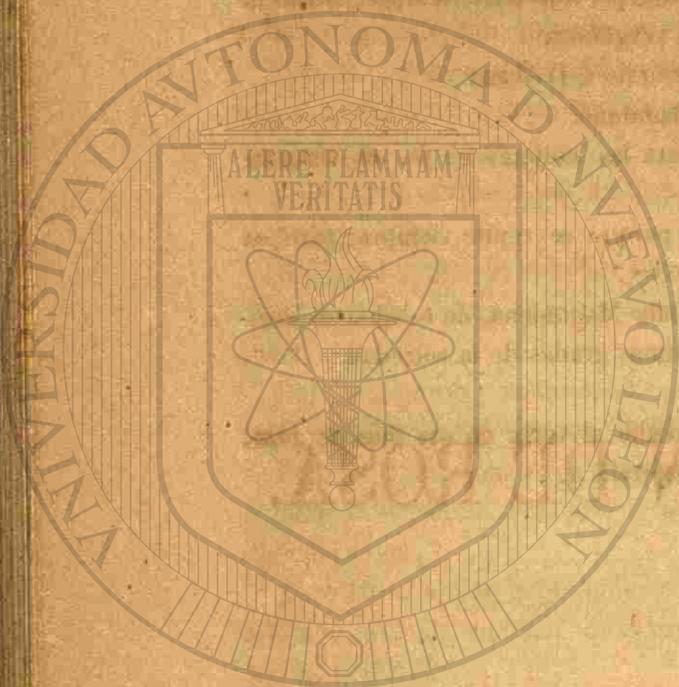
¡Terrible leccion para las mujeres sin fé, sin corazon, sin sentimientos!

Pero infructuosa, porque se repite siempre, pero no aprovecha nunca.

Y Magdalena, la linda Magdalena, de escalon en escalon cayó hasta las últimas gradas de la sociedad.

¡Pobre muchacha!

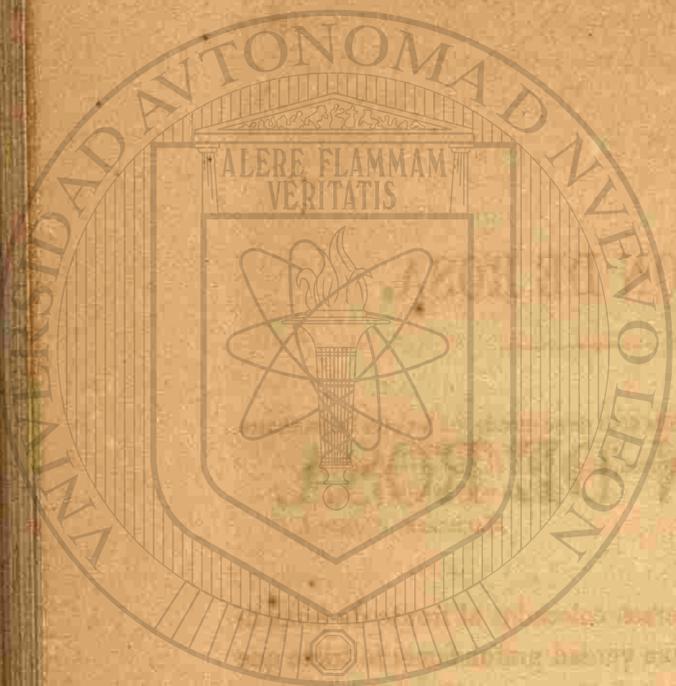
¿Quién le hubiera dicho al verla en sus dias de gozo, que iria á morir al hospital?.....



BOTON DE ROSA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BOTON DE ROSA.

Elle était de ce monde, où les plus belles choses.
Ont le pire destin;
Et rose, elle a vécu ce que vivent les roses,
L'espace d'un matin.

MALHERBE. *Stance I.*

LOS bellísimos versos colocados al frente de estas líneas, encierran una verdad profundamente triste que mas de una vez me ha hecho meditar. Encontré un día la estrofa entre las poesías de Malherbe, y la melancolía que respira cada verso cautivó mi atención; otro día la ví grabada sobre la losa de una tumba, y entonces arrancó lágrimas de mis ojos. Todo contribuía á aumentar la impresion: la tarde estaba nublada, fria, airosa; el panteon permanecía desierto, y no habia mas ruido que el lúgubre murmurio de los árboles..... y me incliné á contemplar la inscripcion de la losa: *María*; ¡muerta á los diez y siete años de edad! he aquí lo que leí despues de la estrofa.

¡María! ¡nombre dulcísimo que acaricia los labios al pronunciarlo! Una mujer que tiene ese nombre no puede ménos de ser un ángel! ¡Muerta á los diez y siete años! ¡tan jóven, cuando apenas comenzaba á vivir!.....¡Oh! cuánta verdad respiraban allí estas palabras: *Vivió lo que viven las rosas, ¡el espacio de una mañana!*

¡Morir! ¿por qué mueren las mujeres jóvenes? ¿por qué se hiela un corazon que comienza á palpar? ¿por qué se marchitan tan pronto las flores mas bellas? ¿por qué todo lo delicado, lo hermoso, lo poético, dura tan poco en el mundo, que apenas queda memoria y huella de su paso.....?

¡Dios mio, qué tristes son esas ideas, cuando se tiene un corazon sensible, cuando hay necesidad de creer, si no en la duracion de las cosas, sí á lo ménos en la de ciertos sentimientos! ¿Será posible que todo pase, que todo se desvanezca? Pero ¿no hay en nosotros algo que se sobreponga al tiempo? ¿Los mas bellos sentimientos morirán tambien como esas flores que se abrieron con la aurora y ya inclinan su corola marchita sobre la losa de la tumba?

¡María! ¡Yo os referiré la historia de la jóven que duerme aquí; es una historia bien sencilla, que no tiene mas que una página; pero la única que puede contarse junto á la tumba de una vírgen!

.....
Luis era un jóven meditabundo, reservado, silencioso, de alma poética, de corazon generoso, pero tímido y melancólico. Tenia veinte años y se habia criado en el campo, admirando la naturaleza, aspirando los raudales de

poesía que encierra la creacion para todos los corazones puros y sencillos.

Pero Luis era huérfano, y no se habian desarrollado en su corazon los tesoros de amor con que Dios dota á estas criaturas destinadas á vivir léjos del tumulto, como esas estrellas que resplandecen solitarias en el cielo.

Casto é ignorante, creció como las flores del campo: las escenas de la naturaleza infundian en su alma recogimiento y adoracion á Dios, pero su oracion carecia de entusiasmo y ternura: es que aun no comprendia el mas sublime de los misterios.

Una mañana entró Luis á la iglesia.

Era muy temprano aún; la aurora teñia de púrpura y oro el cielo, y las estrellas se desvanecian tras el velo de plata que se extendia por el firmamento; la tierra iba despertando llena de vida; las flores abrian sus pétalos, los pájaros gorjeaban en la enramada, y el ambiente cargado de aromas traia el placer y la salud.

La iglesia estaba todavía envuelta en las sombras: los cirios del altar formaban un círculo luminoso, y todo el resto de la nave permanecía sombrío.

Las ceremonias del cristianismo son poéticas y solemnes: la pompa y el lujo infunden respeto hácia el Sér Supremo; sin embargo, yo prefiero, y conmueve mas mi alma la sencillez de una capilla de aldea, me parecen mas bellas las flores sobre el altar, que el oro; habla mas al corazon la temblorosa voz del anciano sacerdote, que el estrépito de la orquesta; me infunde mas devocion el sacrificio de la misa celebrado á la aurora para que los la-

bradores no pierdan una parte de su trabajo, que la solemnidad tardía de una catedral.

Luis se arrodilló y mezcló sus oraciones á las de los pobres campesinos.

Cuando el sacerdote se volvió para echar la bendición al pueblo arrodillado, el sol brotaba sobre el horizonte, y la iglesia se inundaba repentinamente de claridad.

Luis miró entonces á su lado, al pié de una columna, como si fuera una evocacion de la luz, á una jóven vestida de blanco, rubia como la espiga de los trigos, que tenía los ojos fijos modestamente en el suelo.

Hay rostros tan apacibles, tan simpáticos, que causa placer contemplarlos. Luis miró á aquella jóven y la siguió con la vista cuando se levantó y atravesó la iglesia para salir.

Pasaron muchos dias, y Luis continuó su vida meditabunda y solitaria.

Un domingo volvió á la iglesia, y volvió á encontrar también á su lado á la misma jóven, con su vestido blanco, su cabellera rubia y sus ojos bajos.

¡Era María! ¡María que acababa de cumplir diez y seis años!

Desde entonces Luis, maquinalmente casi, sin explicarse la razon, fué todas las mañanas á la iglesia.

Y todas las mañanas estaba allí la jóven, fresca, hermosa, pura.

Luis tenía siempre clavados sus ojos en ella; pero cuando la jóven alzaba su vista para levantarse, Luis bajaba la suya, así que jamas se encontraban sus miradas.

Jamas se cruzó entre ellos ese relámpago eléctrico que

inflama los corazones y hace á dos criaturas precipitarse la una en brazos de la otra.

Y sin embargo se sentían, se adivinaban. En medio de las sombras que envolvían la iglesia al empezar siempre la ceremonia de la misa, la mirada de Luis sabía dónde estaba María! Y en el momento en que el sol naciente inundaba de pronto, sin transición, de luz la iglesia, dando vida á todo, cual si los objetos nacieran á su resplandor, la jóven levantaba la vista, y una levísima tinta de rubor coloreaba su frente. ¿Era un reflejo de luz que animaba su rostro, ó era que presentía la mirada de Luis que iba á clavarse sobre ella?

María era una muchacha sencilla, candorosa y pura; una de esas mujeres que al verlas inspiran la idea de una flor. ¡Era tan bella, tan fresca; respiraba tanta salud, tanto contento; se exhalaba en torno suyo un perfume tal de inocencia, y á pesar de ser linda su belleza prometía desarrollarse de tal manera, que los campesinos en su lenguaje expresivo y pintoresco la llamaban *boton de rosa!*

Perteneía á una de las familias mejor acomodadas de la aldea, y no por esto su vida era ménos sencilla. Pero la pureza y la inocencia infunden mas respeto que ninguna de las posiciones sociales.

Al verla levantarse y salir de la iglesia, nunca se le ocurrió á Luis seguirla; por el contrario, muchas veces caía de rodillas, para contemplar la huella de luz y perfumes que ella dejaba á su paso.

Día á día Luis se iba poniendo mas melancólico, mas meditabundo que ántes; pero no era ya la melancolía del espíritu que vaga en el espacio, tristeza nacida de nues-

tra pequeñez, sino la melancolía del corazón que empieza á amar. ¡Dulce y grata melancolía que precede á la felicidad, como ese crepúsculo azulino y dorado que admirais ántes de la salida del sol!.....

Luis amaba, sí; pero aquel amor nacido bajo las bóvedas de la iglesia, iluminado por el primer rayo del día, tenía algo de celeste, de etéreo, de vago. No era el arrebatado de la pasión que estalla; era la oración que sube silenciosa, modesta hácia el trono del Señor; era la adoración que se olvida de sí misma.....

Además, Luis era pobre, y la familia de María tenía orgullo en sus riquezas.

¡Qué inmensa barrera á los ojos del mundo! ¿Pero qué importaba aquello á los ojos de Dios, que mira los corazones desnudos?

En la vida de Luis no había mas instantes de luz, que aquellos que María alumbraba en la iglesia con su presencia; las demás horas pasaban para él envueltas en un velo de vaguedad indescriptible.

Una mañana, los ojos del jóven fueron mas rápidos, ó María se distrajo en su oración, lo cierto es que sus miradas se encontraron un instante, un solo instante, pero lo suficiente para que las mejillas de María se pusiesen carmesíes como el clavel, y Luis sintiese un vértigo.

Entonces se despertó en su corazón un anhelo, una necesidad imperiosa: ¿sería amado?

Vagó por el campo preguntándole á la naturaleza, interrogando al cielo, examinando las flores, porque el hombre cuando ama comprende la armonía universal.

Al fin, cuando el sol caía hácia el Occidente, cual si

fuese impelido por una atracción, se acercó á la casa de María.

De pronto su corazón se estremeció..... Dió Luis un paso y al trasponer un bosquecillo percibió á María.

A María recostada al borde del límpido arroyuelo, en una actitud meditabunda, con el cabello suelto, con la cabeza apoyada en una mano.

Luis se detuvo y no se atrevió ni aun á respirar: turbar á María en su actitud abandonada le hubiera parecido un sacrilegio.

¿Pero en qué pensaba la cándida jóven, cuya alma límpida como un diamante no conservaba la menor mancha? ¿Qué pensamiento sombreaba su frente y doblegaba su cabeza, como esas flores á las que el sol del mediodía hace languidecer.....?

Luis pasó una de esas noches pobladas de sueños, de ilusiones, de fantasmas, creaciones de un corazón que ama.

Al día siguiente fué mas temprano á la iglesia; pero María vino mas tarde que nunca, y en todo su aspecto había un no se qué de lánguido y doliente; su rostro estaba pálido, sus ojos parecían mas grandes.

Luis tuvo una vaga, pero terrible aprensión, uno de esos calosfríos súbitos que recorren el cuerpo.

Y como la proximidad de una desgracia presta energía, como el presentimiento de perder una cosa nos la hace mas apreciable, mas necesaria, el jóven pensó en confesar su amor á María.

¡Dios mio! aquel terror en la iglesia, no era porque

ella amaba á otro ¿no sería que sus padres hubiesen prometido su mano?

Luis se puso á meditar, y tímido y desconfiado, temió á veces que María ni aun hubiese notado jamas su presencia.

Y entónces, ¿cómo podría tener esperanza de ser amado?

Aquel día se le hizo eterno; al fin en la noche, pensando en que nunca tendría valor para abrir los labios ante María, se resolvió á escribirla.

Y trazó una de esas cartas como lo saben escribirlas y comprenderlas los que aman de veras.

A la mañana siguiente cortó las flores mas bellas, las mas aromáticas y formó un ramillete; puso en él su carta y fué á colocarlo en el lugar donde tenia costumbre de arrodillarse María.

Era muy temprano; nadie habia aún en la iglesia, y sin embargo Luis tuvo vergüenza y fué á ocultarse tras una de las columnas.

¡Oh! ¡cuánto deseaba, y cómo temia el momento en que María al arrodillarse levantara el ramillete!

Encendiéronse los cirios; la iglesia se fué llenando de fieles, el sacerdote se presentó en el altar.....

¡Oh! ¿cómo le parecia á Luis que aquel día todos se habian empeñado en darse prisa! ¿Por qué decian la misa tan temprano.....? ¿No sabia el sacerdote, no sabian los fieles que aun no era la hora de costumbre, puesto que María no habia venido, y para Luis no existia otra señal de la hora mas que María.....?

De pronto, como siempre, brotó el sol..... ¡Ay! tambien él se daba prisa aquel día.....!

Entónces Luis tuvo un dolor horrible. María no habia venido, y el ramillete estaba allí para hacer notar mas su ausencia.

El jóven se sintió con deseos de llorar: María no lo amaba; María no habia venido, por no tomar su ramillete y su carta, pensaba dentro de sí mismo.

¡Recogió el ramo; y las flores, escogidas de preferencia ántes de la aurora, le parecieron mustias, pálidas, secas.....!

Al dia siguiente acudió con el corazon lleno de angustia al templo, entónces las horas se le hicieron eternas! Entónces no traía ramillete, pero se sentia impelido á arrodillarse ante la jóven para pintarle su amor, sus temores, su agonía.....

Se celebró la misa, y el lugar de María estuvo vacío; pero al terminar el santo sacrificio, escuchó un rumor inusitado, y oyó á todos que llenos de afliccion contaban un suceso que lo hizo estremecer.

¡María, la hermosa María, la jóven fresca, robusta, llena de vida, estaba muriendo!

Corrió sin oír mas hácia la casa de la jóven, y en la puerta encontró al padre de María, que se retorcia los brazos, y lloraba como un niño á pesar de las arrugas de su rostro.

Luis cayó de rodillas, y gritó con suprema angustia levantando los ojos al cielo:

—¡Dios mio! ¡Dios mio.....! ¡y que haya muerto sin que supiera al ménos que yo la amaba.....!

«¿Qué es el amor sino la inquietud indefinible que compele á las almas á aspirar á Dios, y cuyo principio es una ciega reminiscencia, una imágen lejana de su belleza, impresa en nuestros corazones?»

He dicho en mi novela HERMANA DE LOS ANGELES.

¿Y sería posible así, que el amor puro y verdadero tenga fin? ¿Este sentimiento morirá tambien como las flores?

¡No! ¡no! hay siempre en la vida un amor que no se logra; pero un amor cuyo recuerdo jamas se borra del corazon.

Es el amor celeste, y este amor no es hecho para el mundo. ¡Le entrevemos apenas, y se desvanece!

El corazon entónces en el primer instante de su dolor, gime, maldice y duda de todo.

Pero mas tarde ó mas temprano la estrella oculta entre nubes aparece, y brilla la esperanza, melancólica pero consoladora.

Y entónces todos hallamos una respuesta á las preguntas que nos hemos hecho en las horas de tristeza.

¡Oh! las mujeres jóvenes mueren porque Dios las quiere librar de toda mancha; lo delicado, lo hermoso, lo poético, dura poco en el mundo, porque no es el mundo su patria, y solo viene á él para despertar en nuestro corazon el amor verdadero y enseñarnos á aspirar al cielo.

Haber sufrido, pues, una pérdida de esas, dolorosa y terrible, no es sino haber conquistado el derecho de la felicidad suprema.

Hay en nosotros algo que se sobrepone al tiempo: la esperanza, el anhelo de amar, el sentimiento de nuestra inmortalidad.....

Aquella misma tarde, al pensar yo en esto, pasó junto á mí un hombre pálido, grave y consumido, y fué á arrodillarse sobre la tumba de María.

Era Luis.

Yo me acerqué; él volvió hácia mí sus ojos que habian adquirido una maravillosa profundidad, y me dijo señalando el objeto de su amor encerrado en la tumba:

—Era en efecto un *boton de rosa*, pero el mundo no fué digno de ella, y ha ido á abrir sus pétalos al cielo.....

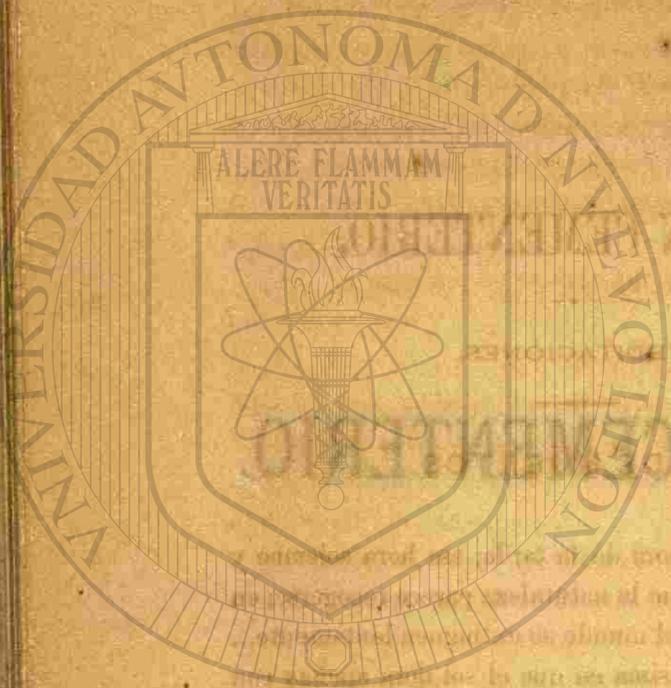
Agosto de 1854.



EN UN CEMENTERIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EN UN CEMENTERIO.

MEDITACIONES.

DIA DE MUERTOS.

ERA la última hora de la tarde; esa hora solemne y misteriosa en que la naturaleza parece recogerse; en que los ruidos del mundo se extinguen lentamente...

Era esa hora tristísima en que el sol dora apenas con sus moribundos rayos los celajes que vagan por el cielo: esa hora en que el ángel de la vida al ver partir la luz, cuando las flores cierran sus pétalos, cuando las aves enmudecen y el sueño se extiende como un soplo de muerte sobre la creación, pliega sus alas, y alumbrado por el último dudoso resplandor del crepúsculo, se arrodilla y eleva sus súplicas al Señor, para que torne la luz á reanimar los campos y las criaturas.....

¡Hora de meditación en que el alma gusta de la melancolía.....!

¡Ya pasó el día! ¡el tiempo en su incansable marcha llevóse algunas horas más de nuestra existencia!

¡Cuál corren los instantes; apenas hay tiempo para medirlos!

¿Qué es la vida? Pasado; porvenir tan solo. Siempre recordando; esperando siempre; jamás satisfechos!

¡El presente! hé aquí una de nuestras perennes ilusiones. ¿A qué dan el nombre de presente? ¿Es cosa que nos pertenece acaso.....?

¡Ay! ¡el presente no es más que el punto de transición entre el pasado y el porvenir!

¡El presente.....! no es más que el momento que paso aquí en este cementerio, recordando las alegrías de mi vida que ya pasaron; esperando el día en que también vendrá la multitud insensata y frívola á hollar con sus piés el polvo de mis huesos.....

¡El presente! es ese tristesísimo sonido de las campanas que doblan; es esa vibración que parte del bronce para perderse luego en el olvido.

¡Ay! ¡el presente no es más que el dolor que se siente; lo pasado el recuerdo melancólico que halaga nuestro corazón; el porvenir, la esperanza, el anhelo constante por el eterno descanso.....!

¿Por qué, pues, ese apego á la vida que huye de nosotros.....

Pasó por aquí la multitud; aún se miran sobre la tierra fresca impresas sus huellas..... Pero luego vendrá el soplo de la noche, y esas huellas desaparecerán, como desaparecerán también los que hoy vinieron á este sitio.

¡Lúgubre festividad! ¡Hay algo de misterioso en esa

visita que hoy hace la humanidad al campo de los muertos!

¿Habrá alguna relación todavía entre las generaciones que ya tornaron á ser polvo, y las que hoy se hayan animadas por el soplo de la vida?

¿Los lazos de amor que unían al hijo con la madre, al marido con la esposa, fueron rotos por la muerte ó subsisten aún como una misteriosa simpatía?

Yo no lo sé; pero algo debe haber pues que tanta tristeza nos inspira un túmulo solitario, abandonado, cubierto por la yerba.....!

¡Un túmulo que nadie visita hoy.....!

¡Ya cerró la noche! ¡poco á poco se encienden las estrellas; y el viento frío y triste se desata para murmurar en torno de estas tumbas!

¡Cuán apacible es la noche para el que padece! ¡Yo cambiaría muchas horas de ese tumultuoso placer que buscan los hombres por un momento de melancolía como este!

Tiene la noche secretas armonías para mí. Hay momentos en que á solas con mis pensamientos pareceme que llega á mis oídos algún eco perdido de la música celestial que en torno á su trono dan los ángeles al Señor.

¡Si fuere cierto que en algunos momentos las almas de los que murieron vuelven á la tierra!

¡Si fuere cierto que en estas horas cuando todo en la tierra duerme, los que partieron de ella vuelven algunos momentos, á recordar tal vez sus pasadas alegrías; á velar por los que amaron.....!

¡Ay! ¡acaso este viento que de tiempo en tiempo roza mis mejillas es el soplo de las alas de un ángel que trae

en sus brazos el alma de alguno á quien amé..... de alguno de los pedazos de mi corazón que yacen en la tumba.....!

¡Morir! ¡ay! cuánto lo deseo.....! mi alma fatigada anhela ya el descanso de este sitio.

¿Qué otra cosa es el mundo sino un valle de lágrimas como nos dice la Iglesia?

¿Qué halla en él aquel que recibió de Dios un corazón ardiente, puro y generoso? ¡Desengaños, heridas!

Un hombre con un corazón así, al atravesar por el mundo es como el cordero que deja un bellón de su lana en cada zarza.....

A veces he creído que suele Dios criar corazones como el mío, entusiastas, apasionados, para que los que los posean sean mártires.....

Como caen al soplo del cierzo uno á uno los pétalos de la flor, así van desapareciendo una á una también las ilusiones de nuestra alma.

Y cuando el corazón se halla desierto ¿cómo no ha de anhelar el olvido y el descanso?

.....
.....
¡Partamos! ¡hay algo de solemne en estos sitios que infunde respeto! Tal vez no le sea permitido á los mortales interrumpir el reposo de los que ya fueron juzgados por Dios.

¡Partamos.....! ¡Mas qué triste armonía llega á mis oídos!

Son las últimas preces de la Iglesia.

¡Sublime y amorosa religión! ¡tú sola no nos abando-

nas! ¡sola tú te acuerdas de aquellos á quienes todos olvidaron!

Nada hay mas patético que las oraciones de la Iglesia católica.

Esta mañana me conmovió una escena.

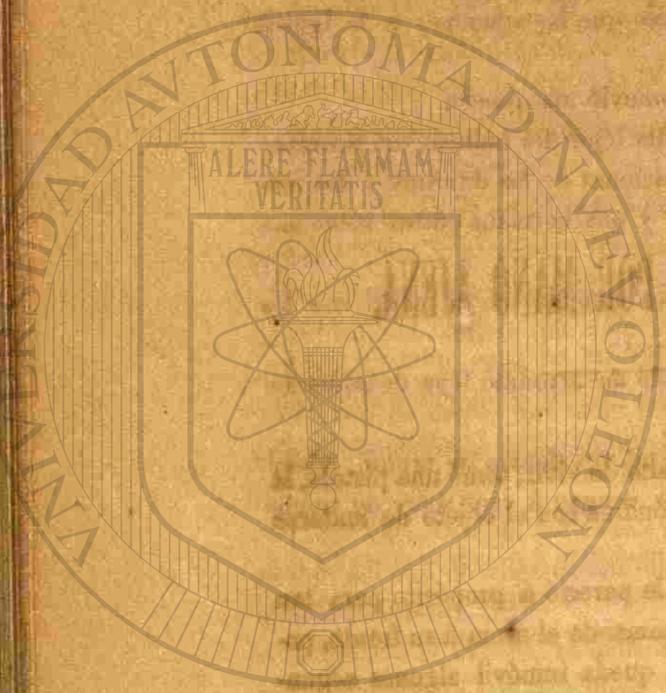
En una humilde capilla lejos del bullicio, un sacerdote entonaba las últimas oraciones de los difuntos; y dos mujeres pobres, una madre y una hermana oraban sobre una tosca losa.

¡Qué bien se unian los lamentos de la madre con los lamentos de la religión!.....

Yo también, conmovido me arrodillé lejos de aquel dolor y lloré.....

¡Lloré, pensando que tal vez dentro de pronto, desearía que algunas lágrimas vengán á caer sobre mi tumba como un rocío!.....

Noviembre de 1851.



SUICIDARSE POR MANO AJENA.

UN buen inglés cansado de vivir, tomó una pistola, la cargó, y salió de Londres con el objeto de matarse al aire libre.

Llegó á un sitio que le pareció á propósito para tan bonita operacion, y aproximando el arma á su frente, pone el dedo en el gatillo, queda inmóvil algunos segundos.....

¿Piensan vdes. que disparó? no: otro plan mas divertido se ofreció en aquel momento á su tétrica imaginacion.

Muy lentamente y con pausado compás, vuelve á la ciudad, llega y toma posesion de un asiento en uno de los infinitos templos donde se brinda en honor de Baco; pide de beber, y de nuevo prepara su pistola; observa atentamente las fisonomías de los fieles bacantes: reflexiona entre sí cuál tendrá mas gana de morir, se decide en

fin, y el elegido es despachado al otro mundo, diciéndole al tiempo de disparar:

«Amigo, os elijo para mi compañero de viaje.»

En el momento es arrestado el asesino; llega el acto de la declaracion, y de ella resulta el diálogo siguiente:

Juez.—¿Cómo os llamais?

Acusado.—Enrique Steel.

Juez.—¿Por qué habeis muerto á M. N.?

Enrique.—Os lo diré: hace tiempo que estoy cansado de vivir, y salí fuera de la ciudad con idea de matarme; pero cuando iba á realizar mi proyecto me acordé de dos cosas. Primera: que en un viaje tan largo seria bueno llevar un compañero que me diese conversacion. Segunda: que habiendo hombres que están encargados de este cuidado, seria mejor darme la muerte por mano de ejecutor público que por la mia.

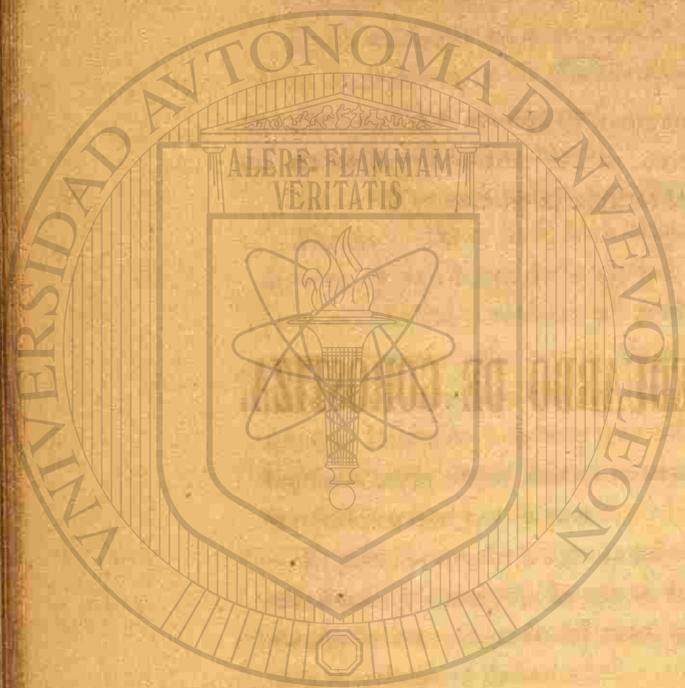
El juez, teniendo á este hombre por loco, suspendió la discusion; y concluida la causa, fué condenado á muerte, siendo lo mas singular del caso, que en el acto de la ejecucion gritaba el delincuente:

«Señores, yo me suicido por medio del ejecutor público, y os encargo adopteis en adelante mi nueva invencion.»

La historia de los artistas en México es una página en blanco, en la cual si hay algo escrito, es solo el rastro que dejan las lágrimas del aislamiento y la desesperacion.

Nada hay mas inocente como la oracion del niño; nada mas tierno como la de la doncella; nada mas solemne ni que inspire mas respeto como la del anciano.

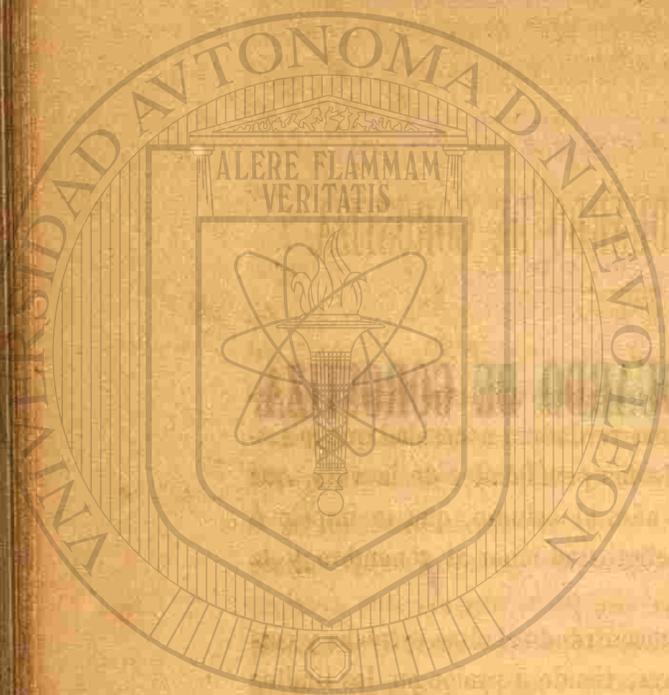
Los hombres se imaginan la muerte como un dolor agudo y terrible. Yo creo, por el contrario, que es un momento de dulce y voluptuosa languidez.



D. MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

HAY en el corazón del hombre un deseo innato, un anhelo irresistible, una verdadera necesidad que lo sostiene en medio de las penalidades de la vida, que lo hace entregarse con afán al estudio, que lo impele á desafiar los mayores peligros: el amor al renombre y la gloria.

No parece sino que encontrando el alma estrecha y corta su vida sobre la tierra, tiende á prolongar los límites de su existencia. Es este acaso un presentimiento de la inmortalidad que la aguarda, un vago recuerdo de su origen; por eso ese anhelo de gloria y renombre es un sentimiento general, un sentimiento que existe aun en los corazones mas rudos.

¡La idea del olvido, el pensamiento de la nada es una cosa que espanta, que hiela de terror; hé aquí lo que nos hace aborrecer la muerte; hé aquí lo que nos espanta de la tumba, ese abismo insondable donde lentamente se sepultan las generaciones sin dejar mas hallá de su tránsito

por el mundo, que lo que dejan las hojas que año por año se desprenden de los árboles!

A medida que la inteligencia es mas vasta, á medida que la organizacion es mas delicada, es mayor ese anhelo por la gloria. De aquí la diferencia que se nota entre los individuos.

El rústico campesino, el hombre ignorante siente esa necesidad, pero tal vez no la comprende.

El hombre ilustrado la aprecia y la desea con ardor. Aquel se contenta con conservar inmaculada su vida y legar un buen recuerdo á sus hijos: este anhela mas, consagra sus dias al estudio, y sueña con vivir en la memoria de las futuras generaciones.

Empero es este un don precioso, una recompensa que Dios concede solo á sus escogidos.

Es un bien tan valioso, que quien lo ha conseguido es un dios sobre la tierra. ¡La muerte no existe para él; vive, vive enteramente, y las generaciones pasan bajo sus plantas arrastradas por la mano del tiempo, como pasan las olas de arena en alas del *Simoun* al pié de las pirámides de Egipto!

¡La mano del tiempo respeta á esos hombres escogidos, y bien léjos de atentar á su memoria, les forma un pedestal con los despojos de lo que ha caído á su impulso.....!

¡La gloria! ¿No es, en efecto, una cosa digna de ambicion.....?

Es la corona que está reservada á todos los que por sus esfuerzos logran elevarse sobre el comun de los hombres,

á los que por su afan y estudio llegan á hacerse los apóstoles del saber, antorchas de la civilizacion.....

Y es esta una recompensa tan legítima, que no es envidia nunca, sino emulacion la que inspiran; emulacion que hace hervir en nuestros pechos la sangre, que enardece nuestra imaginacion.

¡La gloria! es una luz brillante que ilumina cuanto la rodea. Hé aquí por qué el nombre de los que la alcanzaron es un título de honor para la patria que les diera el ser.

La gloria de las armas es una gloria funesta; es un árbol regado con las lágrimas de las madres y de las esposas.

La gloria de la ciencia es pura; ningun recuerdo triste la empaña. Entre los aplausos que las generaciones tributan al sabio, no se escuchan jamas los gemidos y las maldiciones de los vencidos, lúgubre armonía que acompaña siempre los himnos de victoria.

Por eso sin duda los pueblos, con esa tendencia natural hácia el bien, se envanecen aun mas que con sus actos de valor, con haber sido la cuna de claros é ilustres varones.

La España no está ménos orgullosa con haber sido la patria de Cervantes, que con sus mil victorias.

Y México, nuestra adorada patria, no ignora tampoco que uno de sus mas gloriosos timbres es haber sido el suelo de D. Manuel Eduardo de Gorostiza.

No lo ignora; y la señal es que se complace en repetirlo; que ha colocado un laurel sobre la frente de su ilustre hijo.

La ceremonia que acaba de tener lugar hace apenas dos noches, es de aquellas cuyo recuerdo queda eternamente grabado en el corazón.

México, representado por lo mas selecto de sus habitantes, ha ido la noche del sábado 27 del corriente á hacer el apoteosis, á divinizar á Gorostiza.....

Sobre la tierra fresca todavía de la tumba del poeta mexicano, se levanta ya el laurel. Sobre esa tumba luce el sol de la gloria.....

Conmovidos nosotros aún por la solemne ceremonia, entusiasmados con la gloria de nuestro paisano, sentimos un deseo de ofrecerle nuestros sentimientos.

Estas líneas son la muestra de ellos. Nuestra ofrenda es pobre, pero muy sincera. El poeta á quien va consagrada, era digno de mejor cosa; ¿pero no tiene tambien su mérito lo pobre? ¿Vale acaso ménos el toseco ramillete que el campesino coloca sobre el altar, que la espléndida ofrenda del poderoso?.....

Nació el Sr. D. Manuel Eduardo de Gorostiza en la ciudad de Veracruz el dia 13 de Octubre de 1789. Fueron sus padres D. Pedro de Gorostiza, gobernador de aquella plaza, y D^a Rosario Cepeda, señora muy distinguida por sus prendas personales, así como por su distinguido talento. Ambos eran nacidos en España.

Háse observado siempre que las madres son las que influyen mas en el porvenir y en el carácter de los hijos. Y es natural; ellas son las que forman sus primeras ideas, ellas las que con la leche de sus pechos les infunden sus propios sentimientos.

La madre del Sr. Gorostiza tenia una particular afición á la literatura, y habíase consagrado al estudio hasta el grado de merecer el título de doctora burlada. Era, pues, preciso que sus hijos heredaran su amor á la ciencia.

Cuatro años contaba apenas D. Manuel, cuando tuvo la desgracia de perder á su padre, en 1793. A consecuencia de este suceso, la señora viuda de Gorostiza con sus hijos se trasladó á la Península.

Desde esta época España fué la segunda patria de D. Manuel Eduardo de Gorostiza.

Desde muy temprano manifestó este su amor al estudio; sin embargo, el ardor juvenil no lo dejó dedicarse á él con todo el esmero que debiera esperarse de su elevada inteligencia.

El deseo de gloria se despertó en su pecho; fué un sentimiento vivo, poderoso, inextinguible.

Fué una necesidad para su alma grande.

Pero se hallaba aún en esa edad en que el corazón busca las mas fuertes impresiones, en que la sangre hierve, en que la imaginacion corre desatentada hallando un singular placer en los peligros.

El Sr. Gorostiza buscó la gloria en las armas y entró de cadete, despues de haber hecho los estudios necesarios en un colegio de Madrid.

Desgraciadamente nos faltan los datos necesarios para seguir paso á paso la historia de nuestro ilustre compatriota; sin embargo, podemos señalar los hechos principales de su vida.

El jóven Gorostiza se distinguió de tal manera en el

ejército español, que el año de 1808, cuando la invasión francesa, era ya capitán de granaderos.

La guerra de España contra los ejércitos del emperador, fué una buena ocasión para Gorostiza; luchó con denuedo, alcanzó la gloria que anhelaba, y mas de una vez compró con su sangre el honor de ser contado entre los mas valientes soldados.

El año de 1814 dejó completamente el servicio militar, y desde entonces se consagró asiduamente á la literatura.

Como todos los hombres de inteligencia elevada, el Sr. Gorostiza amaba la libertad; él no podia permanecer, pues, extraño á la lucha que en aquella época comenzaba en España, entre las ideas nuevas y los que quisieran encadenar á los pueblos. Ya como simple ciudadano, ya como escritor, defendió siempre, sin vacilar jamas, la libertad, la instruccion y el progreso. Esta noble tarea le valió por entonces perder todos sus bienes, que fueron confiscados, y tener que salir proscrito de su patria adoptiva.

Pero estos contratiempos eran muy mezquinos para abatir su ánimo. El Sr. Gorostiza, al salir de España, víctima de la tiranía, podia volver la vista hácia los que abusaban del poder, y decir como un grande hombre de la antigüedad: «Mas pierden ellos que yo.»

Desde el año de 1821 al de 24, el Sr. Gorostiza viajó por los principales puntos de Europa, captándose por todas partes la simpatía por su trato amable, su instruccion y su talento.

Antes de esta época habia compuesto en España sus

principales comedias; habíanse representado con mucho aplauso, y su nombre comenzaba á ser conocido de todos los amantes de las bellas letras.

D. Manuel E. de Gorostiza habia nacido con un corazón mexicano, y en medio de los azares de su vida, no olvidó nunca su patria, el suelo donde su cuna rodó.

El año de 1824 fué nombrado por el gobierno de la República Mexicana, cónsul general en los Países Bajos. En una serie de nueve años fué encargado de negocios y luego ministro en varios puntos de Europa, con comisiones del gobierno mexicano, para arreglar los tratados de esta nacion con las principales de Europa.

En todos estos puestos, sobremanera delicados, el Sr. Gorostiza dió pruebas de un conocimiento singular de los negocios, de una destreza poco comun, y de un talento superior.

Es ciertamente cosa notable ver á este hombre distinguirse en materias tan poco análogas.

Los hombres nacen con alguna especialidad; pero hay inteligencias que todo pueden abrazarlo: la del Sr. Gorostiza era de estas.

La biografía de este hombre no puede reducirse á los estrechos límites de un periódico; quien quiera escribirla con conciencia, tiene que hacer un estudio de la guerra de España con Francia, de la diplomacia mexicana, de la política y situacion interior de México, del establecimiento de las casas de correccion en esta ciudad... .. tiene que hacer un estudio profundo de la literatura española; tiene, en fin, que escribir un libro. Nosotros no podemos hacer mas que trazar ligeros apuntes. El Sr. Gorostiza

es de aquellos hombres que han representado un papel tan importante, y su historia está tan íntimamente ligada con la de algunos pueblos, que no pueden separarse la una de la otra sin que se hagan falta.

Hasta el año de 1833, pudo realizar el Sr. Gorostiza un deseo que alimentaba hacía mucho tiempo en su corazón; volver á su patria, de la que había salido cuarenta años ántes; ver á esa México, á la cual amaba con todo el cariño de un hijo fiel, sin conocerla.....

El amor al suelo donde nacimos, nunca muere; ni el espacio, ni el tiempo, ni la misma ingratitud son capaces de debilitar el cariño que se le profesa.

El Sr. Gorostiza no podía permanecer oscuro en México; su reputacion de literato, de diplomático y de estadista estaba formada, y desde luego vino á ocupar los primeros puestos de la República. Desempeñó varias veces la secretaría de relaciones, la siempre difícil de hacienda, hizo los tratados de paz con Francia, despues del bloqueo, y fué enviado á los Estados-Únidos del Norte con una muy delicada comision cuando la guerra de Tejas.

Entre las dotes que adornaban al Sr. Gorostiza no era sin duda la menor un corazón sensible, generoso y amante de la humanidad.

El autor de *Indulgencia para todos*, era un verdadero filántropo, uno de esos hombres que dejan marcada su huella sobre la tierra, con verdaderos y abundantes beneficios.

El fué el primero que proyectó y llegó á fundar en esta capital una casa de correccion para jóvenes; benéfico

establecimiento donde se enseñaba un modo honesto de ganar la vida á los niños que por abandono de sus padres, por orfandad ó miseria, se veian expuestos á entrar en la senda del crimen.

A estas obras consagró el resto de sus dias; miéntras le fué posible, sostuvo con el mayor empeño la casa de correccion, sin dejar de atender otras obras de beneficencia á que pertenecía.

En los últimos años, el trabajo asídúo y algunas enfermedades comenzaron á debilitar su cuerpo.

Sin embargo, cuando la patria necesitó del auxilio de sus hijos, el fué uno de los primeros en ofrecerla su reposo y su sangre.

A fines del año de 1846 formó un batallon de guardia nacional, conocido con el nombre de BRAVOS, y compuesto de artesanos honrados y laboriosos.

El Sr. Gorostiza sentia palpitar en su pecho un corazón ardiente y esforzado; era mexicano, y quiso ser uno de los primeros en volar al sosten de los derechos de la patria, pérfidamente hollados por los ejércitos de la república del Norte.

Rudos son los trabajos de la guerra, y mas rudos aún para un anciano gastado por el estudio y las vigias: pero ¿qué persona no recobra su juvenil ardor caando se trata de morir por la patria?

Llegó por fin el año funesto de 1847, y comenzó para México esa serie de infortunios, terrible leccion que quiso darnos la Providencia.

Sucumbió la heroica Veracruz ante el poder númeroico

de las armas; sucumbió cubierta de laureles, porque hay derrotas que honran.

Sucumbieron nuestras armas en Cerro-Gordo, y el invasor puso su planta triunfante en Puebla.

La flor de nuestros ejércitos fué dejada en los campos de Padierna.....

¡Todo parecía perdido! México apuraba gota á gota el cáliz de la tribulacion..... Ya no se sentia la esperanza sino en aquellos pueblos esforzados en los que el temor no halla cabida nunca.

El invasor, ébrio de orgullo, iba á proseguir su marcha victoriosa hasta el palacio nacional; á su paso estaba Churubusco. ¡Churubusco, débil y olvidado convento hasta entónces, recuerdo histórico y glorioso en lo sucesivo!

En Churubusco se hallaban algunos cuerpos de nacionales. Ahí estaba D. Manuel Eduardo de Gorostiza al frente de su batallon querido de Bravos.

Era un puñado de valientes que se preparaba á sostener una lucha desigual, sin armas, sin fortificaciones. Era un puñado de héroes que querian demostrar que los ciudadanos de México mueren, mas no se rinden. Eran hijos predilectos de esta ciudad, que querian volver por su honor.....

Ahí el Sr. Gorostiza habia olvidado su edad, sus enfermedades, sus atenciones de familia, ¡todo! era un patriota tan solo.

Y ¡qué ejemplo el de aquellos hombres que se preparaban á un sacrificio seguro! ¡Con qué supremo desprecio veían desde lo alto de sus parapetos huir algunos batallones enteros.....

Llegó por fin la hora del combate; y mas de una vez los invasores, hasta entónces victoriosos, tuvieron que retroceder ante el valor de aquel puñado de valientes.

Pero el sol de la victoria no lucia para México; y Churubusco sucumbió, porque tambien los héroes sucumben...

BRAVOS, INDEPENDENCIA y parte de otros cuerpos que ahí se encontraban, se cubrieron de gloria en aquel dia...

Miéntas hubo un cartucho que morder, los invasores no pudieron poner un pié en el convento..... pero el fuego acabó por falta de municiones, y los soldados rompieron sus armas para que no cayeran en poder del enemigo.....

En aquel punto el Sr. Gorostiza conquistó el laurel de guerrero, que hoy junto con los del sabio, deponemos sobre su tumba.....

Era por cierto un espectáculo grandioso, y que infundia valor, mirar aquel anciano de aspecto dulce y venerable, con la espada en la mano, poniéndose siempre en los puntos mas riesgosos, alentando á todos, enseñándolos á desafiar con frente serena á la muerte.....

Este acontecimiento causó una profunda impresion en el alma sensible del ilustre mexicano.

Su salud comenzó á decaer.

Por fin á los 62 años y 10 dias de su vida, falleció de una congestion cerebral, en la villa de Tacubaya, el 23 de Octubre de este año.

Enemigo del fausto, el Sr. Gorostiza encargó que se le enterrase sin vanas pompas; su cuerpo yace en el cementerio del convento de San Diego.

La muerte del poeta que lloramos, fué tranquila: era

la muerte del justo que se aduerme en el seno del Señor, despues de haber empleado útil y noblemente sus días.

El Sr. Gorostiza era de imaginacion viva, de corazon muy sensible y bondadoso, de trato amable, y muy querido de cuantos tuvieron la fortuna de tratarle. Fué casado y deja un hijo. Sirvió los puestos mas altos de la República, y murió pobre.

Estamos muy léjos de creer que hemos escrito una biografía del Sr. Gorostiza; para esto ademas de las luces necesarias nos han faltado el tiempo y los datos necesarios.

El Sr. Gorostiza puede ser considerado bajo muchos aspectos; nosotros no hemos hecho mas que echar una rápida ojeada sobre su vida. Tal vez alguna pluma mejor cortada se encargará de llenar el hueco que dejamos.

Las composiciones dramáticas del Sr Gorostiza, que ha sido calificado como rival de Moratin, son harto conocidas en México: ¿quién no ha aplaudido *Indulgencia para todos, el Amigo íntimo; el Jugador; Las costumbres de antaño; Contigo pan y cebolla &c.....?*

Sin embargo, debemos decir con harto sentimiento, que no hay una *edición mexicana* de estas comedias.

El Sr. Gorostiza se ocupó tambien en traducir piezas del teatro frances, empleando en este trabajo mucho talento y estudio. Para él no era este un trabajo maqui-
nal; mas que traducir, puede decirse que creaba.

El nombre de nuestro ilustre compatriota es popular en España, y en algunos otros puntos de Europa.

México, al hacer el apoteósis de *D. Manuel E. de Gorostiza*, ha cumplido con un sagrado deber; porque deber es hacer justicia al mérito.

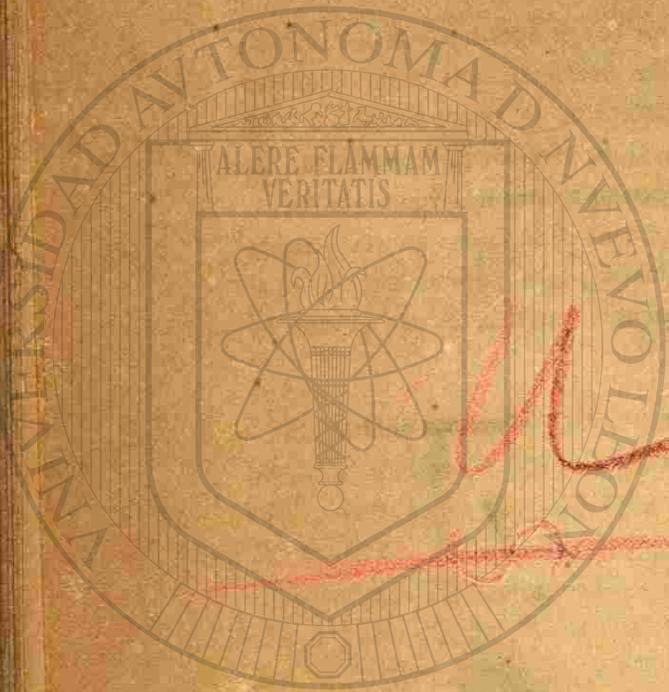
Nosotros obsequiamos hoy á nuestros lectores con un retrato del Sr. Gorostiza, perfectamente litografiado por el distinguido artista mexicano D. Hipólito Salazar. Todos los que conocieron al Sr. Gorostiza, convendrán en que la semejanza del retrato no puede ser mas exacta.

Terminaremos estas líneas repitiendo: nuestra ofrenda no es digna acaso del ilustre poeta, pero es sincera; es el himno de un corazon amante tambien de las glorias de su patria.....

DICIEMBRE DE 1851.

FIN DE LA OBRA.

146-4037404-



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

